

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

12

12

GOETHE

FAUSTO

Y EL SEGUNDO

FAUSTO

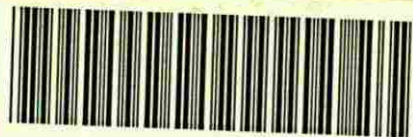
PT2029

.S8

F4

1893

002.0
G599f



1020028853



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas 832.6

Núm. Aut 65791

Núm. A 293119

Preced _____

Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catálogo SR

FAUSTO

Y EL SEGUNDO FAUSTO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*El Fausto debe ser
traer ser meditado. Meditar
dolo, se puede sobre la
frente el abstrajo del genio
meditacion*

W. GÖTTE

FAUSTO

Y EL

SEGUNDO FAUSTO

SEGUIDOS

DE UNA COLECCIÓN DE POESÍAS ALEMANAS

TRADUCIDAS POR

L. AQUARONE

QUARTA EDICIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS

099067

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1893

29399

PT 2029

58

F4

1893



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

NOTICIA SOBRE GÖTTE

Juan-Wolfgang Götte, nació de familia rica y considerada, el día 28 de Agosto de 1749, en Francfort-del-Meno, y falleció en Weimar, el día 22 de Marzo de 1832; fué desde su juventud apasionado por el estudio de la literatura; pasó tres años en Leipzig, 1765-1768, donde la escuela fría y correcta de Gottsched y de Gellert reinaba soberana, pero donde la publicación del *Laocoón* de Lessing (1767) tuvo grande influjo sobre su mente ávida de belleza y de verdad.

En Estrasburgo, 1769-1771, pudo desenvolverse más libremente su fogosa imaginación en compañía de Lenz, de Wagner, de Stilling y sobre todo de Herder. Allí fué donde estudió con entusiasmo la Biblia, la obra de Shakspeare y el arte alemán de la edad media: « Yo no he pasado una sola hora con Herder, escribía él más tarde, sin que haya sido para mí instructiva y fecunda. » Después de haber concluido de un modo brillante sus estudios de derecho, volvió á Francfort, para irse á establecer, en 1775, en Weimar, donde lo llamaba su amigo el gran-duque Carlos Augusto. Entonces fué cuando en todo el fuego de su genio, principió á producir y á publicar varias de las obras que habian de elevarle al primer rango. En 1772, publicó *Götz de Berlichingen*, drama en cinco actos, donde hace enérgica pintura de la perturbada Alemania del siglo XVI; en 1774, publicó los *Padecimientos del joven Werther*, novela en la cual nos enseña los dolores de las almas enervadas del siglo XVIII, el estado de la Alemania moral en visperas de las grandes

evoluciones que se preparaban. El libro tuvo entusiasta acogida en Alemania y en toda Europa. Dos dramas, *El Clavijo* (1774), cuyo argumento tomó de las *Memorias* de Beaumarchais, y *Stella* (1775), son hijos de la misma inspiración que *Werther*. En la misma época de su vida, hizo Goethe el bosquejo de varias obras que concluyó en una edad más madura, y publica esos *Lieds* que renuevan la poesía lírica de su país (la *Bonanza*, la *Inocencia*, el *Sentimiento de Otoño*, el *Lied nocturno del Viajero*), esas baladas de un arte tan delicado y perfecto (el *rey de Tulea*, el *Canto del Conde prisionero*, etc.). — En Weimar, las disipaciones de la corte no solocan su genio, pero hacen que sean más raras sus producciones; de 1775 á 1786 no publicó, sino óperas de poco valor, una bonita comedia, el *Hermano y la Hermana*, y algunos trozos líricos. Pero su viaje á Italia, 1786, fué nueva fuente de inspiraciones: escribió en Florencia las escenas más hermosas de *Torquato Tasso*, concluyó en Roma *Ifigenia*; meditaba *Fausto*, *Egmont*, *Wilhelm Meister*, *Hermann* y *Dorotea*. *Ifigenia en Taurida* (1787) es una de las grandes páginas del arte moderno, que toma sus inspiraciones en la antigüedad, pero que anima el soplo cristiano; se ha dicho que el *Conde de Egmont* (1788), la más hermosa tragedia de Goethe, era una de las más patéticas creaciones del arte moderna; *Torquato Tasso* (1790) es una pintura de carácter de admirable expresión. Había publicado ya algunas escenas de *Fausto*, que fué obra de toda su vida. En medio de esos trabajos literarios, el alma de Goethe, llevada de insaciable curiosidad, más y más prendada de las maravillosas bellezas de la naturaleza, se ocupaba con pasión en historia natural y hasta en anatomía: *La Metamorfosis de las plantas* es uno de los primeros de esos estudios; en ellos demostró lo que más tarde creyó de Candolle haber descubierto: que un principio único rige la organización de las plantas. — La Revolución francesa conturbó el espíritu generalmente tan sosegado é imparcial de Goethe: no vió en ella sino una explosión fortuita de las pasiones humanas; acompañó

al duque de Brunswick durante la campaña de Valmy, y pudo comprender entonces que *una era nueva principiaba para el mundo*. Escribió entonces la *Campaña de Francia* y el *Sitio de Maguncia*; pero estaba mucho más ocupado en poner en verso el *Reineke Fuchs* ó *Novela de la Zorra*, sátira política y social que fué popular en Alemania. — Entonces principió para el poeta uno de los periodos más felices y fecundos de su vida, el que fué ilustrado por su amistad con Schiller (1793-1803). Goethe tenía antipatía por las producciones de Schiller, que *habían esparcido en Alemania*, escribía él, *un torrente de paradojas sociales y dramáticas*. Pero, en Jena, una discusión filosófica sobre las transformaciones de las plantas puso por casualidad en contacto á los dos grandes poetas, y su amistad, que desde ese día se hizo estrecha, tuvo el más fecundo influjo sobre sus genios. Goethe se asoció á la publicación de Schiller intitulada: *Las Horas*; escribió sus *Elegías romanas*, sus *Epigramas venecianos*, sus baladas más dramáticas, graciosos idilios; calmó la impetuosidad de Schiller, quien compuso entonces sus más hermosas tragedias; él mismo cuyo ardor se reanima, concluyó *Wilhelm Meister*, ese cuadro tan curioso de la vida humana, sembrado de episodios encantadores inspirados por la sociedad del siglo XVIII, y publica *Hermann y Dorotea*, especie de idilio épico, como dicen los Alemanes, donde el pensamiento es tan puro, tan elevado; donde se deploran las desgracias de la guerra tan vivamente. Hacia la misma época publicó Goethe con Schiller las *Xenias*, críticas mordaces contra las mediocridades envidiosas y los espíritus retrógrados. *La Hija natural*, drama en cinco actos, que tenía la pretensión de pintar la revolución francesa, no es una de sus mejores producciones; no fué feliz en su inspiración. Entonces fué cuando tradujo el *Sobrino de Rameau* que no había sido publicado aún en francés y al cual añadió curiosas notas sobre los escritores franceses del siglo XVIII. La muerte de Schiller (1803), fué un terrible golpe para Goethe: *había perdido*, decía él, *la mitad de sí mismo*. Terminó el drama de

Demetrio, que su amigo había dejado por acabar, después se entregó nuevamente al estudio, que le era más necesario que nunca. — Concluyó entonces la primera parte de *Fausto*, preparó la *Teoría de los colores*, publicó las *Afinidades electivas*, obra notable por el análisis psicológico, pero demasiado sutil para ser popular. Goethe no había cesado de vivir en Weimar cerca de su generoso amigo, el gran-duque; había sido consejero privado, presidente de rentas; era casi un hombre político en medio de los grandes acontecimientos de que era teatro principalmente Alemania. Acompañó el príncipe a Erfurt y fué admitido á la presencia de Napoleón, quien habló con él largo rato, le dió la cruz de la Legión de honor y le dijo al despedirse: « Vd. es un hombre, señor Goethe. » Continuaba al mismo tiempo sus investigaciones científicas, que amaba con una especie de pasión; la *Teoría de los colores* apareció en 1810: impugnó en ella las opiniones de Newton sobre la luz; después de haber dado, bajo el título de *Morfología*, una nueva edición ampliada de la *Metamorfosis de las plantas*, redactó sosegadamente sus *Memorias* de 1810 á 1813, y las publicó con el título de *Verdad y Poesía*; continuólas bajo el título de *Anales*. No vivió en adelante sino entregado á sus ideas; parece cada vez más extraño á los acontecimientos que entonces conmovían todos los corazones; redactó su *Viaje á Italia*, y fundó en 1815 una colección intitulada *el Arte y la Antigüedad*, que continuó hasta en 1828; escribió una multitud de artículos sobre toda clase de argumentos de literatura y de ciencia, al mismo tiempo que compuso nuevas baladas, llenas de frescura y de gracia (*la Campana que anda, la Danza de los muertos, etc.*), el *Diván Oriental-Occidental*, la segunda parte de *Wilhelm Meister*, la continuación de *Fausto*, etc. Siguió con la más curiosa atención el movimiento intelectual de Europa; procuró elevar la literatura alemana por el gusto de una crítica elevada, hacer comprender al espíritu germánico, para que pueda asimilárselas, las obras maestras de las demás naciones. — En 1830, la gran lucha científica de Geoffroy Saint-Hilaire y

de Cuvier, sobre la ley de unidad que domina la composición de los seres vivientes, sostenida por el primero de estos ilustres sabios apasiona Goethe, quien halla en ello la consagración de los estudios de parte de su vida; y después de haber dado cuenta para Alemania de esta memorable discusión, murió Goethe sin padecimiento en Weimar, cargado de años y lleno de gloria. Habían llegado los primeros días de la primavera; las cortinas de su ventana interceptaban la luz y entristecían el poeta; las hizo abrir: « ¡ Luz! más luz aún! » Tales fueron los últimos gritos del hombre que siempre había procurado ver mejor y comprender mejor, cuya inteligencia simpática, ávida, que dominaba la pasión, había siempre procurado conocer el mundo y ponerse en armonía con la vasta naturaleza. — Entre las numerosas ediciones de las Obras de Goethe, citemos la de Stuttgart, 40 vol. en-8º, con un suplemento en 5 vol.; de París, 1835-37, 4 vol. en-8º; de Stuttgart y Tubinga, 1845-47 en-8º.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



PREFACIO

La historia de Fausto, popular tanto en Inglaterra como en Alemania, y aun conocida en Francia hace mucho tiempo, como se echa de ver por la traducción de la leyenda hecha en el siglo XVI, ha inspirado á muchos autores de diferentes épocas. La obra más notable que se dió á luz sobre este argumento, antes de la de Goethe, es un *Fausto* del poeta inglés Marlowe, representado en 1589, el cual no carece de interés ni de valor poético. La lucha del bien y del mal en el más alto sentido es una de las grandes ideas del siglo XVI, y hasta del nuestro. No obstante, la forma y el sentido del raciocinio se diferencian, como es natural; y bajo este punto de vista, los dos Faustos de Marlowe y de Goethe forman un contraste digno de estudio. Se ve en el uno el movimiento de las ideas que indicaban el principio de la reforma; en el otro la reacción religiosa y filosófica que la ha seguido y dejado atrás. En el autor inglés, la idea no es, ni independiente de la religión, ni independiente de los nuevos principios que la combaten: el poeta se encuentra medio envuelto en los lazos de la ortodoxia cristiana y medio dispuesto á romperlos. Goethe, al contrario, no tiene preocupaciones que vencer, ni progresos filosóficos que prever. La religión ha formado su círculo y lo ha cerrado; la filosofía ha completado también el suyo y lo ha cerrado.

La duda que de esto surge para el pensador, no es ya una lucha que sostener, sino una elección que hacer; y aunque alguna simpatía lo haga decidirse al fin por la religión, puede decirse que su elección ha sido libre, y que ha apreciado, como debía, los dos lados de esta cuestión gigantesca.

La negación religiosa que se formuló por último entre los franceses por Voltaire, y entre los ingleses por Byron, halló en Goethe un ábitro más bien que un adversario. Siguiendo en sus obras los progresos, ó al menos, la última transformación de la filosofía de su país, este poeta ha dado á todos los principios en lucha una solución completa, que bien puede no aceptarse, pero cuya lógica sabia y perfecta es imposible negar. No hay en ella ni eclecticismo, ni fusión; la antigüedad y la edad media se dan la mano, sin confundirse, la materia y el espíritu se reconcilian y se admiran; lo que está caído se levanta; lo que está doblado se endereza; el mismo principio malo se confunde con el amor universal. Es el panteísmo moderno: Dios existe en todo.

Tal es la conclusión de este vasto poema, el más asombroso tal vez de nuestra época, el único, que puede oponerse al poema católico del Dante y á las obras maestras de la inspiración pagana. Debe sernos muy sensible que la segunda parte del Fausto no tenga todo el valor de ejecución de la primera, y que el autor haya tardado en completar un pensamiento que fué el grande pensamiento de toda su vida. En efecto, la inspiración del segundo Fausto, todavía más alta acaso que la del primero, no ha encontrado siempre una forma tan fija y tan feliz; y aún cuando esta obra se recomienda más al examen filosófico, bien puede decirse que la popularidad le faltará siempre.

Para una obra tan vasta, tan poderosa, hubiese sido necesario que el autor no hubiese aguardado los últimos años de su vida.

El segundo *Fausto* obra muy curiosa al punto de vista de la crítica literaria, no tiene ya el interés ni hasta el valor de composición del primero. Muchos grandes escritores han tenido este antojo de dar una continuación á su obra maestra. Así fué como Corneille escribió la continuación del *Embustero*; Beaumarchais, en la *Madre culpable*, la continuación algo tétrica de su alegre *Barbero*. Hemos querido dar, para completar nuestro trabajo, por la análisis una idea del inmenso poema que llaman el segundo Fausto.

Ese complemento póstumo, publicado solamente en las obras completas del autor, no se enlaza directamente con el desarrollo claro y preciso del primer dato, y por más que las ideas tomadas separadamente sean grandes y poéticas, no forman sin embargo ese conjunto armonioso y correcto que ha hecho de Fausto una obra inmortal. En ciertas partes sin embargo, hallarése un hermoso reflejo de ese poderoso genio cuya facultad creadora estaba extinguida desde muchos años, cuando intentó luchar con sí mismo publicando su última obra.

Al publicar la primera edición de nuestro trabajo, pusimos en epigrafe, la frase célebre de madama de Staél, relativa al *Fausto*: « El Fausto hace reflexionar sobre todo, y sobre algo más que todo. »

Á medida que Goethe continuaba su obra, este pensamiento se hacía más verdadero aún. Indica á la vez el defecto y la gloria de esta noble empresa. En efecto, puede decirse que ha hecho salir la poesía de su dominio, precipitándola en la más aventurada metafísica. El arte necesita siempre una forma absoluta y

precisa, más allá de la cual no hay sino confusión y desorden.

En el primer *Fausto*, esta forma existe pura y bella, el pensamiento crítico puede seguir todos sus contornos; y la tendencia hacia lo infinito y lo imposible, hacia lo más allá de todo, no es en él otra cosa que el centelleo de los fantasmas luminosos evocados por el poeta.

Mas ¿que forma dramática, que estrofas y que versos podrán contener unas ideas que los filósofos no han expuesto jamás sino como sueños fébriles? Como el mismo Fausto cuando baja hacia las *Madres*, la musa del poeta no sabe donde poner el pie, ni aun puede tender su vuelo, en una atmósfera donde falta el aire, más insegura que las olas, y más vacía que el éter. Más allá de los círculos infernales del Dante, bajando á un abismo limitado; más allá de las regiones espléndidas de su paraíso católico, abarcando todas las esferas celestes, hay aún más espacio y más espacio que el vacío, cuyo fin no puede percibir Dios mismo. Parece que la creación va dilatándose siempre en ese espacio infinito, y que la inmortalidad de la inteligencia suprema, se esfuerza siempre en conquistar continuamente ese imperio de la nada y de la noche.

Ese infinito siempre abierto, que confunde la razón humana más fuerte, no impone al poeta de Fausto. Él se aplica á dar de él una definición y una fórmula, y tiende á esa presa móvil una red visible, más impalpable y siempre creciente como ella. Aun más, no contento con analizar el vacío y lo inexplicable del infinito presente, se lanza al de lo pasado. Para él como para Dios, nada es finito, ó al menos, nada se transforma, sino la materia, y los siglos transcurridos se conservan enteros en el estado de inteligencias y de

sombras, en una continuación de regiones concéntricas, extendidas al rededor del mundo material. Allí esos fantasmas acaban aún, ó piensan acabar las acciones iluminadas en otro tiempo por el sol de la vida, y en las que probaron la individualidad de su alma inmortal. Sería, en efecto, un consuelo el pensar que nada muere de cuanto ha herido la inteligencia, y que la eternidad conserva en su seno una especie de historia universal, visible para los ojos del alma, sincronismo divino que nos haría participar algún día de la ciencia de Él que ve con una sola ojeada todo lo porvenir y todo lo pasado.

El doctor Fausto, presentado por el autor como el tipo más perfecto de la inteligencia y del genio humano, que conoce toda ciencia, que ha pensado toda idea, que nada tiene ya que aprender ni ver sobre la tierra, no aspira ya más que al conocimiento de las cosas sobrenaturales, y no puede ya vivir en el limitado círculo de los deseos humanos. Su primer pensamiento es pues darse la muerte, pero las campanas y los cantos de Pascua le hacen caer de las manos la copa del veneno. Acuérdate que Dios ha prohibido el suicidio y se resigna á vivir de la vida de todos hasta que el Señor se digne llamarlo á sí. Triste y pensativo, se pasea con su criado, en la tarde del día de Pascua, en medio de una ruidosa multitud, después en la soledad del campo, al caer de la tarde.

En ese momento, es cuando descubre sus aspiraciones á su discípulo y cuando lo tienta el diablo que se aprovecha para ello de ese momento de arrobamiento y de tristeza. Primero lo sigue en forma de perro á su gabinete de estudio y lo distrae de la lectura de la Biblia donde el doctor procura hallar consolaciones. No tarda en revelarse bajo otra forma, y sacando par-

tido de la curiosidad sublime de Fausto, le ofrece de hacerle conocer las maravillas de la vida futura sin que tenga que abandonar la existencia real. Fausto acepta el pacto y lo firma con su sangre. Nada sabe el viejo doctor de los goces de este mundo excepto lo que le han enseñado los libros. Su corazón es virgen para el amor y el dolor y no ha de ser difícil reducirlo pronto á la desesperación agitando sus pasiones adormecidas. Tal será el plan de Mefistófeles quien con un filtro rejuvenece á Fausto y está seguro de que con esa bebida en el cuerpo, cualquiera mujer le va á parecer una Elena.

Efectivamente, al salir de la casa de la bruja que ha preparado la bebida, Fausto se enamora de una joven llamada Margarita que encuentra en la calle é impaciente de lograr su intento, llama en su socorro á Mefistófeles, el cual por algún tiempo se presta á hacer el papel de un vil mediador. El instinto diabólico de éste se manifiesta en la naturaleza de la bebida que duerme á la madre de Margarita y en su monstruosa intervención en el desafío de Fausto con el hermano de Margarita. Mefistófeles transporta á Fausto en medio de las maravillas de una noche de sabbat, en el momento en que Margarita sucumbe bajo el peso de la pública reprobación. Una aparición que no había previsto Mefistófeles evoca en la mente de Fausto el recuerdo de Margarita que obliga el demonio á venir en auxilio de ésta ya condenada y encerrada en una cárcel. Ahí acontece esa escena desgarradora, una de las más dramáticas del teatro alemán en que la pobre joven, privada de razón, pero iluminada en el fondo del corazón por una mirada de la madre de Dios que ella había implorado, no admite ese socorro del infierno, y rechaza su amante que por intuición ve aban-

donado á los artificios del diablo. En el momento en que Fausto quiere arrebatlarla por fuerza, suena la hora del suplicio; Margarita invoca la justicia del cielo, y los cantos de los ángeles van á hacer impresión sobre el mismo doctor, cuando la mano de Mefistófeles lo aparta de ese doloroso espectáculo y de esa divina tentación.

Aquí principia la segunda parte de la que ya hemos dado la análisis y hecho entender el plan general.

Al terminar esta apreciación de los dos poemas, sentimos no haber podido tal vez esparcir en ella toda la claridad que se pudiera desear. El pensamiento del mismo autor es á menudo abstracto y como velado de intento, y uno se ve precisado á dar la interpretación más bien que el sentido. Este defecto capital es lo que nos ha hecho reemplazar con un análisis algunas partes accesorias del nuevo *Fausto*. La popularidad del primer *Fausto* ha podido comunicar después algún interés á la traducción de estos trozos; pero los que hemos omitido y que en la misma Alemania han perjudicado la comprensión y el buen éxito de la obra entera, hubieran dejado menos aún en la traducción. El pasaje que vamos á citar del mismo Goethe y que se halla en sus Memorias es á la vez la crítica cierta, poesía de palabras más bien que de ideas, y la absolución de nuestro sistema de trabajo, si hemos conseguido alcanzar á la vez la exactitud y la elegancia.

«Débense apreciar el ritmo y la rima, caracteres primitivos y esenciales de la poesía. Pero lo que hay más importante, más fundamental, lo que produce la impresión más profunda, lo que obra con mayor eficacia sobre nuestro moral en una obra poética, es lo que queda del poeta en una traducción en prosa; pues eso solo es el valor real de la obra en toda su pureza, en su per-

fección. Un ornamento que deslumbra hace con frecuencia que creamos que existe ese mérito real cuando no lo hay, y con no menos frecuencia lo esconde á nuestra vista cuando existe : por lo mismo, cuando yo hacía mis primeros estudios, prefería las traducciones en prosa. Se puede observar que de todo se hacen un juego los niños : así es que el sonido de las palabras, la cadencia del verso los divierten, y por esa especie de parodia que de ellos hacen al leerlos, hacen desaparecer todo el interés de la obra más hermosa. Yo creería que una traducción de Homero en prosa sería muy útil con tal que fuera al nivel de los progresos de nuestra literatura. »

(GOETHE, *Dichtung und Wahrheit*.)

DEDICATORIA ¹

¡ Venid, ilusiones !... ¡ en la mañana de mi vida cuánto me deleitaba en fijar vuestro inconstante vuelo ! La tarde va llegando, y sin embargo un grato deseo, una vanidad es lo que aun me halaga. ¡ Acercaos ! Bien ; todo se anima y se apiña por encima de las nieblas, en un mundo más grande. Mi corazón, que rejuvenece, aspira con embriaguez el soplo mágico que anda vagando en derredor vuestro.

Percibo las imágenes de los hermosos días transcurridos, y más de una sombra querida ha bajado del cielo ; como un fuego avivado que rompería la noche de los siglos, el amor y la amistad vuelven á poblar para mí estos lugares.

Mas las penas los acompañan : en nuestras tristes moradas, nunca ha sido completa la alegría. Viene á nombrarme todos esos, que heridos por la muerte en medio de horas apacibles, han dejado su tierno amigo. Esta voz que amaban tiene sonidos más suaves, pero no puede llegar hasta los muertos ; ya no existen los que me escuchaban con la benevolencia de la amistad ; ¡ he perdido mi antiguo orgullo, mis primeros cantos !

1. Se cree que Goethe dirige esta dedicatoria á los manes de algunos amigos, que perdió antes de la publicación de su poema.

Al presente canto para una multitud que no conozco; sus aplausos son para mi un ruido vano. Si la alegría, alguna vez ha bajado en mi alma, parecía que vagase por un mundo destruído.

Un deseo olvidado, que sin embargo quiere renacer, viene á estremecer mi ánimo en medio de su larga paz, pero quizá mis nuevos cantos inarticulados no son más que los de un arpa que hace gemir la brisa. ¡Ay! Siento un estremecimiento: corren mis lágrimas y se sosiega mi corazón conturbado. Vuelven á nacer los encantos de una vez y lo que para mi desapareció revive aquí.

FAUSTO

PRÓLOGO EN EL TEATRO

EL DIRECTOR, EL POETA DRAMÁTICO, EL GRACIOSO.

EL DIRECTOR. — Vosotros, cuyo auxilio tantas veces me fué útil, dadme vuestros consejos para un caso difícil. ¿Que opináis de mi gran empresa? Yo no aspiro más que á ver mucha gente aquí y es preciso procurar contentarla. pues ella sola nos hace vivir. Pero gracias á Dios, este día ha realizado nuestras esperanzas. Allá tenéis al público reunido para vernos y preparándonos un fácil triunfo. Todos los asientos llena su inmóvil masa. Sus ojos clavados en el telón me hacen comprender que esperan cosas nuevas. Hallarlas y contentarlo es mi única esperanza. Si no comprenden el género sublime, han leído bastante y es preciso darles algo sobresaliente, divertido, ameno. ¡Ah! el espectáculo que me gusta á mí es observar la multitud, que se empuja y estruja; que con gritos y tumulto desde media tarde cerca el despacho de localidades y nuestro cajero, ufano con la entrada, se parece á un panadero en un día de hambre. ¿Pero quién puede hacer tan

Al presente canto para una multitud que no conozco; sus aplausos son para mi un ruido vano. Si la alegría, alguna vez ha bajado en mi alma, parecía que vagase por un mundo destruído.

Un deseo olvidado, que sin embargo quiere renacer, viene á estremecer mi ánimo en medio de su larga paz, pero quizá mis nuevos cantos inarticulados no son más que los de un arpa que hace gemir la brisa. ¡Ay! Siento un estremecimiento: corren mis lágrimas y se sosiega mi corazón conturbado. Vuelven á nacer los encantos de una vez y lo que para mi desapareció revive aquí.

FAUSTO

PRÓLOGO EN EL TEATRO

EL DIRECTOR, EL POETA DRAMÁTICO, EL GRACIOSO.

EL DIRECTOR. — Vosotros, cuyo auxilio tantas veces me fué útil, dadme vuestros consejos para un caso difícil. ¿Que opináis de mi gran empresa? Yo no aspiro más que á ver mucha gente aquí y es preciso procurar contentarla. pues ella sola nos hace vivir. Pero gracias á Dios, este día ha realizado nuestras esperanzas. Allá tenéis al público reunido para vernos y preparándonos un fácil triunfo. Todos los asientos llena su inmóvil masa. Sus ojos clavados en el telón me hacen comprender que esperan cosas nuevas. Hallarlas y contentarlo es mi única esperanza. Si no comprenden el género sublime, han leído bastante y es preciso darles algo sobresaliente, divertido, ameno. ¡Ah! el espectáculo que me gusta á mí es observar la multitud, que se empuja y estruja; que con gritos y tumulto desde media tarde cerca el despacho de localidades y nuestro cajero, ufano con la entrada, se parece á un panadero en un día de hambre. ¿Pero quién puede hacer tan

suave milagro? ¡Un poeta, querido!... Y de vos lo espero.

EL POETA. — No me hables de esa insensata turba que aterra el alma y hiela el pensamiento, torbellino vulgar que roe el tedio y á un mundo de ocios nos arrastra; ¡Que son para mí todos esos honores! Lejos de aquí, es menester llevarme, bajo el azul sereno, donde para mi encantado corazón florezca un puro amor, donde el amor y la amistad ayudados por un soplo celestial reanimen algún resto de mis ilusiones.... Allí este corazón ardiente encontraría algo de grande, porque los cantos del alma demasiado ardiente, heridos de muerte ó coronados al golfo del olvido van derechos: ¡menos brillantes cantos, frutos del desvelo mejor deleitarían á la posteridad. Que lo que demasiado pronto crece, pronto acaba: pero un laurel tardío crece en el porvenir.

EL GRACIOSO. — ¡Oh, la posteridad! ¡Sublime nombre! ¿Y qué, nada merece nuestro siglo? Pues si para el porvenir trabajara yo también, fuera pena vivir en estos tiempos. Los que viven tienen la justa pretensión de divertirse antes de sus nietos. Yo hago lo que puedo para divertirlos, que divertir á muchos es mi empleo. Vos que aspiráis á ilustres sufragios, sean también para el siglo vuestros versos. Tened pasión, y sentimiento, y alma y también locura, que todo es bueno.

EL DIRECTOR. — Ostentad la riqueza de la escena, cuadros variados, un nuevo mundo á los espectadores asombrados... ¿Á qué vienen? Á ver, quieren ver á toda costa. Os llamarán genio sublime si conquistáis su atención. Sobre la masa obra la masa. Cada cual escoge según su gusto y halla lo que busca donde la materia abunda y quien mucho da, da para el orbe entero. Que también vuestra obra sea variada. En un

argumento sencillo no hoy encanto. El público poco aprecia esas bellezas y haría piezas vuestra pieza.

EL POETA. — Desprecio de igual modo las amenazas y el favor del público; un semejante oficio repugna á mi orgullo; ¡está visto! estáis por el galimatías de nuestros modernos autores.

EL DIRECTOR. — Tenéis razón. El que quiere trabajar puede elegir el instrumento. Mirad lo que tenéis que hacer y no olvidéis para quien escribís. Uno acaba de venir cargado de fastidio, otro llega recién comido, otros, y es lo peor, vienen cansados de leer periódicos: Se viene aquí como á un baile de máscaras en alas de la curiosidad. Los hombres vienen para ver y las mujeres para ser vistas ¿Que vais á pedir á Helicon? ¿Para contentar á semejante gente, se necesita tanto trabajo? ¡Terribles jueces á fe mía! Estúpidos los más, insensibles los menos, al salir de aquí, uno en el juego pasará la noche y el otro se irá con su querida. Pobre loco si á semejante gente prostituis vuestra musa. ¡Nunca! Creedme, os lo repito, brocha gorda y no más. Es menester sacudir esas mentes que no es posible contentar. ¿Mas que es eso, que tenéis? ¿Es arrobamiento ó cólera?

EL POETA. — ¡Buscad otro lacayo! Ignoráis el deber del poeta y su celestial empleo; cómo subyuga los corazones y á su capricho combina los elementos por la armonía que llena su ser y le hace reconstruir el mundo en su corazón. Mientras que la naturaleza va envolviendo en su huso los hilos animados de su eterna trama; cuando los seres diversos en tumulto apiñados siguen tristemente el curso de los siglos; ¿quién someterá la materia al genio? ¿Quién someterá la acción á la armonía? ¿Quién sabe hacer volver al orden universal el ser que se rebela ó se puede

extraviar? ¿Quién, por acentos más ardientes ó más discretos sabe suscitar las tempestades del mundo, ó consolar los corazones dolientes? ¿Quién cubrirá con flores el sendero del amante? ¿Quién puede recompensar las artes y conceder los favores de la Gloria con hojas de laurel? ¿Quién protege á los dioses? ¿Quién sostiene al Empireo? El poder del hombre que sólo en el poeta se revela.

EL GRACIOSO. — Muy bien, yo venero el arte y el genio: pero dejad algo al azar; que es el amor, la vida... dos seres se ven, se enlazan, ¿quién sabe cómo? Suave es la pendiente, uno la sigue, se cree que va á ser feliz; llegan los pesares y se concluyó la novela. Esto es lo que será preciso que pintéis. Lanzaos sin temor en la existencia; todo el mundo toma parte en ella sin saberlo y hace sin saberlo cosas que vos solo comprenderéis y veréis. Entre mil imágenes, una verdad, y un solo rayo de luz en vuestras nubes. ¡Entonces veréis el auditorio entusiasmado, frenético! Necesitan de un espejo y no de una pintura donde se mirarán todas las tardes. No olvidéis el amor; el solo os dará aplausos y llenará la caja. Encended una hoguera donde la juventud tenga provisión de fuego, que si al hombre maduro no conviene, debéis contar con el que quiere llegar á serlo.

EL POETA. — ¡Devuélveme, pues, esos tiempos de mi adolescencia en que yo mismo no era más que una esperanza; esa edad tan fecunda en cantos armoniosos mientras un mundo perverso no espantó mis ojos; mientras que, apartado de los honores, mi corazón sólo fué ávido de flores, dulces tesoros del húmedo valle! En mi sueño de oro, yo me iba cantando. Nada poseía y ¡cuánto era feliz sin embargo! ¡Devuélveme esos deseos que cansaban mi vida, esos pesares desgarradores

que hoy envidio, mi juventud!... En una palabra, haz revivir en mi alma la fuerza para odiar y el poder de amar!...

EL GRACIOSO. — Esa edad ardiente que tanto anhelas te fuera necesaria en un combate ó si la hermosura por tu amor suspirase, si en la carrera el premio disputases, si en una noche de felicidad buscases la embriaguez del amor. Pero pulsar una lira con indolente gracia, á la meta que te indican llegar cantando, esto es, viejo cantor, lo que de ti se espera.

EL DIRECTOR. — ¡Vamos! ¡obras no más!.. las palabras son inútiles; dejad á parte vuestros tontos cumplimientos. ¿De qué sirve decir esto ha de hacerse, si no lo hacéis al fin? Usad del arte pues que sois poeta. La multitud busca lo nuevo, satisfacedla pues. Es preciso que procuremos contentar sus gustos. Quien tiene la ocasión no debe soltarla. No ahorréis ni máquinas ni tramoyas, dejad mis almacenés limpios, sembrad á manos llenas la luna, las estrellas, los árboles, el Océano y las rocas de lienzo, poblad todo eso de aves y de fieras, desarrollad los cuadros de la Creación pasando á través de la naturaleza entera, del infierno al cielo, y del cielo á la tierra.

PRÓLOGO
EN EL CIELO

EL SEÑOR, LAS MILICIAS CELESTIALES, LUEGO
MEFISTÓFELES. LOS TRES ARCÁNGELES SE ADE-
LANTAN.

RAFAEL. El sol resuena como en el mundo antiguo en el coro armonioso de las esferas, y su ordenada carrera se hace con la rapidez del rayo.

Su aspecto infunde fuerza á los ángeles, aunque no puedan penetrarlo. Las maravillas de la creación son inexplicables y magníficas como en su primer día.

GABRIEL. La tierra ataviada gira sobre ella misma con una increíble velocidad, y pasa sucesivamente del día puro del Edén á las tinieblas pavorosas de la noche.

El mar espumoso azota con sus olas el pie de las rocas, y rocas y mares son llevados al círculo eterno de los mundos.

MIGUEL. La tempestad se dispara de la tierra á los mares, y de los mares á la tierra, y los ciñe con una cadena de furiosas sacudidas; el relámpago traza delante del rayo un luminoso sendero. Pero, más altos, Señor, tus mensajeros adoran el esplendor tranquilo de tu día.

Los TRES. Su aspecto imprime fuerza á los ángeles, aunque no puedan comprenderlo. Las maravillas de la

creación son inexplicables y magníficas como en el primer día.

MEFISTÓFELES. Señor, pues te acercas una vez á nosotros, pues que quieres saber cómo van las cosas de abajo, y que de ordinario te complaces con mi plática, vengo hacia ti entre esta muchedumbre. Perdona si me expreso con poca solemnidad: temo mucho hacerme silbar por la compañía; y la elocuencia en mi boca daría risa seguramente, si no hubiese mucho tiempo que has perdido el hábito de reir. Nada tengo que decir del sol ni de las esferas; pero veo como se atormentan los hombres. El diosencillo del mundo tiene todavía el mismo temple y es tan extravagante como en el primer día. Viviría, me parece, más convenientemente si no hubieras tocado su cerebro con un rayo de la celeste luz. Él llama á eso razón, y no la emplea más que en gobernarse más bestialmente que las bestias. Se parece (si tu Señoría lo permite) á esas cigarras de largas patas, que saltan y revolotean en la hierba cantando su vieja canción. ¡Y si estuviera siempre en la hierba! mas no, es menester que vaya además á hocicar contra los estercoleros.

EL SEÑOR. ¿No tienes más que decirnos? Nunca has de venir sino para quejarte. Y según tú, ¿no hay nada bueno en la tierra?

MEFISTÓFELES. Nada, Señor: todo va en ella perfectamente mal, como siempre: los hombres me dan lástima en sus días de miseria, hasta tal punto, que se me hace cargo de conciencia atormentar á esta pobre especie.

EL SEÑOR. ¿Conoces á Fausto?

MEFISTÓFELES. ¿El Doctor?

EL SEÑOR. Mi siervo.

MEFISTÓFELES. Sin duda. Ese sujeto os sirve de

una manera extraña. Para ese loco nada hay de terrestre, ni aun el comer ni el beber. Su espíritu siempre cabalga por los espacios, y él mismo se da cuenta á medias de su locura. Pide al cielo sus más bellas estrellas, y á la tierra sus sublimes alegrías ; pero nada de lejos ni de cerca basta para calmar la tempestad de sus deseos.

EL SEÑOR. Me busca afanosamente en la oscuridad, y voy bien pronto á conducirle á la luz. En el arbusto que enverdece, el jardinero distingue ya las flores y los frutos que se desarrollarán en la estación inmediata.

MEFISTÓFELES. ¿ Queréis apostar á que perdéis también á ese? Pero dejadme la elección de los medios, para arrastrarle despacio á mis vías.

EL SEÑOR. Cuanto tiempo viva sobre la tierra te es permitido inducirle en tentación. Todo hombre que obra puede extraviarse.

MEFISTÓFELES. Os doy gracias. Me agrada mucho habérmelas con los vivos. Me gustan las mejillas llenas y frescas. Soy como el gato, que se cuida muy poco de los ratones muertos.

EL SEÑOR. Bien, lo permito. Separa á ese espíritu de su origen, y condúcelo á tu camino, si puedes; pero que seas confundido si tienes que reconocer que un hombre de bien, en la tendencia confusa de su razón, sabe distinguir y seguir la vía estrecha del Señor.

MEFISTÓFELES. No la seguirá mucho tiempo : mi apuesta nada tiene que temer. Si venzo, me permitiréis que triunfe con todo sosiego. Quiero que coma el polvo con delicias, como el áspid mi primo.

EL SEÑOR. Siempre podrás presentarte aquí con libertad. Yo no repugno nunca á tus iguales. Entre los

espíritus que niegan, el espíritu de astucia y de malicia es el que menos me disgusta. La actividad del hombre se entibia fácilmente; es propenso á la pereza, y me place verlo con un compañero activo, inquieto, y que hasta puede crear en caso de necesidad como el diablo. Mas vosotros, verdaderos hijos del cielo, regocijaos en la belleza viva en que nadáis, que el poder que vive y obra eternamente, os retiene en las dulces barreras del amor : sabed afirmar en vuestros pensamientos durables, los cuadros vagos y cambiantes de la creación.

(El cielo se cierra, los arcángeles se separan.)

MEFISTÓFELES. Me gusta visitar de cuando en cuando al viejo Señor, y cuido de no romper con él. Es muy bueno esto de que tan alto personaje hable al mismo diablo con tanta ingenuidad.

PRIMERA PARTE

La noche; en una habitación de bóveda elevada, estrecha, gótica, Fausto, inquieto, está sentado delante de su pupitre.

FAUSTO. ¡Filosofía, ay de mí! ¡jurisprudencia, medicina, y tú también, triste teología!.. os he estudiado á fondo con ardor y paciencia : y heme aquí ahora, pobre loco, tan sabio como antes. Me titulo, es verdad, maestro, doctor, y hace diez años que dirijo como quiero á mis discípulos. Y bien veo que nada podemos conocer... ¡ He ahí lo que me abrasa la sangre! ¡ Sé más, ciertamente, que todos cuantos necios, doctores, maestros, escritores y monjes hay en el mundo! ¡ Ni un escrúpulo, ni una duda me atormentan ya! Nada temo del diablo, ni del infierno : pero también me ha sido arrebatada toda alegría. No creo, en efecto, saber nada bueno, ni poder enseñar á los hombres para mejorarlos y convertirlos. Tampoco tengo ni bienes, ni dinero, ni honor, ni dominio en el mundo : un perro no querría la vida á tanta costa. Ya no me queda otro recurso que lanzarme á la magia. ¡ Oh! ¡ si la fuerza del espíritu y de la palabra descubriese los secretos que ignoro, y si no estuviese obligado á decir penosamente lo que no sé; si, en fin, pudiese conocer yo cuanto en sí mismo oculta el mundo, y sin dedicarme más á palabras inútiles, ver lo que la naturaleza contiene de secreta energía y de semillas eternas! ¡ Astro

de la luz argentada, dignate echar, por última vez, una mirada sobre mi pena!... ¡ he velado tantas noches enteras junto á este pupitre! Entonces era cuando te me aparecias sobre un montón de libros y de papeles, melancólica amiga! ¡ Ah! que no pueda á tu dulce claridad, trepar las altas montañas, vagar por las cavernas con los espíritus, danzar sobre el césped pálido de las praderas, olvidar todas las miserias de la ciencia, y bañarme rejuvenecido en la frescura de tu rocío?

¡ Ay de mí! ¡ y me consumo todavía en mi calabozo! Miserable agujero, en donde no puede penetrar la dulce luz del cielo, sino con mucho trabajo, al través de esas vidrieras pintadas, á través de este montón de libros empolvados y carcomidos, y de papeles hacinados hasta el techo. Alrededor de mí no veo más que vid. io, cajas, instrumentos, muebles podridos, herencia de mis antepasados... ¡ Y ese es tu mundo, y eso se llama mundo!

Ya preguntas por qué tu corazón se oprime con inquietud en tu pecho, por qué un dolor secreto trava en ti todos los movimientos de la vida! ¡ Lo preguntas!...

Y en vez de la naturaleza animada en que Dios te ha creado, sólo estás rodeado de humo y podredumbre, despojos de animales y huesos de muertos!

¡ Libértate! ¡ Lánzate al espacio! ¿ se libro misterioso, escrito de mano de Nostradamus, ¿ no basta para conducirte? Entonces podrás conocer el curso de los astros; entonces, si la naturaleza se digna instruirte, la energía del alma te será comunicada como un espíritu á otro espíritu. En vano, por un árido sentido, pretendieras explicarte aquí los signos divinos... Espíritus que nadáis junto á mí, respondedme, si me oís! (Toca el libro y considera el signo del microcosmos.) ¡ Ah! que éxtasis se apodera de todo mi ser con esta vista! Se me figura sentir una vida nueva, santa é hirviente, circular por

mis nervios y en mis venas. ¿ Están trazados por la mano de un Dios estos caracteres, que alivian los dolores de mi alma, embriagan de alegría mi pobre corazón, y descubren á mi alrededor las fuerzas misteriosas de la naturaleza? ¿ Soy yo mismo un Dios? ¿ Todo se me hace tan claro! En estos sencillos rasgos, el mundo revela á mi alma todo el movimiento de su vida, toda la energía de su corazón. Ya reconozco la verdad de las palabras del sabio: « El mundo de los espíritus no está errado: tu sentido está alentado, tu corazón está muerto. Levántate, discípulo, y ve á bañar ítigablemente tu seno mortal en los rayos purpúreos de la aurora! » (Mira el signo.) ¿ Cómo se mueve todo en el universo! ¿ Cómo obra todo, lo uno en lo otro, y como vive una existencia misma! ¿ Cómo las potencias celestiales se elevan y descienden, pasando de una á otra, los cántaros de oro! Desde el cielo derraman sobre la tierra un rocío que refresca la sequedad del sol, y la agitación de sus alas llena los espacios sonoros de una inefable armonía.

¿ Que espectáculo! Pero ¡ ay! ¡ no es más que un espectáculo! ¿ Por dónde asistir, naturaleza infinita? ¿ No podría también yo estrechar tus pechos, de que el cielo y la tierra se hallan suspendidos? Quisiera bañarme en esa leche inagotable... mas corre por todas partes, todo lo inunda, y yo me consumo inútilmente tras ella! *(Da un golpe sobre el libro con despecho, y considera el signo del Espíritu de la tierra.* ¿ Que diversamente obra este signo sobre mí. ¿ Espíritu de la tierra, ya te aproximas! siento que se aumentan mis fuerzas, hiervo como un licor que fermenta! me siento con valor para exponerme al mundo, para soportar sus trabajos y sus prosperidades; para luchar con la tormenta y despreciar los crugidos de mi buque. ¿ Qué

nubes se amontonan sobre mí! La luna esconde su luz... la lámpara se apaga! Humea!... ¡ Ardientes rayos se cruzan alrededor de mi cabeza, y un frío penetrante me entumece y oprime! Siento que te agitas al rededor de mí, Espíritu que he invocado. ¡ Ah! ¡ Cómo se desgarran mi seno! ¡ mis sentidos se preparan á recibir impresiones desconocidas! ¡ Todo corazón mi se entrega á tí!... ¡ Aparece! ¡ ven! ¡ aunque me cuestes la vida!

(Coge el libro, y pronuncia los signos misteriosos del Espíritu. Se enciende una llama roja, y el Espíritu aparece en ella.)

EL ESPÍRITU. ¿ Quién me llama?

FAUSTO. ¡ Horrorosa visión!

EL ESPÍRITU. Tú me has evocado. Tu soplo obraba sobre mi esfera, y me arrancaba de ella con violencia. Y ahora...

FAUSTO. ¡ Ah! ¡ No puedo sufrir tu vista!

EL ESPÍRITU. ¡ Aspirabas tan fuertemente hacia mí! Descabas verme y escucharme. Cedo al anhelo de tu corazón. Heme aquí. ¿ Qué miserable espanto se apodera de tu naturaleza sobre humana! ¿ Qué has hecho de tu elevado deseo, de ese corazón que se creaba un mundo en sí mismo, que lo contenía y lo fecundaba, no teniendo bastante con el otro, y tendiendo á igualarse á nosotros los espíritus? Fausto, ¿ en donde estás? Tú, que me atraías aquí con todas tus fuerzas y con toda tu voz, ¿ eres tú á quien el espanto hiela hasta las fuentes de la vida y prosterna ante mí, como á un vil insecto que se arrastra?

FAUSTO. ¿ Por qué he de temerte yo, fantasma de llama? Yo soy Fausto, soy tu igual.

EL ESPÍRITU. ¡ En el océano de la vida, y en las borrascas de la acción, subo y bajo, voy y vengo! ¡ Nacimiento y tumba! Mar eterno, trama mudable, vida

enérgica, con que urdí en el telar del tiempo las telas imperecederas, ropajes animados por Dios.

FAUSTO. Espíritu creador, que ondulas al rededor del dilatado universo, ¡cuán fuerte me siento junto á ti!

EL ESPÍRITU. Eres igual al espíritu que concibes; mas no eres igual á mi. (*Desaparece.*)

FAUSTO, *cayendo de espaldas.* ¡Á ti no!... ¿Á quién, pues?... ¡yo! la ¡imagen de Dios!; Ni aun áti! (*Lllaman.*) ¡Oh muerte! No lo dudo, es mi criado. Y he ahí todo el esplendor de mi felicidad reducido á nada... ¡Es posible que una visión tan sublime sea aniquilada ¡or un maldito criado!

Wagner, en traje de casa y gorro de noche, con una luz en la mano. Fausto se vuelve de mal humor.)

WAGNER. ¡Perdonad! Os oía declamar: leíais sin duda una tragedia griega, y podría sacar partido de ese arte, que hoy está muy en boga. He oído decir muchas veces, que un comediante puede llegar á ser cura.

FAUSTO. Sí, si el cura es un comediante, como suele suceder ahora.

WAGNER. ¡Ah! Cuando uno se halla así retirado en su gabinete, viendo apenas el mundo en los días de fiesta, y eso de lejos y á través de un cristal, ¿quién podrá aspirar á conducirlo una vez por la persuasión?

FAUSTO. Jamás lo conseguiréis, si no sentís fuertemente; si la inspiración no brilla fuera de vuestra alma, y si, por la emoción más violenta, no arrastra los corazones de todos los que escuchan. Id, pues, á reconcentraros en vos mismo, á mezclar y á recalentar los restos de otro festín, para hacer de todos un pequeño guiso;... haced saltar una chispa del montón de cenizas que sopláis... Y podréis esperar la admi-

ración de los niños y de los monos, si queréis, pero jamás obráis sobre los demás, si vuestra elocuencia no nace en el corazón mismo.

WAGNER. Mas la prolocución es la dicha del orador, y yo conozco que estoy muy lejos de alcanzar tal facultad.

FAUSTO. Buscad, pues, un éxito mediano, y no os aficionéis á los cascabeles de una brillante locura: no hace falta tanto artificio para hacer tolerar la razón y el buen sentido, y si tenéis que decir algo importante, no es en las palabras donde debéis poner más atención. Si: vuestros discursos tan brillantes, con que pintáis tan bien las bagatelas de la humanidad, son estériles como el viento nebuloso del otoño que murmura entre las hojas secas.

WAGNER. ¡Ay Dios! el arte es larga, y nuestra vida corta. En cuanto á mí, en medio de mis trabajos literarios, me siento enfermo con frecuencia de la cabeza y del corazón. Que de dificultades no hay para encontrar el medio de elevarse á las causas. Y un pobre diablo puede muy bien morir antes de haber andado la mitad del camino.

FAUSTO. ¿Podría ser un pergamino la divina fuente en que nuestra alma apagase su sed eterna? Nunca estaréis consolado, si el consuelo no sale de vuestro propio corazón.

WAGNER. ¡Dispensadme! Es una fruición indefinible, transportarse al espíritu de los tiempos pasados, ver cómo un sabio pensó antes que uno, y cómo, viniendo de lejos, lo hemos pasado tan victoriosamente.

FAUSTO. ¡Oh! ¡sin duda! hasta las estrellas. Amigo mío, los siglos transcurridos son para nosotros el libro de los siete sellos; lo que llamáis espíritu de los tiempos no es en realidad sino el espíritu de los autores

en que los tiempos se reflejan. Y eso, ¡las más veces es verdaderamente una miseria! La primera ojeada basta para haceros huir. Es como un pozo de inmundicia, una vieja trastera, ó más bien una de esas ostentaciones de mercado, llenas de bellas máximas de moral, que de ordinario se ponen en boca de los muñecos.

WAGNER. ¡Mas el mundo, el corazón y el espíritu de los hombres! .. Cada uno debe desear conocer algo de esto.

FAUSTO. Si, lo que se llama conocer. ¿Quién se atreverá á dar al niño su verdadero nombre? Los pocos hombres que han sabido alguna cosa, y que han sido bastante locos para no guardar este secreto en su propio corazón, los que han descubierto al pueblo sus sentimientos y sus miras, en todos tiempos han sido crucificados y quemados. Os ruego, amigo mío, que os retiréis. Se hace tarde : dejemos eso por ahora.

WAGNER. Hubiera velado más de buena gana para aprovecharme de la conversación de un hombre tan instruido como vos; pero mañana, como último día de Pascua, os dignaréis permitirme otra pregunta. Me he entregado con afán al estudio, y sé mucho, es verdad; pero quisiera saberlo todo. *(Sale.)*

FAUSTO *solo.* ¡Ninguna esperanza abandona jamás una pobre cabeza! Este no se dedica más que á bagatelas, su mano ávida, cava la tierra para buscar tesoros, mas encuentra un gusano, y hele ya contento.

¿Cómo ha osado resonar en este sitio, en que el soplo del espíritu acaba de rodearme, la voz de semejante hombre? Sin embargo, ¡ay de mí! te doy gracias por esta vez, ¡oh, el más miserable de los hijos de la tierra! Tú me arrancas de la desesperación que iba á devorar mi juicio. ¡Ah! era tan gigantesca la aparición, que en realidad debí sentirme enano frente á ella.

Yo, la imagen de Dios, que creía haber alcanzado ya el espejo de la verdad eterna : que, desnudo, aislado de los hijos de la tierra, aspiraba á toda la claridad del cielo; yo que, superior á los querubines, creía poder nadar libremente en las venas de la naturaleza, y, creador también, gozar de la vida de un Dios... ¡cómo he podido elevar mis presentimientos á tal altura!... Y ¡cuánto debo expiar tanta audacia! Una palabra sola vino á arrojarme bien lejos.

¿No he pretendido igualarte?... Mas si tuve bastante fuerza para atraerte á mí, no me ha quedado ya para detenerte. ¡En aquel dichoso instante me sentía al mismo tiempo tan pequeño y tan grande! me has hundido cruelmente en la incertidumbre de la humanidad. ¿Quién me enseñará desde ahora, y que debo evitar? ¿Es preciso obedecer á esta impulsión? ¡Ah! nuestras acciones mismas, como nuestros sufrimientos, paran el curso de nuestra vida.

Una materia, cada vez más extraña para nosotros, se opone á todo cuanto el espíritu concibe de sublime; cuando conseguimos los bienes de este mundo, tratamos de error y de quimera todo lo que vale más que ello. Los nobles sentimientos que nos dan la vida sucumben ahogados por las sensaciones de la tierra.

La imaginación, que desplegando la osadía de su vuelo, ha querido, llena de esperanza, extenderse en la eternidad, se contenta con un pequeño espacio, desde que ve disiparse en el abismo del tiempo toda cuanta dicha soñaba. En el fondo de nuestro corazón viene á establecerse la inquietud : allí produce secretos dolores, allí se agita sin cesar, destruyendo la alegría y el reposo : se adorna continuamente con nuevas máscaras ; tan pronto es una casa, como una corte; una mujer, como un niño ; y hasta es fuego, agua, un

puñal, veneno... Temblamos ante lo que no nos espera, y lloramos incesantemente lo que no hemos perdido.

¡No soy tanto como Dios! lo conozco harto profundamente; sólo me parezco al gusano habitante del polvo, al gusano que el pie del viajero aplasta, mientras anda buscando un alimento.

¿No es también polvo todo lo que esta alta pared me conserva sobre cien estantes? ¿Todo este baratillo, cuyas bagatelas me encadenan á este mundo de gusanos?... ¿Debo encontrar aquí lo que me falta? ¡Tendré que leer tal vez esos millares de volúmenes, para saber que los hombres se han atormentado por todo, y que aquí y allá se ha mostrado un dichoso en la tierra! Oh tú, pobre cráneo vacío, ¿por qué parece que me asestas tu mofa? ¿Quieres decirme acaso que hubo un tiempo en que tu cerebro estuvo, como el mío, lleno de ideas confusas, que buscó la luz, y que, en medio de un triste crepúsculo, erró miserablemente en la inquisición de la verdad? ¡Instrumentos que estoy viendo! vosotros tenéis trazas de reiros de mi con todas vuestras ruedas, vuestros dientes, vuestras asas y vuestros cilindros. Yo estaba á la puerta y vosotros debíais servirme de llave. Vosotros sois, es verdad, más difíciles que una llave; pero no corréis los cerrojos. Misteriosa en medio del día, la naturaleza no se deja descubrir, y no existe ni palanca, ni máquina que pueda obligarla á mostrarle á mi espíritu lo que ha determinado ocultarle. Si todo este viejo tren, que jamás me fué útil, está aquí, es porque mi padre lo reunió. ¡Antigua polea! la sombría lámpara de mi pupitre te ha ennegrecido mucho tiempo. ¡Ah! ¡mejor hubiera hecho en gastar lo poco que me ha quedado, que en ocupar mis vigílias! Lo que has heredado de tu padre, adquiérela para poseerlo. Lo que no sirve, es

una carga pesada; pero lo que el espíritu puede crear en un momento, ¡he ahí lo útil!

¿Por qué, pues, se eleva siempre mi vista hacia ese sitio? ¿Tendrá una atracción magnética para los ojos ese pequeño frasco? ¿Por qué se me figura que de repente goza mi espíritu más luz, como un bosque sombrío en que la luna deja caer un rayo de su claridad?

¡Yo te saludo, redoma solitaria, que agarro con un piadoso repeto! en ti venero el espíritu del hombre y su industria. Llena de un extracto de los jugos más dulces que favorecen el sueño, contiene también todas las fuerzas que dan la muerte: ¡concedes tus beneficios al que te posee! ¡Te veo, y mi dolor se alivia: te cojo, y mi agitación disminuye, y la tempestad de mi espíritu se calma poco á poco! Yo me siento arrastrado al Océano inmenso; el espejo de las aguas marinas se extiende silenciosamente á mis pies; una luz nueva brilla para mí en playas desconocidas.

Un carro de fuego se cierne en el aire, y sus alas rápidas se humillan junto á mí: siento el deseo de emprender caminos nuevos en la llanura de los cielos, á través de la actividad de las esferas nuevas. Mas esta existencia sublime, esos transportes divinos, ¿cómo podrás merecerlos tú, ruin gusano?... Cesando de exponer tu cuerpo al dulce sol de la tierra; aventurándote á sondar esas puertas, ante las cuales se estreñecen todos. ¡He ahí la ocasión para probar con acciones; que la dignidad del hombre no cede á la grandeza de Dios! Es menester no temblar ante este abismo oscuro, en que la imaginación se condena á sus propios tormentos; ante esta estrecha senda, en donde está el mismo infierno... ¡Osa con pie atrevido cruzar ese paraje, aun á riesgo de encontrarte con la nada!

Sal ahora, copa de cristal puro; sal de tu viejo estuche, donde te olvidé por tantos años. Ya brillabas en los festines de mis padres, alegrabas los convidados más serios, que te pasaban de mano en mano: todos se creían obligados, cuando llegaba su turno, á celebrar en verso la belleza de las cinceladuras que te rodean, y á vaciarte de un solo trago. Tú me recuerdas las noches de mi juventud: ya no volveré á ofrecerte á nadie, no celebraré ya tus preciosos adornos. He aquí un licor que debo beber piadosamente; te llena de sus negras olas; yo lo he escogido, será mi última bebida; la consagro con toda mi alma, como libación solemne, á la aurora de un día más bello.

(Lleva la copa á su boca. Suenan campanas y cantos de coros.)

CORO DE ÁNGELES. ¡Cristo ha resucitado! Regocijese el mortal que se consume aquí abajo en los lazos del vicio y de la iniquidad.

FAUSTO. ¿Qué murmullos sordos, qué sonidos retumbantes arrancan poderosamente de mis turbados labios esta copa? Ese zumbido de las campanas, ¿anuncia ya la primera hora de los días de la Pascua? Esos coros divinos, ¿entonarán los cantos de consuelo, que desde la noche de la tumba, repetidos por los labios de los ángeles, fueron la primera prenda de una alianza nueva?

CORO DE MUJERES. Nosotras, sus fieles, habíamos bañado sus miembros desnudos en aceites perfumados. Le habíamos acostado en la tumba, ceñido de bandeletas y finos lienzos. Y ¡ay de nosotras! ¡el Cristo no está ya aquí! ¡Ya no le hallamos!

CORO DE ÁNGELES. ¡Cristo ha resucitado! ¡Dicho: a el alma amante que soporta la prueba de los tormentos y de las injurias con humilde piedad!

FAUSTO. ¡Cantos del cielo, cantos poderosos y dulces! ¿por qué me buscáis en el polvo? Resonad para los que emocionáis aún. Bien comprendo la nueva que me traéis; mas la fe me falta para creerla: el milagro es el hijo más querido de la fe. En cuanto á mí, no oso aspirar á esa esfera, donde resuena el anuncio de la buena nueva; y sin embargo, esos cantos que arrullaron mi infancia me vuelven á la vida. En otro tiempo, el beso del amor celestial descendía sobre mí, durante el solemne silencio del domingo: entonces el grave sonido de las campanas me llenaba de dulces presentimientos, y una oración era para mi corazón el goce más intenso: mil deseos, tan incomprensibles como puros, me arrastraban hacia los bosques y las praderas, y en un torrente de deliciosas lágrimas, todo un mundo desconocido se me revelaba. Estos cantos precedían los juegos amables de la juventud y los placeres de la fiesta de la primavera: este recuerdo, lleno de sentimientos infantiles, me para cuando iba á dar mi último paso. ¡Oh!; resonad aún, dulces cánticos del cielo! corren mis lágrimas, la tierra me ha reconquistado.

CORO DE LOS DISCÍPULOS. ¡Se ha lanzado de la tumba rebosando de existencia y majestad! ¡Se eleva á la mansión de las alegrías imperecederas! ¡Ay de nosotros, que quedamos sumergidos en la miseria de este mundo! ¡Y nos deja consumir aquí abajo, á nosotros, sus fieles! ¡Oh maestro, envidiamos tu dicha!

CORO DE ÁNGELES. ¡Cristo se ha elevado sobre la corrupción! ¡En albricias, romped vuestros hierros! ¡Oh vosotros, que le glorificáis con la acción, y le imitáis por el amor: vosotros, que partís con vuestros hermanos, y andáis predicando su palabra, ¡he aquí el maestro que viene ofreciéndoo las alegrías del cielo! ¡El Señor se acerca. ¡aquí está!

*Delante de la puerta de la ciudad.**(Gente paseándose en todas direcciones.)*

MUCHOS COMPAÑEROS ARTESANOS. ¿Por qué vais por ahí?

OTROS. Vamos al bosque de la caza.

LOS PRIMEROS. Pues nosotros vamos hasta el molino.

UN ARTESANO. Os aconsejo que vayáis más bien al estanque.

OTRO. Por esa arte no es agradable el camino.

LOS DOS A UN TIEMPO. ¿Qué haces tú?

ARTESANO 3.º Voy con los demás.

ARTESANO 4.º Venid á Burgdorf : allí encontraréis de seguro las más bonitas muchachas y la cerveza más fuerte.

ARTESANO 5.º ¡Qué gracioso eres! ¿Te piden las costillas una tercera zurra? Yo no voy allá, me da miedo ese sitio.

UNA CRIADA. No, no, yo me vuelvo á la ciudad.

OTRA. Le hallaremos sin duda debajo de esos álamos.

LA PRIMERA. No me importa mucho : se pondrá siempre á tu lado, sólo bailará contigo, ¿y qué me hacen á mí tus diversiones?

LA OTRA. Hoy no estará él solo, me dijo que le acompañaría el rubio.

UN ESTUDIANTE. Mira como corren esas criadas. Anda, chico, las acompañaremos. Buena cerveza, tabaco y una niña dominguera, son mis gustos favoritos.

UNA MODISTA. ¡Mira esos muchachos! ¡Qué vergüenza! ¡Bien podían llevar una compañía mejor! ¡Siguen á esas!

EL SEGUNDO ESTUDIANTE AL PRIMERO. ¡No corramos tanto! Detrás de nosotros vienen dos muy bien puestas. Una de ellas es vecina mía y tengo al algún capricho por esa joven. Vienen despacio, pero no tardarán en juntarse con nosotros.

EL PRIMERO. No, chico; á mí no me gusta la ópresión. Anda aprisa, no perdamos de vista la caza. La mano que maneja el sábado una escoba, es la que el domingo te acaricia mejor.

UN COMERCIANTE. No, lo que es el nuevo burgo-maestre, no me peta : ahora que se ha entonado, se va á hacer cada vez más orgulloso. ¿Y que hace por la ciudad? ¿No va todo de mal en peor? Y tenemos que obedecer más que antes, y pagar más que nunca.

UN MENDIGO CANTA.

Buenos señores y señoras bellas,
Tan ricos, bien vestidos y contentos,
Escuchad, nobles almas, mis lamentos,
Ved la desgracia que me trajo aquí.

Para vuestros piadosos corazones
Es un placer el mitigar quebrantos :
Que un día de alborozo para tantos,
Llegue á ser de cosecha para mí.

OTRO COMERCIANTE. Yo no sé que haya cosa mejor de que hablar los días de fiesta, que de las guerras y las batallas, mientras que bien lejos, en Turquía, se despedazan los pueblos. Se asoma uno á la ventana, toma su vasito, y se divierte en ver como se barajan en el rio los buques de toda clase de banderas. Por la noche entra uno alegremente en su casa, bendiciendo la paz y el tiempo de paz que disfrutamos.

OTRO. Yo pienso como vos, mi querido vecino; que se rompan la cabeza donde quieran y que el diablo se lo lleve todo, con tal que en mi casa nada esté desordenado.

UNA VIEJA Á UNAS SEÑORITAS. ¡Eh! ¡qué bien se han adornado! ¡Oh bella juventud! ¿Quién no se volverá loco al miraros? ¡Vamos, menos orgullo!... ¡Vaya! soy capaz de procuraros cuanto podáis desear.

LAS SEÑORITAS. ¡Ven, Agata! me avergonzaría que me viesen con semejante bruja... sin embargo, la noche de san Andrés hizo que viera á mi futuro novio.

OTRA. También me le enseñó á mí á través de un cristal, en traje de militar, con otros muchos. Yo miro á todas partes; pero por más que le busco, no quiere presentárase.

SOLDADOS.

Ciudades de muros
Y torres rodeadas,
Chicas ataviadas
De adornos y amor!...
El honor nos manda
Que el asalto demos:
Cuanto más luchemos,
El premio es mayor.

Marchan los soldados
Al son de trompetas,
Lo mismo á las fiestas
Que al campo de honor...
Chicas y ciudades,
Dicen, no queremos,
Cuanto más luchemos,
El premio es mayor.

FAUSTO Y WAGNER

FAUSTO. Los torrentes y los arroyos han roto su prisión de hielo á la sonrisa dulce y vivificante de la primavera; una halagüena esperanza reverdece en el valle: el viejo invierno, que se debilita de día en día, se retira poco á poco hacia las escarpadas montañas. En su huida lanza sobre el césped de las praderas algunas miradas muy frías, pero impotentes; el sol no deja nada pálido en su presencia; en todas partes reina la ilusión y la vida; todo bajo sus rayos adquiere nuevos colores.

¿Y tomará por flores esa multitud engalanada que puebla todo el campo? Separémonos de esas colinas, y volvamos á la ciudad. Por esa puerta oscura y profunda se precipita este revuelto tropel: cada uno se muestra al sol rebosando de placer; festejan la resurrección del Señor, y ellos mismos están resucitados. Libres de sus moradas sombrías, de los lazos de sus ocupaciones diarias, de los techos bajos que los oprimen, del desaseo de sus estrechas calles, de la noche misteriosa de sus iglesias, helos ya todos, vuelven á la luz. ¡Ved, ved como se agolpan á los jardines, los campos! ¡Qué de barcas llenas de alegría surcan! No en todas direcciones!... ¡y esta última que se separa de las demás, sumergiéndose con tanta erga! Los senderos más lejanos del monte desturban con los mil colores de sus vestidos. Ya oigo el ruido de la ciudad; ella es verdaderamente el paraíso del pueblo: grandes y pequeños saltan gozosamente: a qui me sirva hombre, aquí me atrevo á serlo.

WAGNER. Señor Doctor, muy honroso y provechoso es acompañaros á paseo; pero yo no quisiera confundirme con aquella gente, porque soy enemigo de todo lo grosero. Sus violines, sus gritos, sus estrepitosas diversiones, todo lo aborrezco de muerte. Aullan como poseídos y llaman á eso danza y alegría.

Aldeanos debajo de los tilos.

BAILE Y CANTO.

Los pastores, dejando el rebaño,
Al son grato de sus caramillos,
Á sus bellas conducen ogaño
Á bailar por debajo los tilos.
Chas charras chas!
Que saltan como locos...
Llevad compás!

El desorden no tarda un minuto,
Y un pastor, tropezando, ya pisa
A una joven, que exclama: ¡Qué bruto
Y la danza prosigue y la risa.
¡Chas charrás chas!
¡Mirad como ese torpe
Lleva el compás!

Cual relámpagos rápidos pasan,
Los vestidos cruzándose sueltos:
De placer sus mejillas se abrasan,
Ellos y ellas, bien pronto revueltos:
¡Chas charrás chas!
Unos sobre otros ruedan...
¡Vaya un compás!

Un marido entre todos se lanza,
Y ¡alto! grita, ¿do está mi mujer?
Y el bribón la sacó de la danza,
Que siguió con el mismo placer.
¡Chas charrás chas!
¡Esa sí que ha llevado
Muy buen compás!

UN ALDEANO VIEJO. Señor Doctor, ¡que amable sois cuando no despreciáis nuestra compañía, y, tan sabio, venis á mezclaros con toda esta batahola! Dignaos, pues, tomar el mejor cántaro que hemos llenado de bebida fresca: yo os lo traigo, y deseo con toda mi alma, no sólo que apague vuestra sed, sino que viváis tantos años como gotas contiene.

FAUSTO. Acepto este refresco, y en cambio os deseo salud, y os ofrezco mi reconocimiento. (*El pueblo se reúne alrededor de ellos.*)

EL ALDEANO. Por cierto habéis hecho bien en venir aquí un día de alegría. Otras veces nos habéis visitado en un tiempo malísimo. Más de uno hay aquí bien robusto hoy, á quien vuestro padre salvó del tabardillo, cuando hizo desaparecer esta peste que desolaba nuestra comarca. Y vos también, que entonces erais

aún muy joven ibais á todas las casas de los enfermos: de todas se sacaban cadáveres, pero vos salvais siempre bueno. Habéis soportado rudas pruebas; pero el Salvador socorrió al que nos ha salvado.

Topos. ¡Á la salud del hombre intrépido! ¡Que aun pueda ser útil mucho tiempo!

FAUSTO. — Prosternaos ante el que está en lo alto; él es quien enseña á socorrer, y quien os envía los socorros. (*Se adelanta con Wagner*).

WAGNER. ¡Qué sensaciones tan dulces debes experimentar, oh grande hombre; con los honores que te hace esta multitud! ¡Oh! feliz quien puede sacar ese partido de su talento! El padre te presenta á su hijo; todos preguntan, corren y se estrechan; cesa el violón, y la danza se para. Pasas, y te rodean, y las cabezas se descubren, y les falta poco para ponerse de rodillas como si viniera el Viático.

FAUSTO. Lleguemos á esa piedra, y podremos descansar de nuestro paseo. ¡Cuántas veces me he sentado en ella solo, pensativo, extenuado por la oración y los ayunos! Rico de esperanzas, firme en mi fe, creía que con lágrimas, suspiros y contorsiones, iba á alcanzar del Señor de los cielos el fin de aquella peste cruel. Ahora, esas demostraciones de la multitud resuenan en mis oídos como si fuera una burla. ¡Oh! ¡si tú pudieras leer en mi corazón cuán poco merecen esa fama, tanto el padre como el hijo! Mi padre era un oscuro hombre de bien, que, de muy buena fe, discurría á su manera sobre la naturaleza y sus divinos secretos. Solía encerrarse con una sociedad de adeptos en un sombrío laboratorio, donde, según una infinidad de recetas, obraba la transfusión de los contrarios. Cogió un león rojo, y lo unía en un baño tibio con alguna azucena; después, poniéndolos al fuego, los pasaba

de un crisol á otro. Entonces aparecía en un vaso la *joven reina* (1), con variados colores; aquella era la medicina, los enfermos morían, y nadie reclamaba. ¿Quién ha curado? así, con esos *electuarios* infernales, hemos hecho en estas montañas y estos valles más estragos que la epidemia. Yo mismo he ofrecido el veneno á millares de hombres: ellos están muertos, y yo, atrevido asesino, yo les sobrevivo para que se me dispensen elogios.

WAGNER. ¿Como os turbáis por eso? ¿No hace bastante un hombre de bien, cuando ejerce con sabiduría y puntualidad el arte que le fué transmitido? Si honras á tu padre, joven, recibirás con gusto sus instrucciones: hombre, si haces adelantar la ciencia, tu hijo podrá aspirar á un fin más elevado.

FAUSTO. ¡Oh, dichoso quien puede esperar aún sobrenadar en este océano de errores!... se usa lo que no se conoce, y de lo que se conoce no se puede hacer uso alguno. ¡Mas no turbemos con tan sombrías ideas la calma de estas hermosas horas! Mira como á los rayos del sol poniente relumbran los tejados en medio de ese verdor. Ese sol se inclina y se oscurece, el día expira; pero va á llevar nueva vida á otras regiones. ¡Oh! ¡que no tenga yo alas para elevarme sobre la atmósfera de la tierra, y lanzarme tras él, en medio de una eterna claridad! Yo vería, á través del crepúsculo, desarrollarse á mis plantas todo un mundo silencioso; vería inflamarse las alturas, oscurecerse los valles, y dorarse, extinguiéndose, las ondas de los ríos. Las montañas ni sus desfiladeros ya no podrían contener mi vuelo divino. Ya la mar, con sus encendidos golfos, se descubre á mis ojos sorprendidos. El

(1) Nombres de diversas composiciones alquímicas.

día empieza al fin á eclipsarse, mas un encanto nuevo se revela en mi alma, y me apresuro á bañarme todavía en sus eternos rayos. El día está delante de mí, detrás de mí la noche: sobre mi cabeza el cielo, y las olas á mis pies. Esta es una ilusión muy bella mientras dura. Mas ¡ay de mí! el cuerpo no tiene alas para seguir el vuelo rápido del espíritu. Por eso, no existe nadie en el mundo que no se sienta conmovido, cuando, por encima de nosotros, perdida en el azul de los cielos, nos hace oír la alondra su canto matinal: cuando, más allá de las rocas cubiertas de abetos, el águila se cierne con sus alas inmóviles; y cuando, sobre los mares y sobre las llanuras, la grulla dirige su vuelo hacia los lugares donde ha nacido.

WAGNER. Yo tengo muchos ratos de capricho; pero os aseguro, que deseos semejantes jamás me han atormentado. Fácilmente se olvida uno de bosques y de praderas: nunca envidiaré yo las alas de los pájaros; las alegrías de mi espíritu me transportan mucho más lejos de libro en libro y de páginas en páginas. ¡Que de calor y de placer no da esto á una noche de invierno! Vos sentís animarse todos vuestros miembros con una vida dichosa... ¡Ah! en cuanto desenvolvéis un venerable pergamino, todo el cielo se baja á vuestro espíritu.

FAUSTO. Ese es el único deseo que tú conoces aún; no aprendas á conocer el otro. Dos almas ¡ay de mí! se dividen mi seno, y cada una quiere separarse de la otra: la una encendida en amor se pega al mundo por medio de los órganos del cuerpo; un movimiento sobrenatural arrastra á la otra lejos de las tinieblas, hacia las altas moradas de nuestros abuelos! ¡Oh! ¡si en el aire hay espíritus que se ciernan entre la tierra y el cielo, que desciendan de sus nubes doradas, y me

conduzcan á una existencia más variada y más nueva! Si: si tuviera yo una capa mágica, que pudiese transportarme á las regiones extrañas, no la daría por los vestidos más preciosos, ni aún por el manto de un rey.

WAGNER. No llaméis á esa turba bien conocida, que como la tempestad, se extiende en la dilatada atmósfera, y que por todas partes le ocasiona al hombre un sinnúmero de males. La bandada de los espíritus que vienen del Norte aguzan contra vos sus lenguas de tríplice aguijón. La que viene del Este deseca vuestros pulmones, y se alimenta con ellos. Si los desiertos del Mediodía los envían, amontonan sobre vuestra cabeza llama sobre llama: el Oeste vomita un enjambre de ellos, que os refrescan al principio, y concluyen por devorar alrededor de vos, vuestros campos y mieses. Inclínados á hacer daño, escuchan con gusto vuestra llamada, y hasta os obedecen, porque les agrada engañaros: se anuncian como enviadas del cielo, y cuando mienten, mienten con una voz angelical... ¡Mas retirémonos! El mundo se cubre ya de tinieblas, el aire se enfría, cae niebla. ¡Por la noche es cuando uno se encuentra mejor en casa! ¿En que os detenéis? ¿Que estáis mirando hacia allá con tan grande atención? ¿Que, puede admiraros tanto el crepúsculo?

FAUSTO. ¿Ves aquel perro negro como vaga entre los sembrados y el rastrojo?

WAGNER. Lo estoy viendo hace tiempo, y no me parece que ofrece nada de extraordinario.

FAUSTO. Obsérvalo bien; ¿que te parece que es eso?

WAGNER. Un perro de aguas, que busca á su manera las huellas de su amo.

FAUSTO. ¿Reparas como traza una espiral y se aproxima cada vez más á nosotros? Y si no me equivoco, deja por donde pasa un rastro de fuego.

WAGNER. Yo no veo más que un perro de aguas negro; puede suceder que un deslumbramiento ofusque vuestros ojos.

FAUSTO. Se me figura que nos arroja á los pies unos lazos mágicos, como para atraernos.

WAGNER. Yo lo veo incierto y temeroso saltar alrededor de nosotros, porque en vez de su amo, encuentra á dos desconocidos.

FAUSTO. El círculo se disminuye, ya está cerca.

WAGNER. ¡Veis! no es más que un perro, y no un fantasma. Gruñe y parece dudoso, se arrastra, agita su cola; lo que hacen los perros.

FAUSTO. Acompáñanos: ven aquí.

WAGNER. Esta es una rara especie de perros. Si os paráis, os espera: le habláis, se os abalanza. Si perdéis cualquier cosa, os la encontrará, y se lanzará á ella por vuestro bastón.

FAUSTO. Tienes razón: no noto en él ninguna señal de espíritu, no es más que la educación.

WAGNER. El perro, cuando está bien enseñado, es digno hasta del afecto de un sabio. Si: puede merecer vuestras bondades... Este es el discípulo más asiduo. *(Entran por la puerta de la ciudad.)*

Gabinete de estudio.

FAUSTO, *entrando con el perro.* He dejado los campos y las praderas que oscurece una noche profunda. Siento que un pavor religioso despierta con presentimientos la mejor de mis dos almas. Las sensaciones groseras se adormecen con su tormentosa oscuridad: estoy lleno de un amor ardiente hacia los hombres, y el amor de Dios me arrebató también.

Estate quieto, perro: no corras de un lado á otro

29399

cerca de la puerta : ¿ que olfateas ahí ? Ve á echarte ; te daré mi mejor cugin : ya que por el camino nos has distraído con tus vueltas y tus saltos, procura ahora que yo te encuentre un huésped perfectamente pacífico.

¡ Ah ! desde que nuestra estrecha celda se alumbra con una lámpara amiga, la luz penetra también en nuestro seno, en nuestro corazón, vuelto á sí mismo. La razón empieza á hablar y la esperanza á lucir : se baña uno en el raudal de la vida, en la fuente de donde salió.

¡ No gruñas, perro ! Los ahullidos de un animal no pueden acordarse con los divinos acentos que llenan toda mi alma. Estamos acostumbrados á que los hombres desprecian lo que no pueden comprender ; á que lo bueno y lo bello, que muchas veces les es nocivo, les haga murmurar ; pero ¿ debe gruñir un perro á ejemplo suyo ?... ¡ Ay de mí ! conozco que, á pesar de los mejores deseos, no puede salir de mi pecho satisfacción alguna... Pero ¿ por qué se ha de secar tan pronto el río, y nos ha de sumergir en nuestra sed eterna ? ¡ Lo he experimentado mucho ! Esta miseria loca, no obstante, á su término : ya aprendemos á estimar lo que se eleva sobre las cosas de la tierra ; aspiramos á una revelación, que en ninguna parte brilla con una luz más pura ni más bella que en el Nuevo Testamento. Estoy por abrir el texto, y abandonarme una vez á las sencillas impresiones, y traducir el santo original á la lengua alemana que amo tanto. (Abre un volumen y se para.) Está escrito : *En un principio existía el verbo.* ¡ Aquí me detengo ya ! ¿ Quien me sostendrá más lejos ? Me es imposible traducir bien esta palabra, *¡ el verbo !* es menester que la traduzca de otra manera, si el espíritu se digna iluminarme. Está escrito : *En un principio existía el espíritu.* Reflexionemos bien sobre esta primera línea, y

que la pluma no se apresure tanto. ¿ Es el espíritu quien crea y lo conserva todo ? Debería decir : *En un principio existía la fuerza.* Sin embargo, aun escribiendo esto, no sé qué me dice que no debo contentarme con tal sentido. ¡ El espíritu me alumbra ya ! La inspiración desciende á mi alma ; ya escribo consolado : *¡ En un principio existía la acción !*

Si he de partir contigo mi habitación, perro, ¡ cesa en tus gritos y en tus ahullidos ! Yo no puedo sufrir á mi lado un compañero tan estrepitoso : es preciso que uno de los dos salga del cuarto. Á pesar mío, violo las leyes de la hospitalidad : la puerta está abierta ; tienes el paso libre. Mas ¿ qué veo ? ¿ Es esto natural ? ¿ Es una sombra, ó es una realidad ? ¡ Cómo se ha hinchado mi perro ! Se levanta agrandándose ; ya no es figura de perro. ¿ Qué espectro he introducido en mi casa ? Ya tiene el aspecto de un hipopótamo, con sus ojos de fuego y sus espantosas quijadas. ¡ Oh ! seré yo tu dueño ! Para un animal tan infernal necesito la llave de Salomón.

ESPIRITUS EN LA CALLE. ¡ Ha caído prisionero uno de los nuestros ! ¡ quedémonos fuera, y que ninguno le siga ! ¡ Un diablo viejo ha caído aquí como un zorro en la trampa ! ¡ Atención ! Volemos alrededor y veamos de ayudarle. No abandonemos á un hermano que siempre nos ha favorecido.

FAUSTO. Por de pronto, para acercarme al monstruo, emplearé la conjuración de los cuatro :

¡ Que la Salamandra se inflame !
 ¡ Que el Ondino se repliegue !
 ¡ Que el Silfo se desvanezca !
 ¡ Que el duende trabaje !

El que no conociera los elementos, su fuerza y sus

propiedades, jamás podría hacerse dueño de los espíritus.

¡ Vuela en llama, Salamandra!
 ¡ Resbalad juntos murmurando, Ondinos!
 ¡ Brilla cual limpio meteoro, Silfo!
 ¡ Préstame tus domésticos socorros,
 incubus! incubus!
 ¡ Ven aquí, y cierra la marcha!

Ninguno de los cuatro existe en este animal. Queda inmóvil y rechina los dientes ante mí: aun no le he hecho daño alguno. Vas á oírme emplear más fuertes conjuraciones.

¿ Eres, amigo mío, un desertor del infierno? en ese caso, mira este signo: las negras falanges se inclinan ante él.

Ya se hincha, sus crines están herizadas.

¡ Ente maldito! ¿ puedes leerlo? ¿ al que jamás fué creado, al inexplicable, adorado en todo el cielo, y criminalmente traspasado?

Retirado más allá de la puerta, se infla, se hace un elefante, ya llena todo el espacio, y va á resolverse en vapor. ¡ No subas hasta el techo! ¡ Ven más bien á echarte á los pies de tu dueño! Ya ves que no amenazo en vano. Soy capaz de abrasarte con el fuego sagrado. ¡ No aguardes una luz de triple resplandor! ¡ No esperes la más poderosa de mis conjuraciones!

MEFISTÓFELES *entra mientras cae la nube, y se presenta en traje de estudiante.* ¿ Qué alboroto es este? ¿ En qué podré servir á este caballero?

FAUSTO. ¿ Eso era lo que contenía el perro de aguas? Un estudiante ambulante.

MEFISTÓFELES. Saludo al sabio Doctor. Me habéis hecho sudar atrozmente.

FAUSTO. ¿ Cual es tu nombre?

MEFISTÓFELES. La pregunta me parece bien frívola, para quien desprecia tanto las palabras, que siempre se separa de las apariencias, y considera sobre todo el fondo de los seres.

FAUSTO. Entre vosotros, señores, debe poderse adivinar fácilmente vuestra naturaleza por vuestro nombre, y eso es lo que se hace conocer claramente al llamaros enemigos de Dios, seductores, embusteros. Ahora bien, ¿ quien eres tú?

MEFISTÓFELES. Una parte de esa fuerza, que ya quiere el mal, ya hace el bien.

FAUSTO. ¿ Que significa ese enigma?

MEFISTÓFELES. Soy el espíritu que niega siempre; y lo hace con justicia, porque todo lo que existe es digno de ser destruido; sería mejor que no existiese nada. Así pues, todo lo que nombráis pecado, destrucción, en una palabra, lo que se entiende por mal, he ahí mi elemento.

FAUSTO. Te llamas parte y hete ahí entero ante mí.

MEFISTÓFELES. Te digo la pura verdad. Si el hombre, ese pequeño mundo de locura, se mira ordinariamente como si fuese un entero, yo, por mí, no soy más que una parte de la parte que existía, al principio del todo, una parte de esa oscuridad que dió origen á la luz, á la orgullosa luz, que ahora disputa á su madre la noche su antiguo rango y el espacio que ocupaba; bien que con muy poco éxito, porque, á pesar de sus esfuerzos, sólo puede arrastrarse en la superficie de los cuerpos que la detienen: sale de la materia, se desliza sobre ella y la colora; pero un cuerpo es suficiente para romper su marcha. Puedo, pues, esperar que no será de larga duración, ó que se aniquilará con los cuerpos mismos.

FAUSTO. Yo conozco tus hermosas funciones: no puedes aniquilar la masa, y te agarras á las particularidades.

MEFISTÓFELES. Y, francamente, no he adelantado mucho: lo que se opone á la nada, el algo, este mundo material, aunque lo haya intentado hasta ahora, no he podido encontrarlo todavía: y en vano he desencadenado contra él olas, tempestades, terremotos, incendios; la mar y la tierra permanecieron tranquilas. Nada tenemos que esperar de esta maldita semilla, materia de los animales y de los hombres. ¡Cuántos no he enterrado ya, y siempre circula una sangre fresca y nueva! Hé ahí el resultado; es para volverse loco. Mil gérmenes salen del aire, del agua, de la tierra, de lo seco, de lo húmedo, del frío, del calor. Si no me hubiese reservado el fuego, nada tendría para mí.

FAUSTO. Así pues, opones al movimiento eterno, á la fuerza benéfica que crea, la mano fría del demonio, que se contrae en vano con malicia! ¿Qué más intentas hacer, extraño hijo del caos?

MEFISTÓFELES. En la próxima entrevista hablaremos de eso largamente. ¿Me atreveré á alejarme por esta vez?

FAUSTO. No veo por que me lo preguntes. He aprendido á conocerte: visitame desde ahora cuando quieras: he aquí la ventana, la puerta, y hasta la chimenea: puedes escoger.

MEFISTÓFELES. ¡Lo confesaré! un pequeño obstáculo impide mi salida: el pie mágico en vuestro umbral...

FAUSTO. ¿El pentágamo (1) te aflige? ¡Hola! dime, hijo del infierno, si eso te incomoda, ¿como has entrado aquí? ¿Cómo se ha dejado atrapar de ese modo tal espíritu?

MEFISTÓFELES. Piénsalo bien; está mal puesto; el

(1) Figura cabalística.

ángulo vuelto hacia la puerta está, como ves, un poco abierto.

FAUSTO. ¡Trance es sin duda! ¿Conque eres mi prisionero? ¡Es un feliz accidente!

MEFISTÓFELES. Cuando entró el perro, no reparó en nada: desde afuera parecía aquello otra cosa, y ahora no puede salir el diablo.

FAUSTO. Pero ¿por qué no sales por la ventana?

MEFISTÓFELES. Es una ley de los diablos y de los aparecidos, el salir por donde han entrado. El primer acto es libre para nosotros; pero somos esclavos del segundo.

FAUSTO. ¿Conque hasta el mismo infierno tiene leyes? Muy bien. De ese modo, un pacto hecho con vos, caballero, será fielmente observado.

MEFISTÓFELES. De lo que te se prometa, podrás gozar completamente; nada te será retenido. No es esto, sin embargo, tan despreciable como crees; ya volveremos á hablar de eso. Ahora te suplico y te ruego que me dejes ir esta vez.

FAUSTO. Quédate, pues, un instante para decirme mi buenaventura.

MEFISTÓFELES. ¡Pues bien! ¡Suéltame siempre! Yo volveré bien pronto, y podrás preguntarme lo que gustes.

FAUSTO. Yo no he tratado de sorprenderte; tú mismo has venido á enlazarte en la celada. Que el que tenga al diablo no le deje escapar, porque no volverá á cogerle tan pronto.

MEFISTÓFELES. Si eso te agrada, me quedaré para hacerte compañía; pero con la condición de que has de pasar el tiempo dignamente, según mi arte.

FAUSTO. Veo con placer que te conviene eso; pero es menester que tu arte sea divertida.

MEFISTÓFELES. Tu espíritu, amigo mío, va á ganar más en esta hora solamente, que en la uniformidad de un año entero. Lo que te canten los espíritus sutiles, las bellas imágenes que traigan, no son una vana magia. Tu olfato se deleitará como tu paladar, y tu corazón será transportado. No son necesarios vanos preparativos; henos aquí reunidos, principiad.

ESPIRITOS. ¡Desapareced, arcos sombríos! dejad que nos sonría la luz del cielo, y que el éter azul se desarrolle.

Que las sombrías nubes se rasguen, y las estrellas se iluminen como los soles más suaves.

Hijas del cielo, ideales bellezas, estrechad alrededor suyo el círculo de vuestra danza alada,

Los deseos del amor sigan vuestros pasos, desatad vuestras cinturas, y quitaos vuestros flotantes vestidos.

Sembrad esos deseos en la pradera y en la espesa enamada, donde los amantes vendrán á extasiarse en sus eternos amores.

¡Oh tierno verdor de las florestas! ¡ramas entrelazadas!

¡Amontónense en la viña los racimos, que en los lagares ya no caben más; el vino salta en olas espumosas; arroyos de púrpura surcan el verdor de las praderas!

¡Criaturas del cielo, desplegad al sol vuestras alas temblorosas: volad hacia esas islas afortunadas que se deslizan allá sobre las ondas!

Allí todo está lleno de danzas y conciertos: todo ama, todo se agita libremente.

Coros alados llevan el corro á las alturas luminosas de las colinas: otros se cruzan en todas direcciones sobre la superficie lisa de las aguas.

¡Todos para la vida! todos los ojos fijos en alguna estrella querida, que el cielo encendió para ellos.

MEFISTÓFELES. Está durmiendo: bien, ¡jóvenes espíritus del aire, le habéis encantado fielmente! Este es un concierto que os debo. ¡Tú no eres hombre para sujetar al diablo! Fascínadle con dulces ilusiones, sumergidle en un mar de delicias. Pero, para destruir el encanto de este umbral, necesito el diente de un ratón... No tendré que conjurar mucho tiempo, he aquí uno, que corre por allí, y que me oirá en seguida.

El señor de los ratones y de las ratas, de las moscas, de las ranas, de las chinches y de los piojos, te ordena venir aquí, y morder este umbral, como si estuviese restregado con aceite.

¡Ah! ¡hete aquí ya! ¡Vamos, pronto á la obra! La punta que me ha detenido está allí en el borde... un pedazo todavía, ¡está hecho!

FAUSTO, despertándose. ¿Me equivoco también ahora? ¿Ha desaparecido ya esa multitud de espíritus? ¿No ha sido esto una apariencia presentada por el diablo?... Y ¿no es más que un perro el que ha saltado junto á mí?

Gabinete de estudio.

FAUSTO, MEFISTÓFELES.

FAUSTO. ¿Llaman? ¡Entrad! ¿Quien viene á importunarme aún?

MEFISTÓFELES. Yo.

FAUSTO. ¡Entrad!

MEFISTÓFELES. Debes decirlo tres veces.

FAUSTO. ¡Entrad, pues!

MEFISTÓFELES. Así me gustas: vamos á acordarnos, me parece. Para disipar tu mal humor, heme aquí á lo señor joven, con vestido escarlata bordado de oro, esclavina de raso almidonado, pluma de gallo al sombrero una espada larga y bien afilada; y te daré el

consejo corto y bueno, de que hagas otro tanto para que puedas gustar la vida, libre de tus cadenas.

FAUSTO. Sea el que quiera el vestido que me ponga, no sentiré menos las miserias de la existencia humana. Soy demasiado viejo para obras, demasiado joven para vivir sin deseos. ¿Que es lo que puede ofrecermé de bueno el mundo? *¡Todo debe faltarte, debes carecer de todo!* He ahí el estribillo eterno que resuena á los oídos de cada uno, y lo que toda nuestra vida nos repite cada hora con quebrantada voz. Con horror me despierto por la mañana; debería derramar amargas lágrimas viendo el día que en su carrera no ha de satisfacer ni uno de mis deseos, ¡ni uno solo! El día, que con tormentos interiores enervará hasta el presentimiento de cada placer, que bajo mil contrariedades paralizará las inspiraciones de mi corazón agitado. Viene la noche, y es preciso que con un movimiento convulsivo me tienda sobre ese lecho adonde no templará mi dolor ningún reposo, donde me espantarán sueños horribles. El dios que reside en mi seno, puede conmover profundamente todo mi ser; mas él, que dirige todas mis fuerzas, no puede confundir nada alrededor de mí. Y he ahí por qué me es una carga la vida, por qué deseo la muerte y aborrezco la existencia.

MEFISTÓFELES. Y sin embargo, la muerte nunca es un huésped que se recibe con gusto.

FAUSTO. Feliz aquel á quien, en el esplendor del triunfo, le ciñe las sienes con un laurel sangriento; aquel á quien, después de la embriaguez de un baile ardiente, viene á sorprenderle en los brazos de una mujer! ¡Oh! que yo no pueda verme transportado ante el poder del grande espíritu, arrebatado ante él, y luego aniquilado!

MEFISTÓFELES. Y, no obstante, alguno ha tragado esta noche cierto licor oscuro...

FAUSTO. El espionaje es tu placer, según parece.

MEFISTÓFELES. No poseo la ciencia universal, pero sé mucho.

FAUSTO. ¡Y bien! pues que unos sonidos dulcísimos y muy conocidos me han arrancado al horror de mis sensaciones, ofreciéndome, con la imagen del tiempo más agradable, las dulces impresiones de la infancia... maldigo todo lo que rodea el alma con atractivos é ilusiones, todo lo que oculta en estas tristes estancias con el brillo y el engaño! ¡Maldita sea desde ahora la alta opinión con que el espíritu se embriaga á sí mismo! ¡Maldito sea el esplendor de las vanas apariencias que asedian nuestros sentidos! ¡Maldito sea lo que nos seduce en nuestros sueños, é ilusiones de gloria y de inmortalidad! ¡Malditos sean todos los objetos cuya posesión nos lisonjea, mujer ó niño, haciendas ó criados! ¡Maldito sea Manmón, cuando, por el encanto de sus tesoros, nos arroja á empresas temerarias, ó cuando por ociosos placeres, nos rodea de voluptuosos cogines! ¡Maldita sea toda exaltación de amor! ¡Maldita sea la esperanza! ¡Maldita la fe, y maldita, antes que todo, la paciencia!

CORO DE ESPÍRITUS, *invisible*. ¡Ah! ¡ay! has destruído el dichoso mundo, lo has destrozado con tu mano poderosa; está convertido en ruinas! ¡Un semidios lo ha desbaratado!... ¡Llevamos sus restos á la nada, y lloremos su belleza perdida!... ¡Oh, el más grande de los hijos de la tierra, levántalo, reconstrúyelo en tu corazón! vuelve á empezar el curso de una existencia nueva, y nuestros cantos resonarán todavía para acompañar tus obras.

MEFISTÓFELES. Esos son los pequeños de los míos.

¡ Escucha cómo te aconsejan sabiamente el placer y la actividad ! Quieren arrancarte al mundo, arrancarte á esta soledad, donde se fijan el espíritu y los jugos que la alimentan.

Cesa, pues, de mecerte en esa tristeza que, como un buitre, devora la vida. Por mal acompañado que te halles, podrás sentir que eres hombre con los hombres ; sin embargo, no por eso se piensa degradarte. Yo mismo no soy uno de los primeros ; mas si quieres dirigir tus pasos en la vida unido á mí, me conformo con gusto en ser desde luego tuyo. Me hago tu compañero, ó, si te viene mejor, tu criado y tu esclavo.

FAUSTO. ¿ Y que obligación debería llenar en cambio ?
MEFISTÓFELES. Tiempo tendrás de pensar en eso.

FAUSTO. ¡ No, no ! El diablo es un egoísta, y no hace, por amor de Dios, lo que es útil á otro. Expresa claramente tu condición ; un criado semejante es perjudicial en una casa.

MEFISTÓFELES. Quiero sujetarme *aquí* á tu servicio, obedecer sin fin y continuamente á tu menor indicación ; pero cuando volvamos á vernos *allá abajo*, tendrás que hacer conmigo otro tanto.

FAUSTO. El *abajo* me inquieta á mí muy poco ; concluyamos primero con este mundo, y el otro puede venir en seguida. Mis placeres salen de esta tierra, y este sol alumbrá mis penas ; libreme yo una vez de estas últimas, y venga después lo que viniere. No quiero aprender más. Nada me importa, que en el porvenir se ame ó se odie, ni que esas esferas tengan también un arriba y un abajo.

MEFISTÓFELES. En ese caso, puedes aventurarte ; empenáte ; verás en estos días cuanto placer le es dado á mi arte procurar : te daré lo que ningún hombre ha podido ni aun entrever.

FAUSTO. ¿ Y que tienes que dar tú, pobre demonio ? ¿ Ha sido nunca concebido por tus semejantes el espíritu de un hombre en sus altas inspiraciones ? Tú sólo tienes alimentos que no satisfacen, oro descolorido, que sin cesar se desliza de las manos, como el azogue ; un juego en el cual no se gana jamás ; una muchacha que hasta en mis brazos hace guiños al que se halla á mi lado ; el honor, bella divinidad que se disipa como un meteoro. Muéstrame un fruto que no se pudra antes de caer, y árboles que se cubran diariamente con un nuevo verdor.

MEFISTÓFELES. Nada hay que me asombre en semejante empresa ; puedo ofrecerte esos tesoros. Si, mi buen amigo : ha llegado ya el tiempo en que podamos divertirnos con toda seguridad.

FAUSTO. Si es posible que yo pueda tenderme en un lecho de pluma para reposar en él, ¡ que se me dé al instante ! Si puedes lisonjearme hasta el punto que yo esté contento conmigo mismo, si puedes seducirme con placeres, ¡ que este día sea el último para mí ! Yo te ofrezco la apuesta.

MEFISTÓFELES. Corriente.

FAUSTO. ¡ Corriente ! Si yo llego á decirte un solo instante : ¡ Permanezcamos así, seré feliz con lo que tú me des ! Entonces, puedes rodearme de ataduras. Entonces, consiento en aniquilarme. Entonces puede resonar la campana de los muertos. ¡ Entonces estás libre de tu servicio... Que suene la hora, que caiga el minutero ! ¡ que el tiempo no exista ya para mí !

MEFISTÓFELES. Pensadlo bien, que no lo olvidaremos.

FAUSTO. Tenías razón ; no estoy frívolamente empenado ; y pues siempre he sido esclavo, ¿ qué importa que lo sea de ti ó de cualquier otro ?

MEFISTÓFELES. Voy, pues, hoy mismo á desempeñar

mi papel de criado á la mesa del señor Doctor. Una palabra todavía : por el amor de la vida y de la muerte, solicito para mí sólo dos líneas.

FAUSTO. ¿ También te hace falta una escritura, pedante ? ¿ No sabes lo que es un hombre, ni el valor que tiene la palabra ? ¿ No es bastante que la mía disponga de mis días por toda la eternidad ? Cuando el mundo se agita con todas las tempestades, ¿ crees tú que una simple palabra escrita, sea una obligación bastante fuerte ?... Pero tal quimera nos preocupa siempre, y ¿ quien podría librarse de ella ? ¡ Feliz quien tenga la fe pura en el fondo del corazón, que no sentirá el remordimiento de ningún sacrificio ! Mas un pergamino escrito y sellado es un espantajo para todo el mundo, el juramento va á expirar bajo la pluma, y sólo se reconoce el imperio de la cera y del pergamino. Espíritu maligno, ¿ que exiges tú de mí ; bronce, mármol, pergamino, papel ? ¿ Es menester escribir con un estilo, un buril ó una pluma ? Te permito la elección.

MEFISTÓFELES. ¿ Á qué viene toda esa habladería ? Por que acalorarte tanto ? ¿ Bastará el primer papel que se presente ? Para escribir tu nombre te servirás de una pequeña gota de sangre.

FAUSTO. Si te parece, diremos que esto ha sido una chanza.

MEFISTÓFELES. La sangre es un jugo muy particular.

FAUSTO. No hay que temer que yo viole este pacto. El ejercicio de toda mi fuerza es lo que precisamente prometo. Me he engreído demasiado, y es menester que pertenezca á tu clase ; el grande espíritu me ha desdenado, la naturaleza se cierra ante mí, el hilo de mi pensamiento está roto, y estoy disgustado de toda ciencia. Es preciso que mis ardientes pasiones se templen en el abismo de la sensualidad. Que en el seno

de velos mágicos é impenetrables se preparen milagros nuevos. ¡ Precipitémonos en el murmurio de los tiempos, en las olas agitadas del destino ! Y que después, el dolor y el placer, la fortuna y la desgracia, se sigan como quieran. Es necesario que el hombre se ocupe desde ahora sin descanso.

MEFISTÓFELES. Ningún limite os está señalado, ningún objeto. Si os agrada disfrutar de todo un poco, coged al vuelo lo que se os proporcione, haced lo que gustéis. Vamos : uníos á mí, y no hagáis el tímido.

FAUSTO. Ya conoces que no se trata de diversiones. Me consagro al tumulto, á los placeres más dolorosos, al amor que participa del odio, á la paz que participa de la desesperación. Mi corazón curado del ardor de la ciencia, no estará cerrado desde ahora para ningún dolor : y lo que es patrimonio de la humanidad entera, lo quiero concentrar en lo más profundo de mi ser ; quiero, por mi espíritu, alcanzar lo que ella tiene de más elevado y secreto : quiero amontonar sobre mi corazón todo el bien y todo el mal que contiene, y ensoberbeciéndome como ella, romperme también lo mismo.

MEFISTÓFELES. ¡ Ah ! podéis creerme : yo que durante muchos millares de años he máscado un alimento tan duro, os aseguro que desde la cuna hasta el féretro, ningún hombre puede digerir la vieja levadura : creedlo, todo está hecho para un solo Dios. Él se contempla en su obra con un esplendor eterno : él nos ha creado á nosotros para las tinieblas y para vos ; el día vale la noche, y la noche el día.

FAUSTO. Pero lo quiero.

MEFISTÓFELES. ¡ Está convenido ! Estoy todavía inquieto sobre un punto : el tiempo es corto, el arte es larga. Creo que deberíais instruiros. Asociaos con un poeta ; dejadle que se entregue á su imaginación, y amontone

en vuestra cabeza todas las cualidades más nobles y magnificas, el valor del león, la agilidad del ciervo, la sangre hirviente del italiano, la firmeza del habitante del Norte; dejadle que encuentre el secreto de conciliar en vos la grandeza de alma y el disimulo, y según el mismo plan, que os dote de las pasiones ardientes de la juventud. Quisiera conocer un hombre tal; le llamaría señor Microcosmos (1).

FAUSTO. ¡Eh! ¿qué soy pues?... ¿Me es imposible alcanzar esa corona de la humanidad que atrae todos los corazones?

MEFISTÓFELES. Tú eres, por lo demás... lo que eres. Hacina sobre tu cabeza pelucas de mil potencias (2), calza tus pies con coturnos de una vara de alto, no dejarás de ser lo mismo que eres.

FAUSTO. Lo conozco, en vano hubiera amontonado sobre mí todos los tesoros del espíritu humano... cuando quiero disfrutar algún reposo, ninguna fuerza nueva sale de mi corazón; no puedo agrandarme hasta tener el espesor de un cabello, ni acercarme, aunque sea poco, á lo infinito.

MEFISTÓFELES. Mi buen señor, eso consiste en que todo lo veís como se lo ve de ordinario; vale más gozar de todo, antes que los placeres de la vida se os escapen para siempre. ¡Vamos á ver! tus manos, tus pies, tu cabeza y tu trasero te pertenecen sin duda: pues bien, lo que gozas por primera vez, ¿te pertenece menos? Si posees seis caballos, ¿no son tuyas sus fuerzas? tú los montas, y hete ahí, hombre ordinario, como si tuvieras veinticuatro piernas. ¡Pronto! abandona la tranquilidad de tus sentidos y ponte en camino con ellos para atravesar el mundo. Te lo aseguro: un hombre

(1) Pequeño mundo.

(2) Antiguo peinado.

que está soñando siempre, es como un animal á quien un duende hace girar alrededor de un páramo, en tanto que en sus contornos se extiende un bello pasto verde.

FAUSTO. ¿Cómo empezamos?

MEFISTÓFELES. Partimos inmediatamente: este gabinete no es más que un lugar de tortura. ¿Llamas á esto vivir, fastidiarse á sí mismo y á los demás? ¡Deja todo eso á tu vecino el panzudo! ¿Á que atormentarte? Lo mejor de lo que sabes no vas á decírselo á tu discípulo. Siento los pasos de uno justamente.

FAUSTO. No me es posible recibirle.

MEFISTÓFELES. El pobre muchacho ha aguardado mucho tiempo, y es preciso que no se vaya disgustado. ¡Ven! Dame tu vestido y tu gorra; el disfraz me estará bien. (*Se viste.*) Ahora, descuida en mí, sólo necesito menos de un cuarto de hora. Prepáralo todo ya para nuestro gran viaje. (*Fausto sale.*)

MEFISTÓFELES con los largos vestidos de Fausto. Desprecia bien la razón y la ciencia, suprema fuerza de la humanidad. Déjate desarmar por las ilusiones y los prestigios de los espíritus malignos, y serás completamente mío. La suerte le ha entregado á un espíritu que va siempre delante de él intrépidamente, y cuyo vuelo rápido ha superado muy pronto todos los placeres de la tierra. ¡Voy á arrastrarle sin descanso por los desiertos de la vida! él forcejará, me asirá, se pegará á mí, y siempre insaciable, verá alimentos y licores continuamente delante de sus labios, sin poder tocarlos nunca: en vano implorará consuelo... y aunque no se hubiese dado al diablo, no por eso dejaría de perecer.

(Un estudiante entra.)

EL ESTUDIANTE. Yo soy recién llegado, y vengo lleno de sumisión, á hablar y á conocer á un hombre, á

quien no se me ha nombrado sino con veneración.

MEFISTÓFELES. ¡Vuestra cortesania me complace en extremo! Ved en mí un hombre como cualquiera otro? Tenéis ya muchos estudios?

EL ESTUDIANTE. Vengo á rogaros que os encarguéis de mí; estoy armado de buena voluntad, de una dosis regular de dinero y de sangre fresca: mi madre ha sentido mucho que me aleje de ella, y yo quiero pagárselo aprendiendo aquí alguna cosa útil.

MEFISTÓFELES. Estáis en una buena fuente.

EL ESTUDIANTE. Á decir verdad, quisiera ya retirarme. Entre estas paredes, estas salas, no me encontraré bien de ningún modo; éste es un espacio muy corto, no se ve desde aquí ni verdor ni árboles, y en estas salas, sobre estos bancos, pierdo el oído, la vista y el pensamiento.

MEFISTÓFELES. Eso sólo depende de la costumbre: así es como un niño no toma sino con repugnancia el pecho de su madre en un principio, y bien pronto después saca de él con gusto su alimento. Eso tiene el seno de la sabiduría, lo desearéis cada vez más.

EL ESTUDIANTE. Yo quiero colgarme de su cuello; pero enseñadme el medio de conseguirlo.

MEFISTÓFELES. Explicaos antes de continuar: ¿que facultad elegís?

EL ESTUDIANTE. Yo desearía llegar á ser muy instruído, y quisiera poder abrazar cuanto existe en la tierra y en el cielo, la ciencia y la naturaleza.

MEFISTÓFELES. Estáis en buen camino; mas sería menester no separaros mucho.

EL ESTUDIANTE. Vedme en él en cuerpo y alma; pero tendría sumo gusto en disponer de un poco de libertad y de buen tiempo en los días de fiesta del verano.

MEFISTÓFELES. ¡Aprovechad el tiempo, que se nos va an pronto! El método os enseñará á ganarlo. Mi buen amigo, yo os aconsejo antes que todo, el curso de lógica. Ella os dirigirá bien el espíritu. Le pondrán buenas botas españolas para que frote prudentemente en el camino de la rutina, y no vaya á pasearse, haciendo eses como un fuego fátuo. En seguida, se os enseñará desde por la mañana hasta por la noche, que para hacer lo que hacéis en un abrir y cerrar de ojos, como beber y comer, es absolutamente indispensable obrar por tiempos. Por manera, que la fábrica de los pensamientos es como un telar, en el cual un movimiento de pie agita millares de hilos, en donde la lanzadera sube y baja sin cesar, y los hilos se escurren invisibles, y mil nudos se forman á la vez: viene después el filósofo y os demuestra que debe ser así: lo primero es esto, lo segundo esto, luego lo tercero y lo cuarto es esto; y que si lo primero y lo segundo no existiesen, lo tercero y lo cuarto no existirían tampoco. Los estudiantes de todos los países, conciben muy bien este razonamiento, y ninguno de ellos, sin embargo, llega á ser tejedor. El que quiere conocer y destruir un ser viviente, principia por quitarle el alma, y ya tiene entre las manos todas sus partes; pero ¡ay! ¿qué falta? nada más que el lazo intelectual. La química llama á eso *encheiresin natureæ*; así se burla de sí misma, y lo ignora.

EL ESTUDIANTE. No puedo comprenderos muy bien.

MEFISTÓFELES. Esto será mucho más claro cuando hayáis aprendido á reducirla y á clasificarlo todo convenientemente.

EL ESTUDIANTE. Estoy tan atontado con todo eso, que se me figura que tengo una rueda de molino en la cabeza.

MEFISTÓFELES. Y después es menester, antes de nada, entregaros á la metafísica: en ella deberéis escudriñar profundamente lo que no conviene al cerebro del hombre: y sea lo que quiera, tened siempre preparado un término técnico. Mas por estos sei primeros meses, disponed vuestro tiempo lo más regularmente posible. Tendréis cinco horas de trabajo diarias: estad aquí á la primera campanada, ya preparado, por supuesto, y habiendo estudiado bien vuestros párrafos, á fin de hallaros segurísimo de que no diréis nada sino lo que está en el libro, cuidando, además, de escribir como si os dictase el Espíritu Santo.

EL ESTUDIANTE. No tendréis necesidad de decirme lo dos veces: estoy muy convencido de la utilidad de ese método: que, cuando uno ha puesto lo negro sobre lo blanco, se vuelve á su casa completamente aligerado.

MEFISTÓFELES. Así, pues, escogedme una facultad.

EL ESTUDIANTE. Yo no puedo avenirme con el estudio del derecho.

MEFISTÓFELES. No os haré un crimen de eso: sé demasiado lo que esa ciencia es. Las leyes y los derechos se suceden como una eterna enfermedad: se arrastran de generaciones en generaciones, y se adelantan sordamente de un lugar á otro. La razón llega á ser locura, un beneficio llega á ser un tormento: ¡ desdichado de ti, que del derecho nacido con nosotros ¡ ay! no se trata nunca!

EL ESTUDIANTE. Con eso disminuís mi poco gusto por él. ¡ Oh! ¡ feliz el que instruyáis! Casi estoy por estudiar la teología.

MEFISTÓFELES. Desearía no induciros en error con respecto á esa ciencia; es difícil evitar la senda falsa,

porque encierra un veneno tan oculto, que cuesta tanto trabajo encontrar el remedio! En esa materia, si es que la estudiáis, lo mejor es jurar siempre sobre la palabra del maestro. En suma... ateneos á las palabras, y llegaréis por el camino más seguro al templo de la certeza.

EL ESTUDIANTE. Sin embargo, una palabra debe contener siempre una idea.

MEFISTÓFELES. ¡ Muy bien! mas es necesario no inquietarse mucho por eso, porque, donde faltan las ideas, una palabra puede sustituirlas á propósito: con palabras se puede discutir muy convenientemente: con palabras se puede levantar un sistema; las palabras se hacen creer fácilmente, y no se borraría de él ni una coma.

EL ESTUDIANTE. Dispensadme que os haga tantas preguntas, pero os tengo que molestar todavía...¿ No me hablaréis un instante de la medicina? ¡ Tres años son muy poco tiempo, y ¡ Dios mío! es tan dilatado el campo! ¡ sucede á veces que el más pequeño síntoma nos puede llevar tan lejos!

MEFISTÓFELES, *aparte*. Este tono seco me fatiga, volveré á desempeñar mi papel de diablo. (*Alto.*) El espíritu de la medicina es fácil de comprender; estudiad bien el grande y el pequeño mundo para dejarlos ir, al fin, en gracia de Dios. Inútil sería que os lanzárais tras de la ciencia; cada uno solo aprende lo que puede aprender; mas el que sabe aprovechar la ocasión, ese es el hombre advertido. Vos tenéis bastante buena traza, no os falta atrevimiento, y si tenéis confianza en vos mismo, la inspiraréis á los demás. Sobre todo, aprended á llevar á las mujeres; es su eterno ¡ ay! modulado con tan diversos tonos, que es menester tratar siempre con un mismo método; y en

tanto que estéis con ellas con un medio respeto, as dominaréis á todas. Un título pomposo debe convencerlas desde luego de que vuestra ciencia excede con mucho á las demás: entonces, podréis permitir os perfectamente ciertas cosas, cuyo derecho á penas se lo darian á otro mucho años de práctica: cuidad de tomarles el pulso muchas veces, acompañando este gesto con una ardiente mirada, y pasad el brazo alrededor de su esbelto talle, como para ver si el corsé está bien puesto.

EL ESTUDIANTE. Eso se comprende de sobra; ya tiene uno su experiencia.

MEFISTÓFELES. Mi buen amigo, toda teoría es seca, y el árbol precioso de la vida es muy florido.

EL ESTUDIANTE. Os juro que eso me causa el efecto de un sueño. ¿Me atreveré á distraeros otra vez para aprovecharme más de vuestra sabiduría?

MEFISTÓFELES. Á eso dirigiré todo mi cuidado.

EL ESTUDIANTE. Me sería imposible volver, si esta vez no os presentara mi álbum: tened la bondad de concederme una nota...

MEFISTÓFELES. Con mucho gusto. (*Escribe y se lo devuelve.*) *Eritis sicut Deus, bonum et malum scientes.* (*El estudiante saluda respetuosamente, y se retira.*)

MEFISTÓFELES. Sigue solo la vieja sentencia de mi primo el áspid, y bien pronto dudarás de tu semejanza divina.

FAUSTO. ¿Adónde debemos ir ahora?

MEFISTÓFELES. Adonde quieras. Podemos ver el pequeño mundo: ¡qué placer, qué utilidad la de tal viaje!

FAUSTO. Mas, por mi larga barba, yo no tengo el más ligero conocimiento del mundo; mi tentativa no tendrá ningún éxito, porque jamás he sabido pro-

ducirme en él: ¡me siento tan pequeño en presencia de los demás! me encontraré embarazado á cada paso.

MEFISTÓFELES. Mi buen amigo, todo eso se adquiere: ten confianza en ti mismo, y sabrás vivir.

FAUSTO. ¿Cómo saldremos de aquí? ¿Dónde tienes tú caballos, criados y un equipaje?

MEFISTÓFELES. Extendamos esta capa: ella nos llevará al través de los aires: para carrera tan atrevida no tomes un lío pesado: un poco de aire inflamable que voy á preparar, nos levantará de la tierra en un momento, y si somos ligeros, esto se hará muy pronto. Te felicito por el nuevo género de vida que acabas de abrazar.

Bodega de Auerbach, en Leipsique. Reunión de alegres compañeros.

FROSC. ¡Nadie bebe! ¡Nadie se rie! Yo voy á enseñaros á mostrar ceño. Estáis humeando como la paja húmeda, vosotros que siempre centelleáis como una hermosa fogata.

BRANDER. Tú tienes la culpa, que no pones nada de tu parte, ni una barbaridad, ni una porquería.

FROSC. *le arroja un vaso de vino á la cabeza.* Ahí tienes las dos á un tiempo.

BRANDER. ¡Marrano!

FROSC. Pues lo queréis, convengo en ello.

SIEBEL. ¡El que se incomoda tiene la puerta franca! Que todo el mundo cante con todos sus pulmones, que se beba, que se grite. ¡oh! ¡eh! ¡hola! ¡oh!

ALTMAYER. ¡Ay Dios! ¡estoy perdido! Traed algodón; ese maldito me rompe los oídos.

SIEBEL. Cuando la hóveda resuena, puede calcularse la fuerza del instrumento.

FROSC. Ni más ni menos: ¡ á la calle los que no consientan bromas! ¡ Ah! ¡ tara, lara, lara!

ALTMAYER. ¡ Ah! ¡ tara, lara, lara!

FROSC. Las gargantas están entonadas. *(Canta.)*

¿ Como puede durar todavía
El santísimo imperio romano?

BRANDER. ¡ Vaya una canción tonta! ¡ Quita! ¡ una canción política! ¡ que canción tan triste!... Da gracias á Dios todos los días, porque nada tienes que hacer con el imperio romano. Yo miro muchas veces como un gran bien para mí, el no ser emperador ni canciller. Sin embargo, es preciso no carecer de jefes, y nosotros debemos elegir un papa. ¿ Sabéis cual es el principal requisito para elevarse un hombre á ese rango?

FROSC CANTA.

Despierta pronto, y vete, ruiseñor,
Á saludar mil veces á mi bella.

SIEBEL. Nada de saludos á tu querida; no quiero oír ninguno.

FROSC. ¡ Á mi querida, saludos y besos! No eres tú quien me lo impedirá. *(Canta.)*

Descorre tus cerrojos con cautela,
Y abre la puerta, que es de noche ya:
Sin ruido y pronto, que tu amante vela,
Y suspirando por tu amor está.

SIEBEL. ¡ Sí, canta, canta: alábala bien, elógiala bien! también yo tendré ocasión de reirme. Á mi me ha dejado, y hará lo mismo contigo. Que se le dé un kobold (1) por cortejo, y podrá divertirse con ella en cualquier esquina. Un chivo viejo, que vuelve del Blocks-

(1) Espíritu familiar.

berg, puede, al pasar corriendo, darle las buenas noches; pero un mozo de carne y hueso, es demasiado bueno para una muchacha de semejante clase. Yo no le deseo otra cosa que ver todas sus vidrieras rotas.

BRANDER, *dando un golpe sobre la mesa.* ¡ Silencio! ¡ silencio! ¡ escuchadme! confesaréis, señores, que sé vivir: aquí hay enamorados, y debo, siguiendo el uso, darles por buenas noches lo mejor que hay en el mundo.. ¡ Atención! allá va una canción de última hechura. y repetid bien alto el estribillo. *(Canta.)*

En una rica cocina
Cierta ratón hizo entrada,
Y allí crió una papada
Como la de un provisor...
Pero un día, el pobre diablo,
Saltó envenenado afuera,
Tan triste, cual si tuviera
Dentro del cuerpo el amor.

CORO.

Tan triste, cual si tuviera
Dentro del cuerpo el amor.

BRANDER.

Corriendo de un lado á otro,
Se rascaba y se mordía,
Bufaba, se retorcia,
Y rabiaba de dolor.
Hasta tal punto, que al verlo
Hacer esfuerzo tan vano,
Gritaría un cortesano,
¡ Tiene en el cuerpo el amor!

CORO.

¡ Tiene en el cuerpo el amor!

BRANDER.

Creyó, por fin, en la hornilla.
Ocultarse de la gente;
Mas allí el pobre demente

Aun se encontraba peor.
Burlándose de él entonces
La criada de la casa
Decía : ¡ cómo se abrasa !
¡ Tiene sin duda el amor !

CORO.

¡ Tiene sin duda el amor !

SIEBEL. ¡ Como se divierten esos desalmados ! ¡ No hay duda que es una obra maestra el envenenar á un pobre ratón !

BRANDER. ¡ Defiendes á tus semejantes !

ALTMAYER. ¡ Mirale bien con su panza y su cabeza pelona ! ¡ cómo le enternece su desgracia ! En ese ratón abrasado ve su verdadero retrato.

FAUSTO Y MEFISTÓFELES

MEFISTÓFELES. Debo antes de nada introducirte en una alegre sociedad, para que veas cuan fácilmente se puede pasar la vida. Cada día es aquí para el pueblo una nueva fiesta : con poca inteligencia, y mucho ¿ *qué se me da á mí ?* cada uno de ellos gira en su estrecho círculo de placeres, como un gato joven que juega con su cola : en tanto que no tienen un dolor de cabeza, y el patrón les fia de buena gana, viven alegres sin el menor cuidado.

BRANDER. Esos son viajeros : se conoce por sus trazas que no hace una hora que han llegado.

FROSCH. ¡ Tienes razón de veras ! ¡ honor á nuestro Leipsique ! que es un pequeño París.

SIEBEL. ¿ Quiénes crees que serán esos extranjeros ?

FROSCH. Aguarda un poco : con una copa llena les arrancaré la máscara á esos sátrapas. Parecen de casa noble, por su mirada de descontento y orgullo.

BRANDER. Apuesto á que son dos charlatanes.

ALTMAYER. Puede ser.

FROSCH. ¡ Atención ! Yo los chasquearé.

MEFISTÓFELES, á Fausto. Esta pobre gente nunca recela del diablo, ni aunque los cogiera por la garganta.

FAUSTO. Os saludamos, señores.

SIEBEL. Muchas gracias por vuestra finura. (*En voz baja mirando de soslayo á Mefistófeles.*) ¿ Que quer á este pícaro que cojea de un pie ?

MEFISTÓFELES. ¿ Nos será permitido sentarnos entre vosotros ? El placer de la sociedad nos resarcirá del buen vino que falta.

ALTMAYER. Parecéis muy descontentos.

FROSCH. Habréis salido muy tarde de Rippach : ¿ habéis cenado esta noche en casa del señor Juan (1) ?

MEFISTÓFELES. Hemos pasado por junto á su casa, sin detenernos en ella. Hace poco que le hemos hablado, y él también á nosotros de sus primos, para quienes nos dió expresiones. (*Se inclina hacia Frosch.*)

ALTMAYER *en voz baja.* Te ha fastidiado : sabe lo que se hace.

SIEBEL. Es un tuno divertido.

FROSCH. ¡ Bueno ! espera un poco : yo me entenderé con él.

MEFISTÓFELES. Sino me equivoco, hemos oido al entrar un coro de hábiles voces. Y en verdad, que debajo de estas bóvedas deben resonar admirablemente los cantos.

FROSCH. ¿ Seréis, tal vez, un artista ?

MEFISTÓFELES. ¡ Oh ! no : mi talento es muy escaso pero mi afición grandísima.

FROSCH. Echad una canción.

(1) Chanza alemana.

MEFISTÓFELES. Las que queráis.

SIEBEL. Mas, alguna cosa nueva.

MEFISTÓFELES. Volvemos de España, de aquel amable país del vino y de las canciones. (*Canta*).

Una galana pulga
Con un príncipe estaba,

FROSCH. ¡Escuchad! ¡una pulga!... ¿habéis oído bien eso? una pulga me parece un huésped bastante desagradable.

MEFISTÓFELES CANTA.

Una galana pulga
Con un príncipe estaba,
Y el hombre la adoraba
Cual hija, ó más tal vez.
Y un día mandó á un sastre
Le hiciese ¡vaya un porte!
Un gran traje de corte,
Con toda pulidez.

BRANDER. No os olvidéis de mandar al sastre que se lo haga con cuidado, y que, si puede, no deje que los calzones queden con la menor arruga.

MEFISTÓFELES.

El animal gozoso
De verse así ataviado,
Y hasta condecorado
Con mil cruces de honor,
Quiso que de provincia
Sus hermanos viniesen,
Y señores se hiciesen
Por orden del señor.
Pero los cortesanos,
Aunque jamás hablaban,
Todo el día pasaban
En continuo rabiár.

La política, piensan,
Es quien nos mortifica...
Si la pulga nos pica
La debemos matar.

CORO CON ACLAMACIÓN.

Si la pulga nos pica
La debemos matar.

FROSCH. ¡Bravo! ¡bravo! ¡magnífico!

SIEBEL. Así sea con todas las pulgas.

BRANDER. Apretad los dedos y pellizcadlas de firme.

ALTMAYER. ¡Viva la libertad! ¡viva el vino!

MEFISTÓFELES. Yo bebería de buena gana un vaso en honor de la libertad, si vuestros vinos fuesen siquiera un poco mejores.

SIEBEL. No digáis más...

MEFISTÓFELES. Si no temiese ofender al patrón, haría que los amables convidados probasen el mejor que hay en nuestra bodega.

SIEBEL. ¡Vamos, vamos! yo cargo con la responsabilidad.

FROSCH. Dadnos un buen vaso si queréis que se le elogíe, porque yo para juzgarlo, necesito tener la boca llena.

ALTMAYER, *en voz baja*. Son del Rhin, me parece.

MEFISTÓFELES. ¡Procuradme un taladro!

BRANDER. ¿Para que lo queréis? Creo que no tenéis vuestros toneles á la puerta.

ALTMAYER. Allá detrás tiene el patrón una cesta de herramientas.

MEFISTÓFELES, *toma el taladro de manos de Frosch*. Decid ahora cual queréis gustar.

FROSCH. ¿Cómo! ¿Los tenéis de todas clases?

MEFISTÓFELES. Yo dejo la libre elección á cada uno.

ALTMAYER, *á Frosch*. ¡Ah! ¡ah! tú principias ya á relamerte.

FROSCH. Muy bien: si yo puedo escoger, quiero vino del Rhin: la patria produce siempre lo mejor.

MEFISTÓFELES, *haciendo un agujero en el borde de la mesa cerca del asiento de Frosh.*

Procuradme un poco de cera para hacer un tapón.

ALTMAYER. ¡Ea! buen juego de manos.

MEFISTÓFELES, *á Brander.* ¿Y vos?

BRANDER. Yo lo desearía de Champagne, y bien espumoso.

(Mefistófeles continúa barrenando, y entre tanto ha hecho tapones uno de ellos y los ha metido en los agujeros.)

BRANDER. No puede uno pasarse siempre sin lo extranjero; lo bueno se halla muchas veces tan lejos! Un alemán no puede sufrir á los franceses; mas á pesar de eso, bebe con mucho gusto su vino.

SIEBEL, *mientras Mefistófeles se acerca á su sitio.* Yo debo confesarlo: no me agrada lo fuerte: dadme un vaso de cualquier cosa dulce.

MEFISTÓFELES, *barrenando.* Pues voy á daros Tokay.

ALTMAYER. No, señor: ¡miradme de frente! Bien lo veo; no queréis...

MEFISTÓFELES. ¡Ba! Eso no sería obrar muy bien con tan nobles convidados. ¡Vamos pronto! allá vá! ¿que otro vino presento?

ALTMAYER. ¡De todos! ¡y hemos hablado bastante!
(Luego que están hechos y tapados los agujeros se levanta Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES, *con unos gestos raros.*

Si en la cabeza del cabrito crecen
Cuernos desmesurados,
Y las vides cada año os abastecen
De racimos preciados,
Las mesas, barrenadas con mi tino,
Pueden daros también precioso vino,
Y pues lo que os consagro
Es de la gran natura una merced
Y espléndido milagro,
Destapad agujeros, y bebed.

Todos *quitando los tapones y recibiendo en sus vasos el vino que cada uno deseaba.* Preciosa fuente tenemos.

MEFISTÓFELES. Cuidad mucho de no verter nada.

Todos cantan.

Bebed, bebamos, hermanos,
Como quimientos marranos.

(Vuelven á beber.)

MEFISTÓFELES. Ahí tienes embromados á mis zánganos, mira cómo les va.

FAUSTO. Me dan ganas de irme de aquí.

MEFISTÓFELES. Un minuto más de atención, y verás la bestialidad en todo su candor.

SIEBEL *bebe sin precaución; el vino se derrama por tierra y se convierte en llama.* ¡Socorro! ¡fuego! ¡socorro! ¡el infierno se abrasa!

MEFISTÓFELES, *dirigiéndose á la llama.* Cálmate, mi querido elemento! *(Á los compañeros.)* Por esta vez, no ha sido más que una gota de fuego del Purgatorio.

SIEBEL. ¿Que significa eso? la pagaréis cara; me parece que nos conocéis muy poco.

FROSH. Yo le aconsejo que vuelva á principiar.

ALTMAYER. Mi opinión es que se le ruegue políticamente que se vaya.

SIEBEL. ¿Que quiere ese hombre? se habrá atrevido á poner aquí por obra su *hocúspoco*⁽¹⁾?

MEFISTÓFELES. ¡Paz! viejo tonel.

SIEBEL. ¡Palo de escoba! ¿Quieres todavía hacer el patán?

BRANDER. ¡Aguarda un poco, los golpes van á llover!

ALTMAYER. *Quita un tapón de la mesa, y del agujero sale un rayo de fuego, que le hiere.* ¡Me quemó! ¡me quemó!

(1) Término de brujería.

SIEBEL. ¡Brujería!... ¡saltad sobre él! ¡va á pagárnosla el pícaro. (*Toman sus cuchillos, y se lanzan hacia Mefistófeles.*)

MEFISTÓFELES, *con gravedad.*

¡ Palabras, perspectivas, cuadros mágicos,
Turbad sus sentidos y su espíritu
Con vuestro hechizo poderoso y rápido!

(*Se miran unos á otros asombrados.*)

ALTMAYER. ¿ En dónde estoy? ¡ Qué país tan bello!

FROSCH. ¡ Un ribazo de viñas! ¿ veo bien?

SIEBEL. Y racimos á la mano.

BRANDER. ¡ Ved qué cepa entre los verdes pámpanos!
¡ ved qué racimos! (*Coge á Siebel por la nariz, los demás hacen otro tanto unos á otros, y levantan los cuchillos.*)

MEFISTÓFELES, *como antes.*

¡ Vamos, nadie se entretenga :
Vinos, vendimias, taponés,
Despareced, ilusiones!...
Así el infierno se venga.

(*Desaparece con Fausto : todos los compañeros se sueltan.*)

SIEBEL. ¿ Qué es eso?

ALTMAYER. ¡ Qué!

FROSCH. ¡ Cómo! ¡ era tu nariz!

BRANDER á Siebel; ¡ Y yo tengo la tuya!

ALTMAYER. Acción es ésta para romperte un drazo.
Traed un banco, que me caigo desfallecido.

FROSCH. No, dime lo que ha sucedido.

SIEBEL. ¿ En dónde está el pícaro? Si le pillo, no ha de salir vivo de entre mis manos.

ALTMAYER. Yo le he visto pasar por la puerta de la bodega... montado en un tonel... Siento los pies pesados como el plomo. (*Volviéndose hacia la mesa.*) ¡ Voto á brtos! ¡ Bien podía correr el vino todavía!

SIEBEL. No era todo más que mentira, ilusión y engaño.

FROSCH. ¡ Y yo que había jurado beber tanto!

BRANDER. Pero ¿ qué ha sido de aquellos bellos racimos?

ALTMAYER. ¡ Que se diga todavía que no se debe creer en los milagros!

Cocina de hechicera.

En un hogar hundido, hay una gran olla de cobre al fuego. Á través de los vapores que exhala, aparecen singulares figuras. Una mona, sentada junto á la olla, la espuma y cuida de que no se derrame su contenido. El mono, con sus hijuelos, se calienta á su lado. Las paredes y el techo se hallan cubiertos de herramientas raras del uso de la hechicera.)

FAUSTO, MEFISTÓFELES

FAUSTO. Todo este extraño apresto de brujería me repugna. ¿ Que goces podrás proporcionarme en medio de este montón de extravagancias? ¿ Que consejos hay que esperar de una vieja? Y ¿ hay en esta cocina algún brebaje que pueda quitarme treinta años de encima de mi cuerpo? ¡ Desdichado de mi, si no sabes otras cosas mejores! He perdido ya toda esperanza. ¿ Es posible que ni la naturaleza ni un espíritu superior tengan un bálsamo capaz de dulcificar mi infortunio?

MEFISTÓFELES. Amigo mío, tú hablas aún con sabiduría. Hay sin duda para rejuvenecerse un medio muy natural; pero se encuentra en otro libro, y es un singular capítulo.

FAUSTO. Quiero conocerlo.

MEFISTÓFELES. ¡ Bueno! es un medio que no pide dinero, medicina, ni sortilegio : preséntate inmediatamente en los campos, ponte á cavar, encierra tu pensamiento en un círculo estrecho, conténtate con alimentos sencillos, vive como un animal entre los animales, y

no te desdeñes de estercolar tus tierras; y, créemelo, ese es el mejor medio de rejuvenecerte á los ochenta y cuatro años.

FAUSTO. Yo no estoy acostumbrado, ni podría acostumbrarme á tomar en la mano el azadón. Además, una vida estrecha no es lo que me conviene.

MEFISTÓFELES. Pues entonces es necesario que la bruja tome parte en el asunto.

FAUSTO. Pero ¿por qué ha de ser precisamente esa vieja? ¿no puedes por ti mismo hacer ese brebaje?

MEFISTÓFELES. ¡Sería un bello pasatiempo! antes fabricaría mil puentes. Ese trabajo requiere, no sólo saber hacerlo, sino también mucha paciencia. Un espíritu tranquilo, emplea en confeccionarlo muchos años. Solo el tiempo da la virtud á la fermentación; y todos los ingredientes de que se compone son sumamente raros. El diablo se lo ha enseñado, mas no puede hacerlo por sí. (*Divisa los animales.*) ¡Mira qué linda especie! he aquí la criada allí el criado... (*Á los animales.*)

Amigos, ¿por que razón
No está la buena mujer?

LOS ANIMALES.

Fuera de casa á comer
Se salió por el cañón
De la chimenea.

MEFISTÓFELES.

¡Hola!

¿Tardará si la esperamos?

LOS ANIMALES.

Lo que nosotros tardamos
En... calentarnos la cola.

MEFISTÓFELES Á FAUSTO. ¿Que te parece de estos hermosos animales?

FAUSTO. Que son los más repugnantes que he visto en toda mi vida.

MEFISTÓFELES. ¡No! un lenguaje como ése es justamente el que mejor me conviene. (*Á los animales.*)

Y decidme, *carcamales*,
¿Que es lo que así revolvéis?

LOS ANIMALES.

Es comida de animales.

MEFISTÓFELES.

Muchos, entonces, seréis.

EL GATO, *acercándose y acariciando á Mefistófeles.*

Juguemos entrambos,
Y haced mi fortuna,
Que yo soy dichoso
Teniendo pecunia.

Pobre no soy nada;
Mas toda esta turba,
Si yo llego á rico,
Me hará garatusas.

MEFISTÓFELES. ¡Qué feliz se creería el mico, si pudiese siquiera jugar á la lotería! (*En todo este tiempo, los demás animales juegan con una gran bola, y la hacen rodar.*)

EL GATO.

Este es el mundo
Que nos divierte:
Bola redonda,
Sube y descende,
Y como el vidrio,
Quiébrase á veces.
¡Huye, hijo mio!
¡No te embelese
Su brillo falso,
Que da la muerte!

MEFISTÓFELES.

Di, ¿de qué sirve esa criba (1)?

EL GATO *la coge.*

Para conocer el alma
De cualquier persona viva.

(1) La criba cabalística que sirve para reconocer á los que han robado.

Que si á pesar de tu calma,
Tan sólo fueras un tuno,
Lo sabríamos... Y quiero...

(Corre hacia la gata y hace que mire á través de la criba.)

Mira por ese agujero
Quien es aquel importuno.

MEFISTÓFELES *aproximándose al fuego.*
¿Y de qué es esta comida?

EL GATO Y LA GATA.

¡Ay! que no conoce el pote
Donde se cuece... En la vida
Se vió semejante zote.

MEFISTÓFELES.

¡Silencio, insolente grey!

EL GATO.

Si en este sillón te sientas,
Y aqúeste abanico ostentas,
Serás de todos el rey.

(Hace que se siente Mefistófeles.)

FAUSTO, *que durante este tiempo ha permunecido siempre en pie frente á un espejo ustorio, ya acercándose y ya separándose de él.* ¡Qué veo! ¿Qué celestial imagen se me aparece en este mágico espejo? ¡Oh amor! préstame la más rápida de tus alas, y transpórtame á la región que habita. ¡Ah! aunque no permanezca en este sitio, aunque me aventure á adelantarme más, sólo puedo verla como al través de una nube! ¡La más bella figura de mujer! ¿Es posible que en una mujer exista tanta belleza? ¿Será que en ese cuerpo tendido ante mi vista, se halle el compendio de todas las maravillas de los cielos? ¿Qué hay de semejante en la tierra?

MEFISTÓFELES. Naturalmente, cuando un Dios se pone á trabajar durante seis días, y al fin se aplaude á sí demismo, be sacar alguna cosa mediana. Por ahora

hártate de mirarla, que te prometo desenterrarte semejante tesoro: y ¡feliz el que tenga la fortuna de llevarla á su casa como esposa! (Fausto continúa mirando en el espejo: Mefistófeles, extendiéndose en el sillón y jugando con el abanico, sigue hablando.) Heme aquí sentado como un rey en su trono: tengo el cetro, y no me falta más que la corona.

(Los animales, que hasta ahora habían estado ejecutando mil movimientos extravagantes, entre estrepitosos gritos, traen una corona á Mefistófeles.)

Dígnate, señor, tomarla,
He aquí todos sus pedazos:
Con alguna sangre y brazos
Podrás tal vez arreglarla.

(Corren torpemente hacia la corona, y haciéndola pedazos, bailan con ellos en coro.)

Muy bien: empecemos,
Oímos, rimamos,
Hablamos y vemos.

FAUSTO, *delante del espejo.* ¡Desdichado de mí que atolandrado estoy!

MEFISTÓFELES, *señalando á los animales.* La cabeza se me vuelve también á mí.

LOS ANIMALES

Si eso nos sale bien
Gloria á nuestro ingenio, amén.

FAUSTO, *como antes.* ¡Mi corazón empieza á inflamarse! ¡Alejémonos pronto!

MEFISTÓFELES, *en la misma posición.* Debe convenirse al menos en que éstos son unos verdaderos poetas. (La olla, que la mona dejó de espumar un instante, empieza á desbordarse; y se eleva una llamarada, que sube impetuosamente por la chimenea. La bruja baja al través de la llama, lanzando espantosos gritos)

LA HECHICERA.

¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh!
 Perros cochinos,
 Vertéis la comida
 Y me abraso yo.
 Abajo, fementida,
 Torpe canalla de indignos.

(Viendo á Mefistófeles y Fausto.)

¿Que es lo que veo aquí?
 En mi laboratorio
 ¿Quién puede entrar así?
 ¡ Á mí, viejo grimorio!
 ¡ Á vos el fuego!

Vuestros huesos verán un bello fuego.

(Mete la espumadera en la olla, y lanza las llamas á Fausto, Mefistófeles y los animales. Estos últimos dan alaridos.)

(Mefistófeles levanta el abanico que tiene en la mano, y pega con él á derecha é izquierda en los vasos y en las ollas.)

¡De dos en dos!
 ¡Utensilios de hechicera,
 Viejos frascos, ollas, vasos.
 De dos en dos!
 Aguarda un poco, altanera,
 Que este garrote marcará el compás.

(Mientras la bruja retrocede llena de cólera y pavor).

¡Me reconoces, esqueleto, espantajo! ¿Reconoces á tu señor y maestro? ¿Quién me impedirá golpear y hacerte pedazos á ti y á tus espíritus-gatos? ¿No tienes ya respeto al perpunte rojo? ¿Desconoces la pluma de gallo? ¿He ocultado esta cara? ¿Será, pues, menester que yo me nombre á mí mismo?

LA HECHICERA. ¡Oh, señor! ¡perdonadme este recibimiento un poco rudo! Yo no veo por otra parte el pie torcido ¿Qué habéis hecho, pues, de vuestro par de cuernos?

MEFISTÓFELES. Te salvarás por esta vez, porque hace mucho tiempo que no nos hemos visto. La ilustración que civiliza al mundo entero, se ha extendido hasta el

diablo; ya no se ven ahora ni fantasmas del Norte, ni cuernos, ni garras. En cuanto á este pie, de que no puedo deshacerme, me sería perjudicial en el mundo; y así, como otros muchos jóvenes, he adoptado, hace tiempo, la moda de las pantorrillas postizas.

LA HECHICERA (bailando).

¡Yo no sé lo que me pasa:
 El Señor Satán en casa!

MEFISTÓFELES. Suprime semejante nombre, ¡mujer, te lo suplico!

LA HECHICERA. ¿Por qué? ¿Qué os ha hecho?

MEFISTÓFELES. Hace muchos años que anda en el libro de las fábulas; mas no por eso se han mejorado los hombres: se han librado del enemigo; pero los enemigos han quedado. Que me llames señor barón, ¡corriente! Yo soy en realidad un caballero como tantos otros, tú no puedes dudar de mi nobleza: toma, he ahí el escudo que traigo. (Hace un gesto indecente.)

LA HECHICERA se rie desafortadamente. ¡Ya! ¡ya! esas son vuestras maneras propias; sois un amable pillo, como siempre.

MEFISTÓFELES, á Fausto. He ahí algo en que instruirte. Así se conduce uno con las brujas.

LA HECHICERA. Ahora, señores, decid lo que deseáis.

MEFISTÓFELES. Un buen vaso del licor que tú sabes, pero del más viejo, te lo ruego, que los años redoblar su virtud.

LA HECHICERA. ¡De muy buena gana! Tengo un frasco, del que yo mismo tomo algunas veces: no tiene el más imperceptible hedor; os daré un vasito. (En voz baja á Mefistófeles.)

Pero si este hombre lo prueba sin hallarse preparado, no puede vivir, como sabéis, ni aún una hora.

MEFISTÓFELES. Es un amigo, y el licor no puede hacerle más que bien : yo le daría sin temor el mejor de toda tu cocina. Traza tu círculo, di tus palabras y dale una taza llena. (*La bruja, con gestos raros, traza un círculo, en el que coloca mil cosas extravagantes. Entre tanto, los vasos empiezan á resonar, la olla á dar estampidos, como haciendo acompañamiento. En fin, trae un librote, mete los gatos en el círculo, en donde le sirven de pupitre, y tienen los hachones. Indica á Fausto que se dirija hacia ella.*)

FAUSTO, á *Mefistófeles*. No : dime lo que va á ser todo esto. Esta loca ralea, esos gestos extravagantes, esa grosera brujería, me son bastante conocidos, y me disgustan demasiado.

MEFISTÓFELES. ¡Qué tontería! esto es cosa de risa ; no hagas el grave. Como médico debe hacer un *hocús-poco*, para que el filtro te aproveche. (*Obliga á Fausto á entrar en el círculo.*)

LA HECHICERA, con gran énfasis, toma el libro, y declama.

Amigo, cree en mi sistema :
Con solo uno, diez harás,
Con dos te enriquecerás,
Y está resuelto el problema.
Pasa el cuarto, el quinto, el sexto
El sétimo y el octavo,
Las brujas te dicen esto,
También te saldrán y acabo...

Si nueve es uno,
Diez no es ninguno.

FAUSTO. Se me figura que la vieja delira.

MEFISTÓFELES. Ya falta poco : conozco bien todo eso : su libro está lleno de esas simplezas. Me ha hecho perder mucho tiempo ; porque una perfecta contradicción es tan misteriosa para los sabios como para

los locos. Amigo mío, el arte es viejo y nuevo. Fué costumbre de todos tiempos propagar el error en vez de la verdad. Se hosteza sin cesar sobre ese asunto, se aprende todo eso como tantas otras cosas ; pero ¿quién va á atormentarse por comprender tales locuras? El hombre cree, generalmente, cuando oye palabras, que por fuerza han de contener alguna idea.

LA HECHICERA continúa.

La más sublime ciencia
No se alcanza en el mundo
Con dinero, trabajo ó diligencia.
Porque el conocimiento más profundo
Lo adquiere en un instante
El peor estudiante.

FAUSTO. ¡Que de contradicciones nos dice ! Todo eso me hace pedazos la cabeza : me parece que estoy oyendo un coro de cien mil locos.

MEFISTÓFELES. ¡Basta ! ¡basta ! ¡perfectamente, sibila ! trae aquí tu poción, y que la copa venga llena hasta el borde : ese brebaje no puede hacerle daño á mi amigo, que es un hombre que ha obtenido muchos grados y que ha hecho de las suyas. (*La bruja, con grande aparato, echa la bebida en el vaso : al instante de acercarla á sus labios se eleva una ligera llama.*)

MEFISTÓFELES. ¡Volando ! ¡un poco más ! esto bien ha de calentarte el corazón. ¡Qué es eso ! estás con el diablo hablando tú por tú ¿ y te espanta la llama ? (*La bruja borra el círculo : Fausto se sale de él.*)

MEFISTÓFELES. ¡Adelante ! es menester no detenerse. LA HECHICERA. ¡Buen provecho os haga ese traguito !

MEFISTÓFELES, á la hechicera. Si te se ofrece algo en que yo pueda servirte, me lo dirás en el sábat (1).

(1) Sábado entre los judíos, y conventicula ó junta nocturna que suponía la gente vulgar tenían los brujos y hechiceras para adorar al diablo.

LA HECHICERA. ¡He ahí una canción! cantadla alguna vez, y experimentaréis singulares efectos.

MEFISTÓFELES, á *Fausto*. Ven pronto y déjate conducir : es necesario que traspases para que la virtud del licor obre interior y exteriormente. Luego, te haré apreciar las delicias de una noble ociosidad, y bien pronto secretísimos transportes te harán reconocer la influencia de Cupido, que revolotea alrededor del mundo por la azulada atmósfera.

FAUSTO. Deja que todavía dirija hacia ese espejo una ligera mirada. ¡Era tan bella aquella imagen de mujer!

MEFISTÓFELES. ¡No, no! Vas á ver al momento el modelo de las mujeres, pero con vida, y delante de ti. (*Aparte*). Con esa bebida en el cuerpo, verás una Helena en cada mujer que encuentres.

SEGUNDA PARTE

Una calle.

FAUSTO, MARGARITA *de paso*.

FAUSTO. Hermosa señorita, ¿me atreveré á ofreceros mi compañía y mi brazo?

MARGARITA. Yo no soy ni señorita ni hermosa, y puedo muy bien ir á mi casa sin que nadie me acompañe. (*Se separa y huye.*)

FAUSTO. ¡Vive el cielo! es una niña bellísima : en mi vida he visto nada semejante : parece tan honesta y tan virtuosa, y tiene al mismo tiempo un no sé qué tan gracioso ! ; Jamás olvidaré ni sus labios de rosa, ni el brillo de sus mejillas ! ; Cómo bajaba los ojos ! ; ah ! se ha grabado profundamente en mi corazón : ¡ con qué ligereza se ha separado ! ... ; me ha trastornado ! (*Mefistófeles se adelanta.*)

FAUSTO. Escucha, es menester darme la posesión de esa joven.

MEFISTÓFELES. ¡ Eh ! ¿ cuál ?

FAUSTO. La que acaba de pasar.

MEFISTÓFELES. ¡ Aquélla ! Venía de junto á su confesor, que la ha absuelto de todos sus pecados. Yo me iba deslizando entre los dos : es muy inocente : va á confesarse por nada : no tengo ningún poder sobre ella.

FAUSTO. Pues tiene más de catorce años.

LA HECHICERA. ¡He ahí una canción! cantadla alguna vez, y experimentaréis singulares efectos.

MEFISTÓFELES, á *Fausto*. Ven pronto y déjate conducir : es necesario que traspires para que la virtud del licor obre interior y exteriormente. Luego, te haré apreciar las delicias de una noble ociosidad, y bien pronto secretísimos transportes te harán reconocer la influencia de Cupido, que revolotea alrededor del mundo por la azulada atmósfera.

FAUSTO. Deja que todavía dirija hacia ese espejo una ligera mirada. ¡Era tan bella aquella imagen de mujer!

MEFISTÓFELES. ¡No, no! Vas á ver al momento el modelo de las mujeres, pero con vida, y delante de ti. (*Aparte*). Con esa bebida en el cuerpo, verás una Helena en cada mujer que encuentres.

SEGUNDA PARTE

Una calle.

FAUSTO, MARGARITA *de paso*.

FAUSTO. Hermosa señorita, ¿me atreveré á ofreceros mi compañía y mi brazo?

MARGARITA. Yo no soy ni señorita ni hermosa, y puedo muy bien ir á mi casa sin que nadie me acompañe. (*Se separa y huye.*)

FAUSTO. ¡Vive el cielo! es una niña bellísima : en mi vida he visto nada semejante : parece tan honesta y tan virtuosa, y tiene al mismo tiempo un no sé qué tan gracioso ! ; Jamás olvidaré ni sus labios de rosa, ni el brillo de sus mejillas ! ; Cómo bajaba los ojos ! ; ah ! se ha grabado profundamente en mi corazón : ¡ con qué ligereza se ha separado ! ... ; me ha trastornado ! (*Mefistófeles se adelanta.*)

FAUSTO. Escucha, es menester darme la posesión de esa joven.

MEFISTÓFELES. ¡ Eh ! ¿ cuál ?

FAUSTO. La que acaba de pasar.

MEFISTÓFELES. ¡ Aquélla ! Venía de junto á su confesor, que la ha absuelto de todos sus pecados. Yo me iba deslizando entre los dos : es muy inocente : va á confesarse por nada : no tengo ningún poder sobre ella.

FAUSTO. Pues tiene más de catorce años.

MEFISTÓFELES. Habláis como Juan el Cantor, que codicia las más bellas flores, y piensa adquirir honor y favor, sin merecerlo. Mas no sucede siempre así.

FAUSTO. Señor dómine, dejadme en paz: y os lo digo pronto y claro: si esta tarde no estrecho en mis brazos á esa joven encantadora, esta noche nos separamos.

MEFISTÓFELES. Imaginad alguna cosa factible, necesitaría lo menos quince días tan sólo para acechar la ocasión.

FAUSTO. Siete horas y el auxilio del diablo, ¿me serán inútiles para seducir una criaturita semejante?

MEFISTÓFELES. Ya habláis casi como un francés: sin embargo, os suplico que no os enfadéis. ¿De que sirve esa ansia de gozar? El placer es mucho menor si de antemano, y con todo género de baratijas, no componéis y adornáis por vos mismo vuestra pequeña muñeca, como sucede en muchos cuentos galos.

FAUSTO. Sin eso tengo apetito también.

MEFISTÓFELES. Pues sin invectivas ni burlas, os digo desde ahora para siempre, que no se puede ir tan de prisa con esa hermosa niña. Es necesario no usar con ella ninguna violencia, y debemos atenernos á la astucia.

FAUSTO. ¡Ve á buscarme alguna cosa de ese ángel, llévame al lugar en que reposa! ¡tráeme un pañuelo cualquiera que haya cubierto su seno, una cinta siquiera de mi adorada!

MEFISTÓFELES. Vais á ver cómo quiero realmente calmar vuestra pena: no perdamos un instante; desde hoy os conduciré á su aposento.

FAUSTO. ¿Y yo podré verla, poseerla?

MEFISTÓFELES. No: ella estará en casa de una vecina. Sin embargo, podréis, esperando vuestra dicha futura,

embriagaros cuanto queráis con el aire que habrá respirado.

FAUSTO. Partamos.

MEFISTÓFELES. Aun es temprano.

FAUSTO. Procúrame, pues, un presente para ella.
(*Se va.*)

MEFISTÓFELES. ¿Regalos ya? ¡bueno! He ahí el medio de adelantar. Yo sé de muchos sitios muy buenos, y de muchos tesoros enterrados: voy á pasarles revista.
(*Se va.*)

Al anochecer.

(Una pequeña alcoba bien arreglada.)

MARGARITA, *trenzándose el cabello*. Daría cualquier cosa por saber quien era el caballero de esta mañana: tenía, por cierto, la mirada noble, y su cara dejaba ver que era de familia distinguida... sino, no hubiera sido tan atrevido. (*Sale.*)

MEFISTÓFELES. ¡Entrad! ¡pero despacio!

FAUSTO, *después de algunos instantes de silencio*. Te lo ruego, déjame solo.

MEFISTÓFELES. No todas las jóvenes tienen tanto orden y aseo. (*Sale.*)

FAUSTO, *mirando alrededor*. ¡Bien venido, dulce crepúsculo que alumbras este santuario. Embarga mi corazón, dulce pena de amor, que en tu impotencia aspiras el perfume de la esperanza! ¡Cómo respira aquí todo, el silencio, el orden, y el contento! ¡Qué abundancia en medio de esta escasez! ¡Qué felicidad en este calabozo! (*Se echa sobre un sillón de cuero cerca del lecho.*) ¡Oh! ¡recíbeme tú, que has tenido en tus brazos abiertos, generaciones llenas de alegría y de tristeza! ¡Ah! ¡Cuántas

veces un tropel de niños se habrá suspendido alrededor de este trono paternal! Acaso, recordando al Cristo, mi querida, rodeada de una familia joven, habrá besado aquí, la temblorosa mano de su abuelo. Siento vagar en derredor de mí, ¡oh hermosa niña! tu espíritu de orden, ese espíritu que regula tus días como una tierna madre, que te enseña á tender aseadamente el tapete sobre la mesa, y á notar hasta los átomos del polvo que bajo tus pies se mueve. ¡Oh mano tan cara! ¡tan divina! Por tí se hace rica como el cielo una cabaña. Y allí... (*Alza una colgadura del lecho.*) ¡Qué delicias crueles se apoderan de mí! Yo podría pasar en este sitio horas enteras. ¡Naturaleza! aquí inspiras á ese ángel tus sueños encantadores. Aquí reposa esa niña, cuya sangre palpita con una vida nueva; y aquí, con un temor santo y puro, se formaba esa imagen de Dios.

Y tú, ¿quién te ha conducido aquí? ¿De qué sentimientos te encuentras agitado? ¿Qué quieres aquí? ¿Por qué se oprime mi corazón? ¡Desgraciado Fausto, ya no te reconozco!

¿Será un vapor encantado lo que aquí me rodea? Me siento ávido de placeres, y me dejo llevar de sueños amorosos; seremos el juguete de cada viento?

¡Si entrase en este momento!... ¡Cómo te haría latir el corazón tu falta! ¡Qué pequeño sería el grande hombre! ¡Cómo caería confundido á sus pies!

MEFISTÓFELES. Pronto, que ya la veo.

FAUSTO. Vamos, vamos, no vuelvo más aquí.

MEFISTÓFELES. He ahí una cajita bastante pesada que he cogido en cierto sitio: metedla en el armario, y os juro que le trastornará el juicio. Os doy esa poca cosa, á fin de adquiriros otra: es verdad que un niño es un niño, y un juego es un juego.

FAUSTO. Yo no sé si debo...

MEFISTÓFELES. ¿Podéis preguntarlo? ¿Pensáis quizás en conservar el tesoro? En ese caso, aconsejo á vuestra avaricia que me ahorre trabajo y tiempo, que es tan caro. No espero veros jamás tan sensato: y en vano para eso me rasco la cabeza y me estrego las manos... (*Mete la cajita en el armario y lo cierra.*) ¡Vamos, venid pronto! Queréis atraer una joven á vuestros votos y á vuestros deseos, y héos ahí plantado como si fueseis á entrar en una audiencia, y como si la física y la metafísica en persona se hallasen frente á vos. Vamos... (*Salen.*)

MARGARITA, con una lámpara. ¡Qué espeso y sofocado está aquí el aire! (*Abre la ventana.*) Y fuera no hace tanto calor. Y yo estoy no sé como. Desearía que mi madre no volviese. Siento un temblor por todo el cuerpo... ¡Qué! me asusto tontamente. (*Empieza á desnudarse cantando.*)

Hubo un rey en la Thulea,
Á quien legó su querida
Una rica copa de oro,
De su amor memoria fina,

Era un tesoro de encantos,
Que conservaba su dicha,
Y cuando bebía en ella,
Sus ojos se humedecían.

Viendo cercana su muerte,
Hizo de todo partija;
Pero exceptuó la copa,
Recuerdo de tanta estima.

Convidó un día á su mesa
Á la nobleza más digna,
La que atenta le observaba,
Como toda su familia.

De repente se levanta
Y á su balcón se aproxima:
Bebe, y arroja la copa
Al mar que debajo había.

Las negras olas al punto
Se la escondieron altivas:
El Rey inclinó su frente...
No bebió más en su vida.

(Abre el armario para colocar sus vestidos, y ve la caja.)

¿Cómo se ha metido aquí esta hermosa cajita? Yo había cerrado perfectamente este armario. Esto me pasma; ¿qué contendrá? Puede ser que la haya dejado alguien como prenda, por algo que mi madre habrá prestado. Tiene una llavecita pendiente de una cinta. Así puedo abrirla sin indiscreción. ¿Qué es esto? ¡Dios del cielo! En mi vida he visto nada semejante. Un adorno... con que una gran señora se honraria en un día de fiesta. ¡Qué bien me estaría esta cadena! ¿De quién será tanta riqueza? (Se adorna, y se acerca al espejo.) ¡Si tan siquiera estos arillos fueran míos! esto os da otro aire muy diferente. ¡Ay muchachas! ¿de qué os sirve la belleza? Esto es bello y bueno; pero sin esto, si se os alaba, es casi por piedad. Todo va tras del oro; del oro todo depende. ¡Ah! ¡qué desgraciadas somos!

Un paseo.

FAUSTO, paseándose pensativo.

MEFISTÓFELES, acercándose. ¡Por todo amor desdeñado! ¡por los elementos del infierno! quisiera saber donde está lo más odioso que ya puedo maldecir.

FAUSTO. ¿Qué tienes que así te turba? no he visto nunca una facha parecida.

MEFISTÓFELES. Me daría al diablo ahora, si no lo fuese yo.

FAUSTO. ¿Se ha desbaratado alguna cosa en tu cabeza, ó es que te divierte jurar como un desesperado?

MEFISTÓFELES. Considera, pues, esto: un clérigo ha atrapado el aderezo ofrecido á Margarita... Su madre toma el objeto para verlo, y esto principia á causarle un secreto disgusto. La señora es de largas narices, y está comiéndose incesantemente sus libros de oraciones, y oliendo uno después de otro cada mueble, para ver si es santo ó profano. Habiendo conocido, en vista de las alhajas, que allí no estaba todo bendito: «Hija mía, exclamó, bienes injustamente adquiridos esclavizan el alma y queman la sangre: consagrémoslo todo á la madre de Dios, y ella nos regocijará con el maná del cielo!» La pobre Margarita hizo un gesto bastante significativo, y lo que es regalado, pensó, es bueno siempre: y, en realidad, el que tan diestramente ha traído esto aquí no puede ser un impío. La madre mandó venir un clérigo, el cual, no bien oyó una palabra del negocio, cuando fijó toda su atención en la cajita, y le dijo: «¡Divinamente pensado! el que vence sus sentidos, no puede menos de ganar en ello. La Iglesia tiene muy buen estómago, ha devorado países enteros, sin que por eso se haya indigestado nunca. Sólo la Iglesia, mis buenas señoras, es capaz de digerir un bien mal adquirido.»

FAUSTO. Ese es su objeto principal, como el de los judíos y los reyes.

MEFISTÓFELES. Cargó con collares, cadenas y arillos, como si no fuesen nada, no dió más gracias que si llevara un canastillo de nueces, les prometió los dones del cielo... y ellas quedaron edificadas.

FAUSTO. ¿Y Margarita?

MEFISTÓFELES. Está sentada, inquieta: no sabe lo que quiere, ni lo que debe querer: piensa continuamente en la cajita, y más aún en quien se la ha llevado.

FAUSTO. El pesar de mi querida me hace sufrir: ve

volando á buscarme otra cajita : la primera no tendría ya tanto valor.

MEFISTÓFELES. ¡Sí, sí! para este caballero todo es fácil.

FAUSTO. Haz lo que voy á decirte: pégate á la vecina, sé un diablo, y no un niño, y tráeme un nuevo regalo.

MEFISTÓFELES. Sí, gracioso señor, con mucho gusto. (*Aparte.*) Un loco semejante, enamorado, sería capaz de sacaros en un instante el sol, la luna y las estrellas para diversión de su bella. (*Sale.*)

La casa de la vecina.

MARTA, *sola*. Dios se lo perdone á mi caro marido, no ha hecho nada por mí: se ha ido por el mundo, y me ha dejado sola en la desgracia. No será por lo que le he atormentado, que bien lo sabe Dios, no he hecho más que quererle con toda mi alma. (*Llora.*) ¡Puede que ya se haya muerto! ¡Ay! ¡Si siquiera tuviera su partida de entierro!

MARGARITA, *entra*. ¿Señora Marta?

MARTA. ¿Que quieres, Margarita?

MARGARITA. Apenas me tengo en pie: he encontrado en mi armario un nuevo cofrecito, de la misma madera, y con cosas, por todos estilos, más ricas que las del primero.

MARTA. Es necesario no decirselo á tu madre, que volvería á dárselo á su confesor.

MARGARITA. Pero ¿no veis? ¿no os admira?

MARTA, *adornándola*. ¡Dichosa criatura!

MARGARITA. Tan pobre como soy, no me atrevería á presentarme en la calle, ni en la iglesia.

MARTA. Ven á verme con frecuencia, y aquí te probarás en secreto estos adornos, y con ellos te podrás pasear una hora delante del espejo : siempre nos dará mucho gusto; y si en seguida se presenta una ocasión, una fiesta, se enseñará á la gente todo esto uno después de lo otro. Primero una cadena, luego un pendiente. Tu madre no sospechará de nada, y se le fraguará algún cuento.

MARGARITA. Pero ¿quién ha podido traer aquí esas dos cajitas? Parece un milagro. (*Llaman.*)

MARTA, *mirando por el ventanillo*. Es un caballero extranjero. ¡Entrad!

MEFISTÓFELES, *entra*. Os suplico me dispenséis la libertad que me tomo de llegar hasta aquí. (*Se inclina ante Margarita.*) Desearía hablar á la señora Marta Swerdlein.

MARTA. Soy yo, ¿qué me queréis?

MEFISTÓFELES, *en voz baja*. Ahora os he conocido : esto me basta : tenéis una visita de importancia : dispensadme mi atrevimiento : volveré por la tarde.

MARTA, *muy contenta*. ¿Ves, hija mía, lo que es el mundo? este caballero te toma por una señorita.

MARGARITA. Yo no soy más que una pobre : ¡ay Dios! este caballero me hace demasiado favor; estos adornos no son míos.

MEFISTÓFELES. No consiste en los adornos; tenéis un aire, una mirada tan fina... me alegro poder hablaros.

MARTA. ¿Que decís pues? Desearía...

MEFISTÓFELES. Quisiera ser portador de una noticia menos triste; mas espero que no lo llevaréis á mal : vuestro marido se ha muerto, y me ha mandado saludaros.

MARTA. ¿Se ha muerto? ¡pobre corazón mío! ¡Oh cielos! ¡mi marido se ha muerto! ¡Ay! yo me caigo

MARGARITA. ¡Ah! mi querida señora, no os desespereís.

MEFISTÓFELES. Escuchad el trágico suceso.

MARTA. Sí, contadme su fin.

MEFISTÓFELES. Yace en Padua, enterrado cerca de San Antonio, en tierra santa; para reposar en ella eternamente.

MARTA. ¿Y no me traéis nada?

MEFISTÓFELES. Sí, por cierto, una súplica grave y necesaria; y es que hagáis decir por él trescientas misas: por lo demás, mis bolsillos están vacíos.

MARTA. ¡Qué!; ni una medalla!; ni una alhaja! Lo que todo artesano por pobre que sea guarda cuidadosamente, y reserva como un recuerdo, aunque se muera de hambre, aunque tenga que mendigar.

MEFISTÓFELES. Señora, eso me es doloroso en extremo; pero no ha despilfarrado su dinero: además, se ha arrepentido de sus faltas, sí, y ha deplorado aún mucho más su infortunio.

MARGARITA. ¡Ah!; Por que serán tan desgraciados los hombres!; Oh, sí! voy á hacer decirle algunos *Requiem*.

MEFISTÓFELES. Sois digna de entrar pronto en el matrimonio, sois una niña muy amable.

MARGARITA. ¡Ah! no deseo eso todavía.

MEFISTÓFELES. Sino un marido, un novio: sería el mayor beneficio del cielo tener en brazos un objeto tan adorable.

MARGARITA. Eso no se usa en el país.

MEFISTÓFELES. Que se use ó no, lo mismo puede hacerse.

MARTA. Continuad vuestra relación.

MEFISTÓFELES. Me senté al lado de su lecho de muerte, que era, poca menos que de estiércol, de paja medio

podrida. Mas murió como un cristiano, reconociendo sus faltas. « ¡Cómo debo detestarme, exclamó, cómo debo detestarme cordialmente por haber abandonado así mi estado y mi mujer!; Ah!; este recuerdo me mata! ¿Me perdonará en esta vida?... »

MARTA, *llorando*. ¡Qué excelente marido!; yo le he perdonado hace mucho tiempo ya!

MEFISTÓFELES. Mas, Dios lo sabe, ella tuvo más culpa que yo!

MARTA. ¡En eso miente!; Cómo!; ¡mentir al borde de la tumba!

MEFISTÓFELES. Si no me equivoco, bien mentía en su agonía. « Yo no tenía tiempo, decía, ni para hostear: era necesario primeramente hacerla madre, y luego ganarle el pan... Cuando digo pan, es en el sentido más recto, y yo no podía comer mi parte en paz. »

MARTA. ¿Olvidó, pues, tanta fe, tanto amor?... ¿todos mis afanes?...

MEFISTÓFELES. No tal; se acordó mucho de eso. Y dijo: « Cuando partí de Malta, oré con ardor por mi mujer y mis hijos. Así me fué propicio el cielo, porque nuestro navío apresó una embarcación de transporte turca, que llevaba un tesoro del gran sultán, y fué la recompensa de nuestro valor, de lo que recibí, como era justo, mi buena parte. »

MARTA. ¿Y cómo?... ¿dónde?... ¿la habrá enterrado tal vez?

MEFISTÓFELES. ¿Quién sabe ahora adonde habrá ido á parar? Una hermosa señorita se apasionó de él, cuando, como extranjero, se paseaba alrededor de Nápoles: se condujo con él con grande amor y fidelidad, hasta tal punto, que aun á la hora de la muerte lo recordaba.

MARTA. ¡Bribón!; ladrón de sus hijos!; Es posible que

ni la necesidad, ni la miseria, hayan podido contenerle en tan escandalosa vida?

MEFISTÓFELES. ¿Que queréis? así ha muerto. Si yo fuese vos, le lloraría el año de costumbre, y trataría de conquistar otro nuevo tesoro.

MARTA. ¡Ay Dios! como él no hallaré otro tan fácilmente en este mundo. Es difícil que pueda existir un loco más encantador. Sólo que amaba tal vez excesivamente los viajes, las mujeres extranjeras, el vino extranjero, y todos esos malditos juegos de dados.

MEFISTÓFELES. Bien, bien; eso aun podía soportarse, si, por casualidad, os pasase otro tanto; yo os aseguro que, mediando esa cláusula, de muy buena gana haría con vos el cambio del anillo.

MARTA. ¡Oh! ¡cómo os agrada burlaros!

MEFISTÓFELES, *á parte*. Salgamos pronto: cogería la palabra al mismo diablo. (*Á Margarita.*) ¿Como está el corazón?

MARGARITA. ¿Qué me queréis decir con eso?

MEFISTÓFELES, *á parte*. ¡Buena, inocente niña! (*En alta voz*). Buenos días, señoras.

MARGARITA. Felices.

MARTA. ¡Oh! decidme, pues, antes de iros: yo quisiera saber positivamente, en donde ha muerto, y en donde está enterrado mi tesoro. Siempre he sido muy amiga del orden, y quisiera ver su muerte en los carteles.

MEFISTÓFELES. Sí, buena señora; la verdad se hace constar en todo país con dos testigos: aquí tengo un excelente compañero que le haré comparecer por vos ante el juez. Voy á buscarlo.

MARTA. ¡Sí, sí! dignaos hacerlo.

MEFISTÓFELES. Y que esta joven se halle también allí. Este es un bello muchacho, ha viajado mucho, y es con las señoritas sumamente cumplido.

MARGARITA Yo voy á tener vergüenza delante de ese caballero.

MEFISTÓFELES. Ni delante de ningún rey del mundo.

MARTA. Ahi, en mi jardín, esperaremos, pues, á estos caballeros.

—
Una calle.

FAUSTO, MEFISTÓFELES

FAUSTO. ¿Que hay? ¿Se adelanta? ¿se concluirá eso pronto?

MEFISTÓFELES. ¡Ah! ¡muy bien! os encuentro animadísimo. Dentro de poco tiempo será vuestra Margarita. Está tarde la veréis en casa de Marta, su vecina; ésta es una mujer que no pudiera escogerse mejor para desempeñar el papel de intercesora y gitana.

FAUSTO. Perfectamente.

MEFISTÓFELES. Sin embargo, se nos exigirá alguna cosa.

FAUSTO. Un servicio merece otro.

MEFISTÓFELES. Es preciso que certifiquemos como testigos, que los restos de su marido reposan judicialmente en Padua, en tierra santa.

FAUSTO. ¡Está bueno! pues ¿tendremos que hacer un viaje allá?

MEFISTÓFELES. ¡*Sancta simplicitas!* No es eso lo que hay que hacer: declarad y se acabó.

FAUSTO. Si nada tenéis de mejor, se frustró el plano.

MEFISTÓFELES. ¡Oh santo varón! ¿lo seréis por mucho tiempo? ¿Es ésta la primera vez que mentís? ¿No habéis dado definiciones de Dios, del mundo y de lo que pasa en él, de los hombres y de lo que dirige su cabeza, su pecho, con grande seguridad, descaro y firmeza de

corazón? y, si bien lo miráis, tendréis que confesar que sabíais tanto de eso como de la muerte de Sawyerlein.

FAUSTO. Eres y serás siempre un embustero y un sofista.

MEFISTÓFELES. Sí, si no hubiera otro mayor. ¿No vais mañana, con todo vuestro honor, á seducir á esa pobre Margarita, y á jurarle el amor más sincero?

FAUSTO. Y con todo mi corazón.

MEFISTÓFELES. ¡Muy bien! Y luego haréis juramentos de amor y de fidelidad eterna, de un pensamiento único y poderoso ¿Todo eso partirá también del corazón?

FAUSTO. Dejemos eso: sí, así es. Cuando para mis sentimientos, para mi ardor busco nombres, y no los hallo, que me lanzo al mundo con toda mi alma, que escojo las más ardientes expresiones, y que á este fuego en que me abraso le llamo sin cesar infinito, eterno, ¿es un engaño diabólico?

MEFISTÓFELES. No obstante, tengo razón.

FAUSTO. Escucha bien lo que voy á decirte. Te suplico que economices mis pulmones. El que quiera tener razón la tiene, siempre que posea una lengua. Y vente, que estoy harto de habladurías; si tienes razón, es porque prefiero callarme.

Un jardín.

MARGARITA del brazo de FAUSTO; MARTA, MEFISTÓFELES, paseándose.

MARGARITA. Bien conozco que este caballero me lisonjea: se rebaja para no avergonzarme. Los viajeros acostumbran á verlo todo con buenos ojos y con buen

corazón; y demasiado sé que un hombre tan sabio no puede encontrar placer en mi pobre lenguaje.

FAUSTO. Una mirada tuya, una sola palabra, me dice más que toda la sabiduría de este mundo. (*Le besa una mano.*)

MARGARITA. ¿Que hacéis?... ¿Cómo podéis besar mi mano? ¡Es tan tosca! ¿Que dejo de hacer en nuestra casa? Mi madre es tan económica... (*Pasan.*)

MARTA. ¿Conque viajáis siempre así?

MEFISTÓFELES. ¡Ah! nuestro estado y el deber nos obligan! ¡Con cuánto pesar no se aparta uno de ciertos lugares! Y sin embargo, no se atrevería uno á quedarse en ellos.

MARTA. En la fuerza de la edad nada importa que se recorra el mundo libremente. Pero en seguida llega la mala estación; y arrastrarse al sepulcro solo, en el celibato, es lo que nadie ha hecho todavía con placer.

MEFISTÓFELES. Con gran temor veo á lo lejos esa situación horrible.

MARTA. Por eso, señor mío, es menester que lo penséis á tiempo. (*Pasan.*)

MARGARITA. Sí, todo eso se va bien pronto de la imaginación. Lo decís porque sois naturalmente cortés; pero tendréis sin duda muchos amigos de más chispa que yo.

FAUSTO. ¡Oh querida mía! Eso que tanto se alaba y se realza con el nombre de chispa, no es otra cosa muchas veces, que tontería y vanidad.

MARGARITA. ¿Pues cómo?

FAUSTO. ¡Ah! ¿será preciso que la sencillez y la inocencia no sepan nunca conocerse á sí mismas y apreciar su santa dignidad? Que la humildad, la oscuridad, los dones más preciosos de la naturaleza benéfica...

MARGARITA. Pensad un momento en mí, que luego tendré yo mucho tiempo para pensar en vos.

FAUSTO. ¿Estás, pues, siempre sola?

MARGARITA. Sí. Nuestro ajuar es muy escaso, pero es menester cuidarlo. No tenemos criada y tenemos que hacer de comer, limpiar, calcetar y coser, correr, mañana y tarde; ¡es tan exacta mi madre hasta en las pequeñeces!... Y no es que tenga necesidad de molestar tanto, que bien podríamos valernos como otros muchos: mi padre nos ha dejado un regular haber, una casa pequeña y un jardín á la entrada de la ciudad. Con todo, vivo bastante contenta: mi hermano ha caído soldado, y se me ha muerto una hermanita pequeña: esta niña me ha dado muy malos ratos; sin embargo, los pasaba gustosa... ¡la quería tanto!

FAUSTO. Era un ángel, si se parecía á ti.

MARGARITA. Yo la criaba, y ella me amaba tiernamente. Nació después de morirse mi padre. ¡Entonces creí que mi madre se moría, porque estaba tan enferma! Tardó mucho tiempo en convalecerse, y eso tan poco á poco, que hubo de renunciar á la idea de dar el pecho á la criaturita; y yo sola tuve que alimentarla haciéndole beber leche y agua; era como una hija mía. En mis brazos, sobre mi seno, pronto me tomó cariño, creció y se hizo bonita.

FAUSTO. ¡Debiste sentir entonces una satisfacción bien grande!

MARGARITA. Pero, á la verdad, también tuve muchas horas de agitación. La cuna de la pobrecita estaba por la noche al lado de mi cama, y apenas se movía cuando me despertaba yo. Ya era preciso darle de beber, ya acostarla conmigo, ya pasearla por toda la pieza, porque si no, no callaba. Luego, al amanecer, tenía que ir al lavadero, en seguida al mercado, y así siem-

pre, un día y otro. Con semejante vida, ya veis que no se puede estar continuamente alegre, pero se aprecia mejor la tranquilidad y el descanso. (*Pasan.*)

MARTA. Las pobres mujeres están muy mal por eso: es difícil que un célibe se corrija.

MEFISTÓFELES. Que se presente una mujer como vos, y yo seré mejor, de seguro.

MARTA. Decid la verdad, ¿no habéis encontrado nada todavía? ¿En ninguna parte se ha apasionado ese corazón?

MEFISTÓFELES. El proverbio dice: *Una casa que sea vuestra, y una mujer que sea buena, son preciosas como las perlas.*

MARTA. Yo os pregunto si no habéis obtenido aún favores de nadie.

MEFISTÓFELES. Siempre se me ha recibido bien.

MARTA. Quería decir, si vuestro corazón no ha sentido nunca una simpatía seria.

MEFISTÓFELES. Con las mujeres se debe uno guardar de chancearse.

MARTA. Vaya, no me comprendéis.

MEFISTÓFELES. Lo siento en el alma. Sin embargo, comprendo que... sois muy buena. (*Pasan.*)

FAUSTO. Conque ¿me conociste, ángel mío, así que llegué al jardín?

MARGARITA. ¿No lo habéis echado de ver? yo bajé al momento los ojos.

FAUSTO. ¿Y me perdonas la libertad que me tomé, cuando al salir de la iglesia?...

MARGARITA. Me quedé muerta: nunca me había sucedido una cosa semejante... jamás ha podido nadie hablar mal de mí. Yo me decía: ¡Dios mío! ¿si habrá encontrado en mí algo de descompuesto? Parece que se ha dirigido á hablarme como á una mujer mala.

Pero, no puedo menos de confesároslo. yo no sé qué empezaba ya á inclinarme en favor vuestro : y ciertamente me reproché á mí misma de no haber podido trataros aún peor.

FAUSTO. ¡ Amada mía !

MARGARITA. Dejadme... *(Coge una margarita y va arrancando sus pétalos uno á uno.)*

FAUSTO. ¿ que vas á hacer? ¿ un ramillete?

MARGARITA. No, estoy jugando.

FAUSTO. ¿ Cómo?

MARGARITA. Vamos, os reiriais de mí. *(Deshoja y murmura en voz muy baja.)*

FAUSTO. ¿ Qué murmuras?

MARGARITA, á media voz. Me ama. No me ama.

FAUSTO. ¡ Dulce figura del cielo !

MARGARITA continúa. Me ama. No me ama. Me ama. No... *(Arrancando el último pétalo con dulce alegría.)*

FAUSTO. Sí, hija mía ¡ que la predicción de esa flor sea para ti el oráculo de los dioses ! ¡ Te ama ! *(Toma sus dos manos.)*

MARGARITA. ¡ Tiemblo !

FAUSTO. ¡ Oh ! ¡ no te estremezcas ! que esta mirada, que este ardor con que estrecho tu mano, te digan lo que no puede expresarse : abandonémonos el uno al otro, para gustar mi transporte. que puede ser eterno. ¡ Eterno !... ¡ su fin sería la desesperación !... ¡ No ! ¡ sin fin ! ¡ sin fin ! *(Margarita le estrecha la mano, se desase y huye. Fausto permanece un instante abismado en sus pensamientos y luego la sigue.)*

MARTA, aproximándose. Ya se acerca la noche.

MEFISTÓFELES. Sí, y tenemos que marcharnos.

MARTA. De buena gana os rogaría que os quedáseis por más tiempo : ¡ pero es tan mala nuestra vecindad ! Parece que nadie tiene otra cosa que hacer más que

observar los que entran y los que salen ; y como quiera que uno se conduzca, se hace objeto de habladerías. ¿ Y nuestra joven pareja?

MEFISTÓFELES. Corriéndolo entre esos árboles. ¡ Inconstantes mariposas !

MARTA. Creo que va interesándola.

MEFISTÓFELES. Y ella á él. Así va el mundo.

Una chozuela de un jardín.

(MARGARITA entra en ella corriendo, se esconde detrás de la puerta, y tocando sus labios con el dedo índice mira atentamente por una rendija.)

MARGARITA. ¡ Ay ! que viene.

FAUSTO entra. ¡ Ah ! ¡ bribona, me incitas ! Ya te he cogido. *(La abraza.)*

MARGARITA estrechándole y devolviéndole un beso. ¡ Oh, el mejor de los hombres ! te amo con todo mi corazón. *(Mefistófeles llama.)*

FAUSTO, dando una patada en el suelo. ¿ Quién?

MEFISTÓFELES. Un amigo.

FAUSTO. ¡ Un bestia !

MEFISTÓFELES. Ya es tiempo de separarse.

MARTA entra. Sí, que es tarde, caballero.

FAUSTO. ¿ Me atravesaré á acompañaros ?

MARGARITA. Mi madre podría... Adiós.

FAUSTO. ¿ Conque es preciso que me vaya ? Adiós.

MARTA. Buenas noches.

MARGARITA. Hasta mañana. *(Se van Fausto y Mefistófeles.)* ¡ Dios mío ! Un hombre como éste en todo piensa y todo lo sabe. Yo me avergüenzo delante de él, y á todo contesto sí. No siendo más que una pobre niña ignorante, no comprendo que puede encontrar en mí... *(Sale.)*

Selva y cavernas.

FAUSTO, *solo*. Espíritu sublime, tú me has dado... todo me lo has dado... en cuanto te he dirigido mis súplicas. No en vano has vuelto hacia mi tu faz de fuego. Tú me has hecho rey de la majestuosa naturaleza y me has dotado de la fuerza de sentirla y de gozarla; no, tú no me hubieras permitido contemplarla sólo con una admiración fría y estúpida; cuando me has mostrado su profundo seno, como el seno de un amigo. Tú has puesto ante mis ojos la larga cadena de vivientes, y me has enseñado á reconocer hermanos míos en la silenciosa breña, en el aire y en las aguas. Y cuando brama la tempestad en el monte, derribando por tierra los gigantescos pinos, cuyos troncos se chocan con estruendo, y cuya caída resuena como un trueno de montaña en montaña, me prestas un asilo en las cavernas, me revelas á mí mismo, y siento descubrirse las secretas maravillas ocultas en mi propio seno. Á mi vista se eleva luego dulcemente la luna pura, y al través de las rocas, sobre las matas húmedas, veo vagar las sombras pálidas del tiempo pasado, que vienen á suavizar la austera voluptuosidad de la meditación.

¡Oh! jamás poseerá el hombre nada perfecto, ahora lo conozco: tú me has dado con esas delicias, que me acercan cada vez más á los dioses, un compañero, de quien no puedo ya deshacerme, y que, frío y desdeñoso, me rebaja á mis propios ojos, y con una sola palabra sumerge en la nada cuantos presentes me has hecho; ha encendido en mí un fuego atroz, que me impele hacia todas las imágenes de la belleza. Así, paso con transporte del deseo al goce, y, en el goce, suspiro por el deseo.

MEFISTÓFELES *entra*.

MEFISTÓFELES. ¿Aun no os habéis cansado de semejante vida? ¿Qué placer encontráis en esta monotonía? Bueno es que se pruebe, mas para pasar inmediatamente á lo nuevo.

FAUSTO. Quisiera que tuvieras que hacer alguna cosa mejor que incomodarme en mis días de bonanza.

MEFISTÓFELES. ¡Bueno, bueno! Con mucho gusto os dejaría tranquilo, pero no creo que me digáis eso formalmente. De un compañero tan ingrato, tan áspero y tan loco, no se debe hacer mucho caso, á la verdad. Está uno todo el día discurriendo que le agradará y que le convendrá, y ni aun consigue uno arrancarle una palabra.

FAUSTO. Ese es, ni más ni menos, su tono de costumbre; quiere que le dé las gracias por lo que me fastidia.

MEFISTÓFELES. ¿Pues cual sería tu vida sin mí, pobre hijo de la tierra? Yo te he curado por mucho tiempo de los desvarios de la imaginación; y sin mí, ya estarías bien lejos de este mundo. ¿Que tienes para que así te escondas como un buho en las cavernas y en las grietas de las rocas? ¿Que alimento hallas entre el musgo podrido y las piedras mojadas? ¡Placer de sapo! ¡que pasatiempo tan bello y agradable! Tienes siempre el doctor en el cuerpo.

FAUSTO. ¿Concibes la nueva fuerza con que esta excursión por el desierto, puede reanimar mi vida? No; si pudieras comprenderla, serías bastante diablo para no concederme tal felicidad.

MEFISTÓFELES. ¡Un placer sobrenatural! Extenderse por la noche sobre las montañas húmedas de rocío, abrazar con éxtasis la tierra y el cielo, envanecerse

con una especie de divinidad, penetrar transportado con el pensamiento hasta las entrañas de la tierra, recorrer en su seno todos los seis días de la creación, distraerse en seguida deliciosamente con el gran todo, despojarse de todo lo que se tiene de humano, y concluir esta sublime contemplación... (*con un gesto.*) No me atrevo á decir como...

FAUSTO. Calla.

MEFISTÓFELES. Ya sé que no puede agradaros esto, y que tenéis razón en pronunciar el fino *calla*. No se debe nombrar á los oídos castos lo que es indispensable á los castos corazones : en una palabra, deseo que gocéis mucho en engañaros á vos mismo de cuando en cuando. Sin embargo, es necesario que eso dure poco tiempo, porque te desesperarías muy pronto, y te sumirías en la locura, en la angustia y en la cólera. ¡Pero basta! tu querida te espera, y para ella no hay más que pena é inquietud : tu imagen no se va de su espíritu, y su pasión es ya mayor que su fuerza. No hace nada, que el delirio de tu amor se desbordaba como un río que se hincha con las nieves derretidas : se lo has derramado en el corazón, y ahora quedó seco tu río. Creo, que en vez de reinar en los bosques, sería mejor que el gran hombre recompensase á aquella pobre niña engañada con su amor. El tiempo le parece insufriblemente largo : siempre asomada á la ventana, mira como las nubes pasan por encima de las viejas murallas de la ciudad. ¡Si yo fuese pajarito! He ahí lo que está cantando todo el día y la mitad de la noche. Ya está alegre, ya triste; ya llora sin consuelo, ya parece tranquilizarse, y siempre ama.

FAUSTO. ¡Serpiente! ¡Serpiente!

MEFISTÓFELES, á parte. ¿No es verdad... que te enlace?

FAUSTO. ¡Infame! ¡quítate de ahí, y no vuelvas á nombrar á esa niña encantadora! No ofrezcas más su posesión á mi espíritu, ya medio vencido.

MEFISTÓFELES. ¿Que importa? ella cree que has huído, y tú no estás lejos de hacerlo.

FAUSTO. Estoy junto á ella; pero aunque me hallara muy distante, jamás la olvidaría, jamás la perdería; sí, envidia el cuerpo del Señor cuando sus labios le tocan.

MEFISTÓFELES. Muy bien, amigo mío : yo mismo os he envidiado muchas veces aquellos dos gemelos que pачen entre rosas.

FAUSTO. ¡Marcha, alcahuete!

MEFISTÓFELES. ¡Bien! Me insultáis, y debo reirme. El Dios que crió al joven y á la joven, reconoció, desde luego, esta profesión como la más noble, y él mismo la ejerció. ¡Vaya un pesar! ¡Vais al cuarto de vuestra querida, y no á la muerte, me parece!

FAUSTO. ¿Que son entre sus brazos las alegrías del cielo? ¡Que me permita embriagarme sobre su seno!... ¿dejaré de sentir por eso miseria? ¿No soy yo el fugitivo... el desterrado? ¿el monstruo sin objeto y sin reposo... que como un torrente mugiendo de roca en roca, aspira con furor al abismo?... Pero ella, inocente, sencilla, con una cabañita y un poco de campo de los Alpes, habría pasado toda su vida en este mundo limitado, en medio de las ocupaciones domésticas. ¡Mientras yo, odiado de Dios, no satisfecho aún con arruinar su apoyo, es menester que aniquile toda la paz de su alma! ¡Infierno! ¡la necesitabas por víctima! ¡Dete priesa, demonio, abrevia el tiempo de mi angustia! ¡Que lo que haya de suceder, suceda pronto! ¡Desploma su destino sobre mí, y caiga conmigo al abismo!

MEFISTÓFELES. ¡Qué calor! ¡qué fuego!... ¡Ven y consuélala, pobre loco! Donde nadie vería un medio, ella cree ver el fin. Viva el que sabe conservar su valor! ¡Tú estás ya suficientemente endiablado! y no conozco nada tan ridículo como un diablo que se desespera.

Habitación de Margarita.

MARGARITA, sola á su torno.

¡La tranquilidad ha huido de mí!... ¡Ay! para mi corazón enfermo ya no encuentro la paz, ni la encontraré nunca.

Donde quiera que no le veo, veo la muerte. ¡El mundo entero se cubre de luto!

¡Mi pobre cabeza se despedaza, mi pobre espíritu se aniquila!

¡La tranquilidad ha huido de mí!... ¡Ay! para mi corazón enfermo ya no encuentro la paz ni la encontraré nunca.

Todo el día estoy á la ventana, ó á la puerta de la calle para divisar de más lejos, ó para volar á su encuentro.

Su paso arrogante, su porte majestuoso, la sonrisa de su boca, el poder de sus ojos.

¡El encanto de su palabra, su abrazo! y después, ¡ah! ¡sus besos!

¡La tranquilidad ha huido de mí!... ¡Ay! para mi corazón enfermo ya no encuentro la paz, ni la encontraré nunca.

¡Mi corazón se oprime cuando él se acerca! ¡Ah! ¡que yo no pueda asirle y retenerle para siempre!

¡Y abrazarle á mi gusto! ¡y acabar mis días al calor de sus besos!

Jardín de Marta.

MARGARITA, FAUSTO.

MARGARITA. Prométeme, Enrique...

FAUSTO. Cuanto puedo.

MARGARITA. Dime, pues, ¿cual es tu religión? Tú eres un hombre de un corazón excelente, pero me parece que no tienes mucha devoción.

FAUSTO. Dejemos eso, hija mía: tú sabes si te amo; por mi amor daría mi sangre y mi cuerpo; mas no quiero separar á nadie de su fe ni de su iglesia.

MARGARITA. Eso no es bastante; es preciso creer en ella.

FAUSTO. ¿Es preciso?

MARGARITA. ¡Oh! ¡si yo pudiese algo contigo!... Tú no veneras tampoco los santos sacramentos.

FAUSTO. Sí, los venero.

MARGARITA. Pero sin deseárselos. Hace mucho tiempo que no has ido á la misa ni á confesarte... ¿Crees en Dios?

FAUSTO. Querida mía, ¿quien osaría decir: *Creo en Dios*? Pregúntaselo á los sacerdotes y á los sabios, y su respuesta parecerá una burla de la pregunta.

MARGARITA. ¿No crees pues en él?

FAUSTO. Compréndeme mejor, amable criatura: ¿quién se atrevería á nombrarlo y á hacer este acto de fe: *Creo en él*? ¿Quién se atrevería á sentir y á decir: *No creo en él*? Él que lo contiene todo, que todo lo sostiene, ¿no te sostiene á tí, y á mí y á él mismo? ¿No se sustenta el cielo alla arriba? ¿No se extiende la tierra por aquí abajo, y no se elevan los eternos astros mirándonos amigablemente? ¿Mis ojos no ven los tuyos? ¿No arrastra hacia tí mi cabeza y mi corazón todo cuanto existe? ¿Y lo que hacia tí me

impele, no es un misterio eterno, visible ó invisible? Por profundo que sea, llena tu alma de él, y si con ese sentimiento eres dichosa, dale el nombre que quieras. ¡felicidad! ¡corazón! ¡amor! ¡Dios! Por lo que hace á mi, no tengo ningún nombre para eso. El sentimiento es el todo, el nombre no es más que ruido y humo que nos vela el esplendor de los cielos.

MARGARITA. Todo lo que hablas es bello y bueno: lo que dice el cura se parece á eso. Excepto algunas palabras.

FAUSTO. Todos los corazones, bajo el sol, lo repiten en su lenguaje; ¿por qué no decirlo yo en el mío?

MARGARITA. Si eso se entiende así, puede parecer razonable; pero aun queda, sin embargo, algo de oscuro, porque tú no crees en el cristianismo.

FAUSTO. ¡Hija mía!

MARGARITA. Y luego hace mucho tiempo que me da horror el verte con una compañía.

FAUSTO. ¿Cómo?

MARGARITA. El que tienes contigo... le odio con todo mi corazón. Nada me ha lastimado en mi vida como la cara repugnante de ese hombre.

FAUSTO. No temas nada, hija mía.

MARGARITA. Su presencia me altera la sangre. Soy muy benévola con los hombres; mas así como siento placer en mirarte, siento horror cuando le veo á él, hasta tal punto, que le tengo por un infame... Dios me perdone si le injurio.

FAUSTO. Es menester que haya también de esos bellacos.

MARGARITA. ¡Yo no viviría con un hombre semejante! Cuando entra echa unas ojeadas tan burlonas y medio coléricas! Se conoce que nada le interesa; lleva escrito sobre la frente que no puede amar á ninguna alma en

el mundo. Se me figura que estoy tan bien en tus brazos, tan libre, tan contenta... Pues le veo, y su presencia me pone en un suplicio.

FAUSTO. ¡Presentimientos de este ángel!

MARGARITA. Me domina de tal modo ese disgusto, que siempre que él nos acompaña, me creo que ya no te amo. Cuando está con nosotros, jamás puedo rezar; esto me desgarrá el corazón, y á ti debe hacerte el mismo efecto, Enrique.

FAUSTO. ¿Tienes, pues, antipatías?

MARGARITA. Ya debo retirarme.

FAUSTO. ¡Ah! ¿no he de poder jamás reposar ni una hora sobre tu seno... estrechar mi corazón contra tu corazón, y unir mi alma con tu alma?

MARGARITA. Si siquiera durmiera sola, dejaría sin correr los cerrojos esta noche; pero mi madre tiene un sueño muy ligero, y si llegara á sorprendernos, me quedaría muerta en el acto.

FAUSTO. Ángel mío, no sucederá así. He aquí este pomito; dos gotas solas, derramadas en cualquier bebida, la adormecerán profundamente.

MARGARITA. ¿Que no haré por ti? ¿No contiene nada que pueda serle nocivo?

FAUSTO. ¿Te lo aconsejaría yo si así fuese, querida mía?

MARGARITA. — Cuando te veo, mi querido amigo, yo no sé que me obliga á no negarte nada; y he hecho ya tanto por ti, que ya apenas me falta nada que hacer. (Sale.)

MEFISTÓFELES *entra*. ¿Se ha ido la oveja?

FAUSTO. ¿Nos has espiado aún?

MEFISTÓFELES. Todo lo he oído. El señor doctor es el catequizado; espero que adelantaréis. Las jóvenes están muy interesadas en que uno sea muy dócil y

respetuoso por las antiguas costumbres. Si él se humilla ante ellas, piensan, también nos obedecerá fácilmente.

FAUSTO. ¡Este monstruo no puede concebir cuánto se atormenta esa alma fiel y amante, en medio de la creencia que la hace feliz, con la sola idea de que se pierda el hombre que tanto ama!

MEFISTÓFELES. ¡Oh sensible, sensibilísimo galán! Una niña hace de ti lo que quiere.

FAUSTO. ¡Vil, compuesto de lodo y fuego!

MEFISTÓFELES. Y ella comprende perfectamente las fisonomías: en mi presencia se encuentra, no sabe como: mi máscara le revela un espíritu oculto; conoce que de seguro soy un genio, tal vez el mismo diablo. ¿Y esta noche?

FAUSTO. ¿Que te importa?

MEFISTÓFELES. Tengo en ello mi parte de alegría.

En el lavadero.

MARGARITA Y LISETA, con sus cántaros.

LISETA. ¿No has sabido nada sobre Barbarita?

MARGARITA. Ni una palabra. Salgo poco de casa.

LISETA. Pues al fin, según me ha dicho hoy Sibila, también se ha dejado seducir. ¡Ya las tienes á todas con su tono!

MARGARITA. ¿Qué dices?

LISETA. ¡Es horroroso! ¡Qué lujo!

MARGARITA. ¡Ah!

LISETA. Ahí tienes en que ha venido á parar. ¡Qué de tiempo no estuvo dando crédito á ese tunante! Había que ir á un paseo, á una romería, á un baile, ella debía sobresalir siempre. El la halagaba continuamente con mil obsequios, y ella, muy pagada de su

hermosura, tenía la poca delicadeza de aceptarlos: primero una caricia, después un beso, y luego... lo que ha sucedido.

MARGARITA. ¡Pobrecita!

LISETA. ¡Y te da lástima! Cuando nosotras estábamos solas hilando, sin que por la tarde nos dejaran nuestras madres bajar á la puerta, ella sabía pasarse las horas muertas sentada junto á su amante, ó acompañándole en la alameda oscura. Que vaya ahora á humillarse y á hacer penitencia á la iglesia.

MARGARITA. Puede que se case con ella.

LISETA. Bien loco sería: un muchacho regular puede escoger donde quiera. La dejó...

MARGARITA. Eso no está bien hecho.

LISETA. Ya, aunque llegase á engañarle, no le valdría. Los chicos le arrancarían la corona, y nosotras echaríamos paja picada á la puerta de su casa.

MARGARITA, volviéndose á la suya. ¿Cómo me atrevía antes á hablar tan mal de la pobre muchacha, que tenía la desgracia de cometer esa falta? Cómo era que mi lengua no encontraba términos bastante duros para criticarla? Por feo que su delito pareciese, aún lo afeaba yo más. Y no contenta con esto, me santiguaba, y me santiguaba con todas las admiraciones que podía hacer; ¡y ahora soy el pecado mismo! Pero... si todo me sedujo! ¡Dios mío! ¡era tan bueno! ¡Ay. era tan amable!...

Las murallas.

(La imagen de la *Mater Dolorosa* en un hueco de la tapia, con algunos tiestos de flores delante.)

MARGARITA, trae una maceta de flores. Echa sobre mi pena, ¡oh madre de los dolores, una mirada compasiva!

¡ Con el corazón traspasado, contemplas llena de angustia la muerte cruel de tu hijo!

¡ Tus ojos se elevan hacia su padre, y tus suspiros le demandan socorro para los dos!

¿ Quién podrá sentir el mal que desgarrar mis entrañas, la inquietud de mi pobre corazón, lo que teme y lo que espera? ¡ Tú sola, ¡ ay de mí! puedes saberlo!

Adonde quiera que vaya ¡ ay! siempre llevo conmigo un amargo, muy amargo dolor.

Apenas me quedo sola, cuando lloro, lloro y lloro; y mi corazón se me despedaza en el pecho.

Estas flores han nacido en mi ventana; todos los días las bañaba con mis lágrimas; esta mañana las he cogido para traértelas.

El primer rayo de sol que entra en mi alcoba me encuentra sentada en cama, entregada á todo mi dolor.

¡ Socórreme! ¡ sálvame de la vergüenza y de la muerte! ¡ echa sobre mi pena ¡ oh Madre de los dolores! una mirada compasiva!

La noche.

La calle de Margarita.

VALENTÍN, *militar, hermano de Margarita.* Cuando asistía á una de esas comidas donde todos se jactan, y mis compañeros me descubrían descaradamente sus amores, bañando el elogio de sus bellas con un vaso lleno, y yo con los codos apoyados sobre la mesa... sentado tranquilamente, escuchando todas sus fanfarronadas, sonriéndome, tomaba mi vaso y « diga cada uno lo que quiera, decía, pero ¿ hay una comparable con mi querida Margarita, que sea digna de servir á mi hermana? » ¡ Cierto! ¡ justo! ¡ bien! ¡ tiene razón! ¡ es

la honra del país! resonaba alrededor de mí, y enmudecían los alabanciosos. Y ahora... ¡ esto es para desesperarse, para arrojarse contra una tapia! El más ruin puede aplastarme con sus burlas y sus desprecios. Y yo estaré delante de él como un culpable: ¡ cada palabra que diga á la ventura me hará sudar á chorros! y aunque los descuartice á todos, nunca podré llamarles embusteros.

¿ Quién va? ¿ quién se desliza arrimado á la pared? no me equivoco, son ellos. Si es él, le castigaré como merece, no vivirá mucho tiempo sobre la tierra.

FAUSTO, MEFISTÓFELES.

FAUSTO. Por la ventana de la sacristía, se ve lucir allá dentro la claridad de la lámpara eterna, que vacilante se debilita, y cada vez menos brillante, la circundan las tinieblas; así es cómo anochece en mi corazón.

MEFISTÓFELES. Y yo me siento despavilado como ese galito que se desliza por esa escalera, rozándose ligeramente con la pared: me parece muy político, aunque algún tanto inclinado al robo y á la lascivia. La magnífica noche del sabbat agita ya todos mis miembros, llega para nosotros pasado mañana, y ya se sabe por que se vela.

FAUSTO. ¿ Tardará mucho en brillar en el cielo ese tesoro que he visto resplandecer aquí abajo?

MEFISTÓFELES. Pronto podrás tener el placer de robar el cofrecito á que últimamente he echado el ojo, y que contiene bellísimos escudos.

FAUSTO. ¡ Y qué! ¿ ni una joya, ni una sortija para adornar á mi querida?

MEFISTÓFELES. Algo de eso he visto por allá, una especie de collar de perlas.

FAUSTO. Bueno : tendría un disgusto si tuviese que ir á verla sin llevarle algún obsequio.

MEFISTÓFELES. No perderíais nada, me parece, en gozar todavía otro placer. Ahora que el cielo brilla lleno de estrellas, vais á oír una verdadera obra maestra : es una canción moral para seducirla de repente. *(Canta acompañándose con la guitarra.)*

¿Qué haces, di, desde la aurora,
Pobre Elisa,
Esperando hora tras hora
La sonrisa
Del que dice que te adora?
Si llegases, por tu estrella,
A casa del pillo á ir,
Bien puedes entrar doncella,
Mas no doncella salir.
Si te tendiera sus brazos,
Y al instante
Te enredaras en los lazos
Que anhelante
Esconde entre sus abrazos,
¡Ay! resistete violenta
En el momento fatal,
Si es que antes no te presenta
Un anillo conyugal.

VALENTÍN *se adelanta*. ¿ Á quien pretendes engañar?
¡Por el fuego! ¡maldito cazador de ratones!... ¡al diablo en primer lugar el instrumento! y al diablo en seguida el cantor.

MEFISTÓFELES. ¡ La guitarra en pedazos!

VALENTÍN. ¡ Ahora espera este taja-cuellos!

MEFISTÓFELES *á Fausto*. Señor Doctor, no os acorbadéis! ¡Alerta! á mi lado, que yo os guío. ¡Al aire vuestra tizona! Dad ahora, que yo paro.

VALENTÍN. ¡Para pues!

MEFISTÓFELES. ¿Por qué no?

VALENTÍN. ¿Y ésta?

MEFISTÓFELES. Ciertamente.

VALENTÍN. ¡Creo que me bato con el mismo diablo!

¿Qué es esto? ¡se paraliza mi mano!

MEFISTÓFELES, *á Fausto*. ¡Horid!

VALENTÍN *cae*. ¡Oh cielos!

MEFISTÓFELES. Ya está amansado mi zopenco. Ahora, ¡largo! es preciso eclipsar nos al instante, que ya oigo gritar, ¡al asesino! Yo me arreglo fácilmente con la policía; pero lo que es con la justicia criminal, no me entiendo muy bien.

MARTA, *á la ventana*. ¡Socorro! ¡socorro!

MARGARITA, *lo mismo*. ¡Aquí, una luz!

MARTA, *gritando*. ¡Disputan, llaman, gritan, combaten!

EL PUEBLO. He aquí un muerto ya.

MARTA, *entrando*. ¿Conqué han huido los asesinos?

MARGARITA, *entrando*. ¿Quién es el muerto?

EL PUEBLO. El hijo de tu madre.

MARGARITA. ¡Dios poderoso! ¡qué desgracia!

VALENTÍN. ¡Yo muero! bien dicho, y más pronto hecho todavía... ¿Por qué os quedáis ahí, mujeres, quejándoos y gritando? Venid, y escuchad ne! *(Todos le rodean.)* ¿Lo ves bien, Margarita? Eres muy joven, y no tienes práctica todavía para manejarte en tus negocios. Te lo digo en confianza : tú eres ya una ramera, pues sólo en regla.

MARGARITA. ¡Hermano mío! ¡Dios! ¿qué dices?

VALENTÍN. No te burles de Dios, nuestro Señor. Lo hecho está hecho, y lo que ha de resultar resultará. Has empezado por entregarte en secreto á un hombre, pronto te entregarás á otro, y á otros después; y cuando lo estés á una docena, lo estarás á todo el pueblo. Cuando nació la vergüenza, se la tuvo secretamente en este mundo, y le taparon la cabeza con el

velo espeso de la noche : se hubiera querido ahogarla ; pero fué creciendo, se hizo corpulenta, y luego se dejó ver desnuda en medio del día, sin ser por eso menos fea : sin embargo, cuanto más horroroso es su semblante, más apelece la luz.

Ya estoy viendo el día en que toda persona honrada huirá de ti, prostituta, como de un cadáver corrompido. Te se desgarrará el corazón si llegan á mirarte cara á cara. ¡Ya no gastarás cadena de oro, ya no volverás á la iglesia! ya no presumirás en el baile con la gorguera bordada ; á las enfermerías, entre los mendigos y los estropeados, es adonde irás á tenderte... ¡Y, aunque Dios te perdonase, no serías menos maldecida en la tierra!

MARTA. Encomendad vuestra alma á Dios. ¿ Queréis amontonar sobre ella nuevos pecados?

VALENTÍN. Si siquiera pudiera echar mis manos sobre tu facha, abominable alcahueta, tendría esperanza de que se me perdonasen todos mis pecados.

MARGARITA. ¡Hermano mío! ¡Oh dolor infernal!

VALENTÍN. ¡Deja, déjate de llantos! Cuando te has separado del honor, me has dado en el corazón el golpe más terrible. Ahora el sueño de la muerte va á conducirme á la presencia de Dios, como á un militar y como á un hombre honrado. *(Muere.)*

La iglesia.

Misa, órgano y canto.

MARGARITA, *entre la multitud : el espíritu malo detrás de ella.*

EL ESPÍRITU MALO. ¡Cuán otra eras, Margarita, cuando llena de inocencia, te acercabas á este altar, murmu-

rando oraciones en tu librito usado, con el corazón ocupado, mitad de los juegos de la infancia, y mitad con el amor de Dios! Margarita ¿ en que piensas? ¿ qué de pecados en tu corazón! ¿ Ruegas por el alma de tu madre, á quien hiciste bajar á la tumba con profundos, muy profundos pesares? ¿ Quién fué la causa de la sangre derramada en el umbral de tu puerta? ¿ Y no se agita en tu seno, para tu tormento y para el suyo, algo cuya llegada será de un funesto presagio?

MARGARITA. ¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Dios me libre de los pensamientos que se elevan contra mí!

CORO.

*Dies iræ, dies illa,
Solvat sæclum in favilla.*

(Suena el órgano.)

EL ESPÍRITU MALO. ¡La cólera del cielo te abruma! ¡la trompeta suena, las tumbas se estremecen, y tu corazón, preparado para tu paso á las eternas llamas, tiembla oprimido!

MARGARITA. ¡Quién me diera estar lejos de este sitio! Se me figura que ese órgano me ahoga, esos cantos desgarran mi corazón.

CORO.

*Judex ergo cum sedebit.
Quidquid latet apparebit,
Nil inultum remanebit.*

MARGARITA. ¡Qué angustia! Estas columnas me oprimen, esta bóveda me aplasta. ¡Aire!

EL ESPÍRITU MALO. ¡Ocúltate! ¡El crimen y la vergüenza no pueden ocultarse! ¡Aire! ¡luz!... ¡Desdichada de ti

CORO.

*Quid sum miser tunc dicturus,
Quem patronum rogaturus,
Cum vix justus sit securus?*

EL ESPÍRITU MALO. Los escogidos apartan de ti sus rostros. Los justos temerían tenderte la mano. ¡ Desdichada !

CORO.

Quid sum miser tunc dicturus.

MARGARITA. Vecina, ¿ vuestro pomito ? (*Cae desmayada.*)

Noche del Sabbat.

MONTAÑA DE HARZ.

(Valle de Schirk y desierto.)

MEFISTÓFELES. ¿ Necesitarías un palo de escoba ? Para mí de buena gana tomaría el cabrón más fuerte... aún tenemos mucho que andar.

FAUSTO. Mientras no me falte la firmeza de mis piernas, me basta este palo nudoso. ¿ Por qué acortar el camino ? Deslizarse en el laberinto de los valles, subir después por esas rocas, de cuya cima se precipita esa cascada hirviente, es el único placer que puede hacer agradable este viaje. La primavera obra ya en esos álamos, y hasta los pinos empiezan á sentir su influencia : ¿ no debe obrar también en nuestros miembros ?

MEFISTÓFELES. Nada siento á la verdad : tengo en mi cuerpo el invierno : desearía que mi camino estuviese todo cubierto de nieve. ¡ Qué tristemente eleva su tardo brillo el oscuro disco de la luna ! Tan poco alumbra, que á cada paso tropieza uno con árboles ó peñas. Deja que llame un fuego fátuo : allá estoy viendo uno que brilla bastante mal. ¡ Hola ! ; amigo ! ¿ me atreveré á llamarte hacia nosotros ? ¿ Á qué lucir así inútilmente ? Ten la bondad de alumbrarnos hasta allá arriba.

EL FUEGO. Espero, siquiera por política, llegar á dominar mi ligereza natural, que, por lo demás, nuestro movimiento es habitualmente ondulante.

MEFISTÓFELES. ¡ Eh ! ¡ eh ! me parece que quiere remedar á los hombres. Á ver si anda rectamente en nombre del diablo, ó soplo su chispa vital.

EL FUEGO. Bien conozco que sois el señor de todo esto, y con gusto me sujetaré á vuestras órdenes. ¡ Pero pensadlo ! hoy está muy encantada la montaña, y si un fuego fatuo es el que os ha de guiar, no podréis caminar muy bien.

FAUSTO, MEFISTÓFELES, EL FUEGO.

(Coro alternativo.)

Detúvose nuestro vuelo
En un país de quimeras ;
Guiáanos en este suelo
De brezos y enredaderas
Zarzas, y rozas, y hielos.

Mira cómo el viento muje
Desatando fuerzas locas,
Y, con su violento empuje,
Un árbol con otro cruje,
Y se estremecen las rocas.

Veo ríos y torrentes
Que se mezclan estruendosos
Y escucho votos fervientes,
Y suspiros amorosos,
Y quejas de mil pacientes.

¡ Hu ! ¡ hu ! ¡ hu ! ¡ y qué voces !
Garzas y buhos gimiendo,
Y su triste canto uniendo,
Infunden miedos atroces
De entre las ruinas veloces,
Se ve que salen guadañas,
Raíces feas y extrañas,
Lomos, brazos descarnados,
Vientres grandes y aplastados,
Y mil reptiles y arañas.

En los nudos que encontramos
Ya nuestros pasos se enredan ;
Allí mil ratones quedan ;
Allá insectos espantamos.
En las rocas divisamos,
Sobre oscuros agujeros,
Los pájaros agoreros
Y las moscas fugitivas,
Y aquí las chispas más vivas
Iluminan los senderos.

Mas en tan negro pantano
¿ Debe uno quedar sumido,
O ver si, con menos ruido,
Se puede salir al llano ?
Quizás el valor sea vano
Donde todo se estremece,
Se agita, brilla y parece
Lanzar males horrorosos,
Donde fuegos temblorosos
Dan luz que no resplandece.

MEFISTÓFELES. ¡ Agárrate bien á mi cola ! he aquí una cumbre desde donde se ve, con admiración, como Manmón resplandece en la montaña.

FAUSTO. ¡ De qué manera tan singular alumbra el valle la luz de un triste crepúsculo ! Penetra hasta el fondo del abismo. Allí se eleva un vapor, allá una nube rasgada ; acullá, en la sombra nebulosa, resplandece una llama, ya serpenteando como una senda estrecha, ya hirviendo como una catarata. Aquí se forman infinitos arroyos, de mil surtidores, que, atravesando la llanura, van á unirse entre apretadas rocas. Á nuestros pies saltan chispas, que por todas partes extienden un polvo de oro. Pero mira, ese monte de rocas se inflama en su elevada cima.

MEFISTÓFELES. ¿ No ilumina su palacio el señor Manmón, según conviene, para esta fiesta ? Tienes una gran fortuna en ver esto. Ya adivino la llegada de los estrepitosos convidados.

FAUSTO. ¡ Qué fuerte es el viento ! ¡ qué golpes me da en las espaldas !

MEFISTÓFELES. Es preciso que te agarres á los picos de las rocas, ó te precipitará al fondo del abismo. Una nube oscurece la noche. Oye como gritan los árboles. Los buhos huyen espantados. ¿ Oyes estallar las columnas de estos palacios de verdura ? ¿ Oyes como se estremecen y se quiebran las ramas ? ¡ Qué poderoso movimiento en los troncos ! Y entre las raíces, ¡ qué murmullo y que sacudimiento ! En su caída espantosa se chocan los unos con los otros ; y sobre las hundidas cavernas ¡ cómo silban los remolinos de viento ! ¿ Oyes esas voces en las alturas, lejos y cerca de nosotros ? ¡ Bien ! Sí : toda la montaña resuena ya con un desahorado canto mágico.

HECHICERAS, *en coro.*

El Brocken todas trepemos :
Los granos verdes están,
Y la paja está amarilla :
Júntase allá la cuadrilla ;
Y allí al señor Urián,
Cual príncipe le tenemos.

UNA VOZ.

La vieja Baubo en el llano
Viene corriendo detrás :
Haced un sitio al marrano,
Y otro á la madre además.
CORO.

¡ Honor y paso á los viejos !
Pase la vieja granuja...
El cerdo trae á la bruja,
Y su casa viene lejos.

UNA VOZ. ¿ Por que camino vas tú ?

OTRA. Por el de Ilsestein, en donde diviso un mochuelo pue me está haciendo guiños...

OTRA. Ven, pues, al infierno. ¿ Por que corres tanto ?

OTRA. Me ha mordido ella : ¡ mira qué herida !

HECHICERAS, *coro*.

Muchos son los pasajeros:
Se rompen muchas escobas:
Porque el niño hace pucheros,
Hace la madre jorobas.

HECHICERAS, *medio coro*.

Muy mal subimos, señores:
Las mujeres van delante,
Porque dan pasos mayores
Cuando el diablo es su ayudante.

OTRO MEDIO CORO.

En eso nada hay que asombre,
Que al fin, si al ir al palacio
Sólo emplea un salto el hombre,
Siempre irán ellas despacio.

Voz, *de lo alto*. ¡Avanzad, avanzad, salid de ese mar de rocas!

Voz, *de abajo*. Llegaríamos de buena gana á las alturas. Todas nos chapuzamos sin cesar; pero nuestro trabajo es eternamente inútil.

LOS DOS COROS.

Cálmase el viento espantoso
Y la luna se oscurece,
Pero el coro ruidoso
Con mil fuegos resplandece.

Voz, *de abajo*. ¡Alto! ¡Alto!

Voz, *de lo alto*. ¿Quién llama desde las grietas de las rocas?

Voz, *de abajo*. ¡Llevadme con vosotras, llevadme! Estoy subiendo hace trescientos años, y no puedo llegar á la cumbre: yo quisiera hallarme entre mis semejantes.

LOS DOS COROS.

Las horquillas y el cabrito,
Y la escoba allá tenéis;
Montadlos al instantito,
Ó por siempre os perderéis.

MEDIO HECHICERA, *abajo*.

Yo creo que bien trabajo,
Y, sin embargo, ya lejos
Todos están, y yo abajo
Me arrastro cual los cangrejos.

CORO DE HECHICERAS.

Euen navio es una artesa;
Por vela un trapo pondremos,
Que, si no se boga aprieta,
Sin hogar nos moriremos.

LOS DOS COROS.

Pronto tocamos la cumbre:
Salten pues todos á tierra,
Y que la gente de guerra
Se extienda según costumbre.

(Se para.)

MEFISTÓFELES. ¡Esto se apiña, esto compele, horripila, descalabra; esto silba, y se revuelve, y corre, y charla, y reluce, y chisporrotea, y hiede, y abrasa! Esto es un verdadero elemento de brujas... ¡Vamos, firme conmigo! ó seremos muy pronto separados. ¿En dónde estás?

FAUSTO, *lejos*. ¡Aquí!

MEFISTÓFELES. ¡Qué! ¿ya estás allá abajo? Es menester que use de mi derecho de dueño de la casa. ¡Sitio! que viene el señor Volante. ¡Sitio, buen pueblo, sitio! ¡Aquí, Doctor, agárrame! Y ahora, dispersemos esa turba. Esto es demasiado extravagante, hasta para mis semejantes. Allá abajo brilla alguna cosa con una luz completamente singular. Esto me impele hacia ese zarzal. ¡Ven! ¡ven! nos deslizaremos allá.

FAUSTO. ¡Espíritu de contradicción! Vamos, puedes conducirme. Creo que está muy bien hecho: subimos al Brocken en la noche del sabbat, para aislarnos á nuestro gusto.

MEFISTÓFELES. Atiende, mira aquellas flámulas pin-

tarrajeadas. Esa es una alegre asamblea. No se está solo con estos pequeños entes.

FAUSTO. ¡Desearía, no obstante, hallarme allá arriba! Ya veo las llamas y el humo en remolinos: allá corre la multitud hacia el espíritu del mal: muchos enigmas deben aclararse allí.

MEFISTÓFELES. Y también se forman muchos. ¡Deja que la multitud siga zumbando! nosotros descansaremos aquí en silencio. Se cree hace mucho tiempo que en el gran mundo se hacen pequeños mundos... Estoy viendo varias jóvenes hechiceras en cueros, y otras viejas que se cubren honestamente. Sed amables, por mi amor, que os cuesta poco trabajo y aumentáis la broma y el placer. Oigo algunos instrumentos; ¡maldita cerradura! es menester acostumbrarse á ella. Ven, pues, ven, que no hay otro camino: yo voy delante y te introduzco. Éste es un nuevo servicio que te hago. ¿Qué tal, amigo mío? Éste no es mal sitio; pero mira, apenas puedes ver el fin. Un centenar de fuegos se encienden dentro del círculo: se baila, se charla, se guisa; se bebe y se ama: dime ahora, ¿en donde hay cosa mejor?

FAUSTO. Para introducirnos ahí, ¿vas á presentarte como diablo?

MEFISTÓFELES. Estoy, á la verdad, muy acostumbrado á andar *incógnito*; pero en un día de gala se sacan las condecoraciones. No trato de distinguirme con una jarretera, que el pie de caballo es aquí muy respetado. ¿Ves ese caracol? Viene á la rasura y explorando con sus cuernos: algo habrá echado de ver ya en mí. Si quiero, tampoco me disfrazaré aquí. Ven, pues, vamos de fuego en fuego: yo seré el preguntón, y tú el galán. (Á algunas personas sentadas alrededor de carbones medio consumidos.) Mis ancianos señores,

¿que hacéis en ese rincón? Lo aprobaría si os hallase bonitamente colocados en medio, en el seno del tumulto y de una juventud ardiente. Siempre está uno demasiado solo consigo mismo.

GENERAL.

¡Ay! loco el que se fie en las naciones!
Porque es en vano trabajar por ellas:
Siempre al lado del pueblo y de las bellas,
El joven ganará los corazones.

MINISTRO.

El discurso del viejo es muy profundo:
Hoy todo está revuelto y trastornado:
El tiempo en que los dos hemos reinado
Era la edad de oro de este mundo.

MAGNATE, *improvisado.*

Tampoco éramos tontos, que con ciencia
Desempeñamos nuestro sacerdocio;
Pero el oficio se halla en decadencia
Hoy, que el que menos quiere hacer negocio.

AUTOR.

¿Quién puede juzgar hoy nuestros escritos
Tan llenos de saber? — Nadie en la tierra
¡Ay! con sus juicios torpes y sus gritos
La juventud estúpida me aterra.

MEFISTÓFELES *apareciendo, muy viejo, de repente.*

Todo va á perecer. En este instante
Hacia el Bloksberg mi genio se encamina
Ya por última vez, que palpitante
Veo que el mundo toca á su ruina.

HECHICERA, *revendedora.* Señores, ¡no vayáis tan de prisa! No dejéis perder la ocasión! Mirad bien mis géneros, son de muchas clases. Y además, nada hay en mi almacén que tenga igual en la tierra, nada que no haya causado alguna vez un gran estrago entre los hombres y en el mundo. No hay aquí ni un puñal, que no haya hecho correr sangre; ni una copa que no haya derramado en algún cuerpo robusto un veneno

activo y devorante; ni un adorno que no haya seducido á alguna mujer virtuosa; ni una espada que no haya roto alguna alianza, ó herido algún enemigo por detrás.

MEFISTÓFELES. Amiguita, mal comprendéis el tiempo: lo hecho está hecho. Traed novedades, que sólo la novedad puede agradarnos ya.

FAUSTO. No me olvidé de mi mismo... Yo llamaría á esto una feria.

MEFISTÓFELES. Todo el remolino se lanza allá arriba: crees impeler, y eres impelido.

FAUSTO. ¿Quién es aquélla?

MEFISTÓFELES. Mírala bien, es Lilith.

FAUSTO. ¿Quién?

MEFISTÓFELES. La primera mujer de Adán. Ponte en guardia contra sus bellos cabellos, adorno que sólo á ella le es dado lucir: cuando puede atrapar un joven no lo suelta tan pronto.

FAUSTO. He allí dos sentadas, una vieja y otra joven, que ya han saltado en regla.

MEFISTÓFELES. Hoy no hay descanso. Va á empezarse un nuevo baile: ven, las sacaremos nosotros.

FAUSTO, *bailando con la joven.*

Ayer un desvario sobrehumano
Un árbol nuevo, hermoso, me fingía,
Que dos frutos bellísimos mecia:
Subime á él, y vi que era un manzano.

LA BELLA.

Las dos manzanas de ese amable sueño,
Son las manzanas de Eva, nuestra madre,
Y hoy el destino, y esto acaso os cuadre,
También las puso en mi jardín risueño.

MEFISTÓFELES, *con la vieja.*

Ayer un desvario me ha fingido.
Un árbol viejo, y feo, y ya sin hoja.

.....

LA VIEJA.

¡Salud! ¡salud! ¡y sea bien venido
El caballero de la pata coja!

.....

PROCTOPHANTASMIST (1). ¡Malditas gentes! ¿Que pasa entre vosotros? ¿No se os ha enseñado hace mucho tiempo? Un espíritu no debe estar jamás sobre sus pies ordinarios, y ahora bailáis como nosotros los hombres.

LA BELLA, *bailando.* ¿Que quiere éste en nuestro baile?

FAUSTO, *bailando.* ¡Eh! lo mismo es con todo. Es menester que juzgue como los demás bailan. Si no tuviese nada que decir sobre un paso, el paso quedaría como no hecho. Lo que más le pica es veros adelantar. Si quisierais dar vueltas alrededor como él hace en su viejo molino, no daríais ninguna que no aprobase él, sobretodo si teníais mucho cuidado de saludarle.

PROCTOPHANTASMIST. ¡Conque estáis siempre ahí! No, esto es inaudito. ¡Desapareced! Todo lo hemos aclarado ya: la canalla diabólica no conoce freno: á pesar de nuestra prudencia, el crisol está siempre lleno. ¡Qué de tiempo no he gastado en esta idea! y nada se depura. Esto es inaudito.

LA BELLA. Pues cesa de fastidiarnos.

PROCTOPHANTASMIST. Os lo digo en vuestra cara, ®

(1) Sería muy largo explicar las mil alusiones que se ocultan bajo los nombres y en el lenguaje abstracto de estos personajes. En toda esta parte de su libro, y especialmente en el *Intermedio* siguiente, ha hecho Goethe la sátira de algunos soberanos, ministros y poetas de su tiempo, empleando la manera de Aristófanes. Sólo por dar la obra entera, traducimos palabra por palabra estos pasajes, cuya ironía no es comprensible siempre, ni aún para nosotros. Mad. de Staël tuvo razón sin duda en proclamar el *Fausto* una obra *intraducible*.

espíritus, no puedo sufrir el despotismo del talento, ni el mío puede tenerlo. (*Se continúa bailando.*) Hoy, lo conozco, nada puede salirme bien. Sin embargo, hago un viaje, y espero que, con mi último paso, derrotaré á los diablos y á los poetas.

MEFISTÓFELES. Ahora va á meterse en una balsa : así se divierte, y cuando una sanguijuela se ha cebado bien en su trasero, se encuentra curado de los espíritus y del espíritu. (*Á Fausto que ha dejado el baile.*) ¿Por qué has dejado ir á la joven, que tan agradablemente cantaba en el baile ?

FAUSTO. ¡Ay ! en medio de sus cantos se escapó de sus labios un ratón colorado.

MEFISTÓFELES. ¿Qué ?

FAUSTO. Mefistófeles ¿ ves una joven pálida y hermosa que se queda lejos ? Se retira lánguidamente de este sitio, y parece caminar con grillos en los pies. Se me figura que se parece á la buena Margarita.

MEFISTÓFELES. ¡Deja eso ! á nadie le viene bien. Esa es una figura mágica sin vida, un ídolo. No es bueno encontrarla. Su mirada fija adormece la sangre del hombre, y casi la convierte en piedra. ¿Has oído hablar de la Medusa ?

FAUSTO. Esos son verdaderamente los ojos de un muerto, que una mano querida no ha cerrado. ¡Ese es realmente el seno que Margarita me entregó, el cuerpo tan dulce que yo poseí !

MEFISTÓFELES. Eso no es más que magia, pobre loco, que cada uno cree encontrar lo que ama.

FAUSTO. ¡Qué delicias !... ¡y qué sufrimientos ! Yo no puedo apartarme de esa vista. ¡Qué cosa tan rara, esa única cinta encarnada que parece adornar su cuello... no es más ancha que el canto de un cuchillo ;

MEFISTÓFELES. ¡Muy bien ! También la veo yo : bien

puede llevar su cabeza debajo del brazo, porque Perseo se la ha cortado. ¡Siempre esta quimera en el espíritu ! Ven, pues, sobre esta colina, que es tan alegre como el Prater. ¡Eh ! no me equivoco, un teatro es lo que veo. ¿Qué es lo que se representa ?

SERVIBILIS : Va á empezarse una nueva pieza, la última de las siete. Aquí es costumbre hacer ese número. Un diletante la ha escrito, y diletantes son los que la representan. Dispensadme, señores, que desaparezca, porque me gusta mucho levantar el telón.

MEFISTÓFELES. Aunque os encuentro sobre el Blocksborg, no me extraño, porque á vosotros es á quien corresponde estar en él.

INTERMEDIO

WALPURGISNACTSTRAUM

(Sueño de una noche de Sabbat)

Ó BODAS DE ORO DE OBERÓN Y DE TITANIA.

DIRECTOR DEL TEATRO.

Hijos de Micóing (1), hoy vamos
A distraer nuestra pena.
Esta montaña en que estamos
Será el lugar de la escena.

HERALDO.

Las bodas de oro, es sabido,
Se hacen cada cincuenta años;
Mas pasaron los regaños (2),
Y el oro me es muy querido.

OBERÓN.

Pues hoy la reina y el rey
Pactan una nueva unión,
Que brille el ingenio es ley
En tan solemne ocasión.

PUCK (3).

Puck llega con torpeza
Y su pie forma espirales,

- (1) Director del teatro de Weimar.
(2) Alusión á las querellas de Oberón y de Titania, del *Sueño de una noche de Estío*, de Shakespeare, y también á la reconciliación de los príncipes alemanes.
(3) Personaje fantástico de Shakespeare. Espíritu de la comitiva de Oberón, que hace sus voluntades y lo divierte con sus bufonadas.

INTERMEDIO

131

Y otros cien de su destreza
Bailando nos dan señales.

ARIEL (1).

Por los cantos que modula,
Ariel se ensoberbece,
Que aunque su voz se enronquece
Á veces lo disimula.

OBERÓN.

Imitennos los casados :
Cuando viven dos esposos
Largo tiempo separados,
Son después más cariñosos.

TITANIA.

Si queréis que en armonía
Viva un matrimonio solo,
Llevad la mujer al Polo,
Y á su esposo al Mediodía.

ORQUESTA. *Tutti fortissimo.*

Narices de moscas listas,
Y picos de aves livianas,
Sapos, y grillos, y ranas,
Esos son nuestros artistas.

SOLO.

Ya la música escucháis
De la zampoña divina;
Bien se entiende ó se adivina
El *schnickschnack* que soltáis.

ESPIRITU *que acaba de formarse.*

Á este engendro chavacano
Patás y alas le pondrán;
Vale menos que un gusano...
Mas de él una ópera harán.

UNA PAREJITA.

En las nieblas y el rocío
Te lanzas... pausadamente;
Tu paso grave y prudente
Nos place, pero es muy frío.

- (1) Pequeño genio aéreo, á las órdenes del mágico en *la Tempestad* de Shakespeare.



UN VIAJERO CURIOSO.

¿Sin duda máscaras son
Estos que juegan sin tino;
Si encontraré en e camino
Al bellissimo Oberón?

ORTODOXO.

Ni uñas ni cola, ¿qué juegos!
Con todo, son sospechosos;
Estos diablos tan hermosos
Semejan los dioses griegos.

ARTISTA DEL NORTE.

Bosquejos ó aprendizaje,
Son mis obras hasta aquí
Para Italia voy así
A preparar mi viaje.

PURISTA.

¡Ah! lamentad, pasajeros,
Mis esperanzas frustradas;
De esas brujas que hay en cueros
Tan solo hay dos empolvadas.

HECHICERA JOVEN.

¡A las viejas las canciones
De empolvarse y de vestirse,
Que mis bellas perfecciones
Desnudas deben lucirse.

MATRONA.

¡Ah! muy pronto á nuestro estado
Llegaréis, amiga mía.
Que ese cuerpo tan preciado
Se ha de pudrir algún día.

DIRECTOR DE ORQUESTA.

Nariz de mosca ligera,
Y picós de aves livianas,
Sapos, y grillos, y ranas,
Llevad el compás siquiera.

VELETA, vuelta de un lado.

Buena gente es la que ensaya
Ese baile atronador:
Hombres y mujeres... ¡Vaya!
¿Podrá haber nada mejor?

VELETA, vuelta de otro lado.

Si al punto ese monte eterno
No abre á esa turba un abismo,
En el fuego del infierno
Me precipito ahora mismo.

XENIE: (1).

Insectos de circunstancia,
Lo picamos todo al vuelo,
Para honrar la alta importancia
De Satanás, nuestro abuelo.

HENNINGS.

Esos pícaros nos mienten,
Y cantan juntos con gracia;
Mas ¿cómo llega su audacia
Hasta decir lo que sienten?

MUSAGETE.

No hay más: de esas brujas bellas
Á los hechizos me rindo;
Mejor me hallara con ellas
Que con las nueve del Pindo.

EX-GENIO DEL TIEMPO.

Aquí de pies ó de nuca
Todo el mundo encuentra paso...
El Blocksberg es un Parnaso...
Allá voy con mi peluca.

VIAJERO curioso.

Decidme, ¿que es lo que agita
Á ese hombre grande (2), que todo
Lo anda oliendo de ese modo?...
¡Caza el tuno algún jesuita!

GRULLA.

Señores, yo pesco peces
En el agua turbia y clara,
Y sé que el devoto, á veces,
Es diablo que se enmascara.

MUNDANO.

Los devotos en la fe
Tienen un grande vehiculo;

(1) Colección de epigramas, publicados por Goethe y Schiller

(2) Nicolai.

Mas sobre el Blocksberg yo sé
Que hacen más de un conventículo.

BAILARÍN.

¡Coros nuevos han venido!
Pero la garza real
No hace en un cañaveral
Tan monótono ruido.

DOG MÁTICO.

Yo solo á defender salgo
La crítica razonada,
Porque si el demonio es algo,
¿Cómo puede no ser nada?

IDEALISTA.

Si sale la fantasía
Fuera de su estrecho foco,
Sin remedio se extravía...
Por eso yo soy un loco.

REALISTA.

Sondando el profundo ser
Mi mente se ha trastornado,
Mas ya puedo conocer
Que marchó un poco de lado.

SUPERNATURALISTA.

¡Qué ¡fiesta! ¡qué francachela!
¡Hallarme esto de improviso!
Desde el infierno consuela
Venir á tal paraíso.

ESCÉPTICO.

Fuegos fatuos, ilusión
Que á esta gente deja muda :
¿Le agrada al diablo la duda?
Pues quedo aquí de plantón.

DIRECTOR DE ORQUESTA.

Nariz de mosca ligera,
Y picos de aves livianas,
Sapos, y grillos, y ranas.
Llevad el compás siquiera.

LOS DÓCILES.

¿Quién tanta virtud tendrá
Como un ¿que me-importa? quién?

Si con los pies no anda bien,
De cabeza correrá.

LOS FASTIDIADOS.

Siempre prontos estuvimos
Á una llamada de platos;
Hoy no tenemos zapatos,
Y descalzos nos venimos.

FUEGOS FATUOS.

Somos hijos de los lodos,
Mas pongámonos delante,
Y pues nos elogian todos,
Estemos de buen talante.

ESTRELLA caída.

Caída aquí desde el cielo
Sufro el rigor del destino :
¿Quién á mi rango divino
Podrá volverme en el cielo?

LOS MACIZOS.

¡Sitio á los bultos que vienen
Y en tierra caen á plomo!
Son espíritus... que tienen
Todos sus miembros de plomo.

PUCK.

Á ver si andáis con cuidado
Los que acabáis de venir :
Puck es aquí el más pesado,
Cuya cara hace reír.

ARIEL.

Si el espíritu ó natura
Os ha provisto de alas,
Seguid mi vuelo en la altura,
Que por mi luce sus galas.

LA ORQUESTA, *pianissimo*.

Y las nieblas, cuyo ceño
Á la ilusión favorecen,
Del monte desaparecen...
Todo ha huido como un sueño.

TERCERA PARTE

Día sombrío. — Un campo.

FAUSTO, MEFISTÓFELES.

FAUSTO. ¡En la desgracia!... ¡la desesperación! ¡Tanto tiempo miserablemente extraviada en la tierra, y ahora presa! Lanzada como una criminal en un calabozo, esa dulce y desdichada criatura se ve sumida en insoportables tormentos. ¡Hasta eso! ¡hasta eso! ¡Impostor, infame espíritu!.. ¿y me lo ocultabas? Cállate ahora, ¡calla! mueve con furia tus ojos de demonio en tu cabeza infame. ¡Calla! é insúltame con tu irresistible presencia. ¡Presa, agobiada con una desdicha irreparable! ¡abandonada á los espíritus malignos y á la inflexible justicia de los hombres!... ¡Y entre tanto me arrastras á repugnantes fiestas, y me ocultas su miseria, siempre creciente, y la abandonas sin socorro á la muerte que la espera!

MEFISTÓFELES. No es la primera.

FAUSTO. ¡Perro! ¡execrable monstruo! ¡Cámbialo, espíritu infinito! que vuelva á tomar su primitiva forma de perro, bajo la cual se deleitaba en andar por la noche delante de mí, para vagar á los pies del tranquilo viajero, y arrojarse sobre sus espaldas, después de haberle derribado! ¡Vuélvele la figura que le agrada; que se arrastre ante mí, y que yo le pise, al maldito! ¡No es la primera! ¡Horror, horror, que nin-

gún humano puede comprender! ¡más de una criatura sumergida en el abismo de semejante infortunio! ¡Y no ha bastado la primera, en las torturas de la muerte, para que la eterna misericordia perdonase los pecados de todos! Los padecimientos de esta sola criatura seca la médula de mis huesos, y devora rápidamente los años de mi vida; y tú... tú sonríes tranquilamente con el pensamiento de que participa de la suerte de otras mil.

MEFISTÓFELES. Apenas llegamos á los primeros límites de nuestro espíritu, cuando el de vosotros, hombres, se halla ya pasado. ¿Por qué andar en nuestra compañía, si no puedes soportar las consecuencias? Quieres volar, y no estás asegurado contra el vértigo. ¿Te hemos invocado nosotros ó ha sido lo contrario?

FAUSTO. No rechines tan cerca de mí tus dientes ávidos. ¡Te odio! ¡Sublime espíritu, tú que me has juzgado digno de contemplarte, ¿por qué me has unido á este compañero de oprobio, que se alimenta de carnicería, y se deleita con la destrucción?

MEFISTÓFELES. ¿Has concluído?

FAUSTO. ¡Sálvala!... ¡ó desdichado de tí! la maldición más terrible caiga sobre tí por millares de años.

MEFISTÓFELES. Yo no puedo desatar las cadenas de la venganza, no puedo descorrer los cerrojos. ¡Sálvala! ¡Quién la arrastró á su perdición?... ¿Yo ó tú? (*Fausto lanza alrededor de sí terribles miradas.*) ¿Buscas el trueno? Feliz es no ser confiado á los miseros mortales. Aplastar al inocente que se resiste, es uno de los medios que los tiranos emplean para hacerse lugar en muchas circunstancias.

FAUSTO. ¡Conduceme adonde está! ¡es menester que sea libre!

MEFISTÓFELES. ¡Y el peligro á que te expones! Ten entendido que la sangre derramada por tu mano, humea todavía en este pueblo. ¡Sobre la mansión de la víctima se ciernen espíritus vengadores, que acechan la vuelta del asesino!

FAUSTO. ¡Saberlo también por ti! ¡Ruina y muerte de todo un mundo sobre ¡, monstruo! ¡Condúceme, te lo repito, y líbrala!

MEFISTÓFELES. Allá te llevo: en cuanto á lo que me es dado hacer, escucha: ¿Lo puedo yo todo en la tierra y en el cielo? Turbaré la razón del carcelero, y te pondré en posesión de la llave; y ya no hay más que una mano humana que pueda libertarla. Yo velaré, aprestaré los caballos encantados, y os sacaré. Es cuanto puedo hacer.

FAUSTO. ¡Vamos! ¡partamos!

La noche á campo raso.

FAUSTO, MEFISTÓFELES, galopando sobre caballos negros.

FAUSTO. ¿Qué es lo que se mueve alrededor del lugar del suplicio?

MEFISTÓFELES. Yo no sé lo que cuecen ni lo que hacen.

FAUSTO. Se agitan de un lado á otro, se levantan y se bajan.

MEFISTÓFELES. Es una comunidad de brujos.

FAUSTO. Siembran y consagran.

MEFISTÓFELES. ¡Pasemos! ¡Pasemos!

Calabozo.

FAUSTO, con un manajo de llaves y una lamparilla delante de una pequeña puerta de hierro. Siento que un estremecimiento desusado se apodera lentamente de mí. Toda la miseria de la humanidad pesa sobre mi cabeza. ¡Aquí! estas paredes húmedas... ¡hé aquí el lugar que habita, y su crimen ha sido un dulce error! ¡Fausto, temes aproximarte! ¡no te atreves á verla! Entra, pues, la timidez apresura el instante de su suplicio. (*Vuelve la llave. Cantan dentro.*)

Fué el pícaro de mi padre
Quien me mató,
La ramera de mi madre
Quien me comió,
Y mi hermanita la lela
Echó mis huesos mondados
Sobre unos trapos mojados...
Y me hice un ave que vuela,
Y vuela, y vuela!

FAUSTO, abriendo la puerta. No sabe ella que su querido la escucha, que oye el rumor de sus cadenas y el ruido de la paja en que se reclina. (*Entra.*)

MARGARITA, ocultándose debajo de su manta. ¡Ay! ¡ay de mí! ya vienen! ¡Qué amarga es la muerte!

FAUSTO, en voz baja. ¡Silencio! ¡silencio! vengo á salvarte.

MARGARITA, arrastrándose hacia él. ¿Eres un hombre? compadecerás mi miseria.

FAUSTO. ¡Tus voces van á despertar la guardia! (*Agarra las cadenas para quitárselas.*)

MARGARITA. ¡Verdugo! ¿quién te ha dado esa autoridad sobre mí? ¿Vienes á buscarme ya, á media noche? Ten compasión, y déjame vivir. ¿No tendrás tiempo mañana al amanecer? (*Se levanta.*) Soy todavía

tan joven, tan joven, y ¡debo morir ya! También fui bella, y eso es lo que ha causado mi perdición. Mi querido estaba á mi lado, y ahora está muy lejos: me han arrancado mi corona, y han esparcido sus flores... ¡No me cojas tan bruscamente! ¡perdóname! ¿que te he hecho? no seas insensible á mis lágrimas: en mi vida te he visto.

FAUSTO. ¿Podré resistir este doloroso espectáculo?

MARGARITA. Estoy enteramente en tu poder; pero déjame dar el pecho á mi hijo. Toda la noche le he estado estrechando contra mi seno, y acaban de quitármele para afligirme, y dicen que yo le he matado. Jamás me devolverán mi alegría. ¡Me cantan canciones! ¡hacen mal! hay un cuento antiguo que acababa así: ¿á que quieren hacer alusión?

FAUSTO, arrojándose á sus pies. Tu amante se halla á tus pies, viene á librarle de tus cadenas.

MARGARITA, arrodillándose también. ¡Oh! sí, arrodíllemonos para invocar á los santos. ¡Mira esos escalones, el umbral de esa puerta... ahí hierve el infierno! y el espíritu del mal con sus rugidos espantosos... ¡qué ruido hace!

FAUSTO, alzando la voz. ¡Margarita! ¡Margarita!

MARGARITA, escuchando. ¡Es la voz de mi amado! (Se levanta, y caen las cadenas.) ¿En donde está? le he oído llamarme. ¡Ya estoy libre! nadie puede detenerme, quiero volar á sus brazos, reposar sobre su seno! Ha llamado á Margarita; estaba allí en el umbral. En medio de los alaridos y del tumulto del infierno, á través de los rechinamientos y de las carcajadas de los demonios, he reconocido su voz tan dulce, tan querida!

FAUSTO. ¡Soy yo mismo!

MARGARITA. ¡Eres tú! vuelve á decirlo! (Estrechán-

dole entre sus brazos.) ¡Es él, él! ¿En donde están mis dolores? En donde están las angustias de la prisión? en donde están las cadenas?... ¡Tú eres, sí! vienes á salvarme... ¡Heme ya salvada! He aquí la calle en donde te he visto la primera vez; hé allí el jardín en donde Marta y yo te hemos esperado.

FAUSTO, esforzándose en sacarla. ¡Ven! ¡ven conmigo!

MARGARITA. ¡Oh! espera, espera todavía... ¡me gusta tanto estar donde tú estás! (Le abraza.)

FAUSTO. ¡Pronto! un momento de tardanza nos costaría muy caro.

MARGARITA. ¡Qué! ¿ya no puedes abrazarme? Amigo mío, en tan poco tiempo como hace que me hasdejado, ¿ya te has olvidado de abrazarme? ¿Por qué estoy tan inquieta entre tus brazos?... Poco hace que una palabra tuya, una mirada, me abrían todo el cielo, y que me abrazabas hasta ahogarme. Abrázame, pues, ó te abrazo yo sola. (Le abraza.) ¡Oh Dios! Tus labios estan fríos, mudos. Tu amor... ¿en dónde lo has dejado? ¿quién me lo ha robado? (Se separa de él.)

FAUSTO. ¡Ven! ¡sígueme! querida mía, ¡valor! yo me abraso en tu amor; pero sígueme, es lo único que te ruego.

MARGARITA, fijando su vista en él. ¿Es verdad que eres tú? ¿Estás bien seguro de que eres tú?

FAUSTO. ¡Yo soy! ¡ven, pues!

MARGARITA. Tú me libras del peso de las cadenas, vuelves á estrecharme contra tu seno... ¿cómo es que no te separas horrorizado de mí? ¿Es verdad que eres tú, amigo mío? ¿sabes á quien das la libertad?

FAUSTO. ¡Ven! ¡ven! el velo de la noche empieza á descorrerse.

MARGARITA. ¡He matado á mi madre! ¡He ahogado á mi hijo! ¡que también era tuyo! ¡sí, tuyo también! Eres,

pues, tú!... apenas lo creas. Dame tu mano. No, no es un sueño. Tu mano, querida... ¡Ah, pero está húmeda! ¡Limpiala! se me figura que tiene sangre! Oh! Dios, ¿qué has hecho? ¡Escond: esa espada, escóndela!

FAUSTO. ¡Deja lo pasado, que ha pasado ya! ¡Me estás dando la muerte!

MARGARITA. ¡No, tú debes seguirme! Voy á decirte los tómulos que tendrás cuidado de elevar desde mañana: es menester darle á mi madre el mejor sitio, que mi hermano esté cerca de ella, yo, un poco separada, no muy lejos, sin embargo, y el hijo de mi alma, sobre mi costado derecho. ¡Que nadie más esté cerca de mí! ¡Descansar á tu lado, hubiera sido una felicidad muy dulce! mas ya no debo esperarla. Siempre que quiero acercarme á ti, creo que me rechazas; ¡tú, con tu mirada tan tierna y bondadosa!

FAUSTO. Ya que conoces que soy yo, ¡ven!

MARGARITA. ¿ Afuera?

FAUSTO. A la libertad.

MARGARITA. ¡Afuera está la tumba, está la muerte que me acecha! ¡Ven!... desde aquí al lecho del eterno reposo, y ni un paso más lejos. ¡Tú te alejas! Oh Enrique! si pudiera seguirte!

FAUSTO. ¡Puedes hacerlo! no tienes más que querer, abierta está la puerta.

MARGARITA. No me atrevo á salir, ya nada espero, ¿y de qué me serviría fugarme? ¡me están espiondo! Y después, verse reducida á mendigar, y con una conciencia mala además, eso es terrible. Es una desdicha vivir en el destierro, y por otra parte, sabrían muy bien volver á prenderme.

FAUSTO. ¡Me quedo, pues, contigo!

MARGARITA. ¡Al instante! ¡al instante! salva á tu pobre hijo! Ve, por el arroyo abajo, en el sendero, en el

fondo del bosque, á la izquierda, junto á la esclusa, en el estanque. Cógele pronto, se eleva á la superficie, aún lucha con la muerte; ¡sálvale, sálvale!

FAUSTO. Recobra, pues, tu ánimo; un paso nada más y estás libre.

MARGARITA. ¡Si siquiera hubiéramos pasado la montaña! Allí está mi madre sentada en una piedra, moviendo la cabeza, sin hacerme ninguna señal, sin decirme nada con sus ojos; es tan pesada su cabeza, ha dormido tanto tiempo... ¡Ya no despierta! dormía durante nuestros placeres. ¡Qué feliz tiempo aquél!

FAUSTO. Pues que ni lágrimas ni palabras pueden nada contigo, es necesario que yo te arrastre lejos de aquí.

MARGARITA. ¡Déjame; no, no sufriré ninguna violencia. No me agarres con tanta fuerza: ¡demasiado te he complacido en mi vida!

FAUSTO. ¡El día viene!... ¡querida mía, amor mío!

MARGARITA. ¡El día! sí, es el día.... ¡último de los míos! debía de ser el de mi boda. No vayas á decir á nadie que Margarita te ha recibido esta mañana. ¡Ah! mi corona.... qué aventura está.... Nos volveremos á ver; mas ya no será en el baile. La multitud se estruja, no cesa de oirse: ¿le bastarán las calles y las plazas? La campana me llama, la vara de la justicia se ha roto. ¡Cómo me encadenan! ¡cómo me agarran! Ya me han arrastrado al cadalso, ya cae sobre el cuello de los demás el tajo que hiere el mío... ¡Hé ahí el mundo entero, mudo como una tumba!

FAUSTO. ¡Oh! ¡por qué he nacido!

MEFISTÓFELES, *apareciendo fuera*. ¡Salid, ó sois perdido! ¡Qué de palabras inútiles! ¡qué dilaciones y qué incertidumbre! Mis caballos se inquietan y el día empieza á despuntar.

MARGARITA. ¿ Quién se levanta así de la tierra ? ¡ Él !
¡ él ! ¡ échale pronto ! ¿ qué viene á hacer á la santa mansión ?... ¡ Viene á buscarme á mi !

FAUSTO. ¡ Es preciso que vivas !

MARGARITA. ¡ Justicia de Dios, me entrego á ti !

MEFISTÓFELES, á Fausto. ¡ Ven, ven, ó te abandono con ella al cuchillo del verdugo !

MARGARITA. ¡ Tuya soy, padre mio ! ¡ sálvame ! ¡ Angeles, rodeadme, protegedme con vuestros ejércitos !... Enrique, ¡ me horrorizas !

MEFISTÓFELES. ¡ Está juzgada !

Voz, de lo alto. ¡ Está salvada !

MEFISTÓFELES, á Fausto. ¡ Aquí, á mí ! (*Desaparece con Fausto.*)

Voz lejana, que se extingue. ¡ Enrique ! ¡ Enrique !

SEGUNDO FAUSTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ADVERTENCIA

RESPECTO AL SEGUNDO FAUSTO Y Á LA LEYENDA

El pacto infernal firmado por Fausto y Mefistófeles no se ha cumplido ni desenlazado enteramente en la última escena del primer *Fausto* de Goethe. Cuando Mefistófeles llama á sí al Doctor al tiempo que Margarita va á salir al suplicio, el lector habrá podido suponer que el alma de Fausto caía en poder del demonio, mientras la de Margarita se elevaba al cielo en medio de los ángeles.

Sin embargo, le quedaba al autor la intención de continuar la vida fabulosa de su héroe.

Esto es lo que Goethe intentó hacer en los últimos años de su vida, en una obra de la cual publicó un fragmento en 1827 con el título de *Elena*.

El complemento póstumo de esta tragedia no vió la luz hasta la publicación de sus obras completas. Esta obra singular no se dirige siempre al desarrollo claro y preciso del primer dato, y sea la que quiera la grandeza de las ideas de detalle, éstas no forman ya ese conjunto armonioso y correcto que ha hecho del *Fausto* una obra maestra inmortal. Una análisis circunstanciada, con las escenas más notables traducidas por entero, nos ha parecido ser suficiente para guiar el

lector desde el desenlace del primer Fausto á ese magnífico acto de *Elena*, que es en realidad la parte más importante del segundo *Fausto* de Goethe, y donde se vuelve á hallar aún un hermoso reflejo de ese poderoso genio, cuya facultad creadora habíase apagado muchos años antes, cuando intentó luchar contra sí mismo al publicar su última obra.

Hemos seguido después la narración de la acción secundaria que pasa en la corte del emperador y hemos dado por entero las escenas de la muerte de Fausto, en las cuales el autor parece á su vez haberse inspirado del poema de *Manfred* de lord Byron, quien se había inspirado de su primer Fausto.

Así nuestro trabajo se halla completo, y el examen analítico, uniendo unas con otras las grandes partes que se corresponden, explica las escenas de intermedio y de acción episódicas, muy difusas y oscuras para los mismos alemanes.

SEGUNDO FAUSTO

PRÓLOGO

Una campiña risueña.

FAUSTO, tendido en el césped florido, cansado, inquieto, procura dormirse, y espíritus llamados Elfos, de formas ligeras y encantadoras revolotean en derredor suyo.

ANIEL, canta acompañado con las arpas de los Elfos.

Si la lluvia de flores de la primavera
Cae flotando sobre todas cosas,
Si la bendición de las verdes praderas
Sonríe á todos los hijos de la tierra;
El grande espíritu de los pequeños Elfos
Lleva su ayuda por todas partes donde puede;
Y que sea un santo ó un perverso,
El hombre desdichado le mueve á compasión,

Vosotros que flotáis en torno de esa frente en aéreo círculo,
Mostrad ahora la noble indole de los Elfos;
Templad el dolor agudo del corazón,
Arrancad las amargas flechas del remordimiento
Y purificad su alma de las desgracias pasadas.
Hay cuatro períodos de descanso en la noche;
Aprovechadlos con benevolencia y actividad.

Primero reclináis su cabeza sobre frescas almohadas de ver
Después la bañáis en el rocío del río Leteo; [dura,
Pronto cobran su soltura los miembros entumecidos;
Recobra sus fuerzas, descansa hasta que llegue la mañana.

Así cumpliréis con el más grato deber de los Elfos
Al devolverle á la divina luz del día.

(El coro canta alternativamente, ya con dos, ya con varias voces.)

El tibio ambiente se infla
En derredor de los verdes céspedes
Dulces céfiros, nubes cebrinas
Traed el crepúsculo.
Murmurad dulces palabras de paz,
Meceid el corazón en un sueño de niño ;
Y sobre los ojos de ese hombre cansado
Cerrad las puertas del día.

Ya llegó la noche,
La estrella con la estrella se une ;
Grandes luces, pequeñas chispas
Centellean aquí como en lontananza.
Se reflejan allá en el lago transparente,
Y alumbran la noche allá arriba ;
La pompa serena de la luna
Sella la felicidad del reposo.

Ya han transcurrido las horas ;
Felicidad y dolor han desaparecido.
Presiéntelo y podrás sanar ;
Confiate en la mirada nueva del día.
Los valles verdecen, los collados se elevan
Y se juntan para dar sombra.
Por do quiera en alegres olas de plata
Corre la semilla hacia la cosecha.

Ten el deseo de tener deseos,
Aspira á esos esplendores del cielo ;
La cárcel que te rodea es frágil ;
El sueño es la corteza ; arrójala,
No tardes en entrar en la acción.
Si la multitud titubea y tarda,
Un noble espíritu todo lo puede
Cuando todo lo entiende y lo comprende.

Un grande estruendo anuncia el aproximarse del sol.

ARIEL.

¡Oid ! ¡Oid ! La tempestad de las Horas
Resuena ya para los oídos de los espíritus ;
Ya nació el día nuevo.
Las puertas de la roca rechinan con estruendo ;

Las ruedas de Febo crujen rodando.
¡Qué zumbido trae la luz !
Es el ruido del tambor, el sonido de la trompeta ;
Pestañea el ojo y se maravilla el oído ;
No se puede oír lo que es inaudito.
Ocultaos en las coronas de flores.
Más adentro, más adentro ; quedaos quietas
En las peñas, bajo las ramas ;
Si oyeseis ese ruido os quedaríais sordos.

FAUSTO. Las pulsaciones de la vida baten con nuevo ardor para hacer una cariñosa acogida al crepúsculo etéreo. Y tú, tierra, dormías también esta noche, y respiras á mis pies refrescada de nuevo. Principias ya á rodearme de delicias, me animas á que aspire de aquí en adelante al Ente supremo.

Ya se entreabre el mundo en las vislumbres del crepúsculo, la selva retumba de las mil voces de una existencia. En todos los valles desaparecen las nubes ; la claridad del cielo penetra en las profundidades ; las ramas y las hojas se levantan perfumadas del abismo. Los colores también se desprenden del fondo de verdura, en que la flor y la hoja desprenden trémulas gotas de rocío. Un paraíso se abre en derredor mío.

¡Mirad ! las cumbres de las montañas lejanas gozan ya de esa hora de fiesta ! Ya están envueltas en la luz eterna que más tarde llegará hasta nosotros. Ya se desliza hacia nosotros la claridad naciente por las verdes laderas de los montes. Adelántase el sol victorioso. ¡Ay ! ya hieren mis ojos sus ardientes saetas.

Así sucede pues, cuando una larga esperanza toca por fin á las puertas abiertas del cumplimiento y de la salvación. Al ver las llamas salir de las profundidades que se encuentran más allá, el hombre se espanta y se para. ¡No queríamos sino encender la antorcha de la vida y es un mar de fuego que nos

rodea! ¡Y cuáles llamas! ¿Es amor? ¿es odio? ¡Envueltos en esos lazos de fuego, espantados por una terrible alternativa de dolores y de alegría, pronto nos volvemos hacia la tierra para refugiarnos de nuevo bajo el humilde velo de nuestra existencia ignorante!

¡Brille pues el sol á mi espalda! La cascada muge en la peña y siempre la contemplo con placer creciente mientras al caer va formando mil ondas y arroja en los aires la espuma sobre la espuma; Pero cómo se encorva con majestad el arco abigarrado de esa eterna tempestad ya en líneas puras, ya convirtiéndose en aire luminoso, y esparciendo en derredor de la cascada un suave estremecimiento de aire agitado! Es la imagen de la vida humana; considera su aspecto y su sentido y comprenderás que nuestra vida también no es sino un reflejo de mil colores.

EXAMEN ANALÍTICO

Después de este prólogo en que el autor acaba de retemplar su héroe en la atmósfera romanesca y mágica del *Sueño de una noche de estío*, ya evocada para el intermedio del sabbat, la acción se transporta en medio de una corte imperial de la edad media. Los personajes que aparecen no tienen otros nombres que los de emperador, canciller, mariscal, etc. El emperador, sentado en medio de sus consejeros, pregunta donde está su bufón. Un paje viene á decirle que el pobre hombre se ha caído al bajar una escalera. ¿Está muerto? ¿Está embriagado? No se sabe. Él no se mueve.

Otro paje anuncia al punto, que otro bufón muy bien vestido acaba de presentarse en su lugar pero que los alabarderos no quieren dejarle entrar. El emperador da una orden y Mefistófeles viene á arrodilarse ante el trono. Se recibe benevolamente su cumplimiento, y ocupa el sitio desu predecesor á la derecha del príncipe.

El consejo se pone á discutir sobre los asuntos del Estado. El canciller habla largo tiempo contra la corrupción del siglo, y pasando revista á las diversas clases de la sociedad, señala en todas un espíritu de inmoralidad y de rebelión, para el cual es preciso buscar algún remedio. Ni aun los mismos jueces, ni los poseedores de los cargos públicos, quedan exceptuados de su censura.

rodea! ¡Y cuáles llamas! ¿Es amor? ¿es odio? ¡Envueltos en esos lazos de fuego, espantados por una terrible alternativa de dolores y de alegría, pronto nos volvemos hacia la tierra para refugiarnos de nuevo bajo el humilde velo de nuestra existencia ignorante!

¡Brille pues el sol á mi espalda! La cascada muge en la peña y siempre la contemplo con placer creciente mientras al caer va formando mil ondas y arroja en los aires la espuma sobre la espuma; Pero cómo se encorva con majestad el arco abigarrado de esa eterna tempestad ya en líneas puras, ya convirtiéndose en aire luminoso, y esparciendo en derredor de la cascada un suave estremecimiento de aire agitado! Es la imagen de la vida humana; considera su aspecto y su sentido y comprenderás que nuestra vida también no es sino un reflejo de mil colores.

EXAMEN ANALÍTICO

Después de este prólogo en que el autor acaba de retemplar su héroe en la atmósfera romanesca y mágica del *Sueño de una noche de estío*, ya evocada para el intermedio del sabbat, la acción se transporta en medio de una corte imperial de la edad media. Los personajes que aparecen no tienen otros nombres que los de emperador, canciller, mariscal, etc. El emperador, sentado en medio de sus consejeros, pregunta donde está su bufón. Un paje viene á decirle que el pobre hombre se ha caído al bajar una escalera. ¿Está muerto? ¿Está embriagado? No se sabe. Él no se mueve.

Otro paje anuncia al punto, que otro bufón muy bien vestido acaba de presentarse en su lugar pero que los alabarderos no quieren dejarle entrar. El emperador da una orden y Mefistófeles viene á arrodilarse ante el trono. Se recibe benevolamente su cumplimiento, y ocupa el sitio desu predecesor á la derecha del príncipe.

El consejo se pone á discutir sobre los asuntos del Estado. El canciller habla largo tiempo contra la corrupción del siglo, y pasando revista á las diversas clases de la sociedad, señala en todas un espíritu de inmoralidad y de rebelión, para el cual es preciso buscar algún remedio. Ni aun los mismos jueces, ni los poseedores de los cargos públicos, quedan exceptuados de su censura.

El general se queja de las tropas y de los oficiales que reclaman un atraso de su sueldo y amagan la tranquilidad del país. El tesorero le responde que las cajas están vacías, que nadie se cuida más que de sí mismo y que la riqueza del imperio está agotada por las guerras y las divisiones de los partidos políticos.

El mariscal enumera las provisiones de boca que la corte devora cada día, y se lamenta de la carestía de los comestibles que á porfía se despilfarran. Todos estos consejeros inquietos, y un tanto ásperos, parecen ser los mismos cuyas lamentaciones hemos oído ya en la *noche del sabbat* del primer Fausto; mas como la acción pasa en un mundo vago, es difícil distinguir los fantasmas, de los personajes reales.

El emperador, aturdido con tantas quejas, se vuelve hacia su nuevo bufón, y le pregunta si no tiene también algo de qué quejarse. Mefistófeles se extraña, por el contrario, de las jeremiadas que acaba de escuchar. Comienza por lisonjear al emperador, que todo lo puede, y que no necesita más que soplar para derribar á todos sus enemigos. Con un poco de valor y de buena voluntad, desaparecerán todos estos apuros, y el astro del imperio recobrará todo su brillo.

¡ Eso es muy fácil de decir! murmuran los cortesanos. Pero ¿ qué se debe hacer? Los hombres proyectistas todo lo ven factible... ¿ Qué es lo que os falta? dijo Mefistófeles. ¿ Dinero? Vaya una dificultad. Hasta el suelo del imperio está lleno de él. Oro en bruto hay en las vetas de los montes: oro acuñado en los agujeros de las paredes, en donde lo han escondido los ciudadanos, espantados con largos años de guerras y de revoluciones. No se trata, pues, sino de sacar al sol esas riquezas por medio de las fuerzas dadas al hombre por la naturaleza y por el espíritu.

— ¡ La naturaleza y el espíritu! exclama el canciller: esas palabras no son para dichas á cristianos! Por semejantes palabras, es por lo que se quema á los ateos. La naturaleza es el pecado; el espíritu, es el diablo en persona, y la duda es el fruto de su reunión monstruosa!...

— En eso, dijo Mefistófeles, reconozco vuestra sabia circunspección. ¡ Lo que no tocáis lo creéis á mil leguas de distancia! ¡ Lo que no numeráis, os parece falso! ¡ Lo que no podéis pesar, no tiene ningún peso para vos! ¡ Lo que no sabéis acuñar, lo halláis sin valor alguno!

— Pero, dijo el emperador, ¿ á que tantas palabras? nosotros necesitamos dinero, traédnoslo. Mefistófeles promete todavía los tesoros escondidos debajo de tierra, y es apoyado en sus aserciones por el astrólogo de la corte, que ofrece el auxilio de la adivinación y de los encantos, para descubrir las minas desconocidas y los ocultos tesoros.

Es tan brillante el cuadro que los dos personajes forman de estas rentas imperiales *cobrables*, debajo de tierra, que el soberano quiere ponerse inmediatamente á la obra, y coger el azadón y la pala. El astrólogo observa que el Carnaval va á empezar, y que conviene pasarlo en la alegría. Basta tener fe en el porvenir, y hacer la última ostentación de lujo y de abundancia pública.

— Desde el miércoles de Ceniza, dijo el emperador, principiaremos, pues, nuestros nuevos trabajos. Hasta entonces, vivamos alegremente.

Entonces, resuenan las músicas, el consejo se separa, y Mefistófeles se ríe para sí del modo con que acaba de representar su papel de bufón.

Aquí empieza un intermedio burlesco y satírico, cuyas vagas alusiones son difíciles de fijar, semejándose en

esto al de la primera parte, titulado: *Las bodas de Oro* de Oberón y de Titania.

La escena representa una espaciosa sala rodeada de galerías y adornada para el Carnaval. Allí se estruja una multitud de personajes de todos tiempos, de quienes no puede asegurarse si son máscaras ó fantasmas. Un heraldo está encargado del *recitado* de esta larga escena, en la cual los diversos actores cantan ó disertan según su respectivo papel. Varios jardineros y jardineras, leñadores, pajareros y pescadores forman una especie de baile. Una mujer y su hija buscan al novio: Polichinela se burla de la multitud atrafagada; los comilones se prometen las alegrías del festín, y los coros dominan con sus cantos el tumulto de la asamblea. El heraldo da entrada también á un grupo de poetas didácticos, satíricos y romanceros, algunos de los cuales cantan la noche y las tumbas, y se agolpan alrededor de un vampiro recientemente resucitado para inspirarse con él. El heraldo hace que entre detrás de ellos una comparsa de máscaras, según la mitología griega, compuesta de las Gracias y de las Parcas, que cantan sus diversas funciones humanas y divinas. Los personajes simbólicos el Temor, la Esperanza y la Sabiduría toman parte á su vez en este concierto, en que *Zoilo-Thersito* eleva también su desacorde voz.

Pronto llega Pluto, rodeado de un brillante cortejo, y la multitud maravillada le rodea. El joven que conduce el carro de este dios, siembra á su paso joyas, perlas y pedrería, que recogidas por los concurrentes, se transforman en insectos, mariposas y fuegos fatuos.

Ya se notará que Mefistófeles no es extraño á estos prodigios, el cual representa en un mundo más elevado su papel de físico de la taberna de Auerbach.

Pluto á su vez desciende del carro, y abre un arca,

en la que brilla el oro fundido y medido por copas de bronce. La multitud se amontona ávidamente alrededor de estas nuevas fuentes de prosperidad. Pero Pluto, sumergiendo su cetro en el metal hirviendo, rocía con él á la asamblea, que lanza gritos de dolor y de cólera.

Varios faunos, sátiros y ninfas, entonando un coro, conducen al dios Pan, á quien vienen á cumplimentar una multitud de gnomos, y á prometerle los tesoros encerrados en la tierra. Ya se conocerá que el dios Pan no es otro que el Emperador disfrazado. Los gnomos le acompañan á ver los maravillosos tesoros de Pluto; pero, al tiempo de inclinarse para mirar dentro del cofre, se le prende fuego á la barba y al traje que llevaba, y los cortesanos, que se precipitan para extinguir las llamas, se incendian como él. El heraldo, que refiere esta escena al tiempo que sucede, llama al socorro del Emperador y maldice la imprudente comparsa. Mefistófeles, ó tal vez *Fausto*, porque el autor no lo nombra, oculto debajo de los vestidos de Pluto, apaga las llamas, se burla de la asamblea por su espanto, y declara que todo aquello no era más que un juego de magia blanca.

Después de este intermedio, continúa la acción precedente, y la corte, reunida en los jardines, habla de los maravillosos acontecimientos de la fiesta pasada. Aquí vuelve á aparecer Fausto, quien pregunta al Emperador si ha quedado contento de la comparsa. Este último es entusiasta de sus nuevos huéspedes, y aplaude la idea de la diversión, que al principio le había asustado un poco, pero que había concluido con tanta felicidad.

— ¡ En medio de aquellas llamas, me parecía á Pluto! dijo con orgullo, y entre la multitud abrasada, se me figuraba reinar sobre el reino de las salamandras.

Mefistófeles le adula, jurándole que le falta muy poco para reinar efectivamente sobre todos los elementos.

De repente entra el mariscal lleno de alegría anunciando que todo sigue á pedir de boca. El general se presenta también diciendo que las tropas han sido pagadas. El tesorero grita que sus arcas rebosan riquezas. Todo el oro que rodaba y corría en el intermedio, parecía habérselo enfriado y condensado en las cajas públicas.

— ¿Luego eso es un prodigio? dice el Emperador.

— De ningún modo, replica el tesorero. En tanto que esta noche presidiais la fiesta bajo el traje del gran Pan, me ha dicho vuestro tesorero: « Apuesto á que, para hacer la felicidad general, me bastarían unas cuantas plumadas. » En seguida, en lo que quedaba de noche mil artistas, en un soplo, han reproducido algunas palabras escritas de su puño que tan sólo decían: este papel vale diez; este otro vale cien; este otro mil, y así otros muchos. Vuestra firma hállase además en todos esos papeles. Desde ese momento, todo el pueblo se entrega á la alegría, el oro circula por todas partes y el imperio está salvado.

— ¡Cómo, dijo el Emperador, mis súbditos toman eso por dinero contante! ¡El ejército y la corte se contentan con que se les pague así! Ese es un milagro que no podré admirar bastante.

Mefistófeles que acaba de desempeñar el papel de Law en una corte de la edad media, inspirando estas ideas al canciller, desarrolla aquí la teoría de los *bancos* y del *papel-moneda*; y el Emperador, para reconocer el servicio que el Doctor y él acaban de prestarle, los hace superintendentes de rentas y directores de las minas de todos sus dominios. El bufón aparece de nuevo al fin de esta escena. Se le cuenta todo lo aconte-

tecido, y el Emperador gozoso por volver á verle vivo, lo colma de riquezas *en papel*. El bufón es el solo que no hace gran caso de estos billetes de banco y quiere hacerlos servir en algún uso inferior. Se rien de él y lo dejan solo con Mefistófeles, que le jura que aquel papel vale oro.

— Mas, dice el bufón, ¿me lo cambiarán por oro?

— Sin duda, al instante, dice Mefistófeles.

— Voy á cambiarlo, contesta el bufón. Pero con el oro ¿puedo adquirir, como antes, una tierra, una casa, un bosque alrededor de ella?

— Sin duda alguna.

— Voy al momento á cambiar el papel por el oro, y el oro por la casa y la tierra. Desde esta tarde viviré tranquilo en mi propiedad.

— ¡No es tan loco! dijo Mefistófeles para sí, saliendo de la escena. ¡No es tan loco!

En todas estas escenas episódicas ha estado Fausto casi olvidado enteramente. En la siguiente vuelve á aparecer con sus deseos, su actividad y sus poéticas aspiraciones de la primera parte: por eso vamos á trasladarla enteramente.

Una galería oscura.

FAUSTO, MEFISTÓFELES

MEFISTÓFELES. ¿Porque me traes á ese sitio tan retirado? Ningún placer se puede gozar aquí; es preciso que nos volvamos á esa pintarrajeada multitud de la corte en donde nuestra magia blanca obtiene un éxito tan brillante.

FAUSTO. No me hables así: de todo eso has disfrutado á tu gusto en tu vejez: á pesar de ello, tu modo de

obrar actual sólo tiende á faltarme á la palabra. Yo, por el contrario, estoy atormentado : el mariscal y el gentil-hombre me apuran ; el Emperador quiere que eso se haga inmediatamente... Quiere ver á Elena y á París, el modelo de los hombres y el de las mujeres, quiere verlos en figura humana. Pronto, pues, á la obra ; yo no puedo faltar á mi palabra.

MEFISTÓFELES. Tu ligereza para prometer es imprudente.

FAUSTO. No has reflexionado, compañero, hasta donde pueden conducirnos nuestros artificios. Hemos empezado por hacerle rico, ahora quiere que le divertamos.

MEFISTÓFELES. ¿ Crees que todo se hace tan pronto !... Aquí vamos á tocar mayores dificultades : vas á poner la mano sobre un dominio extranjero, y crearte inconsideradamente obligaciones nuevas. Tú cuentas con evocar tan fácilmente á Elena como al fantasma del papel-moneda, con brujerías, con fantasmagorías poéticas... Fácilmente llamo á mi servicio á las hechiceras, á los enanos y á los monstruos, pero semejantes héroes no sirven para los amorcillos del diablo.

FAUSTO. Siempre con tus salidas. Contigo se encuentra uno en una continua incertidumbre, eres el padre de los obstáculos y por cada remedio pides una retribución particular. No obstante, esto concluye por hacerse con un poco de murmuración, lo sé ; pero apenas se piensa en una cosa, cuando ya la presentas.

MEFISTÓFELES. El pueblo de las sombras paganas está fuera de mi esfera de actividad. Habita un infierno á parte : sin embargo existe un medio.

FAUSTO. Habla sin tardanza

MEFISTÓFELES. Voy á descubrirte con sentimiento uno de los más grandes misterios. Hay unas diosas

poderosas que imperan en la soledad. En derredor de ellas, no existe ni el lugar, ni menos aún el tiempo. Se siente uno commovido sólo con hablar de ellas. Estas son *las Madres*.

FAUSTO, *asustado*. ¡ Las Madres !

MEFISTÓFELES. ¿ Te extraña esta palabra ?

FAUSTO. ¡ Las Madres ! ¡ las Madres ! ¡ Me suena esto de una manera tan rara !...

MEFISTÓFELES. Y así es. Diosas desconocidas á vosotros los mortales, y cuyo nombre aun á nosotros nos cuesta trabajo pronunciar. Es preciso ir á buscar su mansión en las profundidades del vacío. Y sólo por tu culpa las necesitamos ahora.

FAUSTO. ¿Cuál es el camino ?

MEFISTÓFELES. No lo hay. Al través de sendas no pisadas todavía, y que no pueden pisarse... un camino hacia lo inaccesible, hacia lo impenetrable... ¿ Estás pronto ? No hay en él ni cerradura, ni cerrojo que forzar ; serás lanzado entre las soledades

— ¿ Tienes idea del vacío y de la soledad ?

FAUSTO. Semejantes discursos son inútiles : eso me recuerda la caverna de la hechicera, y lleva mi pensamiento á un tiempo que ya no existe. En los años en que he tenido roce con el mundo, ¿ no he debido aprender la definición del vacío y también darla ? Si hablaba racionalmente y según mi pensamiento, la contradicción era aún más fuerte. ¿ No he debido buscar la soledad y el desierto para combatir estas absurdas resistencias y para poder vivir solo, á mi gusto, sin que me olvidaran enteramente ? ¿ abandonarme por fin á la compañía del diablo ?

MEFISTÓFELES. Si atravesaras el Océano, perdido en su horizonte sin costas, verías al menos suceder la oleada é la oleada, y aun sobrecogido por el espanto

del abismo, algo percibirías todavía. Verías los del-fines que hienden las olas verdes y silenciosas, verías las nubes que se condensan, y el sol, la luna y las estrellas que giran lentamente. Pero en el vacío eterno de estas profundidades, no verás nada, no oirás tus pisadas, ni encontrarás nada sólido en que poder descansar un solo instante.

FAUSTO. Hablas ni más ni menos como el primero de los mistagogos que hayan engañado neófitos fervientes. Mas te equivocas. Tú me envías al vacío, á fin de que aumente en él mi arte, como también mis fuerzas : me tratas como á aquel gato que se le hacía sacar las castañas de las ascuas. ¡No importa ! Quiero profundizar todo eso, y en tu nada espero yo encontrar el gran todo.

MEFISTÓFELES. Te hago justicia antes de que te alejes de mí ; bien veo que conoces al diablo. Toma esta llave.

FAUSTO. ¿Este pequeño objeto ?

MEFISTÓFELES. Tócala y apreciarás lo que vale.

FAUSTO. ¡Crece en mi mano ! ; se inflama, alumbrala !

MEFISTÓFELES. ¿Concibes lo que se posee con ella ?

Esta llave percibirá por tí el lugar que tú buscas. Déjate guiar por ella, y llegarás junto á las Madres.

FAUSTO *estremeciéndose*. ¡Las Madres ! Este nombre me conmueve siempre como una chispa eléctrica. ¿Que palabra es esta que yo no puedo comprender ?

MEFISTÓFELES. ¿Es tan limitado tu espíritu, que una palabra nueva te confunde ? ¿no quierés oír nunca otra cosa que lo que tienes oído ? Tú estás, sin embargo, bastante acostumbrado á los prodigios, para que no te extrañes de lo que te pueda decir *más allá de tu comprensión*.

FAUSTO. No trato de ayudarme con la indiferencia ; la

mejor parte del hombre es la que se estremece y vibra en él. Por muy caro que el mundo le venda el derecho de sentir, necesita conmoverse y sentir profundamente la *inmensidad*.

MEFISTÓFELES. ¡Desciende pues ! Lo mismo pudiera decir sube, porque es igual. Sustráete á lo que existe, lanzándote á las vagas regiones de las imágenes. Regocíjate con el espectáculo del mundo, que hace mucho tiempo que no es. El movimiento de la tierra lleva tras sí las nubes : agita la llave y llévala separada del cuerpo.

FAUSTO, *transportado*. ¡Dios ! al estrecharla cobro nuevas fuerzas, y con esta grande empresa ya mi pecho se ensancha.

MEFISTÓFELES. Unas trébedes candentes te harán conocer que has llegado á la más profunda profundidad. Á los resplandores que proyecten verás las Madres, unas sentadas, otras yendo y viniendo, como sucede. Forma, transformación, eterna distracción del espíritu eterno, rodeado de las imágenes de todas las cosas creadas. Ellas no te verán, porque no ven sino los seres que no han nacido. Allá nada de debilidad porque será grande el peligro. Ve directamente al lugar en que hallarás las trébedes, y tócalas con la llave.

(Fausto levanta la llave con actitud de resolución.)

MEFISTÓFELES *animándole*. ¡Bien ! Las trébedes te se unirán y te seguirán como esclavas. Subes tranquilamente, la dicha te eleva, y antes que las Madres te vean, te encontrarás de vuelta con las trébedes ; y una vez que las hayas dejado en el suelo, podrás evocar de la noche eterna héroes y heroínas, tú, el primero que se ha atrevido á eso. Lo conseguirás, y por tí solo, y

durante la operación mágica, verás transformarse en Dios los vapores del incienso.

FAUSTO. ¿Y que se debe hacer ahora?

MEFISTÓFELES. Ahora, que todo tu ser tienda hacia abajo; patalea para descender; ya patalearás para subir.

Fausto patalea en el suelo y desaparece.

MEFISTÓFELES. ¡Que su llave le conduzca á buen fin!
¡Tengo curiosidad en saber si volverá!

(Una sala del palacio.)

Fausto ha desaparecido en el abismo del vacío. Mefistófeles, que acaba de darle los medios de hacer animosamente su tentativa, vuelve á ver el Emperador, que, en una sala ricamente iluminada, espera el resultado de esta fantasmagoría. El chambelán da parte á Mefistófeles de la impaciencia del soberano. Reducido á un papel secundario, el diablo parece encargado aquí de entretener el tiempo mientras vuelve el ilustre mágico. Se le abruma con preguntas y con súplicas; se le piden los secretos de la física, de la medicina, y hasta del tocador. Una joven rubia se lamenta de las manchas que alteran la blancura de su culis durante el verano. Mefistófeles le receta un unguento de freza de rana y de lenguas de sapo. Una morena enseña lastimosamente su pie, herido de un reumatismo, que no puede bailar ni correr. El diablo no hace más que aplicar su pie ahorquillado sobre el pie de la bella, cuando ésta huye gritando pero curada. No sabiendo ya á quien escuchar, el diablo desaparece muy pronto de entre esta barahunda.

El Emperador continúa esperando sentado en la sala de las caballeros: el heraldo manifiesta los votos de

la asamblea, preparada para presenciar las más extrañas apariciones.

El astrólogo, que hasta entonces ha estado sondando el espacio con sus ojos y con su pensamiento, anuncia en fin lo que divisa su perspicacia sobrenatural.

En el vacío.

FAUSTO, *en un tono solemne.* ¡Yo invoco vuestro nombre, ó Madres, que reináis en el espacio sin límites, eternamente solitarias, pero sociales, con la cabeza rodeada por las imágenes de la vida activa, pero sin vida! Lo que una vez ha sido, se mueve allá abajo en su apariencia y su esplendor, porque todo lo creado se esconde cuanto puede de la nada: y vosotras, fuerzas poderosísimas, vosotras sabéis repartirlo todo para la tienda de los días y la bóveda de las noches. Unas van arrebatadas en el curso dichoso de la vida: el encantador atrevido se apodera de las otras, y confiado en su arte, prodiga noblemente los milagros á la maravillada multitud.

EL ASTRÓLOGO, *en el teatro.* — Apenas toca el vaso de las trébedes la llave ardiente, cuando un vapor espeso que aquel exhala llena el espacio, rueda, se divide, se disipa y amontona sucesivamente los copos nebulosos. Y escuchad ahora el sublime coro de los espíritus; su paso difunde la armonía alrededor de ellos, y sus aéreos sonidos exhalan algo inexplicable. Los sonidos que se alejan se desarrollan en melodías; resuenan la columnata y el triglifo y parece que todo el templo canta. El vapor se baja: del seno de sus más ligeras nubes, se adelanta un bello joven, cuyos movimientos tienen todo el compás de la armonía. Aquí se acaba mi tarea, no tengo necesidad de nombrarlo... ¿quién no reconoce al gracioso Paris?

durante la operación mágica, verás transformarse en Dios los vapores del incienso.

FAUSTO. ¿Y que se debe hacer ahora?

MEFISTÓFELES. Ahora, que todo tu ser tienda hacia abajo; patalea para descender; ya patalearás para subir.

Fausto patalea en el suelo y desaparece.

MEFISTÓFELES. ¡Que su llave le conduzca á buen fin!
¡Tengo curiosidad en saber si volverá!

(Una sala del palacio.)

Fausto ha desaparecido en el abismo del vacío. Mefistófeles, que acaba de darle los medios de hacer animosamente su tentativa, vuelve á ver el Emperador, que, en una sala ricamente iluminada, espera el resultado de esta fantasmagoría. El chambelán da parte á Mefistófeles de la impaciencia del soberano. Reducido á un papel secundario, el diablo parece encargado aquí de entretener el tiempo mientras vuelve el ilustre mágico. Se le abruma con preguntas y con súplicas; se le piden los secretos de la física, de la medicina, y hasta del tocador. Una joven rubia se lamenta de las manchas que alteran la blancura de su culis durante el verano. Mefistófeles le receta un unguento de freza de rana y de lenguas de sapo. Una morena enseña lastimosamente su pie, herido de un reumatismo, que no puede bailar ni correr. El diablo no hace más que aplicar su pie ahorquillado sobre el pie de la bella, cuando ésta huye gritando pero curada. No sabiendo ya á quien escuchar, el diablo desaparece muy pronto de entre esta barahunda.

El Emperador continúa esperando sentado en la sala de las caballeros: el heraldo manifiesta los votos de

la asamblea, preparada para presenciar las más extrañas apariciones.

El astrólogo, que hasta entonces ha estado sondando el espacio con sus ojos y con su pensamiento, anuncia en fin lo que divisa su perspicacia sobrenatural.

En el vacío.

FAUSTO, *en un tono solemne.* ¡Yo invoco vuestro nombre, ó Madres, que reináis en el espacio sin límites, eternamente solitarias, pero sociales, con la cabeza rodeada por las imágenes de la vida activa, pero sin vida! Lo que una vez ha sido, se mueve allá abajo en su apariencia y su esplendor, porque todo lo creado se esconde cuanto puede de la nada: y vosotras, fuerzas poderosísimas, vosotras sabéis repartirlo todo para la tienda de los días y la bóveda de las noches. Unas van arrebatadas en el curso dichoso de la vida: el encantador atrevido se apodera de las otras, y confiado en su arte, prodiga noblemente los milagros á la maravillada multitud.

EL ASTRÓLOGO, *en el teatro.* — Apenas toca el vaso de las trébedes la llave ardiente, cuando un vapor espeso que aquel exhala llena el espacio, rueda, se divide, se disipa y amontona sucesivamente los copos nebulosos. Y escuchad ahora el sublime coro de los espíritus; su paso difunde la armonía alrededor de ellos, y sus aéreos sonidos exhalan algo inexplicable. Los sonidos que se alejan se desarrollan en melodías; resuenan la columnata y el triglifo y parece que todo el templo canta. El vapor se baja: del seno de sus más ligeras nubes, se adelanta un bello joven, cuyos movimientos tienen todo el compás de la armonía. Aquí se acaba mi tarea, no tengo necesidad de nombrarlo... ¿quién no reconoce al gracioso Paris?

UNA DAMA. — ¡Oh! ¡que esplendor de fuerte y brillante juventud!

OTRA. — Fresco y lleno de savia como la fruta nueva.

OTRA. — Yo admiro el contorno de sus labios delicadamente formados.

OTRA. — Es una copa en que beberías con gusto.

OTRA. — Es precioso, pero tiene poca elegancia.

OTRA. — Sus miembros no tienen toda la elasticidad que se necesita.

UN CABALLERO. — Todo en él dice que es un pastor. Nada de la dignidad de un príncipe ni de los modales de la corte.

OTRA. — ¡Pues vaya! es un hermoso joven en su media desnudez, pero quisiera ver que figura tendría bajo el arnés.

UNA DAMA. — Se sienta blandamente, graciosamente.

UN CABALLERO. — Sobre su pecho... os hallaríais bien ¿no es verdad?

OTRA DAMA. — ¡Dobla tan graciosamente el brazo sobre su cabeza!

EL CHAMBELÁN. — Un hombre sin crianza. Estoy escandalizado...

UNA DAMA. — Vosotros, señores, en todo encontráis faltas.

EL CHAMBELÁN. — ¡Extenderse así en presencia del Emperador!

LA DAMA. — Es una postura que toma, porque cree que está solo.

EL CHAMBELÁN. — Hasta el mismo actor debe seguir aquí la etiqueta.

UNA DAMA *joven enamorada*. — ¿Que perfume es éste que parece de incienso y rosa... y que desciende hasta el fondo del corazón y lo refresca?

OTRA *menos joven*. — Es verdad, una atmósfera divina llena el espacio de un olor suave y penetrante. ¡Es su aliento!

OTRA *más vieja*. — Es la sangre fresca de la juventud... que circula como ambrosía por todo su cuerpo, y exhala en torno suyo ese perfume.

MEFISTÓFELES. — ¡Ella es por fin!... ¡Y bien! Yo no siento comprometido mi reposo. Es perfecta ¡pero su belleza no me dice nada!

FAUSTO. — ¿Conservo mis ojos todavía? Parece que al través de mi alma se derrama á torrentes la fuente de la belleza pura! ¿Tendrá esta recompensa dichosa mi excursión tan terrible? ¡Que cerrado estaba, y que inútil era el mundo para mí! ¡Que distinto lo veo después de mi sacerdocio! ¡Hela ahí por fin! apetecible, sólida, durable!... Extingase el soplo de mi existencia, si habito jamás lejos de ti. La imagen adorada, que me encantó en otro tiempo en el espejo mágico, no era más que un reflejo vago de esta belleza. ¡Tú serás desde ahora el móvil de toda mi fuerza, el alimento de mi pasión! ¡Á ti el deseo, el amor, la adoración, el delirio!...

MEFISTÓFELES. ¡Conteneos! no salgáis de vuestro papel.

UNA DAMA ANCIANA. Grande, bien formada, sólo que la cabeza es un poco pequeña.

OTRA, MENOS ANCIANA. Pues mirad el pie ¿cómo podría ser más tosco?

UN DIPLOMÁTICO. He visto princesas con esta clase de belleza. Yo la veo perfecta.

UN CORTESANO. Se aproxima despacio al joven dormido.

UN POETA. Está iluminado con su belleza.

UNA DAMA. Endimión y la Luna. Es un verdadero cuadro.

EL POETA. Ciertamente. La diosa parece que desciende y se inclina sobre él para aspirar su hálito. ¡Oh suerte digna de envidia!... ¡Un beso!... Está colmada la medida.

UNA DUEÑA. ¡Qué! ¡delante de todo el mundo! ¡Esto es demasiado extravagante!

FAUSTO. Favor terrible para ese joven.

MEFISTÓFELES. ¡Silencio! Deja que la imagen cumpla su voluntad.

EL CORTESANO. Se aleja desliziándose ligeramente y él se despierta.

UNA SEÑORA. Ella mira todo en derredor suyo. Ya lo había pensado yo.

EL CORTESANO. ¡Y se maravilla! Es un prodigio lo que le sucede.

UNA DAMA. Sí, pero para ella no hay en esto ningún prodigio, creedme.

EL CORTESANO. Vuelve hacia él en una actitud llena de poder.

UNA DAMA. Noto que parece enterarse de alguna cosa. En semejante caso son muy tontos los hombres. Si creerá que es el primero...

UN CABALLERO. ¡Dejadme que la admire!... ¡Delicada con majestad!

UNA DAMA. ¡Impúdica! Esta es la mayor indecencia.

UN PAJE. Bien quisiera yo hallarme en su lugar.

UN CORTESANO. ¡Quién no sé dejaría coger en semejante red!

UNA DAMA. ¡Es una joya que ha pasado por todas las manos! Por ello el dorado está bastante gastado.

OTRA DAMA. Desde la edad de diez años ya no valía nada.

UN CABALLERO. Cada cual escoge lo que más le gusta. Bien me contentaría yo con estos hermosos restos.

UN SABIO. Yo la veo claramente aquí; sin embargo, confieso que dudo si es verdaderamente Helena; la realidad conduce al absurdo... Yo me atengo, sobre todo, á la letra de los textos. Leo pues que ha seducido con su belleza á todas las barbas canosas de Troya. Y según me parece lo mismo pasa aquí. Yo no soy joven y sin embargo me agrada.

EL ASTRÓLOGO. Ya no es un joven; ahora es un héroe, que la coge sin dejarle fuerzas para defenderse; la levanta con su brazo poderoso. ¿Querrá robarla?

FAUSTO *abalanzándose*. ¡Loco, temerario! ¿qué haces? ¿No me oyes? ¡Detente! ¡Esto es demasiado!

MEFISTÓFELES. Esta fantasmagoría es obra tuya.

EL ASTRÓLOGO. Una palabra sola. Después de lo que acabo de ver, yo llamaría á esto: El Rapto de Helena.

FAUSTO *tomando por verdadera esta escena fantástica*. ¿Qué rapto! ¿Y para qué pues me hallo yo aquí? ¿No tengo esta llave en mi mano? Ella me ha guiado al través del espanto, de las ondas y de las oleadas de los espacios solitarios, y me ha vuelto á traer á este terreno sólido. ¡Aquí es la mía! aquí está el dominio de lo real, y desde aquí puede luchar el Espíritu con los espíritus, y prometerse el imperio del doble universo!... Ella estaba tan lejos; ¿cómo es que la veo ahora tan cerca? ¡La salvo y es doblemente mía! ¡Valor! ¡Oh Madres, Madres! ¡Escuchadme! El que ha llegado á conocerla, ya no se puede separar de ella.

EL ASTRÓLOGO. ¿Que haces? ¡Fausto! ¡Fausto! — ¡La coge por fuerza; ya se ha alterado la imagen! Acomete al joven con la llave; lo toca. ¡Desdichados! ¡Desdichados de nosotros! ¡Ay! ¡Ay!

(Explosión. Fausto cae al suelo. Los espíritus se deshacen en vapor.)

MEFISTÓFELES levantando á Fausto y echándoselo a

las espaldas. He aquí como encargarse de un loco semejante, no puede menos de tener malas consecuencias hasta para el mismo diablo.

(Tinieblas, tumulto.)

El gabinete de estudio del doctor Fausto.

Mefistófeles ha vuelto al doctor Fausto á su antigua morada, y lo ha acostado en el lecho de sus padres; y en tanto que descansa su cuerpo adormecido, el diablo lo encuentra todo en su lugar tal cual lo han dejado; hasta la pluma que ha servido para firmar el pacto, y donde brilla todavía el resto de la gota de sangre sacada de las venas del Doctor.

— Es una prenda rara, y que se venderá muy cara á los anticuarios, dice Mefistófeles.

Un coro de insectos saluda al amo, y corre, y zumba, y baila en torno suyo: el antiguo forro de pieles de la toga doctoral zurre con estos cantos ligeros. Mefistófeles vuelve á ponerse este traje, y ve la campana para llamar la gente de casa. Llega un criado y se asusta al ver este huésped inesperado. — Mefistófeles lo reconoce.

— ¿Os llamáis Nicomedes? le dice.

— ¿Me conocéis?

— Os reconozco; os habéis puesto muy viejo y aun sois estudiante, respetable señor!...

El antiguo estudiante ha pasado al servicio del doctor Vagner, quien se entrega á importantes experimentos de química trascendental. Un bachiller entra á su vez, con la cabeza erguida, y orgulloso con su nuevo grado. Habla y discute sobre todo y pretende argumentar con el mismo diablo, á quien encuentra atrasado, rancio y oliendo á la antigua escuela. Se

reconoce en este orgulloso personaje al humilde estudiante de la primera parte.

La escena pasa en seguida al laboratorio de Vagner, que cansado de la química y de la física trascendental, ha imaginado descubrir el secreto de la Creación. Á fuerza de combinar gases, fluidos y los más puros elementos de la materia, ha llegado á reconcentrar en una redomita la mezcla precisa que debe producir el germen humano.

Desde este instante es inútil la mujer; la ciencia es la reina del mundo... pero en el momento en que luce la llama en el fondo de la redoma, entra bruscamente Mefistófeles.

— ¡Silencio! Deteneos, dice Vagner.

— ¿Que hay?

— Va á hacerse un hombre.

— ¿Un hombre? ¿Habéis pues encerrado á dos amantes en algún sitio?

— ¡Bueno! dice Vagner: una mujer y un hombre, ¿no es verdad? Ese era el antiguo método; mas hemos encontrado otro mejor. El punto delicado de donde salía la vida, la dulce potencia que se arrojaba del interior de los seres, confundidos, que tomaba y daba, destinada á formarse de sí misma, alimentándose de las sustancias próximas en un principio, y en seguida de las sustancias extrañas, todo este sistema está vencido y dejado atrás; y si el bruto se entrega á él todavía con delicias, el hombre dotado de más nobles facultades debe pensar en un origen más noble y más elevado...

En efecto hierve y sube; el resplandor se hace más vivo, la redoma zumba y vibra; en el licor espeso y blanquecino se dibuja y se forma un pequeño ser; lo que zumbaba toma una vez. Homónculo, dentro de su

redoma, saluda á su padre científico. Se alegra de vivir, y sólo teme que el padre, al abrazarle, no le rompa demasiado temprano su cubierta de cristal: esta es la ley de las cosas. Lo que es natural se extiende por la naturaleza entera; pero lo que es el producto del arte no ocupa más que un espacio limitado.

Homónculo saluda también al diablo, á quien llama su primo, y le pide su protección para vivir en el mundo. El diablo le aconseja que inmediatamente dé una prueba de vitalidad. Homónculo se escapa de las manos de Vagner, y se va á revolotear sobre la frente de Fausto, adormecido. Allí parece tomar parte en el sueño que tiene el Doctor en sus aspiraciones hacia la belleza antigua, y asiste con él á la imagen del nacimiento de Elena. Leda se baña á la fresca sombra de la enramada, en las aguas puras del Eurotas: oyese un ruido, y las mujeres huyen medio desnudas, y la reina que queda sola recibe en sus brazos al cisne divino.

Este sueño da á Fausto la idea de donde saldrán las extrañas escenas que se preparan. La aparición fantástica que se ha verificado en el palacio le ha dejado, como se ha visto, una impresión extraordinaria. Si ha empuñado la llave mágica en la escena que hemos referido, era para acometer el espectro de París, porque no ha podido ver sin celos su intento de robar á Elena. Mezclando de repente las ideas del mundo real y las del fantástico, se ha enamorado perdidamente de la belleza de Elena, á quien no se podía ver sin amarla. ¿ En dónde está? Ella existe en algún lugar del mundo, pues que el arte mágico ha podido hacerla aparecer. Fantasma para cualquiera, representa un objeto real para esta vasta inteligencia, que concibe á la vez lo conocido y lo desconocido.

Por este desenlace la escena se enlaza con el inter-

medio que sigue. Parece que, en esta parte, el autor haya querido dar una pareja á *la noche del sabbat* de la primera parte, creando esta vez, una especie de sabbat del Tártaro antiguo. Erichto entra la primera en la escena y describe los terrores de esa noche tempestuosa que sucede en los campos de Farsalia. Fausto y Mefistófeles pasan poco después, llevados sobre la capa mágica, y guiados por Homónculo que revolotea en el aire alumbrándolos, cómo el duende del primer sabbat. Los sabios de Grecia, las esfinges y las sirenas sueñan sus pensamientos y cantan sus cantos. Mefistófeles los interroga curiosamente, y discute con ellos sobre puntos de historia y de filosofía. Mientras tanto, Fausto se transporta á los márgenes del Peneo y zabúllese en sus ondas interrogando las ninfas que en ellas habitan. Encuentra á Quirón, que le brinda á que se suba á sus hombros, le hace atravesar el río, y le lleva á los campos de Cinocéfalá donde Grecia quedó vencida por Roma.

Quirón habla á Fausto con entusiasmo de los héroes de su tiempo, de Jasón, de Orfeo, de Aquiles su discípulo. Pero Fausto sólo quiere oír hablar de Elena, la bella de las bellas, el tipo más puro de la belleza antigua.

Mas la belleza no es nada, según Quirón, la gracia es lo único irresistible. Tal era Elena cuando se sentó sobre sus hombros de corcel.

— ¿ Tú la has llevado ?

— ¿ Á ella ? dice Quirón, sí, sobre esos hombros en que tú vas sentado. Y se agarraba cómo tú á mi cabellera, en la que enredaba sus blancas manos, joven, radiante de encantos, delicias del anciano.

— Apenas tenía entonces siete años, ¿ no es verdad ? dice Fausto.

— ¡ Cuidado ! responde Quirón, los filólogos se

engañan con frecuencia y engañan á los demás. La mujer mitológica es un ser particular; el poeta la crea según su fantasía. Jamás será vieja; siempre tiene el aspecto seductor que despierta los deseos. Joven fué robada, y vieja se desea todavía. En una palabra, para el poeta, no existe el tiempo.

— Así, dice Fausto, ¿ el tiempo no tiene sobre ella ningún imperio! Aquiles la encontró en Fera, fuera de todo espacio de tiempo. ¿ Que rara felicidad! Este amor fué conquistado sobre el destino. ¿ Y no podré yo, consólo la fuerza del deseo, volver á la vida, las formas abstractas y únicas, la criatura eterna y divina, tan grande como tierna, tan sublime como amable? Tú la viste en otro tiempo y yo la he visto hoy tan bella como encantadora, tan bella como deseada: y ahora todo mi espíritu, todo mi ser se halla poseído de su imagen. ¿ No vivo si no puedo alcanzarla!

Al oír esto, Quirón juzga que Fausto ha perdido la razón, y lo envía á Manto, la hija de Esculapio, quien menos severa que Quirón admira este noble espíritu humano poseído de la sed de lo imposible. Promete á Fausto su poderoso auxilio, y guiarle al antro oscuro de Proserpina, al pie del monte Olimpo.

Mefistófeles recorre por otra parte las vagas regiones del mundo de las sombras; de la conversación de los sabios pasa á la de las lamias, que intentan seducirle ofreciéndole encantos análogos á su naturaleza diabólica. Quiere coger una pequeña, que se le escurre de las manos como una culebra; y una gorda más apetecible, que al tocarla se desmorona como un hongo.

El coro de las sombras antiguas concluye reconociendo á Mefistófeles por hijo de una bruja hija de una sibila, y Mefistófeles humillado, empieza á burlarse de la antigüedad como del tiempo presente. Abandona

después la mansión de las sombras y vuelve á tomar pie sobre la materia formulada por una peña llamada Oreas, que se prevale de su calidad para despreciar los sueños de los poetas y las fantasmas de los siglos transcurridos.

ELENA

ELENA *llega, seguida de un coro de tres jóvenes cautivas.* PANTALIS *la corifea* ¹.

ELENA. Muy admirada y muy vituperada, yo soy Elena; llego de la playa donde acabamos de desembarcar, todavía mareada por el balanceo de las olas, las cuales vienen de las llanuras de Frigia y nos han llevado sobre sus hombros altamente encrespados por favor de Poseidón y la fuerza de Euros, en las bahías paternas. Allá abajo, el rey Menelao se alegra de su regreso y del de sus más valientes guerreros. Yo te saludo, casa elevada que Tindareos, mi padre, después de su regreso, se hizo fabricar en la falda de la colina de Palas; y cuando crecí aquí fraternalmente con Clitemnestra, con Castor y con Polux, compañeros de mis juegos, esta casa estaba adornada más magníficamente que todas las demás casas de Esparta. ¡ Os saludo, hojas de la puerta de bronce! Entonces era cuando os abríais de par en par, llenas de hospitalidad, y que sucedió un día que yo escogida entre varias ví aparecer Menelao como mi novio. Abríos de nuevo, para que yo pueda cumplir con la orden urgente del rey como conviene á la esposa. ¡ Dejadme entrar! y

1. Toda esta parte ha sido traducida literalmente, lo que era el solo medio para dar una idea de los efectos del estilo de Goethe, que ha intentado aquí imitar la versificación griega.

que todo lo que hasta ahora, me atormenta fatalmente quede detrás de mí; pues, desde que sin recelo, abandoné este sitio, para visitar el templo de Citera, obedeciendo á un deber sagrado, y que, ahí, un raptor, el Frigiano, me robó, muchas cosas han sucedido que los hombres se cuentan con gusto de lejos y de cerca, que no le gusta á este oír y cuya tradición exagerada ha tomado la forma de la fábula.

EL CORO.

¡ No desprecies, oh mujer ilustre!
La honrada posesión del más grande de los bienes;
Pues la mayor felicidad, tú sola la posees:
La gloria de la belleza, que se eleva por encima de todo.
Al héroe lo precede su nombre;
Entonces, se adelanta con orgullo;
Pero el hombre más indómito
Se somete á la belleza siempre triunfante.

ELENA. Vengo pues llevada por las olas juntamente con mi esposo, y él es quien me envía por delante á su ciudad; mas ignoro cual sea su pensamiento, si vengo como esposa, si vengo como reina, si vengo como sacrificio de los amargos dolores del príncipe y en raz n de las largas desgracias de los griegos. ¡ Soy conquistada pero no sé si soy cautiva! Los inmortales me han extrañamente compartido el renombre y el destino, esas peligrosas compañeras de la belleza, que hasta en este umbral, cerca de mí, tienen aspecto sombrío y amenazador. Pues ya, en el buque profundo, el esposo no me miró sino pocas veces: no pronunció ninguna palabra indulgente. Ahí estaba en frente de mí como si pensara en alguna cosa funesta. Mas cuando navegando hacia el margen profundo de la bahía, las proas de los buques habían apenas saludado la tierra, dijo de repente como inspirado por un

dios: « Aquí mis guerreros desembarcan según la orden; les pasaré revista en la playa. Pero tú, sigue tu viaje á lo largo del margen fecundo del Eurotas, dirige los corceles sobre el adorno de la húmeda pradera, hasta que llegues á la hermosa llanura donde se halla Lacedemona, antiguamente vasto campo al pie de los montes encumbrados; entra en la casa del príncipe que se levanta hasta las nubes y pasa revista á las criadas que en ella han quedado, al frente de las cuales está la anciana y prudente intendenta. Ella te enseñará la rica colección de los tesoros, tales cuales tu padre los ha dejado y que he acumulado yo también en la paz y en la guerra, Todo lo hallarás en el mejor orden; pues ese es el privilegio del príncipe, de hallar á su regreso todo fielmente en su sitio y tal cual lo había dejado. Pues el criado no tiene el derecho de cambiar nada de su voluntad. »

EL CORO.

Alégrate ahora al contemplar el tesoro magnífico
Que siempre se ha aumentado por el precio y por la masa;
Pues el brillo de la cadena, el esplendor de la corona,
Ostentan su orgullo de hallarse aquí, y parecen sentir lo que son;
Entra pues y animalos con tu presencia;
Pronto volverán á la existencia y al movimiento.
Me alegro de ver la belleza que disputa el imperio
Al oro, á las perlas y á los diamantes.

ELENA. El amo siguió hablando en tono de amo:
« Cuando lo habrás visto todo, entonces toma las trébedes que necesitas y otras vasijas de que necesita el sacrificador para el santo uso de las fiestas, las fuentes, las copas y la bandeja. Que los cántaros esbeltos se hallen llenos del agua más pura; además, que la leña seca, pronta á arrojar llamas, se encuentre lista; en fin no olvides la cuchilla bien afilada, y por todo lo demás

lo dejo á tu cuidado. » Así dijo él apresurándose para que marchara; pero el ordenador nada me indica que respire y que quiera sacrificar para obsequiar á los olímpicos. Esto es grave: sin embargo nada temo, y todo lo abandono á los dioses, quienes concluyen lo que parece estar concebido en su seno. Que sea bien ó mal apreciado por los hombres, debemos soportar el destino, nosotros que somos mortales. Más de una vez el sacrificador ha levantado el hacha pesada sobre la cabeza del animal tendido en el suelo, y no ha podido acabarlo, siendo impedido de ello ó por un enemigo que hallábase cerca, ó por la intervención de un dios.

EL CORO.

No es posible que puedas adivinar lo que te sucederá

¡Reina, ve adelante

Firme en tu valor!

El bien y el mal suceden

Al hombre sin ser previstos.

No lo creeríamos si no nos lo anunciaran de antemano.

¿No ha ardido Troya? Hemos visto sin embargo

La muerte delante de nuestros ojos, la muerte ignominiosa;

¿Y no nos hallamos aquí

Adictas á tu servicio y llenas de alegría?

¿Vemos al sol del cielo que deslumbra

Y lo que hay más hermoso sobre la tierra

Y á ti, tan linda; qué felices somos!

ELENA. ¡Pues bien! suceda lo que quiera, me conviene subir sin tardar á la casa del rey, la cual, por largo tiempo deseada, y muy echada de menos, y casi perdida para siempre, se halla otra vez delante de mis ojos, no sé cómo. Los pies no me llevan ya tan ligeramente sobre los altos peldaños, que yo subía antiguamente como una niña.

EL CORO.

¡Desechad, hermanas mías,
Oh tristes cautivas,

Desechad todas vuestras penas;
 Tomad parte en la dicha de nuestra señora!
 Tomad parte en la dicha de Elena,
 Que hacia el hogar de su padre,
 Con un pie lento y tardío
 Pero otro tanto firme,
 Se acerca llena de alegría.
 Cantad y alabad los dioses santos
 Que devuelven la felicidad
 Y traen otra vez el hombre á su hogar.
 El que es libre se cierne
 Como si tuviese alas
 Sobre las cosas más ásperas; mientras en vano
 El cautivo, lleno de deseo y de pesar,
 Fuera de la reja de su cárcel
 Extiende el brazo quejándose.
 Pero ella, un dios la cogió,
 Ella, la fugitiva.
 Y de las ruinas de Ilíon
 La volvió á traer en estos parajes,
 En la antigua casa de su padre
 Adornada de nuevo para ella,
 Después de innumerables
 Delicias y tormentos
 De las cuales debe acordarse.

PANTALIS, *corifea*. Abandonad ahora la senda sembrada de alegría y de cantos, y volved vuestras miradas hacia las hojas de la puerta. ¿Qué veo, hermanas? ¿No vuelve hacia nosotras la reina con pasos precipitados y llena de emoción? ¿Qué hay, grande reina? ¿Qué es lo que has podido encontrar de espantoso en el pórtico de la casa en vez del saludo de los tuyos? No lo disimulas, pues veo la aversión sobre tu frente, una noble cólera que lucha con el asombro.

ELENA, quien ha dejado abiertas las hojas de la puerta.

El ruin temor no conviene á la hija de Júpiter, y la mano ligera y fugitiva del espanto no la toca; pero el terror que, elevándose del *origen de las cosas* se eleva en mil formas, como nubes ardientes del hogar

central de la montaña, conmueve hasta el pecho de los héroes.

Así, hoy, llenos de horror, los dioses del Estix me han tapado la entrada de la casa que quisiera abandonar alejándome como el huésped despedido. ¡Pero no! he retrocedido hasta la luz del día, y no me rechazaréis más allá, potencias, aunque seais lo que seais. Pensaré en *consagrarme*; entonces la esposa purificada podrá como su esposo saludar la llama del hogar.

LA CORIFEA.

Descubre á tus criadas, mujer ilustre,
 Á las que te asisten, lo que te ha sucedido.

ELENA. Lo que he visto lo veréis con vuestros ojos si la antigua noche no se ha tragado esas imágenes en la profundidad de su seno fecundo en maravillas. Mas para que lo sepáis os lo diré en estos términos: Cuando entré en el primer espacio interior de la casa del rey, andando con paso solemne y acordándome de los primeros deberes, me maravillé del silencio de las galerías desiertas, Mi oído no fué herido por el rumor de los que andan mientras trabajan; mi mirada en vano buscaba esos seres afaenados ocupados en sus tareas, y no pareció ninguna criada, ninguna intendenta de las que siempre se presentan para saludar al extranjero; mas cuando me acerqué al sitio donde está el hogar, ahí yo ví, cerca de los restos de ascuas apagadas, sentada en el suelo, ¡oh que grande mujer *tapada!* no como adormecida sino como si soñara. La llamo al trabajo con el tono de alguien que cree ver la intendenta de la casa, que la previsión de mi marido habrá colocado ahí para que esperara; mas esa mujer inmóvil se queda sentada y envuelta en su túnica. En fin, al oír mi amenaza, levanta el brazo derecho como para arrojarme lejos del hogar y del pórtico.

Me aparto de ella con cólera y precipito mis pasos hacia las gradas sobre las cuales levántase el tálamo adornado y situado cerca de la sala del tesoro. Mas la visión se levanta dando de repente un brinco y cerrándome el paso con un ademán imperioso, aparece á mi vista con su cuerpo descarnado, los ojos hundidos é injectados de sangre; extraña figura que turba á la vez la vista y el espíritu. Pero hablo en vano, no puede la palabra expresar formas semejantes. ¡Mirad, ahí está! se atreve á parecer á la luz del día! — Aquí, mandamos nosotras, hasta que llegue nuestro señor y rey.

Febo, amigo de la belleza, ahuyenta esas creaciones de la noche y las rechaza en las cavernas, ú bien triunfa de ellas.

Forkias parece en el umbral entre los jambajés de las puertas.

EL COHO.

Por muchos azares he pasado, por más que mi cabellera
Continúe flotando joven todavía en derredor de mis sienas
Muchas son las horribles escenas que he visto;
Los estragos de la guerra, la noche de Ilión
Cuando sucumbió.

En medio del estruendo, de las nubes y del polvo,
De los guerreros que se chocaban unos con otros, oí la voz terrible
De los dioses, oí el grito de bronce de la Discordia
Que retumbaba por los campos
En derredor, de las murallas.

¡Ay! en pie estaban todavía
Los muros de Troya; mas el incendio
Se va acercando más y más,
Impulsado por la tempestad,
De la ciudad adormecida.

Mientras huía, he visto al través del humo, de las ascuas
Y de las llamas que se extendían como lenguas,
La llegada de los dioses irritados.
He visto cruzar figuras maravillosas,
Formas gigantescas
En medio del vapor alumbrado por el fuego.

Si lo vi, ó si el espíritu dominado por la angustia,
Ha formado en mi estas ilusiones,
Nunca podré afirmarlo;
Pero lo que veo de horrible aquí,
Eso lo sé, sin poder dudar de ello;
Con la mano lo tocaría,
Si no me detuviera el temor.

¿Cuál puedes ser de las hijas de Forkias?
Pues te comparo á esa raza.

[y un diente

¿Eres por ventura una de esas que no tienen más que un ojo]
Que se pasan de una á otra alternativamente?

¿Cómo te atreves, monstruo,
Ante la belleza,

Presentarte á la vista de Febo
Dios de la belleza?

¡Pero sigue avanzando!

Él no contempla lo que es feo;

Pues nunca su ojo sagrado

Ha mirado la sombra que le sigue.

Pero nosotros mortales estamos condenados

Desgraciadamente por una triste fatalidad

A sufrir ese indicable dolor de la vista

Que da el ser á lo que es abominable y está eternamente maldito,
En los amantes de lo bello.

Oye pues: si nos retas con insolencia, oye la maldición,

Oye las amenazas, las invectivas que salen

De los labios de los bienaventurados

Que formaron los dioses!

FORKIAS. Antiguo es el proverbio, pero el sentido sigue siempre siendo verdadero y sublime. Nunca el pudor y la belleza han podido ir de mano por la verde senda de la vida. Está tan profundamente arraigado en ellos un odio tan antiguo, que cualquiera sea el punto en que se encuentren, se vuelven la espalda, y prosigue cada cual su camino apresuradamente, el pudor afligido, la belleza arrogante y altiva, hasta que al fin circunda al uno y á la otra la tenebrosa noche del Orco, si es que la edad no los haya antes domado. Respecto á vosotras, extranjerías atrevidas, ¡denas de arrogancia, sólo os diré que os parecéis al enjambre bullicioso y ronco, que por los aires, cual espesa nube

pasa, y cuyos graznidos obligan al silencioso viajero á levantar la cabeza; pero cada cual sigue su camino; lo propio haremos nosotros.

¿Quiénes sois pues, vosotras, que como Menades ó mujeres ebrias, os atrevéis á hacer este alboroto en el palacio sublime del rey? ¿Quiénes sois vosotras que ladráis al ver la intendenta, como ladra á la luna una manada de perros? ¿Acaso pensáis que ignoro á que raza pertenecéis? ¡Fué vuestra ralea engendrada en la guerra, educada en las batallas; te devora la lujuria, á la vez te seducen y seduces y enervas la fuerza del guerrero y del ciudadano! Al veros así en grupos, cualquiera os tomaría por unas langostas que se precipitan de las nubes sobre las tiernas espigas. ¡Vosotras sois las que disipáis el trabajo ajeno! ¡Vosotras golosas que arruináis la prosperidad naciente! ¡Tú, mercadería conquistada, vendida en el mercado, trocada!

ELENA. La que reprende las sirvientas en presencia del ama, usurpa sus derechos, pues á ella sola corresponde alabar y castigar.

Satisfecha estoy con los servicios que me prestaron cuando sucumbió la soberbia Ilíon, así como también estoy agradecida de su fidelidad cuando en la desgracia común, juntas soportamos las penas de una vida errante en que cada uno suele procurar por sí solamente. También aquí cuento con mi alegre comitiva. Nunca pregunta el dueño como es el esclavo sino como sirve. Calla pues y no apartes de ellas tus miradas ni tu cara asquerosa. ¿Has guardado fielmente hasta ahora la casa del rey en ausencia de la soberana?

Esa será tu gloria: mas ahora ella misma vuelve.

Retírate pues, á fin de no ser castigada en vez de ser alabada.

FORKIAS. Amenazar á los huéspedes del alcázar es un

derecho inmenso, que la ilustre esposa del soberano amado de los dioses bien se ha merecido por una sabia dirección durante largos años. Así pues, ahora que te he reconocido y que de nuevo te apoderas de tu rango antiguo de reina y señora, toma las riendas aflojadas del mando; reina y gobierna, toma posesión del tesoro y de nosotras tales cuales somos. Pero ante todo, protégeme, ya que soy la más anciana, contra esa chusma de muchachas, quienes, junto al cisne de tu belleza sólo parecen gansos chilladores.

LA CORIFEA. ¡Cuán fea parece la fealdad cerca de la hermosura!

FORKIAS. ¡Cuán necia es la necedad junto á la razón!

Salen las corétidas de entre filas respondiendo cada una.

PRIMERA CORÉTIDA. Háblanos del Erebo, tu padre; háblanos de la Noche, tu madre.

FORKIAS. Y tú, háblanos de Scila, tu primo hermano.

SEGUNDA CORÉTIDA. Más de un monstruo figura en tu árbol genealógico.

FORKIÁS. Ve á buscar tu parentesco al Orco.

TERCERA CORÉTIDA. Los que en él habitan son demasiado jóvenes para ti.

FORKIAS. Prepara tus redes amorosas para el viejo Tiresias.

CUARTA CORÉTIDA. La nodriza de Orión es la hija de su nieta.

FORKIAS. Supongo que las Harpias la han criado con sus excrementos.

QUINTA CORÉTIDA. ¿Con qué alimentas esa flaqueza tan bien conservada?

FORKIAS. No es ciertamente con la sangre que tanto te gusta.

SEXTA CORÉTIDA. Sólo apetece cadáveres por no ser tu misma más que un repugnante cadáver.

FORKIAS. — Dientes de vampiro brillan en tu insolente boca.

LA CORÍFEA. De seguro cerraré yo la tuya si digo quien eres.

FORKIAS. Nómbrate y quedará descubierto el enigma.

ELENA. Sin cólera pero sí con aflicción, me coloco entre vosotras y os prohibo la violencia de semejante disputa. Nada perjudica tanto al servicio del soberano como la desunión de sus fieles súbditos. El eco de sus órdenes cumplidas rápidamente no vuelve más entonces á su oído y al contrario, en torno suyo nace un ruido, un tumulto, un desorden que en vano intenta reprimir. Además, en vuestra cólera desenfrenada, habéis evocado imágenes y figuras tan fatales y tan llenas de horror, que me siento empujada hacia el Orco á pesar de los risueños campos de mi patria que me rodean. ¿Es un recuerdo, es una ilusión que se ha apoderado de mí? ¿Era yo, soy, ó seré en el porvenir el sueño y el fantasma de los que destruyen las ciudades? Las jóvenes se estremecen; pero tú que eres la más anciana conservas tu serenidad. Habla pues, pero habla claramente.

FORKIAS. El que se acuerda de la dicha variada de tantos años, cree que el favor de los dioses no es más que un sueño, pero tú que gozabas de tantos favores sin medida ni fin, sólo hallaste en el curso de tu vida amantes que de repente se inflamaban y acometían las empresas más temerarias. Ya Teseo, en tu edad más temprana, en su irresistible ardor te cogió; Teseo, poderoso como Hércules, joven de formas bellas y nobles.

ELENA. Me robó cuando yo era esbelta cervatilla de diez años, y me escondió en el castillo de Afidné situado en el Ática.

FORKIAS. Entonces, libertada poco tiempo después por Castor y Polux, fuiste requebrada por la flor de los héroes.

ELENA. Sin embargo, lo confieso, favorecí secretamente á Patroclo, fiel imagen de Peleo.

FORKIAS. Pero la voluntad de tu padre te destinó para Menelao quien supo atravesar el mar y también guardar su casa.

ELENA. Le dió su hija junto con la administración de su imperio; Hermione fué el fruto de esta unión.

FORKIAS. Pero mientras tu esposo iba á conquistar audazmente la herencia de Creta, te se presentó á ti esposa solitaria un huésped de fatal belleza.

ELENA. ¿Por qué recordarme de aquellos tiempos de semi-viudez y de las espantosas consecuencias que tuvieron para mí?

FORKIAS. De aquella empresa resultó para mí, nacida libre en Creta, el cautiverio y larga esclavitud.

ELENA. Te nombró inmediatamente intendenta confiándote el castillo y el tesoro conquistado por su valor.

FORKIAS. Que tu abandonaste por Ilión, la ciudad de las fuertes murallas y los transportes inagotables del amor...

ELENA. ¡No me recuerdes los goces! Sufrimientos atroces inundaron mi pecho y mi cabeza.

FORKIAS. Dicese también que te apareciste cual duplicado fantasma al mismo tiempo en Ilión y en Egipto.

ELENA. No aumentes aún la turbación de mis sentidos ya tan trastornados; aun ahora no sé quien soy...

FORKIAS. ¡Añadían, después, que subiendo del tenebroso imperio de las sombras, Aquiles se unió ardentemente contigo! por haberte amado *antes*, á pesar de todos los decretos del destino.

ELENA. Pero como fantasma me uní con él que también era un fantasma. Aquello era un sueño; bastante lo dicen esas palabras...; Me desmayo y siento que me vuelvo otra vez un fantasma!

(Caen en los brazos del coro.)

EL CORO.

Cállate, cállate!
 ¡Criatura de mirada falsa, de boca perversa,
 De labios repugnantes, con un solo diente!...
 ¿Qué es lo que puede salir de ese horroroso abismo?
 El malo que parece bueno,
 El furor del lobo encubierto con la piel de la oveja
 Me causan más miedo
 Que la boca del perro de las tres cabezas.
 Aquí estamos escuchando con ansiedad:
 ¿Cuándo, cómo nos ha venido este monstruo sin igual
 Que se nos presenta en todo su horror?
 Pues ahora, en vez de verter en nuestros oídos
 La suave y consoladora palabra sacada del Leteo,
 Investigas lo pasado buscando el mal más que el bien
 Y oscureces al mismo tiempo
 El presente y la luz de la esperanza
 Que suavemente principiaba á despuntar.

¡Cállate, cállate!

Y el alma de la reina
 Ya próxima á tomar su vuelo
 Conservará aún palpable
 Las más puras formas
 Que haya iluminado el sol.

(Elena ha vuelto en sí y hállase en medio del grupo.)

FORKIAS. Sal de entre las nubes, magnífico sol de este día que aun velado alegrabas nuestro corazón y que reinas ahora deslumbrándonos con tu claridad. Tus ojos encantadores pueden ver como se extiende el mundo á tu vista. Por más que me llamen fea, yo también sé lo que es hermoso.

ELENA. Vacilante salgo del caos en que me hallaba envuelta durante mi vértigo, quisiera descansar, pues mis miembros están muy cansados; pero es preciso

que las reinas y los hombres en general sepan alentarse y cobrar valor por más que los amenazen las circunstancias.

FORKIAS. ¿Has recobrado por fin tu grandeza, tu belleza? ¿Significa tu mirada una orden? ¿Cuál es?; Pronúnciala!

ELENA. Repárese el tiempo perdido con la insigne negligencia de vuestra disputa: cúmplase desde luego el sacrificio que me ha mandado el Rey.

FORKIAS. Todo está dispuesto en la casa, la copa, el tripode, y el hacha afilada, así como también todo lo que se necesita para hacer las libaciones y para incensar; ¡designa la víctima!

ELENA. El Rey no la ha indicado.

FORKIAS. ¿No la ha indicado? ¡Oh fatal palabra!

ELENA. ¿Porque te afliges?

FORKIAS. Reina, tú eres la víctima.

ELENA. ¿Yo?

FORKIAS. Y éstas también.

EL CORO. Desgracia y desesperación!

FORKIAS. Caerás bajo el hacha.

ELENA. ¡Esto es horroroso! mas ya lo había presentado. ¡Desdichada de mí!

FORKIAS. Esto me parece inevitable.

EL CORO. ¡Ay de nosotras! ¿Cual será nuestra suerte?

FORKIAS. Ella morirá de una noble muerte; pero vosotras ahorcadas en el balcón que sostiene el techo, como los tordos cogidos en el lazo, temblequearéis en fila. (Elena y el coro asombrados y espantados, forman un grupo significativo simétricamente dispuesto.) ¡Espectros! Ahí os quedáis inmóviles cuales fantasmas que temen de separarse de la luz que no les pertenece. Los hombres, esos espectros que todos se os parecen, no renuncian sino mal de su grado á la luz brillante y

augusta del sol ; pero nadie intercede por ellos y nadie los salva de esta ley ; todos lo saben, pero á pocos les agrada... ; Es ccsa cierta que estáis perdidas ! ; Valor pues, á la obra !

Da algunas palmadas ; acuden enanos enmascarados, que ejecutan prontamente las órdenes que ha dado.

Acércate, monstruo tenebroso, *redondo como una bola...* Rueda hasta aquí, hay daño que hacer á manos llenas. Abrid paso al altar de cuernos de oro, deponed el hacha brillante por encima del borde de plata ; llenad de agua los vasos, pues habrá que lavar la mancha horrorosa de la negra sangre ; disponed aquí la preciosa alfombra sobre el polvo, á fin de que la real víctima se arrodille, y se la pueda envolver, con la cabeza cortada, es verdad, pero sepultada con decencia y dignidad.

LA CORIFEA. Queda la reina sumida en sus reflexiones, las jóvenes se marchitan como el césped segado. Pero á mí la mayor de ellas, parece que un deber sagrado me manda de dirigirte la palabra á ti la más *anciana de las ancianas*. Tienes experiencia y saber ; pareces ser benévola para con nosotras á pesar de haberte desconocido estas jóvenes atolondradas ; así que dinos lo que crees sea posible hacer para salvarnos.

FORKIAS. Una cosa muy fácil : solamente, de la reina depende el salvarse y salvaros á vosotras que le pertenecéis. Se necesita resolución y prontitud.

EL CORO. ; Oh la más venerada de las parcas ! la más sabia de la sibilas, ten cerradas las tijeras de oro ; anúncianos la luz y la salvación, pues ya sentimos moverse dolorosamente nuestros tiernos miembros, estremecerse y desprenderse cuando preferirían alegrarse en la danza y descansar después sobre el echo del predilecto.

ELENA. ; Déjalas que se lamenten ! Estoy afligida, pero no tiemblo ; si puedes salvarnos consiento en ello con agradecimiento ; para el espíritu sabio, penetrante y previsor lo imposible se hace á veces posible ; habla pues y dinos cual es tu medio de salvación !

EL CORO. ; Habla ! ; habla ! dinos pronto como nos libremos de esos horrendos lazos que ciñen ya nuestro cuello cuales funestos adornos. Ya lo presentimos, están destinados á sofocarnos, si tú, ó Rea, madre augusta de los dioses, no te apiadas de nosotras.

FORKIAS. ¿ Tendréis bastante paciencia para escuchar en silencio mi discurso ? Ha de contener más de una historia.

EL CORO. ; Te escucharemos con paciencia ! pues con escucharte prolongamos nuestra vida.

FORKIAS. El que permanece en su casa, conserva un noble tesoro, cimenta las paredes elevadas de su morada y asegura el techo contra la lluvia, pasará tranquilo los largos años de su vida ; pero el que pasa criminalmente con fugitivo paso el umbral sagrado de su puerta, al regresar á ella, encontrará el antiguo sitio, pero todo cambiado y tal vez destruído.

ELENA. ¿ Á que todas estas sentencias triviales ? Cuenta y no recuerdes cosas dolorosas.

FORKIAS. Lo que digo es histórico y no contiene reconvencción alguna. De golfo en golfo navegó Menelao ; combatía como pirata y trató como enemigas las islas y las costas. Volvió con el inmenso botín que ha amontonado en este palacio. Durante diez largos años permaneció frente á Ilión é ignoro cuanto tiempo empleó en su regreso. ¿ Pero qué fué lo que aconteció en el país donde se halla el sublime palacio de Tíndaro ? Qué ha sucedido en los contornos de su imperio ?

ELENA. ¿ Reconvenir es pues tu segunda naturaleza,

que no puedes menear los labios sin pronunciar una invectiva?

FORKIAS. ¡ Por muchos años quedó abandonado el valle montuoso que se extiende al norte de Esparta! El Taigeta se halla á la espalda; en él corre cual alegre arroyo el Eurotas que atraviesa nuestro valle y costea los cañaverales donde alimenta vuestros cisnes. Allá abajo, tras el valle montuoso se ha establecido una raza guerrera procedente de la noche cimeriana; allí ha levantado una torre inaccesible, desde donde maltrata al país y á sus habitantes.

ELENA. ¡ Cómo! ¿ Es posible que hayan dado cima á semejante empresa? Esto parece imposible.

FORKIAS. Tenían tiempo suficiente; hay veinte años que esto ha sucedido.

ELENA. ¿ Tienen jefe? ¿ Son salteadores? ¿ Son numerosos y unidos?

FORKIAS. No son salteadores y uno de ellos es su jefe. No quiero hablar mal de él por más que me haya visitado, porque todo podía tomarlo y se contentó con algunos dones libres, así los llamó él, pero no ya como tributo.

ELENA. ¿ Que aspecto tiene?

FORKIAS. ¡ Ne es feo! Á mí me agrada; es un hombre activo, audaz, bien formado como pocos haya entre los griegos; es un hombre inteligente. Se trata á esos hombres de bárbaros, pero no creo hubiese entre ellos uno solo tan cruel como lo han sido algunos héroes que frente á Ilión se han portado como verdaderos antropófagos. Creo en su generosidad; me he confiado en él.... Y su castillo, ¡ Ah! ¡ si lo vierais! Cuán distinto es de estas antiguas murallas que vuestros padres levantaron sin plano ni concierto, como Ciclopes fabricaron sólo amontonando piedra tosca sobre piedra tosca;

pero allí, al contrario, todo es horizontal, perpendicular y lleno de simetría. En una palabra, mirad el castillo desde el exterior, se levanta hacia el cielo tan sólido, tan bien ordenado; luciente y bruñido como el acero. La sola idea de llegar hasta él da vértigo; en su interior hay vastos patios ostentando toda clase de arquitectura y para todos fines, columnitas, arcos, ojivas, balcones, galerías que dan vista así al interior como al exterior y blasones.

EL CORO. ¿ Que es lo que llaman blasones?

FORKIAS. ¿ No llevaba Ajax serpientes entrelazadas en su broquel conforme habéis visto? Los Siete, frente á Tebas, llevaban también cada uno en su broquel ricas figuras simbólicas. Allí veíanse la luna y las estrellas en el firmamento así como también diosas, héroes y escalas, espadas, hachones y todo cuanto amenaza las ciudades y puede ser su azote. Signos iguales llevan también nuestros héroes herencia de sus antepasados y los han conservado en el primer brillo de sus colores. Consisten en leones, águilas, garras, picos, cuernos de búfalo, alas, rosas, colas de pavo real y bandas de oro, plata, negras, azules y coloradas. Figuras semejantes están colgadas en fila dentro de esas salas sin límites, inmensas como el mundo donde podréis bailar holgadamente.

EL CORO. Dinos, ¿ hay también danzantes?

FORKIAS. Los mejores. Hermosos jóvenes con cbelleras de oro; Qué perfume de juventud derraman! Solo Paris exhalaba ese suave perfume cuando se aproximó demasiado á la reina.

ELENA. Olvidas enteramente tu papel; dime la última palabra.

FORKIAS. Tú la debes proferir; pronuncia tan sólo un sí solemne é inteligible y desde luego te hallarás dentro del recinto del castillo.

EL CORO. ¡Ah! ¡pronuncia esa palabra que ha de salvarte y salvarnos!

ELENA. ¿Cómo puedo creer que el rey Menelao sea bastante cruel para querer mi pérdida?

FORKIAS. ¿Has olvidado como mutiló á tu Deifobo, ese hermano de Paris, muerto en la batalla sin escuchar sus ruegos? ¿Á Deifobo, que siendo tú viuda, te consiguió con su pertinacia y te gozó como concubina? Le cortó la nariz y las orejas y más todavía lo mutiló. Era horrible cosa el verle.

ELENA. Así lo trató y por mí.

FORKIAS. Lo mismo te tratará á tí. La belleza es indivisible; el que la ha poseído toda entera, prefiere anonadarla antes que compartirla. (Rumor lejano de trompetas; el Coro se estremece.) Así como el sonido que arroja la trompeta hiere y desgarrá el oído y las entrañas, así los celos penetran en el corazón del hombre que nunca olvida lo que poseyó una vez, lo que ha perdido y que ya no posee.

EL CORO. ¿No oyes resonar las cornetas? ¿No ves como brillan las armas?

FORKIAS. ¡Bien venido seais mi señor y mi rey! Con gusto te daré cuenta á tí.

EL CORO. ¿Y nosotras?

FORKIAS. Bien lo sabéis; tenéis su muerte y la vuestra delante de los ojos: no, no es posible salvaros.

ELENA. He meditado en lo que más urge, en lo que he de intentar. Conozco que eres un *genio malo*. Conviertes el bien en mal. Pero ante todo voy á seguirte al alcázar; sé lo demás que ha de hacerse; quede impenetrable para todos lo que la reina puede guardar misteriosamente y profundamente en su seno. Anciana, ve delante.

EL CORO. ¡Oh! como vamos de buen grado con

fugitivos pasos! — Detrás de nosotras la muerte; — delante el alcázar con sus murallas inaccesibles. — Que nos proteja tan bien como el castillo de Ilión — que sin embargo sucumbió ante un ardid infame.

(Aparecen nubes que velan el fondo y la escena.)

— ¿Qué es esto? ¡Mirad, hermanas, en torno vuestro! — ¿No estaba el día sereno? — Extiéndense filas de nubes — salidas de las ondas sagradas del Eurotas. — Ya se oculta á la vista el dulce margen — que coronan cañaverales. — Ya no veo los cisnes, libres, graciosos y altivos — que muellemente se deslizan por el agua, — nadando juntos con delicia. — ¡Ay! ya no los veo; pero sin embargo — oigo todavía sus cantos: — oigo también á lo lejos terribles sonidos. — Esos sonidos significan la muerte; — ¡Ay! con tal que no anuncien también la nuestra, en lugar de la salvación prometida, — puesto que nos parecemos á los cisnes — de hermoso y nevado cuello — y que ésta de ellos ha nacido. — ¡Desdichadas de nosotras! — Las nubes lo cubren ya todo en derredor nuestro; ¡apenas podemos distinguirnos una con otra! ¿Que sucede? ¿Andamos? — Ó nos cernemos tan solamente, — rozando el suelo con nuestros pies? — ¿No ves nada? ¿Si será Hermes que nos precede volando? — No brilla su cetro de oro — guiándonos, precipitándonos, — hacia la melancólica mansión del Hades lleno de formas impalpables, — y siempre vacía, por más que la llenen?

La escena representa el patio interior de un castillo de la edad media).

EL CORO. Sí, de repente se oscurece la nube, pierde su brillo rojizo y toma aspecto de murallas. Efectivamente, murallas son las que detienen la vista. ¿Es esto un patio? ¿Es un profundo foso? De todas maneras es

un objeto de horror. ¡Ay! hermanas, cautivas somos y nunca lo hemos sido tanto como ahora.

LA CORIFEA. Locas y frívolas, verdaderas mujeres, juguete y capricho del tiempo, de la dicha y de la desgracia, nada sabéis soportar con calma; siempre estáis en violenta contradicción unas con otras. En la dicha y en el dolor lloráis y reís en el mismo tono. ¡Ahora callad! y que cada una aguarde lo que decida la reina en su sabiduría en su favor y en el nuestro.

ELENA. ¿Dónde estás, pitonisa? ¡Cualquiera que sea tu nombre, sal de esas nubes, de ese triste alcázar! Ibas tal vez á anunciar mi llegada á ese magnífico señor y héroe, para que me acogiese con benevolencia. Te lo agradezco, pero condúceme pronto á su presencia; yo no deseo ya más que el fin de este laberinto, no deseo más que el descanso.

CORIFEA. ¡En vano, Reina, miras en derredor tuyo! Ha desaparecido el fantasma; quizá se ha quedado allá en la nube que nos ha conducido tan pronto aquí sin dar un paso. Quizá extraviado en el laberinto de este castillo formado de elementos tan distintos está pidiendo al señor que te haga la acogida que es debida á los príncipes. Pero mira como ya se agita allí arriba en las galerías y las portadas una multitud de criados. Esto nos anuncia que seremos acogidos de una manera digna y hospitalaria.

EL CORO. ¡Mi corazón se dilata! ¡Ah! ved con cuanta dignidad y con que paso armonioso se adelanta esa joven y preciosa comitiva! ¿Quién habrá formado y ordenado tan temprano este noble pueblo de adolescentes? No sé lo que más debo admirar, si su porte elegante, ó los bucles de su cabellera en derredor de su hermosa frente, ó sus mejillas sonrosadas como el

melocotón, cubiertas todavía de un vello tan suave. Las mordería de buen grado, pero me estremezco al pensarlo, pues en semejante tentación, la boca se llenaría de ceniza. Ya se aproximan á nosotras los más hermosos. ¿Que es lo que traen? Gradas para el trono, una alfombra, un asiento con una cortina al rededor que parece un pabellón y se despliega cual guirnalda de nubes sobre la cabeza de nuestra reina. Ya ocupa el magnífico asiento. Acercaos grada por grada y formaos en majestuoso círculo. ¡Dignamente, tres veces dignamente sea bendita semejante acogida!

Todo lo que canta el coro va cumpliéndose poco á poco. Luego de haber desfilado un largo cortejo de niños y de escuderos, aparece Fausto en lo alto de la escalera en traje de corte, de caballero de la edad media, y empieza á descender con lentitud y majestad.

LA CORIFEA, *contemplándolo atentamente*. Si los dioses, como lo hacen con frecuencia, no han prestado por pocos instantes un rostro maravilloso, un porte sublime, una presencia amable y encantadora; si este hombre ha de conservar estas ventajas; se puede decir que saldrá airoso en todo cuanto emprenda, ya en los combates con los hombres, ya en las lides amorosas. En verdad, es preferible á muchos otros que hasta aquí había tenido en alta estimación. Veo al príncipe con su paso lento y grave, su comedimiento lleno de respeto... ¡Ay! ¡Sálvate reina!

FAUSTO, *adelantándose, llevando á su lado un hombre maniatado*. En vez de una salutación solemne, como convenía, en vez de una acogida respetuosa, te presento cargado de grillos á este criado el cual faltando á su deber, me ha impedido de cumplir con el mío. — Aquí, póstrate antes esta mujer augusta y confíesale tu falta. He aquí, augusta soberana, el hombre encargado de

vigilar con su vista penetrante desde lo alto de la torre, y recorrer atentamente el espacio y la extensión de la tierra para dar aviso de todo cuanto se diriga desde el círculo de colinas en el valle hacia el castillo, ya sea un rebaño, ya sea un ejército. Nosotros nos repartimos el primero, y acometemos al segundo. ¡Pero hoy, cuál descuido! Vienes tú y no te anuncia, y no se te hace la noble acogida que corresponde á tan ilustre huésped. Por ese delito ha merecido la muerte; ya hubiera corrido su sangre, mas tú sola tienes el derecho de castigar ó perdonar.

ELENA. Cualquiera que sea la autoridad que sobre ellos me confieras ora sea la del juez ó la de soberana (tienes sin duda la intención de probarme), voy á ejercerla ahora cumpliendo con el primer deber del juez que consiste en oír al acusado. — ¡Habla, pues!

LINCEO, *el vigia de la torre.* ¡Déjame arrodillar, — dejame contemplar, — dejame morir, dejame vivir, pues pertenezco á esta mujer enviada por los dioses!

Aguardando estaba las delicias de la mañana, — y acechando en oriente la llegada del día. — De repente, ó maravilla, — he visto el sol levantarse en el mediodía.

Mis ojos vueltos hacia aquella parte no veían las gargantas, ni las alturas, — ni el espacio de la tierra y de los cielos. — No veían más que la que es sin igual.

Tengo la mirada del linco en la copa del árbol; — pero ahora era preciso que hiciese esfuerzos como al salir de un profundo sueño.

No sabía más cómo orientarme; — la almena, la torre, la puerta cerrada... Las nubes se ciernen y se entreciernen. Sale de ellas la diosa.

Con los ojos y el pecho inclinados hacia ella, — me embriagaba con la vista de ese suave resplandor. —

¡Cómo me deslumbró esa belleza! — ¡Desgraciado! me cegaba completamente.

Olvidé los deberes de vigia, — olvidé la bocina encantada; — anonádame, la belleza triunfa siempre de la cólera.

ELENA. No puedo castigar el mal que he causado. ¡Desdichada! Cruel destino el que me persigue: seducir en todas partes el corazón de los hombres hasta el punto que no respetan ni á sí mismos, ni á todo lo que es respetable. Pillando, seduciendo, combatiendo, robando semidioses, héroes, dioses y hasta demonios, con ellos anduve de una parte y otra. He turbado el mundo más de una vez, y ahora soy un estorbo en cualquier parte. Deja libre á este guerrero, no aslija ningún oprobio el que ha sido deslumbrado por los dioses.

FAUSTO. Oh mi reina, veo con asombro á la que con ojo tan certero tocó el blanco y al mismo tiempo me siento herido. Veo el arco que arrojó la flecha y que me ha herido. El dardo sigue al dardo y me alcanza. Lo oigo silbar por el aire y pasando los muros. ¿Qué soy yo ahora? De repente haréis que se levanten contra mí los que hasta ahora me han sido fieles, y ya me temo que mi ejército obedezca á la mujer que nunca ha sido vencida. ¿Qué puedo hacer más que entregarme á tu disposición con todo lo que poseo? Permíteme que postrado á tus pies, libre y fiel, te reconozca por soberana á ti que con sólo aparecer te has hecho dueña del país y del trono.

LINCEO, *llevando un cajón y seguido de hombres cargados.* Reina, estoy de regreso. El rico implora una mirada; te admira y de repente se ve pobre como un mendigo y rico como un príncipe. ¿Qué era antes y que soy ahora? ¿Qué es menester querer? ¿Qué debo hacer?

¿Para qué sirve la centella de los más hermosos ojos? Los tuyos la rechazan. — Llegamos por la parte de Levante y quedó subyugado el Occidente: el primero nada sabía del último; cayó el primero, el segundo quedó en pies, la lanza del tercero no estaba lejos; cada cual llevaba ciento detrás; muchos miles murieron desapercibidos. Arremetimos hasta que llegásemos más allá, llevándonos todo con violencia; quedamos quedos en todas partes. El pueblo donde yo imperaba hoy, otro lo saqueaba el día siguiente. Éste se apoderó de la mujer más hermosa; aquel del mejor toro y se hacían dueños de todos los caballos. Pero á mí me gustaba descubrir los objetos más preciosos y raros y todo lo que poseían los demás me parecía insignificante como si fuese hierba seca.

Iba en pos de los tesoros, con mi vista penetrante veía el fondo de todos los bolsillos; todo se volvía transparente para mí y al instante reuní montones de oro. Pero ante todo se debe apreciar la más noble piedra preciosa, la esmeralda que sola es digna de verdear en tu seno. Ahora que la gotecilla salida del fondo de los mares cuelgue entre tu oreja y tu boca; quedarán eclipsados los rubíes por el color de tu rostro. Traigo pues aquí y depongo á tus pies el más grande de los tesoros fruto de mil batallas sangrientas. Por numerosos que sean los cofrecitos que ves, muchos más me quedan todavía; permíteme que siga tus huellas y llenaré la sala de tu tesoro hasta la bóveda, pues apenas has subido las gradas del trono, he visto inclinarse la inteligencia, la riqueza y la fuerza ante la única belleza.

Todo esto lo tenía guardado, pero ahora es cosa tuya. Creía que estas joyas fuesen preciosas, raras y verdaderas, y ahora comprendo que esto no es nada.

Todo cuanto yo poseía ha desaparecido; todo ello no es más que hierba segada y mustia. ¡Ah! devuélveles con una mirada indulgente el valor que han perdido!

FAUSTO. Llévate pronto esa carga adquirida con audacia, llévatela sin vituperio, pero también sin recompensa. Ya es suyo cuanto encierra este castillo en su seno; darle un tesoro especial es superfluo. Ve y amontona simétricamente tesoros sobre tesoros. ¡Enséñanos la sublime imagen de un esplendor inaudito! Haz que las bóvedas brillen como un cielo puro. Prepara paraísos de vida sobrenatural, despliega ante ella alfombras que pisen sus pies como flores aterciopeladas y que esos ojos que no deslumbran los dioses no hallen par doquiera sino el más sublime esplendor.

LINCEO. Lo que manda el señor es fácil para el sirviente pues esa altiva beldad dispone de los bienes y de la vida. Ya todo el ejército está vencido, todas las espadas están paralizadas y embotadas ante esta forma sublime; hasta el mismo sol empalidece ante el esplendor de su rostro. Todo es caos, todo es confusión.

ELENA á Fausto. Quisiera hablarte; pero sube y ven á mi lado; el puesto que queda por ocupar espera un dueño y asegura el mío.

FAUSTO. Mujer sublime, permite que antes me postre á tus pies y te ofrezca mi homenaje, déjame besar la mano que me eleva hasta ti. Admítame como corregente de tu infinito imperio y que un solo hombre sea tu admirador, tu esclavo y tu guardia.

ELENA. Veo y oigo maravillas sin número; estoy llena de asombro y de muchas cosas quisiera enterarme. Pero deseo saber por qué el tono del discurso de ese hombre me ha parecido á la vez tan extraño á

tan afable. Parece que un sonido sucede armoniosamente á otro sonido, y cuando una palabra acaba de herir el oído, llega otra palabra para acariciar la primera.

FAUSTO. Si ya te gusta el idioma de nuestro país, más va aún á seducirte su canto, pues satisface el oído y la mente en toda su profundidad. Pero para mayor seguridad, ensayémoslo luego; atraerá y provocará dulces pláticas.

ELENA. Dime ¿ que debo hacer para decir palabras tan hermosas?

FAUSTO. Nada más fácil; es menester que eso salga del corazón, y cuando está lleno el pecho de esperanza y de pesar, uno mira en torno suyo y pregunta.

ELENA. ¿ Quién será feliz conmigo?

FAUSTO. El espíritu no mirará adelante ni atrás. Solo el presente.

ELENA. Es nuestra dicha.

FAUSTO. Es un tesoro, una sublime conquista, posesión y prenda; ¿ quién lo confirma?

ELENA. Mi mano.

EL CORO. ¿ Quién no aprobará que nuestra reina se muestre afable con el señor de este castillo? Es menester confesarlo, somos todas cautivas como ya muchas veces nos ha sucedido después de la ignominiosa caída de Ilión y desde que vamos vagando en un laberinto de existencias llenas de angustias y de dolor. Mujeres expuestas al amor de los hombres, no eligen ellas mismas, sino tienen que soportarlos y conceden iguales derechos sobre sus tiernos y delicados miembros al pastor de cabellera de oro, como también al fauno de áspero pelo, según se presenta la ocasión. Ved cómo se acercan más y más, apoyado el uno en el otro, hombro por hombro, rodilla por rodilla, enla-

zados de manos, se mecen sobre la elevación sublime del trono. La majestad no se priva del secreto goce de manifestarse altamente ante la vista del pueblo.

ELENA. ¡ Me parece estar á la vez tan cerca y tan lejos! Sin cesar repito con gusto: ¡ Estoy aquí!

FAUSTO. Respiro apenas; me falta la palabra, mis labios tiemblan; esto es un sueño; el día y el sitio han desaparecido.

ELENA. ¡ Me parece haber vivido demasiado y sin embargo, siento que revivo refundida en ti y fiel á ti, mi desconocido!

FAUSTO. No intentes sondear este raro destino; vivir es un deber aunque no sea más que por un instante.

FORKIAS, *entrando con vehemencia*. Seguid deletreando el alfabeto del amor, arrullándoos con palabras de cariño, seguid amándoos y subtilizando en el ocio, pero no es favorable el momento. ¿ No oís un sordo temblor? ¿ No oís el sonido agudo de la corneta? La desdicha está cerca; ¡ Menelao al frente de un pueblo numeroso marcha contra vosotros! ¡ Preparaos á una lucha terrible!... Rodeado por la multitud de los vencedores vas á pagar la protección que has dado á esas mujeres, y ésta hallará colgada por un tenue hilo cerca del altar el hacha afilada de fresco.

FAUSTO. ¡ Atrevida interrupción! En mala hora llega. Hasta en el peligro odio la vehemencia atolondrada. Una mala noticia afea al más hermoso mensajero; pero, tú, la más fea de las feas te complaces en traer el más triste mensaje. Pero esta vez no lograrás tu intento aunque llenes los aires con tu hueca voz. Aquí, no hay peligro, y el mismo peligro sería para mí una amenaza vana.

Llamadas, explosión de las torres, trompetas y clarines, música guerrera, pasan fuerzas militares formidables.

FAUSTO. Pronto vas á ver reunida la falange indivisible de los héroes. Sólo merece el favor de las mujeres el que sabe protegerlas por la fuerza. (Á los jefes que salen de las columnas y se acercan.) ¡ Con ese furor contenido y sereno, que te asegura la victoria, vé, noble juventud del Norte, y vosotras fuerzas del oriente en su flor! Cubiertos de acero reluciente estos ejércitos que pulverizaron imperios se adelantan y tiembla la tierra; marchan y los sigue el trueno.

Desembarcamos cerca de Pilos. ¡ El viejo Nestor ya no existe! y nuestro ejército desbarata todas esas pequeñas confederaciones de reyes.

¡ Ahora arrojad sin tardar á Menelao de estos muros y perseguidle hasta el mar! Que allí siga merodeando, saqueando y acechando su prenda según su inclinación y su destino.

La reina de Esparta me manda que os salude con el nombre de duques. Pongamos á sus plantas el monte y el valle; á vosotros tocará la conquista del imperio.

Tú, Germano, defiende las bahías de Corinto con baluartes y diques, y á ti, Godo, confío la defensa de la Acaya y de sus cien gargantas.

Que los ejércitos de los francos marchen hacia Elis; que Mesina toque al Sajón, que el Normano despeje los mares y acreciente el reino de Argos.

Entonces cada cual se quedará en su país y dirigirá la fuerza y el rayo contra el extranjero; pero Esparta imperará sobre vosotros por ser la sede de la reina por largos años. Os verá gustosa gozar cada uno del país en que nada ha de faltáros. Venid confiados á buscar á sus pies la investidura, el derecho y la luz.

Fausto desciende y los príncipes forman corro en torno suyo para recibir sus órdenes.

EL CORO. Que el que pida la más hermosa para sí, ante todo tenga valor y registre con cautela sus armas. Con las caricias ha podido conquistar lo que hay de más precioso en el mundo, mas no podrá gozarlo en paz: astutos seductores la sorprenderán; audaces salteadores se la quitarán por fuerza. Que lo piense y desconfíe. Por esto celebro á nuestro soberano; entre todos lo estimo por haber logrado imponer respeto con su prudencia y su valor á los más poderosos que ahí están en pie, obedientes y prontos á cumplir sus órdenes. Cada uno sacará provecho para sí y merecerá la gratitud del príncipe y todos ellos servirán á la gloriosa soberana. ¡ Pues, quién la arrebatará al glorioso dueño que la posee? Le pertenece. ¡ Oh que con ella se quede! ¡ doblemente lo deseamos! La ha rodeado por dentro de inexpugnables muros, por fuera, del más valiente ejército.

FAUSTO. Grandes y magníficos son los dones concedidos, puesto que á cada uno va á tocar un rico país. Partan, pues; nosotros nos quedamos con el imperio del centro. Y te protegerán con ardor, cada uno en su turno, oh tierra que no eres una isla, pero que las olas han unido por una leve cordillera de colinas con las montañas de Europa. Que este país, el cual desde ahora pertenece á mi reina, haga más que otro la felicidad de todos. Cuando al dulce susurro de las ondas profundas del Eurotas, salió luminosa del huevo, su augusta madre y su hermana fueron deslumbradas por su esplendor. Con la vista fija en ti, ese país, tu patria, te enseña su más preciosa hermosura. ¡ Ah prefíerelo al que te pertenece! Cuando sobre los más encumbrados montes triunfan los rayos del sol, la peña verdea sin embargo y la cabra halla su pasto frugal. Mana la fuente, precipítanse los arroyos, y ya principian á re-

verdecer los barrancos; las vertientes y praderas; sobre cien colinas vense pasar rebaños de ovejas. Con grave paso se adelantan los bueyes hacia la orilla escarpada, en que la roca se abre en mil cuevas y les ofrece seguro asilo. Pan las protege; las ninfas habitan cuevas húmedas y frescas y en los sitios más encumbrados levantan sus ramas los árboles. Ya forman antiguas selvas: la encina es grande, fuerte y dura; el arce lleno de dulce savia sube en toda su gracia sin sentir su carga. Y maternalmente, en la sombra tranquila, mana la leche pura para el niño y el corderillo; por doquiera cuelgan frutas y fluye miel de los troncos huecos.

El bienestar es allí hereditario; cada uno es inmortal en su puesto; son sanos y están contentos; desarróllase el precioso niño que llegará á ser algún día padre feliz. Estamos asombrados y preguntamos: « ¿Son hombres ó dioses? » Así se juntó Apolo con los pastores, pues allí donde la natura reina en su pureza, los mundos se encadenan y se confunden. (Siéntase cerca de Elena.) Ya que para mí como para tí la suerte ha sido propicia, olvidemos lo pasado; ¡ah! puedes enorgullecerte de tu origen divino, perteneces enteramente al mundo primitivo. Es imposible que quedes encerrada en un castillo. Italia está próxima á Esparta, y para nosotros, para nuestras delicias conserva su eterna lozanía. Destinada á la más sublime felicidad, estás tocando el punto supremo de tu suerte: los tronos se convierten en verdura, libre es nuestra felicidad en el seno de la natura.

Cambia la escena; pabellones cerrados se levantan cerca de una fila de grutas cubiertas de follaje. No se percibe á Fausto ni á Elena. El coro duerme tendido en la hierba).

FORKIAS. No sé cuanto tiempo ha que duermen los jóvenes así como tampoco si han soñado lo que he

visto claramente. Despertémoslas. Los jóvenes se asombrarán y también vosotros, adultos, que allá estáis sentados aguardando el fin de estos prodigios. ¡En pie! ¡en pie! sacudid vuestras cabelleras, desperezaos y escuchadme.

EL CORO. Habla y cuéntanos el milagro que ha sucedido; deseamos oír hasta lo que no podemos creer pues ya estamos fastidiados de mirar á esos peñascos.

FORKIAS. Apenas os habéis restregado los ojos y ya os fastidiáis. Oíd pues: en esas cavernas, grutas y pabellones, nuestro señor y su esposa han hallado abrigo y protección como una pareja amorosa prendada de los encantos de la naturaleza.

EL CORO. ¿Cómo allá dentro?

FORKIAS. Separados del mundo, á mí sola llamaron para que los sirviera. Me honraban con su confianza; pero cual conviene á una confidente, miraba en derredor mío, yendo de una parte á otra, buscando hierbas, musgos y raíces por conocer su eficacia y los dejaba solos.

EL CORO. Cualquiera creería al oírte que hay un mundo allí dentro, bosques y prados, arroyos y lagos; ¿qué cuentos estás forjando?

FORKIAS. ¡Qué inexpertas sois! Son profundidades que no habéis sondado y que contienen salas y patios que descubrí á fuerza de buscar. De repente oí una carcajada en la caverna; miré por ese lado y vi un niño que saltaba del seno de su madre hacia su padre, y del padre á la madre; los mimos, los halagos y las caricias de un loco amor me atolondraron. Un genio desnudo sin alas, un fauno sin bestialidad saltó sobre el suelo firme que por la reacción, lo rechazó en el aire y al segundo ó tercer salto tocó la bóveda. Gritó entonces la madre llena de angustia: « Salta siempre á

tu antojo, mas guárdate de volar, pues el vuelo no te está permitido. »

Y el padre lo exhorta en estos términos: « La elasticidad que te empuja hacia arriba está en la tierra; toca tan sólo el suelo con la punta del pie y no tardarás en ser fuerte como Anteo hijo de la Tierra. » Conformándose á estas palabras, salta el niño sobre la peña de una vertiente á la otra como salta una pelota; pero de repente desaparece en la boca del precipicio y nos creemos que está perdido. Su madre se lamenta, su padre la consuela y yo me encojo de hombros y me quedo en pie. ¡ Ved ahora cual espectáculo! ¿ Habría allí tesoros escondidos? Ostenta un rico traje con listas de flores, cuelgan flecos de sus brazos, flotan en torno de su seno ricas fajas; con su lira de oro en la mano se adelanta cual pequeño Febo hasta el borde de la peña. Nosotros quedamos asombrados. Sus padres arrobados, se arrojan uno en brazo de otro. ¡ Qué esplendor rodea su frente! ¿ Es el brillo del oro ó la llama del genio? Nadie puede decirlo. Así se anuncia por sus actos y sus movimientos como futuro maestro de cuanto es bello, y sintiendo en sus venas las eternas melodías; tal lo oiréis y veréis.

EL CORO. ¡ No llames eso un prodigio, hija de Creta! ¿ No has escuchado nunca la palabra del poeta que á todos enseña? Ignoras la riqueza divina, heroica de las tradiciones de Ionia, de los recuerdos de Grecia? Todo cuanto ves hoy no es más que una pálida sombra de los días deliciosos de nuestros mayores. Tu relato no se puede comparar á la fábula amena más digna de fe que la misma verdad que cuentan del hijo de Maia. Las mujeres prodigaban sus cuidados al recién nacido lindo y robusto, pero él, travieso desprende sus flexibles miembros de entre las preciosas mantillas,

cual mariposa que abriendo sus alas se escapa prontamente, y libre revolotea en el éter luminoso. Más ágil aún, dió pronto á conocer por su habilidad que favorecería los perillanes y los ladrones. Robó el tridente al dominador de los mares, á Febo el arco y la flecha, á Vulcano las tenazas; y hasta robara á Júpiter el rayo á no tenerle miedo al fuego. Venció al Amor en la corrida de carros y robó el cinto á Ciprea á pesar de sus caricias.

(Sale de la cueva una música suave y melodiosa; todos prestan atento oído y parecen estar profundamente conmovidos.)

FORKIAS. Oid esos sonidos encantadores, olvidad pronto las fábulas, abandonad esa caterva de dioses; eso ya no existe. Nadie quiere ya comprenderos: aspiramos á más, pues lo destinado á conmover el corazón, del corazón ha de salir.

(Se retira hacia la roca.)

EL CORO. Ser terrible, si te agradan esas suaves figuras, hemos conmovidas hasta las lágrimas. Desaparezca del cielo la luz del sol, con tal que penetre en el alma. Entonces hallaremos en nuestro corazón lo que el mundo entero nos niega.

ELENA, FAUSTO, EUFORIÓN, en el traje ya indicado.

EUFORIÓN. Si oís el canto de un niño, vuestra alegría se parece á la suya; si me veis saltar según su cadencia, vuestro corazón se estremece de placer.

ELENA. El amor, para hacer felices los hombres, une á dos personas; pero para que sea completa su dicha, se necesitan tres.

FAUSTO. Nada nos falta ya; tuyo soy, y tú me per-

teneces, estamos eternamente unidos ; ¡ ojalá sea siempre así !

EL CORO. Bajo la apariencia de este niño se enlazan los goces de muchos años en este consorcio. ¡ Cuán suave es esta vista para nuestros corazones !

EUFORIÓN. ¡ Dejadme bailar, dejadme saltar por los aires ! Penetrarlo todo, tal es mi dicha.

FAUSTO. ¡ Modérate, sé prudente. Calma esa audacia. Evita la caída y la desgracia. Tu pérdida sería la nuestra, hijo querido.

EUFORIÓN. No quiero por más tiempo pertenecer á la tierra ; dejad libres mis manos, mis cabellos, mis vestidos, míos son.

ELENA. ¡ Oh ! piensa, piensa á quien perteneces : ¡ qué desgracia si llegaras á conturbar esta noble unión : yo, tú y él !

EL CORO. Temo que en breve se romperá el lazo.

ELENA Y FAUSTO. ¡ Modera, calma por el amor que debes á tus padres, tus deseos sin límites ! Quédate tranquilo y sigue los usos de todos.

EUFORIÓN. Sólo para complaceros me reprimiré. (Llévase tras sí el Coro bailando.) Me juntaré con estos coros armoniosos. ¿ Es ésta la melodía ? ¿ Es éste el compás ?

ELENA. Sí, muy bien. Dirige la rueda armoniosa de esas lindas bailadoras.

FAUSTO. ¡ Oh ! ¡ cuando acabará esto ! Esta chanza me gusta poco.

EUFORIÓN, y el Coro cantando y bailando. ¡ Cuando mueves tus preciosos brazos, cuando sacudes en los aires tu luminosa cabellera, cuando tus pasos tan suaves se deslizan y tus miembros tienen movimientos graciosos, entonces, hermoso niño, logras tu objeto ! Nuestros corazones son tuyos ; todo te sonrío.

EUFORIÓN. ¡ Todas vosotras sois cervatillas fugitivas ! ¡ Es un juego nuevo en que es preciso correr ! Yo soy el cazador y vosotras la caza.

EL CORO. ¡ Si quieres que te sigamos, no seas tan ágil ; pues no tenemos más que un objeto, un deseo solo, y es de abrazarte, oh bella imagen !

ELENA Y FAUSTO. ¡ Qué travesura ! ¡ qué alboroto ! No hay ya que esperar moderación. Se precipita y sus gritos hacen retumbar como el cuerno los montes y valles. — ¡ Que desorden ! ¡ que gritos !

EUFORIÓN. EL CORO. (Las jóvenes entran una en pos de otra. Ha pasado delante de nosotras riendo con desdén ; arrastra aquí la más esquiva de nuestras compañeras.

EUFORIÓN, arrastrando á una joven. Si yo arrastro hasta aquí la altiva joven, si la estrecho contra mi seno con delicias, besándola en la boca, á pesar de su resistencia, esto lo hago para manifestar mi fuerza y mi voluntad.

LA JOVEN. ¡ Déjame ! Yo también tengo fuerza y valor. Mi voluntad igual á la tuya no se vence fácilmente. ¿ Confías en tu brazo ?

Sino mesueltas, insensato, voy á quemarte para divertirte. (Arroja llamas y chispea mientras se va elevando.) Sígueme por los aires, sígueme en la tumba ; procura alcanzar el objeto que no has podido conseguir.

EUFORIÓN, (sacudiendo las llamas). ¿ Qué debo hacer aquí entre la peña y el monte cubierto de malezas ? ¿ No soy por ventura joven y esforzado ? Silban los vientos y braman las lejanas olas ; las oigo y quiero acercarme á ellas.

(Sigue encaramándose por la peña.)

ELENA Y FAUSTO Y EL CORO. ¿ Quieres parecerte á los gamos ? Tememos de verte caer.

EUFORIÓN. Es preciso que siga subiendo, que mis miradas alcancen siempre más lejos. Ahora sé donde me hallo: en medio de la isla, en medio del país de Pelops que participa de la tierra y de la mar.

EL CORO. Si no quieres gozar de la calma del monte y del bosque, iremos en busca de las viñas dispuestas en hileras en las vertientes de las colinas; no nos faltarán los higos y las manzanas. ¡Ah! quédate, quédate en esta hermosa tierra.

EUFORIÓN. ¿Soñáis en la paz? Pues bien, que cada cual sueñe en lo que más le agrada. La guerra es mi divisa. ¡La victoria! esa es una palabra que suena bien.

EL CORO. El que en tiempo de paz echa de menos la guerra, renuncia á la esperanza y á la felicidad...

EUFORIÓN. No quiero ni olas ni murallas; el pecho del hombre, firme como el bronce, es la muralla más segura. ¿Queréis quedaros sin conquistas? Marchemos á la guerra armados á la ligera; las mujeres se vuelven amazonas, y cada niño se vuelve un héroe.

EL CORO. ¡Divina poesía! ¡Hermosa estrella, remóntate hacia el cielo, brilla lejos y siempre más lejos! Nos sigue y es un deleite oír su marcha armoniosa.

EUFORIÓN. Ya no soy un niño, sino el adolescente armado reunido con los fuertes, libres y bravos; ¡Partamos! Allá solo hallaremos el camino de la gloria.

FAUSTO Y ELENA. ¿Apenas entrado en la vida, ya ceseas salir de ella? ¿Nada somos para ti? ¿Será un sueño nuestra hermosa reunión?

EUFORIÓN. ¿No oís el trueno sobre el mar? ¿No lo oís en el valle, en el polvo y en las olas, en la multitud y el tumulto, hacia el dolor y el tormento? La muerte es una ley; eso se comprende fácilmente.

ELENA, FAUSTO Y EL CORO. ¡Qué horror! ¡Qué delirio! ¡La muerte es una ley para ti!

EUFORIÓN. ¿Debo dirigirme á otro país? No; ¡quiero mi parte de miseria y de desdicha!

LOS ANTERIORES. ¡Orgullo y peligro! — ¡Suerte fatal!

EUFORIÓN. ¡Dos alas se desplegan! Es preciso ir allá, allá! admirad mi vuelo.

Se lanza á los aires, sosteniéndolo por un momento su flotante vestido; su cabeza resplandece, es visible una traza de fuego.

EL CORO. ¡Ícaro! ¡Ícaro! ¡Acábense tantos dolores!

(Gae un hermoso joven al pie de los padres; uno cree reconocer en ese cadáver facciones conocidas; pero la forma material se disipa, sube la aureola como cometa hacia el cielo quedando los vestidos y el manto por el suelo.)

ELENA Y FAUSTO. ¡Amargas penas vienen inmediatamente después de la alegría!

EUFORIÓN (*voz salida de los abismos*). Madre mía, no me dejes solo en esta oscura mansión. (*Pausa.*)

EL CORO (*canto funebre*). ¡Dejarte solo! Qué importa el sitio donde habites! ¡Creemos conocerte bastante! Aunque abandones la luz del día, ningún corazón se separará de ti. Apenas nos atrevemos á compadecerte; envidiamos y celebramos tu suerte: ¡en la luz así como en las tinieblas, el amor y el valor fueron grandes en ti!

¡Ah! ni tu ilustre sangre, ni la fuerza de que estabas dotado bastaron á impedir este fin prematuro...

¡Fuistes arrebatado en la flor de la juventud!

Tuvistes un ojo de águila para contemplar el mundo; un alma abierta á todos los movimientos del corazón. Te amó con ardor la mejor de las mujeres, ó poeta de cantos incomparables!...

Nada ha podido detenerte, y tú mismo te has cogido

(1) Supónese que esta alegoría se refiere á lord Byron.

al lazo fatal! Te has enemistado sin temor con la ley y las costumbres. Sin embargo, en tus inspiraciones sublimes, has manifestado cuanto valía tu noble audacia. ¡Querías conseguir el más hermoso de los triunfos, mas eso fué lo que te perdió!

¿Quién tendrá mejor suerte? Triste pregunta que el destino cubre todavía con un velo, cuando en el más fatal de los días enmudecen los pueblos mientras chorrea su sangre. Pero ya se oyen nuevos cantos; ¡consolaos, nuestro suelo volverá á producirlos como siempre los ha producido!

Pausa completa. Cesa la música.

ELENA á Fausto. Me sucede claramente aquello de: « La belleza y la dicha no quedan por mucho tiempo unidas. » El lazo de la vida y del amor está roto; lo deploro y penetrada de dolor, te doy un triste adiós y por la postrera vez me arrojo en tus brazos.

¡Perséfone, acógeme! ¡Acoge á mi hijo!

Abraza á Fausto; todo lo que hay material en ella desaparece, el vestido y el velo quedan en las brazos de Fausto.

FORKIAS (á Fausto). Conserva bien lo que te queda de cuanto poseías. Ya se desprende de su vestido. Ya los demonios tiran de él para llevárselo. ¡Agárralo bien! La diosa ya no existe. La has perdido; pero su vestido es divino. Usa de ese don inestimable y levántate. Te transportará por los aires todo el tiempo que podrás mantenerte en él. Nos volveremos á ver, pero lejos, muy lejos de aquí.

El vestido de Elena transfórmase en nubes que envuelven á Fausto lo levantan, y lo elevan en los aires.

FORKIAS recoge del suelo el manto y la lira, los enseña y dice: Es una suerte que los hallo. Es verdad

que ha desaparecido la llama; pero no hay que compadecer por ello al mundo: basta esto para consagrar á los poetas futuros, para combatir la envidia y las estériles rencillas profesionales. Si no me es dado conferir el talento, al menos puedo prestar el hábito.

PANTALES. Ahora, apresuraos, jóvenes. Al fin ya estamos libres del encanto que nos imponía esa vieja sibila de Tesalia. Ya no oímos esa batahola de sonos confusos, que distraían el oído, y más aún el sentido interior. Descendamos al Hades. ¿No se ha ido allá la reina con pasos mesurados y graves? Que los de los fieles criadas sigan inmediatamente los suyos; la hallaremos cerca del trono de los que nadie ha penetrado.

EL CORO. Las reinas son reinas donde quiera; hasta en el Hades ocupan los primeros puestos; colocándose altivas cerca de sus iguales, compañeras de Perséfone; pero nosotras estamos desterradas bajo las profundas praderas de asfodelo entre los elevados álamos, en el seno de las praderas estériles. ¿Que distracción nos queda? Lastimeras como los murciélagos, ruidosas sin alegría como los espectros.

LA CORIFEA. El que no ha adquirido algún nombre, que no aspira á nada noble, pertenecé á los elementos; ¡pasad, pasad! Yo deseo ardientemente quedarme sola con mi reina; no sólo el mérito sino la fidelidad es lo que nos conserva la existencia.

(Parte.)

TODAS: Ya estamos devueltas á la luz del día: en realidad, ya no somos personas, lo concebimos, lo sabemos, pero jamás iremos hacia el Hades; la naturaleza eternamente viva, tiene derecho sobre nosotras como espíritu, y nosotras sobre ella como naturaleza.

UNA PARTE DEL CORO. Y nosotras en los silbidos y en los murmullos, en los dulces soplos de los céfiro,

atraemos jugueteando, llamamos suavemente las raíces de las fuentes vitales hacia las ramas, cuando por las hojas, cuando por las flores. Adornamos con transporte los cabellos que flotan libremente por los aires. Cuando se desprende la fruta, llora de alegría y de vida el entero pueblo y los rebaños se apiñan al instante para cogerla, para saborearla, descansando laboriosamente, y como ante los primeros dioses se postran ante nosotras.

OTRA PARTE DEL CORO. En este terso espejo que se extiende por las entrañas de estas murallas de rocas, nosotras nos plegamos cariñosas, nos movemos en dulces ondas; oímos y escuchamos todo sonido, el canto de las aves, los ruidos de los cañaverales, y aunque sea la voz formidable de Pan la que resuene, nuestra contestación está pronta. Si el viento silba, nosotras silbamos también; si truena, ruedan nuestros truenos y aumentan el espanto redoblando tres veces, diez veces nuestra contestación.

TERCERA PARTE DEL CORO. ¡ Hermanas! conmovidas, corremos con los arroyos, porque esta continuación de colinas, ricamente adornadas allá lejos, nos atrae. Siempre descendiendo, cada vez más profundamente, derramamos el agua, serpenteando como meandros, ya por la pradera, ya por el campo y ya por el jardín que rodea la casa. Allá lo indican las elevadas copas de los cipreses, allá lo dicen los paisajes, las frondosas riberas y el espejo de las ondas que aspiran al Éter.

PARTE CUARTA. Vagad, vosotras, por donde os plazca; nosotras nos enlazamos, nosotras zumbamos en torno de la colina plantada donde verdece la viña. La pasión del viñador nos hace ver allí todos los días y cada hora el feliz resultado de su amorosa labor; ya con el bacha, ya con la pala amontonando, cortando rea-

tando, siempre suplicando á todos los dioses y sobretudo al dios del sol. Baco poco se cuida de su fiel criado; reposa en las enramadas, y se apoya en las cavernas jugueteando con el más joven de las faunos. Todo cuanto necesita para su embriaguez lo deja siempre preparado en los antros, llenando los cántaros y los vasos conservados á derecha é izquierda en el fondo de estas cuevas eternas. Pero cuando todos los dioses, cuando Helios principalmente, formando aire, creando vapores, calentando, abrasando, han hecho el cuerno de la abundancia de los granos, en donde trabajaba el silencioso vendimiador, pronto se anima todo, y todas las enramadas se conmueven, y un ruido sordo se deja oír de cepa en cepa. Crujen las cestas, los cubos cabrillean, las canastas gimen por todas partes hacia la grande tina para la vigorosa danza de los vinateros. Y se pisa furiosamente la santa abundancia de los granos llenos de savia. Espumando y rebosando, todo se mezcla horriblemente machacado. Y ahora resuenan los sonidos de bronce de los tímboles y de las vasijas. Porque Dionisio ha levantado el velo de sus misterios, y se presenta con sus sátiros y sus hembras vacilantes, y el animal de largas orejas de Sileno viene en medio con su tono ronco y chillón. Nada se economiza: animales de pies ahorquillados huellan todo pudor; los sentidos se marean como en un torbellino, atúrdese el oído. Los hombres ebrios andan á tientas buscando las copas; las cabezas y los vientres están llenos. Uno ú otro resiste todavía, pero sólo sirve para aumentar el tumulto; para hacer lugar al vino nuevo, se vacían rápidamente los odres de las anteriores vendimias.

(Cae el telón, Forkiasse levanta como un gigante en el proscenio; baja del coturno, quitase su máscara y su velo, y se deja ver como Mefistófeles, para comentar, si fuere necesario, la pieza en el epílogo).

El campo de batalla.

Después de la muerte, ó más bien el aniquilamiento del fantasma adorado de Elena, Fausto se encuentra en la cima de una montaña, todavía deslumbrado con las visiones perdidas, que para él han sido reales, y han ocupado por algún tiempo la actividad de su alma. Mefistófeles viene á preguntarle si no está todavía cansado de la vida, si no lo ha agotado todo, la ciencia, la gloria, el amor del corazón, el amor de la inteligencia; si no está todavía satisfecho con haber podido sondear en vida dos infinitos, el tiempo y el espacio. ¿Qué puede desear ya? ¿La riqueza, el poder, el placer de los sentidos? Pero esas son fases de la existencia que Fausto ha atravesado sin detenerse en ellas.

— Ya veo, dice Mefistófeles, que es menester que pasemos á otra esfera; ésta se halla agotada, exprimida como una naranja, vacía. Hacia la luna es donde aspira ahora tu espíritu, bien lo conozco.

— Te equivocas, contesta Fausto, la tierra es todavía un teatro bastante vasto para la actividad que me queda. Quiero asombrar de admiración á las razas humanas; quiero dejar monumentos á mi paso; quiero arreglar en fin la naturaleza al molde ideal de mi pensamiento.

No más sueños: la gloria no es nada, pero la acción lo es todo.

— Sea, pues, á tu gusto, dice el diablo, que empieza á desconfiar de fatigar una inteligencia tan robusta; y dirigen desde luego su vuelo hacia el mundo material, y la vida humana principia á zumbir de nuevo en torno de ellos.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que han abandonado la corte del Emperador?

Años, instantes tal vez. Pero el Emperador vive todavía: la prosperidad financiera, improvisada por Mefistófeles no ha sido de larga duración. El papel-moneda se ha convertido en papel: las locas disipaciones de la corte han puesto al colmo la miseria pública. Gran parte del imperio se ha sublevado y el Emperador juega su corona en una batalla; Fausto ordena á Mefistófeles que le socorra, y se dispone é mismo á tomar parte en el combate, vestido con una tersa armadura. Tres personajes mágicos se hacen los edecanes del nuevo general, y Mefistófeles evoca de la tierra los innumerables fantasmas de las almas desaparecidas. El Emperador, colocado entre sus dos amigos, y temblando, les hace mil preguntas sobre estas horribles apariciones que se desarrollan en extrañas legiones, ya representando fuerzas capaces de vencer al mundo, ya inocentes nieblas alumbradas por los rayos del poniente. El auxilio de estos fantasmas no impide que las verdaderas tropas del Emperador sean derrotadas, hasta el punto de no quedar un brazo de carne y sangre que le proteja contra los atrevidos sublevados. En efecto, éstos no tardaron en reconocer que las lanzas que los amenazaban no hacían ninguna herida, y helos ya trepando á las alturas. Entonces Mefistófeles conjura á los espíritus de las fuentes subterráneas, para que envíen á la superficie de la tierra una inundación aparente. Las tropas enemigas se creen ahogadas al momento, como el ejército de Faraón, y se dispersan como un rebaño entre la niebla que extravía su vista y su pensamiento. El Emperador, dueño del campo de batalla, se ve muy pronto rodeado de los suyos. Sólo piensa ya en recompensar á los que le

fueron fieles. En este instante, todo el mundo lo ha sido, y cada uno da sus pruebas. Solo el arzobispo viene á pronunciar severas palabras, y á echar en cara al Emperador, que no ha sabido triunfar sino con el auxilio de las fuerzas infernales. Se le sosiega prometiéndole fabricar una magnífica iglesia en el mismo lugar de la batalla, y hacer al clero del imperio espléndidas donaciones.

Por lo demás, Fausto pide la concesión de un vasto reino en donde poder realizar sus planes y sus descubrimientos. Para no verse enredado en los miles lazos del derecho, de los recuerdos y de la propiedad, escoge un terreno virgen que él mismo se compromete á ganar en el mar. Y bien sea que, en efecto, retroceda el mar, y se contenga detrás de los diques inmensos, ó bien que un nuevo prestigio crea un país de ilusiones sobre los méganos áridos del Océano, Fausto se encuentra soberano de rica comarca, habitada por un pueblo pacífico. Un viajero, que en otro tiempo ha naufragado en estos mismos lugares, reconoce, al pasar, los escollos en que se estrelló su nave, convertidos hoy en pintorescas rocas, y ve que la línea azul del mar se ha retirado muy lejos al horizonte. Reconoce, sin embargo, en la altura, que antes era la playa, á dos venerables ancianos, personajes típicos formulados con los nombres de Filemón y Baucis. La anciana pareja que el día de su naufragio le había salvado de las olas, le cuenta cuantas maravillas presenciaron desde aquella época, y mueve la cabeza hablando del nuevo señor del país y de la prosperidad que ha derramado por todos sus contornos. Efectivamente, un asombroso palacio fué levantado en una noche; vastísimas selvas han salido de la tierra como la hierba; millares de casas resplandecen con los rayos del sol, é ininidad de canales llevan la

fecundidad por todas partes; y en un país tan vasto, no hay una imagen de Dios, ni una campana, ni una iglesia; el nombre del cielo expira allí entre los labios. Sólo en la antigua tierra firme ha quedado en pie una capilla vieja, todavía con su campana que resuena por el día, y su lámpara que luce en las tinieblas.

Un palacio, un gran parque, un gran canal.

FAUSTO, muy viejo, se pasea pensativo. LINCEO

LINCEO, *el vigía de la torre con la bocina.*

El sol se pone, las últimas embarcaciones entran alegremente en el puerto. Una gran nave está para llegar al canal. Los pabellones de mil colores flotan graciosamente al aire, los mástiles se levantan esbeltos. Por tí es feliz el marinero; la dicha te saluda con razón. Suenan las campanillas sobre los méganos.

FAUSTO, *despertándose.* ¡Malditas campanas! ¡La herida que me hacen me abrasa! ¡Delante de mí se extiende mi imperio al infinito; detrás de mí me provoca el pesar, y me recuerda con estos sonidos envidiosos que no es puro el origen de mis riquezas! Esa alfombra de hierba debajo de los tilos, esa casa vieja, esa pequeña iglesia ruinosas, no me pertenecen... y si fué á respirar allá abajo, esas sombras extranjeras me estremecerían; son una espina para los ojos, una espina para los pies. ¡Oh! que no estuviera yo lejos de aquí!

EL VIGÍA DE LA TORRE. ¡Qué deliciosamente surca las ondas esa nave impelida por un fresco céfiro! ¡Su rápida carrera nos trae cofres, cajas y sacos llenos de riquezas!

(Llega la nave cargada de producciones de todas partes.)

Noche profunda.

LINCEO, *cantando en las almenas*. Nacido para ver, pagado para divisar, sujeto en la torre, me encanta el mundo. Veo á lo lejos, veo cerca de mí la luna y las estrellas, la selva y el corzo. En todo veo la eterna belleza, y como eso me agrada, yo me agrado á mi mismo. ¡Levantarse, sobre ese mundo sombrío! Veo fuegos que centellean al través de la doble noche de los tilos... ¡Ay, la cabaña está ardiendo, la cabaña que estaba cubierta de musgo y situada en un paraje húmedo! De ese abrasador infierno se elevan entre las hojas y las ramas horribles lenguas de fuego. ¡Ah! ojos míos, por qué habéis de ver esto!; Por qué alcanzan vuestras miradas á tan larga distancia! La capilla se desploma aplastada con el peso de las ramas. Las llamas rodean ya la copa y hasta la raíz aniquilan de esos troncos huecos, rojos como la púrpura...

FAUSTO, *en el balcón mirando hacia los méganos*. ¿Qué canto lastimero oigo resonar allá arriba? Primero palabras, después sonidos. ¡Mi vigía se lamenta, y lo que acaba de suceder me aflige interiormente! ¡Pero qué importa que se hayan arruinado algunos tilos y reducido á troncos de carbón! Un vasto espacio quedará pronto despejado y mi vista se extenderá al infinito. Así veré la nueva habitación hecha para esa anciana pareja, que con el sentimiento de su virtud, acaba tranquilamente sus días.

MEFISTÓFELES, *y sus tres criados*. Henos aquí: hemos venido empleando todas las fuerzas de nuestros caballos. Perdonad si no ha salido bien todo. Al principio hemos llamado con grandes golpes, y nadie ha querido abrirnos: continuamos llamando, y cayó por el suelo la apollillada puerta. Nos pusimos á llamar á

gritos y con amenazas; pero parece que los viejos estaban aturdidos, y como suele suceder en semejantes casos, no podíamos hacerles comprender la razón, por lo que no hemos titubeado en sacarlos afuera por fuerza; mas se resistieron tanto que al fin cayeron en el suelo moribundos. Un extranjero, que estaba escondido en la casa y quiso defenderse, se le dejó muerto al lado de ellos. En un instante se encendió la paja con las ascuas que había alrededor de la cabaña. Miradla ahora cómo chisporrotea en el fuego y sirve de pira á los tres cuerpos.

FAUSTO. ¿Sois sordos cuando os hablo? Yo quería el cambio y no el robo. Yo aborrezco esa acción imprudente y tiránica. Caiga sobre vosotros mi maldición.

CORO. La antigua palabra resuena: ¡obedece á la fuerza! Y si tienes valor, si te mantienes firme, aventuras la casa, la corte y te aventuras á ti mismo.

(Salen.)

FAUSTO, *al balcón*. Las estrellas han perdido su claridad; la llama se extingue; el aire la hace brillar todavía, y trae hasta mí el humo y el vapor ¡Orden muy pronto dada y más pronto cumplida! ¿Qué vaga allí en la sombra?

CUATRO MUJERES CANOSAS *se adelantan*.

LA PRIMERA. Yo me llamo el Hambre.

LA SEGUNDA. Yo me llamo la Deuda.

LA TERCERA. Yo me llamo la Inquietud.

LA CUARTA. Yo me llamo la Angustia.

TRES DE ELLAS. La puerta está cerrada, y no podemos entrar. Ésta es la casa de un rico y nada tenemos que hacer en ella.

EL HAMBRE. En ellas me convierto en sombra.

LA DEUDA. En ella me convierto en nada.

LA ANGUSTIA. En ella apartan de mí la vista, no acostumbrada á mi presencia.

LA INQUIETUD. Vosotros, hermanas mías, nada podéis, ni debéis hacer aquí. Sólo la inquietud puede deslizarse por el ojo de la cerradura.

(La Inquietud desaparece.)

EL HAMBRE. Vosotras, sombrías compañeras, alejaos.

LA DEUDA. Yo me junto á ti y ando á tu lado.

LA ANGUSTIA. La Angustia os sigue.

LAS TRES. Las nubes pasan, las estrellas se velan. Allá detrás, muy lejos viene nuestra madre la muerte.

FAUSTO, *en el palacio*. Cuatro vi venir, y sólo tres se van. No puedo comprender sus palabras. Esa sonaba como angustia, después venía otra voz más lúgubre, la Muerte. Sonaba hueca y con la voz sorda del fantasma. No he podido librarme todavía de su impresión. ¡Si pudiera apartar la magia de mi camino, y olvidar las fórmulas cabalísticas! ¡Si yo pudiera, naturaleza, ser siquiera un hombre ante ti, eso valdría la pena de ser hombre! ¡Yo lo era en otro tiempo, antes de haber intentado penetrar tus velos; antes de haber maldecido con criminales acertos al mundo y á mí mismo! Ahora está el aire tan lleno de tales fantasmas, que es imposible librarme de ellos. Si el día puro y claro viene á sonreirnos un solo instante, la noche nos sumerge en los espesos velos del desvarío. Volvemos alegremente de los campos reverdecidos y de repente un ave grita... ¿qué grita? ¡Desdicha! ¡La desdicha! Jóvenes y viejos nos sorprende envueltos en los lazos de la superstición. Llega, se anuncia, avisa, y nos encontramos solos, espantados en su presencia.... La puerta rechina

y no entra nadie. (Aterrorizado). ¿Hay alguien aquí?

LA INQUIETUD. La contestación está en la pregunta.

FAUSTO. ¿Y quién eres tú?

LA INQUIETUD. Aquí estoy y nada más.

FAUSTO. Aléjate.

LA INQUIETUD. Estoy donde debo estar.

FAUSTO *al principio encolerizado, después sosegándose poco á poco*. Entonces no pronuncies ninguna palabra mágica... ¡Cuidado!

LA INQUIETUD. El oído no me escucha, murmuraré en el corazón; bajo diversas metamorfosis ejerzo mi espantoso poder; en el sendero, en las ondas, eterna compañera de la Angustia, siempre encontrada, jamás buscada, ya acariciada, ya maldita. ¿No has conocido nunca la inquietud?

FAUSTO. Yo no he hecho más que correr el mundo agarrando todo placer por los cabellos, desdeñando lo que no podía bastarme y dejando ir lo que se me escapaba. Y no he hecho más que satisfacer y desear continuamente, y así he precipitado mi vida en una continua acción. Grande y poderoso en un principio, ando ahora con circunspección. El círculo de la tierra no es bastante conocido. Nos está prohibido mirar al otro mundo. ¡Qué insensato es el que dirige sus inquietas miradas hacia allá y se imagina hallarse sobre las nubes, sobre sus semejantes! Que se agarre firme de esta tierra; el mundo no es mundo para el hombre que vale algo. ¿Á qué vagar en la eternidad? Todo lo que conoce el hombre, puede alcanzarlo. Que siga pues su camino, sin asustarse de los fantasmas; que ande, encontrará la desgracia y la felicidad; él que está siempre descontento de todo, del mal como del bien.

LA INQUIETUD. Cuando llego á apoderarme de alguno, de nada le sirve el mundo entero: eternas tinieblas lo

cubren, el sol no sale ni se pone para él; sus sentidos, por perfectos que sean, están envueltos en la oscuridad. Ningún tesoro sabe poseer: la dicha y la desdicha se convierten en caprichos. Muere de hambre en el seno de la abundancia. Delicias y tormentos todo lo deja para más tarde; nada espera del porvenir, ni tiene nunca presente.

FAUSTO. ¡Cállate! no quiero oír un despropósito. Vete de aquí; esa letanía volvería loco al más sabio.

LA INQUIETUD. Sea que deba ir, sea que deba venir, siempre le falta la resolución. En medio de un camino trillado titubea y vacilan sus pasos. Se extravía cada vez más, todo lo ve caprichosamente, fastidiándose á sí mismo y á los demás, respirando y ahogándose á un tiempo; ni vivo ni muerto: sin abatimiento, sin resignación; en una continua inquietud; sintiendo lo que hace, aborreciendo lo que debe hacer; ya libre, ya prisionero; sin sueño, ni consuelo, siempre fijo en su sitio y preparado para el infierno.

FAUSTO. ¡Miserables fantasmas! Así es como obráis mil y mil veces con la raza humana: así cambiáis los días indiferentes en horribles torturas. Lo sé, difícilmente sacude uno á los espíritus de las tinieblas; pero tu fuerza, ¡oh inquietud rastrera y poderosa, no la reconoceré yo.

LA INQUIETUD. Ve pues con qué rapidez parto, lanzándote imprecaciones. Los hombres están ciegos toda su vida: ¡ahora bien, Fausto, sólo tú al fin de la tuya!

(Le sopla en la cara.)

FAUSTO *ciego*. Parece que la noche se ha hecho más oscura, pero interiormente brilla una luz deslumbrante. Quiero apresurarme á cumplir lo que tengo pensado. Sólo la palabra de Dios tiene poder. ¡Oh! vosotros,

criados míos, levantaos de vuestros lechos uno tras otro, y haced ver lo que tan audazmente he meditado; tomad el instrumento, agitada la pala y la estaca, es preciso que se concluya esta obra: el orden y la aplicación los corona siempre el buen éxito; acábase una obra de las más grandes, una sola mente basta para mil manos.

Gran vestibulo de palacio. — Hachones.

MEFISTÓFELES, *como guardián al frente*. Venid, venid; entrad, entrad, larvas perezosas, formadas de fibras, venas y huesos, medio compuestas y reanimadas.

LARVAS *en coro*. Henos prontas; porque, según lo que hemos sabido, se trata de una vasta comarca que tenemos que ocupar.

MEFISTÓFELES. No se trata aquí de trabajos artificiales, proceded según las reglas ordinarias. La más grande se tenderá tan larga como es: vosotras cavaréis el césped alrededor de ella. Como se ha hecho para nuestros padres, haced una excavación oblonga y cuadrada, fuera del palacio, una casa estrecha; ese es el fin imbecil de todo el mundo.

LARVAS, *cavando con gestos burlones*. ¡Oh! ¡qué joven era yo! vivía, amaba ¡y era esto tan dulce! Donde quiera que herían mis oídos sonidos alegres, mis pies se movían por sí solos. Y he ahí cómo me hirió con sus muletas la solapada vejez: he tropezado en la puerta de la tumba; ¡por qué estaría abierta?

FAUSTO, *saliendo del palacio, palpando las columnas de la puerta*. Como me alegra el ruido de las palas, así me lisonjea la multitud, que reconcilia consigo misma á la tierra, que pone límites á las olas y que rodea el mar con una especie de cadena.

MEFISTÓFELES (*á parte*). Sólo trabajas para nosotros con todos tus diques y tus playas; que con eso preparas una gran comida al demonio del mar, á Neptuno. De todos modos estás perdido. Los elementos se han concertado con nosotros, y todo va á parar á la destrucción.

FAUSTO. ¡Guardián!

MEFISTÓFELES. Aquí estoy.

FAUSTO. Trabajador, trabaja cuanto puedas. Anímalos por medio del placer y de la severidad; paga, engaña, apúralos. Todos los días quiero saber los progresos que se hacen en el foso.

MEFISTÓFELES, *en voz baja*. Se habla según lo que tengo entendido, no de un foso, sino de una fosa.

FAUSTO. Un pantano se va extendiendo al pie de las montañas é infecta todo cuanto hemos adquirido hasta ahora. Secar esa laguna mefítica sería la conclusión de nuestra obra. Podría ofrecer á millones de hombres vastas llanuras, donde vivir, sino libres, al menos con seguridad. He aquí verdes y fértiles campos: hombres y rebaños descansan gozosos sobre esa nueva tierra, prendados de las colinas que han levantado con su afanoso trabajo.

¡Un paraíso en la tierra! Que las olas bramen afuera hasta las mismas orillas; que las laman para abrirse un camino, que á medida que lo consigan, nosotros nos apresuraremos á cerrar la brecha.

Sí, yo me abandono á la fe de esta palabra que es el fin de la sabiduría. Solo es digno de la libertad y de la vida aquel que todos los días se dedica á conquistarlas, y en ello emplea sin cuidarse del peligro, primero su ardor de niño, y después su inteligencia de hombre. ¡Oh! goce yo del espectáculo de semejante actividad, y viva con un pueblo libre en una tierra de libertad! En tan feliz instante podría yo decir:

« ¡Detente todavía! ¡eres tan bello! » Las huellas de mis días en la tierra no podrian borrarse con el tiempo... Sólo con el presentimiento de semejante dicha, disfruto ahora del momento más bello de mi vida.

(Fausto cae, las larvas lo cogen y lo colocan en la tumba.)

MEFISTÓFELES. Ningún placer lo satisface, ninguna dicha le basta. ¡Así se lanza siempre tras de las imágenes mudables. ¡Por vacío y despreciable que fuese el último instante, hubiera querido detenerlo el desdichado! ¡Quedó victorioso el tiempo! Allí yace el viejo sobre la arena. (*La hora se para...*)

EL CORO. ¡Se para! está callada como la medianoche.

(Cae el minutero.)

MEFISTÓFELES. ¡ Ya cayó! ¡ Todo está cumplido!

EL CORO. ¡ Todo ha pasado!

MEFISTÓFELES. ¡ Pasado! palabra necia. ¿ Por qué ha pasado? Lo que ha pasado y la pura nada ¿ no es exactamente lo mismo? ¿ Qué nos quiere, pues, esta eterna creación, si todo lo que fué creado va á sumergirse en la nada? « ¡ Ha pasado! » ¿ Qué quiere decir esto? ¡ Lo pasado es como si jamás hubiera existido! Y sin embargo, todavía se mueve en cierta región, como si aún existiera ¿ Por qué?... Á mí me agradaría más el simple vacío eterno.

EPÍLOGO

Fausto ha muerto, el pacto se ha cumplido, la apuesta parece ganada. Mefistófeles junto al cadáver llama en su ayuda á las negras legiones. El alma todavía unida al cuerpo va á desprenderse de él como un fruto maduro. Pero esta alma poderosa ha resistido hasta el último momento. El sonido de la campana mística había llegado hasta su oído. Un pensamiento divino lo había llenado y embriagado en el instante supremo. Los ángeles llegan también cerca del cuerpo, al mismo tiempo que los demonios. Las infernales cohortes se retiran sin resistencia. El Hosanna basta para ponerlas en desorden. Mefistófeles, siempre sombrío y burlón, se dirige con arrogancia al centro de los ejércitos celestiales. Allí quiere hacer valer sus derechos, discute, arguye como un doctor sobre la letra del tratado. Los ángeles le responden con cánticos, y desarrollan delante de él todo el esplendor de sus falanges. Una lluvia de rosas cae sobre el suelo. El éter resuena melodiosamente. El mismo diablo se siente seducido por este espectáculo. La duda de su propia negación lo sobrecoge.

Arrastrado tanto tiempo por el alma sublime de Fausto, á través de las esferas infinitas, entre todas las bellezas de la creación, en el laberinto del mundo antiguo, que ignoraba, y cuyos fantasmas de sabios y de dioses han hablado con él, el diablo, hijo de los

tiempos nuevos, ha perdido mucha parte de su orgullo y de su odio : protesta siempre como antes lo hemos visto ; pero la verdad se infiltra, á pesar suyo, en su espíritu rebelde. Los cantos celestiales le parecen dulcísimos. El perfume de las rosas celestiales acaricia su olfato. Hasta la admirable belleza de los ángeles lo seduce y le inspira palabras de deseo y de amor. En medio de estos ángeles, de estas flores, de estas rondas de espíritus juguetones, el viejo diablo se parece al sátiro antiguo enlazado por niños. Esta doble imagen participa de la alianza del mundo antiguo y del mundo nuevo, intentada por el poeta. Se prevee que el diablo será perdonado algún día según el voto de santa Teresa. El ángel caído deja arrebatarse el alma de Fausto, mientras sueña con el paraíso.

Despertado por los cánticos de triunfo de los ángeles, que se remontan al cielo con su presa, Mefistófeles se lamenta como el avaro que ha perdido su tesoro :

— ¿Qué hay ? ¿Qué se han hecho ? ¡ Conque me he dejado engañar por esta raza que me roba el fruto de mi trabajo ! Para eso andaban alrededor de la tumba. Un grande, un singular tesoro me han quitado. Esa grande alma que se me había entregado me la han llevado por medio de la astucia. ¿ Á quién quejarme ahora ? ¿ Quién juzgará el derecho que había adquirido yo ? Hete ahí engañado en tu vejez, y lo has merecido ; ¡ has perdido á tu gusto tus negocios ! ¡ Un deseo insensato, un capricho vulgar, un absurdo pensamiento de amor te ha extraviado á ti, el demonio !... Y cuando todo tu ingenio y toda tu experiencia habían sabido tan bien manejar esta necia empresa ; ¡ he ahí que por un momento de insigne locura, el desenlace te es fatal !

Arrebatada lejos de la tierra por los espíritus del cielo, el alma de Fausto atraviesa primero una región intermedia, en la cual oran santos anacoretas, á quienes el autor da los nombres místicos de *Pater extaticus*, *Pater profundus*, *Pater seraphicus*. En esta soledad celestial se purifican las almas, y dejan de paso las últimas manchas de su vestido terrestre. Otra esfera superior todavía, está habitada por los *hijos de medianoche* y los ángeles novicios que desde allí transmiten el alma á las santas mujeres, sobre las cuales reina la soberana del cielo, *Mater gloriosa*.

Las tres grandes penitentes, Magdalena, la Samaritana y María Egipciaca, cantan un himno á la Virgen Santísima, implorando en su favor. Margarita, después de ellas, intercede por el alma de Fausto, repitiendo algunas palabras de la misma oración que dirigía en la primera parte á la imagen de *Mater dolorosa*.

El cielo perdona: el alma de Fausto, regenerada, es acogida por los espíritus bienaventurados; y el autor parece dar por conclusión, que el verdadero genio, aún separado por mucho tiempo del pensamiento del cielo, vuelve siempre á él, como al fin inevitable de toda ciencia y de toda actividad.

En el cielo.

LAS TRES PENITENTES

MAGNA PECCATRIX (S. LUCE, VIII, 36), MULIER SAMARITANA (S. Joh., VI). MARIA ÆGYPTIACA (*Acta Sanctorum*).

CORO. Tú que nunca has negado á las grandes peccadoras el permiso de arrimarse á tí; tú que has hecho dubir á la eternidad la penitencia sentida en el fondo

del corazón, dignate acoger esta buen alma que no ha pecado más que una vez y que nunca había presentado su culpa; dignate perdonarle.

UNA PENITENTE, *Llamada antes Margarita*. ¡Deja caer tú sin igual, tú radiante, deja caer tu mirada de perdón sobre mi dicha! ¡El amante de mi juventud, libre de los dolores de la vida. vuelve á mi lado!

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS se acercan formando un círculo. Nos sobrepuja ya en la fuerza de su estatura. Re-compensará dignamente nuestras atenciones, nuestra fidelidad y nuestra solicitud; desde temprano fuimos separados de los coros alegres de los hombres; pero éste mucho ha aprendido y á nuestra vez de él aprenderemos.

LA PENITENTE, *llamada antes Margarita*. El recién llegado cree estar soñando al verse rodeado por el noble coro de los espíritus. Apenas ha previsto esta nueva vida y ya se parece á la santa falange. ¡Mira cómo se desprende de todo lazo terrestre! ¡Cómo arroja su antigua corteza y cómo brilla la fuerza de la primera juventud en su túnica etérea! Permíteme que lo guíe y lo instruya, pues la nueva luz lo deslumbra todavía.

MATER GLORIOSA. ¡Ven, sube hasta las esferas superiores! ¡Tan luego como presienta tu presencia, te seguirá!

COROS CELESTES.

LEYENDA DE FAUSTO

ESCRITA POR VIDMÁNN

Del origen de Fausto y sus estudios.

El doctor Fausto fué hijo de un aldeano natural de Veimart, ciudad situada en las márgenes del Rhod; tuvo en Wittenberg muchos parientes muy honrados y buenos cristianos, entre los cuales debe contarse á un tío suyo muy rico, que viéndose sin herederos, tomó por hijo á Fausto, educándolo y haciéndole estudiar teología. Pero Fausto se separó del buen camino que le trazaban, y abusó de la palabra de Dios: y hemos visto aquella parentela honrada y opulenta compuesta de individuos estimados y calificados de prudentes, de íntegros, desaparecer completamente, sin dejar más nombre en la historia que si no hubiera vivido en su impía descendencia. Sin embargo, es cierto, como fué notorio en Wittenberg, que los padres del doctor Fausto se alegraron en extremo de que su tío lo tomase como hijo; y que, como después notaron su excelente ingenio y su memoria, tuvieron con él el cuidado que Job (cap. 4.º) tenía con sus hijos procurando no ofendiesen á Dios. Sucede con frecuencia, que los padres impíos tienen hijos perdidos y mal aconsejados como se ha visto en Cham (Gén. 4), en Rub (Gén. 49), y en Absalón (2 Reg. 15, 18). Sabido es que acontece lo que digo, cuando los padres abandonan su deber y

la solicitud, que al menos les disculparía. Tales hay que no son más que máscaras, al mismo tiempo que manchas para sus hijos, en cuyo caso se hallaban los padres de Fausto al dirigir á su hijo. En su juventud le dejaron obrar á su antojo, sin sujetarle al estudio. Cuando vieron su cabeza é inclinación malignas, que le disgustaba la teología, y que además se creía y se decía de público que se dedicaba á encantamientos, debían haberle reprendido y sacado de sus proyectos, como de sueños y de locuras que eran, sin minorar sus faltas, á fin de que no fuese culpable por más tiempo.

Pero volvamos á la historia. Habiendo pues, concluido el doctor Fausto todos sus estudios, y recorrido los más sublimes capítulos de las ciencias, para ser calificado y aprobado, estudió más á fin de ser examinado de maestro por los rectores; y rodeado de diez y seis maestros, por quienes fué oído é interrogado diestramente, salió victorioso en la discusión, y habiéndole reconocido con suficientes conocimientos, fué graduado de doctor en teología.

Después continuó con la locura y el orgullo de un atrevido especulador, abandonándose á las malas compañías, dejando la Sagrada Escritura debajo de la mesa, y trayendo una vida disoluta é impía, como luego lo hace ver esta historia.

Cierto, muy cierto es el dicho vulgar: « quien está conjurado al diablo, no puede descansar ni precaverse. » Oyó decir el doctor Fausto que en Cracovia, reino de Polonia, había habido una grande y celebrísima escuela de magia, en la que se reunía tal gente, con palabras caldeas, persas, arábicas y griegas; con figuras, caracteres, conjuraciones y voces, que se podían llamar exorcismos, y con las artes dardáneas, la nigromancia, los hechizos, las brujerías, la adivinación, los

encantamientos, y con libros y términos inimaginables. Todo esto entusiasmó á Fausto de manera, que día y noche sólo pensaba en estudiarlo é inquirirlo, y renunciando para siempre el nombre de teólogo, se hizo hombre mundano, astrólogo, matemático, y se llamó doctor en medicina. Se hizo droguista, y al punto se le vió curar en varios pueblos con sus drogas, sus hierbas, sus raíces, aguas, pociones, recetas y lavativas. Luego, sin saber como, se metió á hablar de la Escritura, como si estuviera muy versado en su texto divino. Pero nuestro Señor Jesúcristo dice: « quien sabe la voluntad de su señor, y no la cumple, tendrá doble castigo. » Y « ninguno puede servir á dos amos. » Y « no tentarás al Señor tu Dios. »

Fausto se hizo merecedor de todos estos castigos, y encenagó su alma en el placer, hasta tal punto, que llegó á persuadirse de que no era culpable.

El criado de Fausto.

Servía al doctor Fausto un joven que él, cuando estudiaba en Wittenberg, había educado á su manera, quien vió todas las ilusiones de su amo, todas sus magias y su arte diabólica. Era este muchacho, cuando llegó á Wittenberg, vicioso y calavera. Llamábase Cristóbal Wagner. Pronto se hizo criado de Fausto, quien se entendía tan bien con él, que le llamaba su hijo. Cristóbal, por su parte, seguía al Doctor á donde quiera.

El doctor Fausto conjura al diablo por primera vez.

Fausto se internó en un bosque espeso y oscuro, situado cerca de Wittenberg, llamado el bosque de Mangealle, que él conocía muy bien hacia mucho tiempo. En este bosque, á la entrada de una noche, en

una encrucijada de cuatro caminos, hizo con una vara un gran círculo, y dentro de este círculo otros dos. Así conjuró al diablo, entre nueve y diez de la noche, y el diablo, cediendo al punto á su deseo, se apareció detrás de Fausto y le dijo:

— ¡Ea, pues! quiero sondar tu corazón y tu pensamiento; que me los descubras hasta sus pliegues más recónditos; que no sólo me entregues tu cuerpo, sino también tu alma; que me seas obediente, y te enviaré adonde determine, para realizar mi proyecto.

De este modo el diablo sedujo á Fausto y se apoderó de él.

Entonces el Doctor volvió á conjurar al diablo con tales esfuerzos, que el diablo empezó á obrar como si quisiera trastornar el mundo. Dobló los árboles hasta la tierra; llenó el bosque de diablos, que se veían en medio y alrededor del círculo, corriendo de uno á otro lado en confusión, saliéndose del círculo y disparándose en seguida á su centro con un estruendo semejante al de mil cañonazos, convirtiendo aquel lugar en un verdadero infierno. Y además reunió allí toda clase de instrumentos que producían dulcísimos acordes, y algunos bailes, y hasta torneos, con lanzas y con espadas, de suerte que á Fausto se le hizo el tiempo demasiado largo, y pensó en huir fuera del círculo. Tomó al fin una resolución única y abandonada ya. Se quedó allí, y sosteniéndose en su primera intención (Dios lo permitió, para que pudiese continuar), se puso de nuevo á conjurar al diablo como antes, á fin de que se hiciera visible á sus ojos en la forma siguiente: Se le apareció alrededor del círculo un grifo, y después un dragón de más de cinco varas de largo, hediendo á azufre y bufando. Y cuando Fausto hacía los encantamientos, aquel animal rechinaba horri-

blemente los dientes, y se tendía de repente, y se hacia luego una bola de fuego, todo de una manera tan extraña, que el doctor Fausto sintió un espanto terrible. Sin embargo, prosiguió en su determinación, y aun tuyo más audacia... pensó en someter al diablo. Un día, hallándose Fausto con sus condiscipulos, se jactó de que llegaría á dominar la cabeza más alta que hubiese en la tierra. Y los estudiantes le contestaron que no conocían cabeza más alta que el Papa, el Emperador ó el Rey. Á lo que replicó Fausto :

La cabeza que ha de sometérsome es todavía más alta, que, como está escrito en la Epístola de San Pablo á los Efesios, « es el príncipe del mundo sobre la tierra y debajo del cielo. »

Así, pues, conjuró esta estrella una, dos y tres veces, y se vió una viga de fuego, sobre la cual había un hombre que se consumió poco á poco, y luego se vieron seis globos encendidos como pabilos, que se elevaron uno sobre otro en forma de columna. y después estos globos fueron tomando la figura de un hombre de fuego, que iba y venia siempre alrededor del círculo, por más de un cuarto de hora.

Como se llamaba el diablo que visitó á Fausto.

El doctor Fausto preguntó al diablo cual era su nombre. El diablo le respondió que se llamaba Mefistófoles.

Cuales fueron las condiciones del pacto.

Entre tres y cuatro de la tarde, el diablo volátil se apareció otra vez á Fausto, y le dijo :

— He cumplido tu orden, y ya debes mandarme. Por lo tanto, vengo dispuesto á obedecerte, sean cualesquiera tus deseos, como te he obedecido al

presentarme ante ti en este instante, según tu voluntad. Entonces Fausto, todavía con un alma miserable, irresoluto, viendo que no podía diferir la hora señalada, porque un hombre, una vez llevado á tal punto, por más que le sea dado aún disponer de su alma, su cuerpo pertenece exclusivamente al diablo, le contestó y le hizo las proposiciones siguientes:

Primera. Que había de poder darle la forma y representación espiritual que le acomodase, y hacer que en aquella forma determinada se le apareciese.

Segunda. Que el espíritu había de ejecutar cuanto él le ordenase, y había de proporcionarle cuanto le pidiese.

Tercera. Que había de servirle diligente, sumiso y obediente como un lacayo.

Cuarta. Que á cualquier hora que le llamase había de hallarse en casa.

Quinta. Que en ella había de gobernarse, de suerte que nadie pudiese conocerle ni verle más que él.

Y por último : que siempre que él le llamase, había de presentarse precisamente en la figura que á él se le antojase.

El diablo le respondió que desde aquel momento consentía, y prestaría obediencia á cuanto acababa de decirle, y que él quería proponerle otros artículos, que una vez obedecidos, nada faltaba ya.

Los artículos que el diablo le propuso, fueron éstos :

Primero. Que Fausto le prometiese y jurase que sería suyo, esto es, posesión y disfrute del diablo.

Segundo. Que para mayor seguridad se ratificase con su propia sangre, y que con su sangre escribiese dicho traspaso y donación de su persona.

Tercero. Que sería enemigo de todos los cristianos.

Cuarto. Que no se dejaría seducir por los que quisiesen convertirle.

En seguida, con la condición de no faltar á estos artículos, el diablo se obligó á dar á Fausto ciertos años de vida, la satisfacción de todos sus deseos, y el poder para mandarle y transformarle como y cuando quisiese.

Fausto se entregó de tal modo á la locura y á la soberbia del espíritu, que habiendo pecado una vez, no volvió á acordarse de la beatitud de su alma; se abandonó al diablo, y le juró sujetarse al pacto que queda referido.

Pensaba que el diablo no sería tan malo como se le pintaba, ni el infierno tan terrible como se decía.

Obligación del doctor Fausto.

Después de todo lo dicho, el doctor Fausto, á más de su insolente sumisión al diablo, firmó una obligación, que fué hallada en su casa después de su mísera partida de este mundo y que es un acto horrible y abominable.

Lo que intento demostrar evidentemente para instrucción y ejemplo de los buenos cristianos, á fin de que nada tengan que ver con el diablo, y puedan arrancar de entre sus garras sus cuerpos y sus almas, contando como Fausto se abandonó ignominiosamente á su ruin criado, según se apellidaba por sus diabólicas obras, imitando en su conducta á los Partos, quienes se obligaban unos á otros. Digo, pues, que el doctor Fausto tomó un cuchillo de punta y se picó una vena en la mano izquierda...

En su mano así herida se vieron escritas, como con sangre de muerto, estas palabras latinas: *O homo, fuge!* que quieren decir: ¡Oh hombre! huye del mal y practica el bien.

— En seguida, recibiendo Fausto su sangre en una

teja, echó en ella carbones hechos ascua, y escribió:

« Yo, Juan Fausto, doctor, por este escrito de mi propia mano, declaro: que después de haberme dedicado á especular los elementos, y después de los dones que me han sido concedidos por el cielo, los que no hallaron asiento en mi razón, sin que yo haya enseñado á los hombres lo contrario, desde ahora para siempre jamás, me doy á un espíritu que se llama Mefistófeles, criado del príncipe infernal de Oriente, con las condiciones pactadas entre él y yo, de que él me enseñará mi predestinación, que estará sujeto en todo á mi voluntad, y que existiré veinticuatro años contados desde esta fecha, durante los cuales, viviendo como él me enseñará, en su arte, su ciencia y sus invenciones, me conservará, gobernará, dirigirá y hará toda especie de beneficio, con todo lo necesario á mi alma, á mi carne, á mi sangre y á mi salud. Por lo tanto, renuncio á todo lo que tengo del Señor del cielo y de los hombres, entregándome enteramente á él. Para mayor certeza y confirmación, escribo la obligación presente con mi propia mano, y la firmo con mi propia sangre, que me he sacado expresamente para esto, por mi gusto, con mis sentidos, mi pensamiento y mi juicio, habiéndolo acordado, resuelto y sellado, etc. »

Fausto presentó este documento á su diablo, y le dijo:

— Mira, ahí tienes nuestro pacto.

Mefistófeles tomó el contrato, y habiendo querido además que el Doctor le sacase de él una copia, el desdichado Fausto se la dió.

Los huéspedes del doctor Fausto se quieren cortar la nariz.

El doctor Fausto había invitado á cenar en cierto sitio á algunos hombres de calidad, sin que de ante-

mano hubiese preparado cosa alguna. Cuando llegaron, vieron ya cubierta la mesa; pero en la cocina no había ni siquiera lumbre. Aquella misma noche se celebraba la boda de un rico y honrado propietario, y todos sus criados habían estado ocupados mucho tiempo con objeto de obsequiar con una buena comida á las personas á quienes se había convidado. Fausto, que lo supo, mandó á su espíritu, que en la casa donde se celebraba la boda robase una porción de manjares ya compuestos y se los trajese para sus huéspedes.

De repente penetró en aquella casa por puertas, ventanas, y chimeneas un viento tan fuerte, que apagó todas sus luces. Luego que cesó el viento, se encendieron éstas súbitamente, y después que todo el mundo se repuso de la sorpresa, conociendo la causa de aquel trastorno, hallaron que de un plato faltaba un asado, de otro una polla, de otro un ganso, y que de la caldera faltaban también pescados grandes.

Inmediatamente se encontraron provistos Fausto y sus convidados. Sólo carecían de vino, y Mefistófeles hizo un viaje á Florencia, á las bodegas de Fugres y lo trajo al instante. Cuando hubieron concluido, desearon los huéspedes que Fausto les diese el placer de hacer algún encantamiento, que era para lo que principalmente habían venido.

Entonces, el doctor Fausto hizo aparecer sobre la mesa una vid con sus racimos de uvas de las que todos quisieron comer. Después les dijo, que tomasen un cuchillo y viesan si podían cortar alguna; mas lo intentaron en vano. Fausto se separó de sus convidados por un momento. Á su vuelta se agarraron de la nariz unos á otros, armados de cuchillo. En seguida, cuando les pareció, pudieron tomar las uvas; pero... las hubieran querido maduras.

Elena encantada en un domingo.

Un domingo, sin que Fausto los hubiese convidado se presentaron á comer con él unos estudiantes trayendo consigo varias viandas y vino, como gente naturalmente gastadora.

Cuando el vino principió á producir sus efectos, hablaron sobre la hermosura de las mujeres, y uno de ellos dijo, que por su parte no quisiera ver otra belleza que la de Elena de Grecia, que no podía menos de ser extraordinariamente bella habiendo sido robada tantas veces, y dado origen á la total ruina de Troya.

Á lo que respondió Fausto:

— Pues que mostráis tantos deseos de ver á la bella reina Elena, esposa de Menelao, hija de Tindaro y de Leda, y hermana de Castor y de Polux, que sin duda fué la más hermosa de Grecia, quiero hacéroslo venir, y que la veáis á ella misma, con la misma figura que tenía.

Para lo cual el doctor Fausto, previniendo á sus compañeros que no pronunciasen una palabra, ni se levantasen de la mesa, ni se moviesen con objeto de acariciarla, se salió de la sala.

Á su vuelta, según iba entrando, le seguía la reina Elena, á pie, tan admirablemente hermosa, que los estudiantes llegaron á dudar de su existencia; tal fué su sorpresa y su transporte.

Vestía Elena un precioso traje de púrpura: la cabellera, que le llegaba hasta más abajo de las rodillas, era mejor que de oro: sus grandes ojos negros destellaban amor: tenía una cabeza perfectamente formada con labios encarnados como cerezas, boca pequeña, un cuello largo y blanco como el del cisne, mejillas de encendida rosa, cutis brillante, talle largo

derecho y proporcionado. En fin, hubiera sido imposible encontrar en ella una sola imperfección. Dejóse, pues, ver por la sala tan sumamente linda, que los estudiantes se inflamaron en su amor, y si no supieran que aquello no era más que un espíritu, no hubieran podido contener sus deseos de abrazarla.

Después se retiró con Fausto.

El hijo de Fausto y de Elena.

Tratando el espíritu de dar al doctor Fausto placer con su miserable carne, hizo que, en la forma que la había representado á los estudiantes, se le apareciese á media noche la hermosa Elena de Grecia, inclinándose sobre su seno con un semblante enamorado y encantador. Viéndola el doctor Fausto, se rindió tanto á sus hechizos, que la hizo su querida, y no podía separar de ella los ojos. De sus amores resultó Elena embarazada, y dió á luz un niño, con gran regocijo de Fausto, quien le llamó Justo Fausto. Pero como le tuvo á la fin de su vida, este niño se disipó como la madre.

Lamentaciones y gemidos del doctor Fausto.

Corrían las horas para el doctor Fausto como un reloj cuya cuerda se rompe al acabar de dársela. Estaba profundamente afligido, gemía, lloraba y deliraba, batiendo los pies y las manos como un desesperado. Era enemigo de sí mismo y de todos los hombres, y hasta se encerró por no poder sufrir la vista de nadie, ni aún del mismo Mefistófeles. Por eso he querido insertar aquí una de sus lamentaciones, que se ha encontrado escrita.

¡ Ah Fausto ! Tienes un corazón descarriado y desnaturalizado, el cual, por estar en tu cuerpo, está

condenado al fuego eterno. Cuando podías haber obtenido la beatitud, la has perdido instantáneamente ! ¡ Ah libre voluntad ! ¿ Eres tú quien ha redimido mis miembros, que ya no podrán ver sino su destrucción ? ¡ Ah misericordia y venganza ! ¿ Qué ocasión pude tener para empeñarme, y abandonarme como una alhaja cualquiera ? ¡ Oh indignación y compasión ! ¿ por qué habré nacido hombre ? ¡ Oh tormentos que tengo que aguantar ! ¡ Ah, ah ! ¡ qué desgraciado soy ! ¡ Ay ! ¿ qué me sirve quejarme ?

¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ ah ! ¡ qué hombre tan despreciable soy ! ¡ Oh infeliz y miserable Fausto ! Bien perteneces á la multitud de desdichados, tú, que tienes que sufrir los terribles dolores de la muerte, y de la muerte más cruel que jamás criatura desdichada haya sufrido. ¡ Ah, mis sentidos depravados, mi voluntad corrompida, mi presunción, y mi libertinaje ! ¡ Oh mi vida frágil inconstante ! ¡ Oh tú, que has hecho mis miembros y mi cuerpo, y mi alma, tan ciegos como tú eres, voluptuosidad efímera, á qué penas y trabajos me has arrastrado, vendando y oscureciendo mis ojos ! ¡ Ay mi triste pensamiento ! Y tú, trastornada alma mía, ¿ en dónde está tu razón ? ¡ Oh miserable trabajo ! ¡ Oh dudosa esperanza ! que jamás haya memoria de ti. ¡ Ah ! fastidio, tras de fastidio, tormento sobre tormento ! ¡ Ay de mi ! Pesares, ¿ quién me librará de vosotros ? ¿ En dónde me ocultaré ? ¿ Adónde huiré ?... ¡ Estoy donde quise estar !... ¡ estoy perdido !!!...

Á tal lamentación se apareció á Fausto en espíritu Mefistófeles, insultándole con sus palabras injuriosas de reprobación y mofa.

De cómo el doctor Fausto fué al infierno.
Estaba tan hondamente pesaroso el doctor Fausto.

que sólo pensaba y soñaba con el infierno. Pidió á su criado Mefistófeles que le proporcionase ocasión de hablar á sus señores Lucifer y Belial ; pero éstos le enviaron un diablo llamado Belcebú, comandante debajo del cielo, quien se presentó á Fausto, y le preguntó qué deseaba. Fausto le contestó, que si había algún espíritu que pudiese conducirle al infierno, de suerte que viera con sus ojos cuál era su calidad, cuál es su fundamento, su propiedad y sustancia, y sacarle después, y volverle á este otro mundo.

— Si, replicó Belcebú, yo te llevaré á eso de media noche, y te traeré aquí.

Cuando llegó, pues, la media noche, se le presentó Belcebú con una silla de huesos á la espalda y subiéndole á ella, desapareció. El diablo se la jugó á Fausto, transportándole en sueño solamente.

Le llevó á una atmósfera donde se durmió, como se duerme uno en un baño caliente. Se fué en seguida á la cumbre de una elevada montaña, sobre una grande isla. Desde allí movió tal estruendo con cohetes de cartretilla, y pez y centellas, y rayos, que despertó al doctor Fausto. Todas estas apariencias presentaba la serpiente maligna al pobre Fausto ; mas éste, á pesar de hallarse rodeado de fuego, como creía, no se veía ninguna herida ni quemadura, y al contrario, sentía que le refrescaba una brisa suavísima, y oía á lo lejos varios instrumentos de música, cuya armonía le era muy agradable, sin que, no obstante, le fuese dado ver ninguno, á causa del horroroso fuego que llenaba aquel abismo, ni se atreviese á preguntar qué instrumentos eran, por habersele prohibido absolutamente, hablar y preguntar nada ; tan dominado estaba por la diabólica serpiente Belcebú y otros dos ó tres diablos. Fausto se internó más en el infierno, y Belcebú, con los

otros tres, vinieron á encontrarse con él cuando un grande murciélago con unos cuernos y unas trompas enormes, pugnaba por precipitarle y estrellarle en el fondo del negro abismo, lo que pudieron impedir librando á Fausto del terror que le crispaba. Descendiendo más en la caverna, se vió rodeado de sabandijas y culebras hediondas. Mas tras de las culebras, que eran muy grandes, vinieron varios osos volando como á su socorro, porque lucharon con aquéllas, vencíéndolas y dejando á Fausto en seguridad para pasar adelante. Á poco trecho ve venir un toro suelto, que bramando de furor, le embistió y le derrumbó, dando vueltas por el aire.

Hundióse, pues, el doctor Fausto en el insondable abismo, lleno de heridas y lanzando un grito penetrante, porque no pudiendo ya valerse de su espíritu, pensaba : « ¿ qué es de mí ? » El toro le persiguió aún para arrojarle más abajo, y un viejo y herizado mono vino á irritarle y á atormentarle. Rodeábale una niebla tan espesa y tenebrosa, que no le permitía distinguir ningún objeto : sobre ella se formó una densa nube, en donde divisó dos dragones enormes tirando de un carromato, en el que el asqueroso mono metió á Fausto. Por más de un cuarto de hora fué condensándose de tal modo la nube, que el doctor Fausto llegó á no ver ni los dragones ni el carromato, y por último, á no poder agarrarse á nada, descendiendo así cada vez más en la caverna. Tan pronto como esta nube tenebrosa y fétida se disipó, vió que el carromato estaba arrastrado por un caballo. Fausto se sintió entonces arrojado al espacio, y un espantoso estruendo, producido por truenos y centellas, vino á pararle, á enmudecerle, y á horripilarle de pavor.

De repente se encuentra sobre un agua revuelta y tempestuosa, adonde le habían llevado los dos drago-

nes, con intención de sumergirle en ella. Pero á él no le pareció agua, sino un vapor sofocante, cuyas ondas le batieron con tal fuerza, que perdió el carromato y su caballo, y rodó, y se hundió más y más rápidamente, hasta que cayó en el fondo del abismo sobre unas escarpas huecas y llenas de peñas agudas. Quedóse allí como muerto sin ver y sin oír. Fué iluminado luego aquella lóbrega estancia, y él reconociendo que estaba rodeado de olas. Entonces empezó á discurrir, diciendo:

— Pues te hallas abandonado de los espíritus infernales, te es preciso, Fausto, sumergirte en estas olas, ó aniquilarte de otro modo cualquiera.

Corrió despechado hacia unas llamas que reparó allí cerca, y exclamó:

— Espíritus infernales, recibid mi alma por ofrenda, á que mi condenación la sacrifica.

Lanzóse impetuosamente; pero al hacerlo, oyó un ruido y un tumulto, que estremecía las rocas y las montañas, y que se aumentaba cuando parecía cesar ó disminuirse. En medio del fuego vió muchos emperadores, reyes, príncipes, señores y hombres de armas amontonados á millares. Alrededor del fuego había una gran caldera llena de agua, de que varios bebían, donde otros se bañaban y refrescaban, y de la cual salían algunos para echarse en las llamas.

El doctor Fausto quiso sacar del fuego un alma condenada, y cuando pensaba que la asia de la mano se le disipó entre las suyas. No resistiendo ya al calor, girando su vista por todas partes, vió al dragón, ó sea Belcebú, con su silla á la espalda, quien sentándole en ella le hizo atravesar el espacio, porque Fausto no podía sufrir más, ni aquellas llamas, ni aquellos truenos, ni aquellas tempestades, ni aquellas nubes de humo, azufre y fuego, aquel frío y aquel calor á un

tiempo, aquellos sustos y lamentos de condenados, y alaridos de espíritus y dolores y pesares. Claro está, que una vez satisfechos sus deseos de ver el infierno, le quedaría el de no volver á él.

Luego que se durmió en la silla, Belcebú le echó sobre su lecho, y cuando se despertó al amanecer, se halló como si acabara de salir de un lóbrego calabozo. Sin embargo, continuó pensando en el infierno. Unas veces creía haberle visto realmente, otras dudaba si el diablo se lo había representado en apariencia y por encantamiento, como era la verdad, porque no había querido mostrárselo, temiendo causarle demasiado miedo.

Esta historia y narración de lo que Fausto vió, y como fué transportado al infierno, y cómo le cegó el diablo, la escribió el mismo Fausto en un libro, que á su muerte se encontró cerrado.

Espíritus infernales, entre los que los siete principales son llamados por sus nombres.

El diablo, llamado Belial, le dijo al doctor Fausto.

— Desde el septentrión he visto tu pensamiento, y es tal, que desde luego puedes ver alguno de los espíritus infernales, que son príncipes, para lo cual he querido presentarme á ti con mis principales consejeros y criados, dejando así satisfechos tus deseos.

El doctor Fausto respondió:

— Ea, pues, ¿en dónde están?

El diablo hizo que se apareciesen. Belial se había aparecido al doctor Fausto bajo la forma de un elefante pintarrajeado, con el espinazo negro, orejas inclinadas hacia abajo, ojos llenos de fuego, dientes largos y blancos como la nieve, una desmesurada trompa, y tres aladas serpientes al pescuezo. Presentáronse, pues,

nes, con intención de sumergirle en ella. Pero á él no le pareció agua, sino un vapor sofocante, cuyas ondas le batieron con tal fuerza, que perdió el carromato y su caballo, y rodó, y se hundió más y más rápidamente, hasta que cayó en el fondo del abismo sobre unas escarpas huecas y llenas de peñas agudas. Quedóse allí como muerto sin ver y sin oír. Fué iluminado luego aquella lóbrega estancia, y él reconociendo que estaba rodeado de olas. Entonces empezó á discurrir, diciendo:

— Pues te hallas abandonado de los espíritus infernales, te es preciso, Fausto, sumergirte en estas olas, ó aniquilarte de otro modo cualquiera.

Corrió despechado hacia unas llamas que reparó allí cerca, y exclamó:

— Espíritus infernales, recibid mi alma por ofrenda, á que mi condenación la sacrifica.

Lanzóse impetuosamente; pero al hacerlo, oyó un ruido y un tumulto, que estremecía las rocas y las montañas, y que se aumentaba cuando parecía cesar ó disminuirse. En medio del fuego vió muchos emperadores, reyes, príncipes, señores y hombres de armas amontonados á millares. Alrededor del fuego había una gran caldera llena de agua, de que varios bebían, donde otros se bañaban y refrescaban, y de la cual salían algunos para echarse en las llamas.

El doctor Fausto quiso sacar del fuego un alma condenada, y cuando pensaba que la asia de la mano se le disipó entre las suyas. No resistiendo ya al calor, girando su vista por todas partes, vió al dragón, ó sea Belcebú, con su silla á la espalda, quien sentándole en ella le hizo atravesar el espacio, porque Fausto no podía sufrir más, ni aquellas llamas, ni aquellos truenos, ni aquellas tempestades, ni aquellas nubes de humo, azufre y fuego, aquel frío y aquel calor á un

tiempo, aquellos sustos y lamentos de condenados, y alaridos de espíritus y dolores y pesares. Claro está, que una vez satisfechos sus deseos de ver el infierno, le quedaría el de no volver á él.

Luego que se durmió en la silla, Belcebú le echó sobre su lecho, y cuando se despertó al amanecer, se halló como si acabara de salir de un lóbrego calabozo. Sin embargo, continuó pensando en el infierno. Unas veces creía haberle visto realmente, otras dudaba si el diablo se lo había representado en apariencia y por encantamiento, como era la verdad, porque no había querido mostrárselo, temiendo causarle demasiado miedo.

Esta historia y narración de lo que Fausto vió, y como fué transportado al infierno, y cómo le cegó el diablo, la escribió el mismo Fausto en un libro, que á su muerte se encontró cerrado.

Espíritus infernales, entre los que los siete principales son llamados por sus nombres.

El diablo, llamado Belial, le dijo al doctor Fausto.

— Desde el septentrión he visto tu pensamiento, y es tal, que desde luego puedes ver alguno de los espíritus infernales, que son príncipes, para lo cual he querido presentarme á ti con mis principales consejeros y criados, dejando así satisfechos tus deseos.

El doctor Fausto respondió:

— Ea, pues, ¿en dónde están?

El diablo hizo que se apareciesen. Belial se había aparecido al doctor Fausto bajo la forma de un elefante pintarrajeado, con el espinazo negro, orejas inclinadas hacia abajo, ojos llenos de fuego, dientes largos y blancos como la nieve, una desmesurada trompa, y tres aladas serpientes al pescuezo. Presentáronse, pues,

en la sala del doctor Fausto los espíritus; pero uno después de otro, por no poderlo hacer todos á un tiempo. Según iban entrando, Belial daba cuenta á Fausto de sus nombres y circunstancias. El primero fué Lucifer, señor y gobernador de Fausto: éste era un hombre alto, peludo, hoyoso de viruelas y de color de bellota. Después vino Belcebú con los cabellos pintados, cubierto de vello, una cabeza de buey de orejas espantosas, y una cola de dragón. Astarot vino en la figura de serpiente, sosteniéndose sobre una cola de cambiantes colores, con un vientre descomunal, blanco y amarillento, el pescuezo castaño, dos pequeños pies amarillos, con pinchos semejantes á los del erizo. Luego llegó Satán, de color blanco, gris, y pintarrajeado, con la cabeza de asno, la cola de gato, y con cuernos y pies de una vara de largo. Le siguió Anabri, con la cabeza de perro, con lunares negros en fondo blanco, y blancos en fondo negro, pies también de perro, como las orejas, que eran de cuatro varas. En seguida se presentó Diticán, de una vara de estatura, en figura de perdiz; sin pluma, menos en el pescuezo, que era mosqueado ó sombreado. El último fué Drac, con cuatro patas muy cortas, verde y amarillo, el lomo de un negro flamígero, y la cola rojiza. Tales eran las figuras y colores de los siete diablos.

También se le aparecieron sucesivamente otros con figuras como de bestias desconocidas, cerdos, gatos, ciervos, osos, lobos, monos, liebres, búfalos, caballos, cabras, venados, asnos y otros. El doctor Fausto se admiró de verlos, y preguntó á los siete que se habían parado, por qué no se habían transformado y aparecido bajo distinta figura. Á lo que ellos le contestaron, que si lo hubieran hecho, no hubieran podido volver al infierno, porque eran bestias y serpientes infernales;

que sin embargo de eso, y de ser tan hediondos y espantosos, podían tomar la barba y la forma de hombres cuando quisieran. El doctor Fausto replicó:

— Puesto que los siete están aquí, basta.
Y suplicó que se despidiesen los demás, lo que se hizo.

Entonces, el doctor Fausto les dijo, que por gusto, y como por ensayo, se transformasen; y ellos se transformaron en toda especie de animales, como serpientes y aves de rapina de dos y cuatro patas. Lo que agradando sobremanera al doctor Fausto, les preguntó si á él le sería también posible cambiar su forma. Ellos le respondieron que sí, dándole un librito de brujería, para que él hiciese un ensayo, que en efecto hizo, pero no pudo repetirlo. Antes que los diablos quisiesen retirarse, les preguntó Fausto quien había hecho los insectos. Y aquellos respondieron:

— Después de la falta de los hombres, han sido criados para baldón y castigo de ellos, y nosotros podemos hacer venir tantos insecto como animales de otro género.

É inmediatamente se vió envuelto Fausto en una nube de hormigas, lagartos, mosquitos, grillos, langostas y otros que llenaron su casa, y le encolerizaron hasta hacerle perder el sentido á fuerza de picaduras de unos, de mordeduras de las hormigas, del revolotear de las moscas y de los tábanos sobre su cara, del punzar de las pulgas, del arañar de las arañas, del roer de las orugas y del asedio de las avispas.

En fin, fué herido de tal manera por tal chusma, que bien podía decirse que no era aún más que un diablillo novel cuando no había sabido defenderse. Por lo demás, no pudiendo resistir ya, se salió del aposento en que estaba, y se libró de aquella plaga verdadera, sin que

volviesen á rodearle semejantes fantasmas, que desaparecieron devorándose los unos á los otros con la mayor rapidez.

Burlas de Mefistófeles y gemidos de Fausto.

Como el doctor Fausto se atormentaba hasta no poder hablar, vino su espíritu, Mefistófeles, y le dijo :

— Ya que sabiendo por la Sagrada Escritura, que estabas obligado á no amar ni adorar más que á un solo Dios, á servirle exclusivamente á él, y á vivirle sumiso y obediente, le has abandonado y renegado. entregándote al diablo en cuerpo y alma, has perdido su gracia y su misericordia, y es indispensable que cumplas tu promesa. Escucha una canción mía :

Tú lo has hecho. Pues á lo hecho...

Lo demás.

Cuando alguno tenga el bien,
Que no lo deje ir del pecho,
Porque el mal

Le sigue en un santiamén.
Nadie el tuyo sentirá,
Que, pues la grandeza de Dios ofendiste,
El bien, desde ahora, para ti no existe,
Tu mal en aumento para siempre irá.

Ya ves, Fausto amigo, que no conviene comer cerezas con los ricos, ni con el diablo, porque te arrojan los huesos á la cara. Es necesario que te mantengas lejos del último. Tú hubieras podido alejarte lo bastante; mas tu violenta soberbia le ha chocado. Tienes un arte, que te ha dado tu Dios, y lo has despreciado, y no te has aprovechado de él, y has evocado al diablo, y os habéis empeñado por veinticuatro años que están expirando ya. Él te dijo muy buenas cosas; pero, ya lo ves, te ha puesto un cascabel al cuello como

á un gato. Cuando viniste al mundo eras una bella criatura; pero has borrado tu belleza, como un niño marchita y deshoja una flor entre sus manos. La perdiste, nada te resta de ella, has comido todo el pan, ya puedes cantar la palinodia. Has llegado al Carnaval, ahora verás las Pascuas. Del diablo nada puede venir bueno. Tú tienes muy mala inclinación, y genio y figura hasta la sepultura, y el gato siempre va tras del ratón, y en lo acre consiste principalmente la amargura. Cuando una cuchara es nueva, se usa; pero cuando se hace vieja, la tira la cocinera. ¿No te pasa á ti lo mismo? ¿No eres tú una verdadera olla nueva, y una cuchara nueva para el diablo? Ya no necesitas que el mercader venga á enseñarte á vender. Bien claramente has escrito, que Dios te ha abandonado. Además, amigo Fausto, ¿no has abusado por tu insolente temeridad, apellidándote para todo y donde quiera, el amigo del diablo? Tú has hecho que te llamasen en todas partes el maestro Juan : solo un loco juega con cántaros de leche, y el que mucho abarca poco aprieta. Aprende ahora mi doctrina y mis principios, que sin duda tenias olvidados : tu no sabías bien quien era el diablo, cuando es mono de Dios, un embustero y asesino, cuyas burlas infaman. ¡Oh! si no te hubieras olvidado de Dios! ¡Pero te has abandonado!

Al llegar aquí desapareció el diablo, dejando á Fausto sumido en la melancolía más profunda.

En la última semana de los veinticuatro años de la obligación del doctor Fausto, se le apareció el espíritu, y, presentándole aquel escrito, le dijo que quería advertirle que á la noche siguiente vendría por su persona.

Horrorizado Fausto, se lamentó y lloró toda la noche. Volvió el espíritu á decirle :

— Amigo mío, no seas tan cobarde al ver cercana tu muerte en el juicio que va á hacerse de tí. Así como así, aunque vivieras cien años, había de llegarte este trance. Los turcos, los judíos y los emperadores, que no son cristianos, morirán y acaso se condenarán como tú. ¿No sabes bien todavía lo que te está ordenado? Ten valor, no te aflijas tanto, que si el diablo ha causado tus penas, también quiere darte ahora un cuerpo y un alma de sustancia espiritual, y no sufrirás como los condenados.

Dábale estos consuelos, á pesar de ser falsos y contrarios á la Sagrada Escritura. El doctor Fausto, que no veía otro medio de cumplir la promesa que entregando su piel, el día en que el espíritu le había predicho que el diablo le llevaría, fué á ver á sus fieles compañeros, maestros, bachilleres y otros estudiantes, que á menudo habían ido á buscarle, y los rogó que le acompañasen al lugar de Romlique, situado á media legua de Wittenberg, para pasearse y cenar allí. Se lo acordaron, y allí tomaron un abundante almuerzo con muchos preparativos suntuosos y superfluos, tanto en viandas, como en vinos, que el patrón les presentó. El doctor Fausto se manifestó con ellos muy contento, aunque no lo estaba de corazón, y les rogó que tuviesen á bien permanecer con él toda la noche, pues tenía que decirles cosas de importancia. Se lo prometieron, y después de pagar el vino gastado en la cena, les suplicó le siguiesen á otra pieza, para hablarles de lo que deseaba. Así lo hicieron, y el doctor Fausto les dijo:

— Mis amigos fieles y queridos del Señor, os he llamado, porque hace mucho tiempo que os conozco, y porque me habéis visto hacer experimentos y hechizos, que, sin embargo, sólo provienen del diablo. Á tan diabólica voluptuosidad me han arrastrado las

malas compañías, que me han seducido, de suerte que me di al diablo en cuerpo y alma por veinticuatro años de existencia. Esta noche es la última de este término, el pacto está escrito con mi sangre, la hora fatal en que debe llevarme, ha sonado. Suplicoos, pues, encarecidamente, que os acostéis y durmáis con sosiego, que aunque oigáis algún ruido en casa, no os levantéis, porque ningún mal os sucederá. Y que cuando encontréis mi cuerpo, lo hagáis enterrar, que yo muero como bueno y mal cristiano á un tiempo. Muero como buen cristiano, porque siento en mi corazón un pesar y un arrepentimiento profundo, é imploro el perdón de Dios, rogándole se digne salvar mi alma: y como un mal cristiano, porque deseo que el diablo tenga mi cuerpo, que se lo doy con gusto, sólo porque deje en paz mi alma. Acostaos, os lo suplico, y que tengáis feliz noche, que para mí será desgraciada, terrible y horrorosa.

El doctor Fausto hizo esta declaración con un acento de cordialidad, que mostraba á las claras su aflicción y la debilidad de su ánimo. Los estudiantes estaban asombrados de que se hubiese extraviado hasta tal punto, y que, por una ciencia engañosa llena de imposturas y de apariencias, se hubiese expuesto á ser en cuerpo y alma propiedad del diablo, lo que sentían sobremanera, porque le amaban sinceramente. Así es que exclamaron:

— ¡Ah! ¡señor Fausto! ¡Cómo habéis variado, cuando habéis podido reservar por tanto tiempo lo que acabáis de decirnos! Si nos hubierais revelado antes vuestra desgracia, hubiéramos podido libraros de la tiranía del diablo, con ayuda de buenos teólogos. Pero ahora eso es una verdadera mancha y una vergüenza para vuestro cuerpo.

Á lo que les contestó Fausto :

— No me ha sido permitido de ningún modo hacerlo, á pesar de haber tenido para ello la voluntad. Una vez que, siguiendo los consejos de un vecino, quise retirarme de aquellas ilusiones y convertirme, vino el diablo con intención de llevarme, como lo hará esta noche, y me repitió, que en el momento en que volviese á desear convertirme á Dios me arrastraría inexorable al abismo infernal.

Habiendo escuchado esto los estudiantes, añadieron :

— Pues que ahora no hay medio alguno de defensores, invocad á Dios, y pedidle que, por amor de su santísimo hijo Jesucristo, os perdone y os salve.

— Decid :

— ¡Dios mío! tened misericordia de mí, pobre pecador, indigno de parecer á vuestra presencia, y no me juzguéis cómo merezco, sino según vuestra infinita bondad, y aun cuando sea preciso que el diablo se lleve mi cuerpo, dignaos siquiera preservar mi alma. Si Dios lo quiere, os amparará.

Fausto les contestó, que deseaba con ansia orar á Dios, que no quería dejarse ir como Caín, que, desconfiado, creyó que sus pecados eran demasiado grandes para que obtuvieran perdón. En seguida les dió cuenta de sus disposiciones escritas con respecto á su entierro. Ellos hicieron sobre Fausto el signo de la cruz, y se retiraron llorando.

Fausto se quedó solo : los estudiantes se acostaron, pero ninguno pudo dormir, preocupados con el fin del pobre Fausto. Entre doce y una de la noche sobrevino en la posada un viento tempestuoso, que la estremeció por sus cimientos, como si hubiera de lanzarla al aire para destruirla completamente ; lo cual, visto y sentido por los estudiantes, creyéndose perdidos, saltaron

de sus lechos, aconsejándose unos á otros que no saliesen de la habitación en que estaban. El patrón y todos sus criados huyeron de casa, refugiándose en otra. Los estudiantes, que descansaban cerca de la habitación de Fausto, sintieron en ella unos silbidos horribles y unos alaridos espantosos, como si estuviese llena de serpientes, culebras y otros animales inmundos, que sin duda habían entrado en el cuarto de Fausto.

Éste se levantó gritando « socorro » y « al asesino » ; pero á media voz y con mucho trabajo ; y un instante después dejó de oírsele. Luego que vino el día, los estudiantes, que no habían podido dormir en toda la noche, entraron en la pieza donde estaba el doctor Fausto, y no le hallaron, ni vieron otra cosa que el suelo cubierto con sangre, y el cerebro, que se había quedado en pedazos pegado á las paredes, porque el diablo lo había arrojado de una á otra, y también los ojos y algunos dientes, formando todo un cuadro aterrador. Llorando y quejándose buscaban por todas partes su cuerpo, y al fin le encontraron fuera de la habitación en el estado más lamentable, porque el diablo le había aplastado el cráneo y saltado los huesos.

Los estudiantes, después de la muerte de Fausto, permanecieron cerca de éste hasta que fué enterrado, y después regresaron á Wittenberg, y fueron á casa del doctor, donde vieron á su criado Wagner, que se hallaba muy mal á causa de su amo. Encontraron también la historia de Fausto, escrita por él mismo en los términos en que queda narrada, menos el final, que fué añadido por dichos estudiantes.

Aquel mismo día desapareció la encantada Elena, con su hijo de encantamiento, porque no se volvieron

á ver. Desde entonces quedó en su casa una inquietud tan extraña que jamás pudo habitarla nadie.

Fausto se apareció aquella noche á su criado Wagner, todavía sano y robusto, y le reveló muchas cosas secretas, y después se le ha visto también á la ventana jugando con el que pasaba por allí.

Así concluye la historia del doctor Fausto, propia para enseñar á todo buen cristiano, principalmente á los que son de un carácter caprichoso, soberbio, loco y temerario, á temer á Dios, huir de los engaños y de los encantos del diablo, según el Señor lo tiene mandado expresamente, y á no llamar al diablo ni consentirlo en su casa, como lo hizo Fausto, cuya vida es un ejemplo espantoso. Tratemos, pues, de odiar continuamente tales cosas, y de amar á Dios sobre todo; elevemos nuestros ojos hacia él, adorémoslo y reverenciémosle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, renegando del diablo y de todo cuanto depende de él, para poder ser felices al lado de nuestro Señor. *Amén.* Eso deseo para cada uno con todo mi corazón. Así sea.

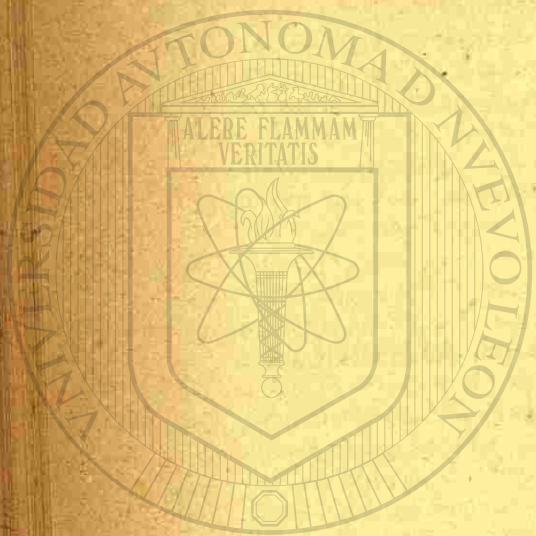
Sed vigilantes y tened cuidado, que el diablo vuestro enemigo os persigue, como el león hambriento lo que quiere devorar. Defendeos con la firmeza de la fe. *Amén.*

NOTA. Esta leyenda no ofrece, como se ve, ningún dato tocante á la invención de la imprenta, cuyo honor pertenece á Fausto, juntamente con Guttemberg y Schœffer. Hemos escogido la más curiosa; pero otras muchas justifican esta circunstancia, suponiendo que Fausto se había dado al diablo, á fin de reparar su fortuna, perdida en los ensayos de su invención. El más

antiguo de los autores que han hablado sobre estos documentos, Conrado Durieux, opina que estas leyendas han sido hechas por monjes, incomodados con el descubrimiento de *Johann Fusto ó Fausto*, que les arrebatava el lucrativo ejercicio de copientes de manuscritos. Klinger, el autor alemán del notable libro *Aventuras de Fausto*, y su bajada á los infiernos, admite esta versión.

Sin embargo, en Leipsick, donde aun se ve la bodega de *Auerbach*, ilustrada con el recuerdo de Fausto y de Mefistófeles, las pinturas antiguas conservadas en los arcos de las bóvedas, y que acaban de restaurarse, tienen la fecha de 1525, y la invención de la imprenta data de cerca de 1440. Seria, pues necesario admitir, ó que existieron dos Faustos, ó que Fausto era muy viejo cuando hizo el pacto con el diablo; lo que se acuerda con la suposición de Goethe, cuando hace que aquél le pida al diablo que le rejuvenezca.

Siguiendo la opinión más acreditada, Fausto nació en Maguncia, en donde empezó por ser platero. Por lo demás muchas ciudades se disputan el honor de ser su patria; y conservant objetos preciosos por los recuerdos que se unen á ellos. Francfort posee el primer libro que él ha impreso; Maguncia su primera prensa. Se enseñan también en Wittenberg dos casas que le pertenecieron, y que legó á su discípulo Wagner. La historia del antiguo Paris conserva también recuerdos de Fausto, quien trajo á Luis XI un ejemplar de la primera Biblia, y acusado de mágico, á causa de su invención, supo sustraerse de las llamas, lo rue se atribuyó, como siempre, á la intervención del diablo.

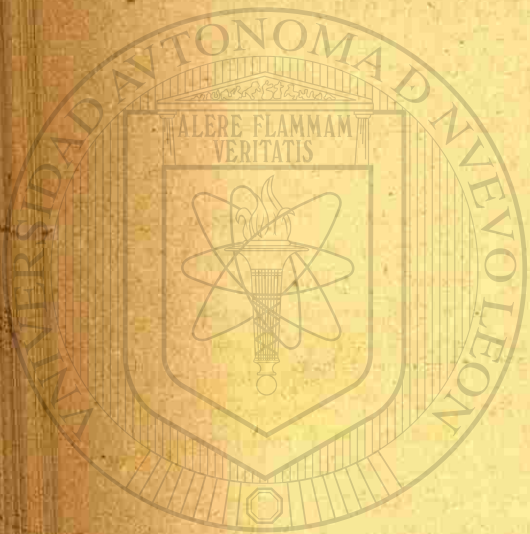


POESIAS ALEMANAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOTICIA

SOBRE

LOS POETAS ALEMANES

Sería un error el creer que la literatura alemana tan brillante en el día, tan rica de grandes nombres, se remonta por una cadena no interrumpida hasta esa antigua poesía del Norte, de la cual tiene el carácter. Tan sólo después de varios siglos de imitaciones extranjeras ó de inspiraciones nacionales débiles y descoloridas, la poesía alemana constituyó esa hermosa escuela, de la cual fué Klopstock el primer maestro, y que, bien que se haya ido debilitando después de Goethe y de Schiller, no ha dejado todavía de producir. La verdadera gloria de Alemania no data pues más que de la mitad del siglo XVIII. Remontándose hasta más atrás, no se halla sino una sola obra, el poema de los *Nibelungen*, que merezca fijar la atención.

Antes de la aparición de esa inmensa epopeya, que vino á luz hacia al tiempo de Federico Barbaroja, no se pudieron recoger más que nociones inciertas sobre los primeros poetas germanos. Las obras más antiguas y más notables que se conocen están escritas en lengua goda, la cual dejó pronto de usarse y fué reemplazada por la lengua *franca* que hablaban los francos que invadieron las Galias á las órdenes de los Merovingios. Ésta se habló también en Francia hasta Carlomagno, quien intentó sacarla del abandono en que principiaba

á caer, principalmente en Alemania. Hasta mandó hacer una colección de leyendas y cantos nacionales compuestos en esa lengua; mas no fué ya de un uso general, y, como sucedía con el latín, no salió más del recinto de las cortes y de los conventos. El sajón, ó bajo germano, agradaba más al pueblo, y en sajón se compusieron las primeras poesías verdaderamente nacionales de Alemania.

Fué tal la acogida que tuvieron, que Carlomagno se asustó. Esos cantos llenos del patriotismo y de la mitología de los antiguos pueblos del Norte eran un grande obstáculo para los progresos de su dominación y de la religión católica que quería imponerles. Por lo mismo fueron severamente prohibidos después de la conquista; y principalmente los que esas naciones acostumbraban entonar sobre la tumba de sus deudos.

Esta prohibición duró todavía después de la caída del imperio de Carlomagno, porque los clérigos temían también la influencia de las ideas supersticiosas que reinaban en esos cantos, que ellos llamaban « poesías diabólicas » (*carmina diabolica*). Durante varios siglos, los versos latinos fueron solos permitidos y fomentados, de manera que los pueblos no participaban más de las grandes inspiraciones de la poesía.

En la época de las cruzadas fué cuando volvió á aparecer el verso en la lengua vulgar. Entonces se encuentra un período análogo al de los trovadores franceses, y esos versos compuestos para las cortes y los castillos no llegaban hasta la multitud, que principió á tener sus poetas y sus toscos contadores, entre los cuales Hans Sachs, el zapatero, ha sido el solo que haya dejado un nombre célebre.

No se sabe cómo clasificar el poema de los *Nibelungen* (*Libro de los héroes*) del cual se ignoran los autores, pero que, puesto en verso hacia el siglo XIV,

debe de remontarse mucho más atrás como invención. Lo mismo ha sucedido en Francia con las *novelas* de caballería del ciclo de Artús y del ciclo de Carlomagno, que se volvieron á hacer y á traducir de siglo en siglo, sin que más claramente se pueda indicar el origen y la época de su composición.

El poema de los *Nibelungen* se refiere también á los primeros tiempos semi-fabulosos de la caballería. Su argumento no es inferior al de la Iliada á la cual lo han comparado más de una vez. La pintura y la escultura alemanas sacan todavía en nuestros días, de las narraciones de esos poemas, sus más hermosas inspiraciones, y el sentimiento de la unidad nacional se retempla siempre en ellos con orgullo.

Los *minesinger*, ó maestros cantores, perfeccionaron la poesía caballeresca, y consiguieron popularizarla, por los recursos y los esfuerzos de su institución semireligiosa y semifeudal. Esos compañeros, la mayor parte pobres, pero de ilustre cuna, como los trovadores franceses, recorrían los castillos y las ciudades, y luchaban en presencia de todos en las fiestas públicas, como los poetas de la antigüedad.

El dialecto suabo es el que domina en sus obras; lengua floja y melindrosa perfectamente en armonía con sus temas caballerescos, galantes y á veces satíricos. No es posible indicar de un modo exacto la fecha de la decadencia de esa poesía, que no ha ilustrado nombre alguno ni dejado monumentos dignos de recuerdo.

Á partir de la Reforma, la imaginación de los alemanes se concentró demasiado en las ideas teológicas y filosóficas para poder ocupar la poesía un lugar importante. Á Lutero le pareció que ésta no servía sino para rimar cánticos sagrados. Además, su tra-

ducción de la Biblia iba á dar el último golpe al dialecto suabo. Lutero creó el alemán nuevo, el de nuestros días; el Norte triunfó del Mediodía, y como las antiguas cuerdas no vibraban más fue preciso poner otras.

Poco á poco la poesía lírica volvió á levantarse bajo nueva forma, pero por mucho tiempo no fué más que un eco endeble de las demás literaturas. Mathisson, Ramler, Blumaüer, y Rabener el satírico entonaron cada uno en su turno cantos épicos, líricos y didácticos; Gleim componía fabulas; Opitz, Gotthed y Bodmer brillaron también en esa escuela semifrancesa del siglo XVIII.

Klopstock principia una era nueva, la serie de los poetas modernos. Como versificador, intentó crear una lírica nueva según la manera de los Griegos, sin rima, pero con el ritmo antiguo, no se contentó con la invención del hexámetro, hizo más, y compuso en esa forma gran número de poesías; pero esa reforma tuvo poca aceptación. Más feliz en sus pensamientos que en su forma, dió á la poesía moderna una inspiración á la vez religiosa y nacional, « haciéndole tocar, según la expresión de Schlegel, con una mano al Cristianismo, y con la otra á la mitología del Norte, como á los dos elementos principales de cualquiera cultura intelectual y de cualquiera poesía europea moderna. » Por esto, cuando pareció la *Mesiada*, la sensación fué prodigiosa en Alemania: la historia literaria de todas las naciones ofrece pocos ejemplos de un triunfo tan completo; era una de esas obras que cada cual considera como la realización de todos sus votos, de todas sus esperanzas en literatura, y que mandan á la escuela todos los escritores de un siglo. De manera que nada faltó al triunfador, ni siquiera los insultos de los esclavos:

todas las pandillas. todas las escuelas literarias cuyos principios y poética quedaban arruinados por ese triunfo, se arrojaron con furor sobre ese joven estudiante que se habia vuelto de repente el primero y hasta el único poeta de Alemania. Pero en medio de toda esa gloria, Klopstock tenia apenas con que vivir, y veíase obligado á aceptar el ofrecimiento que le hizo uno de sus parientes llamado Weiss, de encargarse de la educación de sus hijos. Se fué á casa de éste en Langensalza, y allí se enamoró sin ser correspondido de la hermana de su amigo Schmied. Esa joven que él llama Fany en sus poesías, honraba al poeta como si hubiese sido un dios, pero siempre rehusó su mano. Cayó entonces en una melancolía que duró mucho tiempo; sin embargo, sus estudios literarios y sus viajes acabaron de sanarle tan bien, que se casó, en 1754, con Margarita Moller, una de sus más apasionadas admiradoras.

Esta fué la época más hermosa de su vida; en ella terminó los diez primeros cantos de la *Mesiada* y compuso sus más hermosas odas; mas después de la muerte de su mujer, que aconteció en 1758, y á la cual fué extremadamente sensible, no volvió más á hallar las inspiraciones de su juventud; solamente se entusiasmó más tarde hacia los primeros tiempos de la revolución francesa, y compuso un número bastante grande de odas políticas que le valieron el título de ciudadano francés.

Sin embargo, el período del Terror no tardó en ser objeto de su indignación, como se podrá ver en la oda sobre Carlota Corday: el viejo poeta lloraba entonces amargamente las últimas ilusiones por las cuales se habia despertado su alma, y que la cuchilla de Robespierre habia también herido de muerte.

Klopstock había nacido en 1724, en la abadía de Quedlimburg; murió en Hamburgo en 1803, después de haber presenciado la mayor parte de los triunfos de Goethe y de Schiller, en esa literatura que el había levantado y como preparado á ese sublime vuelo. Como Wieland y Goethe, era miembro del Instituto de Francia.

Vieland, Herder, Lessing, Hœlty siguieron más ó menos á Klopstock en la vía que éste había trazado. Herder ha compuesto un *Cid* épico y lírico, Wieland creó su *Oberón* en el gusto de los poemas italianos de la edad media. Pero todos esos autores se negaron á adoptar la versificación de Klopstock; la rima triunfó por todas partes. Stolberg, el traductor de Homero y el creador de un estilo nuevo en el género yámbico, precedió á Burger, del cual data la fase más importante de la nueva poesía lírica. Introdujo principalmente el análisis íntima en la poesía, y su vida era apropiada para inspirarlo dignamente. Separándose enteramente del género didáctico, admirativo, y de imitación griega ó latina, osó cantar sus propios sentimientos, sus impresiones, su vida, sus amores. Éstos le han suministrado continuo alimento y contrastes sin número. Después de haber tenido una juventud algo disipada, pensó en casarse; hizo una proposición de matrimonio á una joven á quien él creía amar; mas el mismo día del casamiento, vió por primera vez á su cuñada Molly que tenía entonces diez y siete años solamente, é involuntariamente exclamó:

¡ Ah ! ; desdichado de mí, me he equivocado !

Todos sus cantos van pues dirigidos á Molly, la cual también estaba perdidamente enamorada de Burger casado.

La moral nada tuvo sin embargo que reprochar á esta simpatía, pues Molly era virtuosa; pero sucedió

que la mujer del poeta murió, y si se han de creer algunas suposiciones, de muerte voluntaria para ceder el corazón de Burger á Molly su hermana.

Se casaron y vivieron felices, aunque fuesen muy pobres y de esa época datan los cantos de la libertad, de la alegría de Burger. Pero ¡ ay ! Molly murió de su primer parto, y nuestro poeta quedó sumido en la desesperación.

Vagaba pues de un sitio á otro consumido por una enfermedad del pecho, cuando una viuda de Franckfort, que se decía prendada de él, le escribió ofreciéndole su mano. Como era acomodada, aceptó; pero un año después de su tercer matrimonio, divorcióse y se fué solo á buscar un puesto al lado de su querida Molly. Tal fué Burger, quien, cumple decirlo, tenía ya un modelo en Hœlty profesor de diferentes lenguas y quien fué el primero en saber hallar el tono natural de los cantos populares. Burger falleció en 1794. Ha dejado canciones, baladas, cuentos, epigramas, y sobretudo su célebre balada de *Lenora*, que apareció en 1772, dos años antes de su primer casamiento.

Schiller figura entre los primeros de esa familia de poetas creadores. Célebre en Francia por piezas de teatro principalmente, es menos conocido como poeta lírico; pero en Alemania es popular su poesía.

Juan Federico Schiller nació en 1759 en Marbach, pequeña ciudad de Suabia; su padre, que era jardinero del duque de Wurtemberg, le hizo hacer algunos estudios, hasta el tiempo en que el duque lo tomó bajo su protección, y habiéndole hecho aprender un poco de medicina, lo nombró á la edad de veinte años, por gracia singular, médico de su regimiento de granaderos. Pero el joven Schiller que tenía poco gusto para esa carrera, tenía en cambio mucho por el teatro, y

compuso hacia ese tiempo su primera obra, los *Bandidos*, que fué representada en Manheim con muy buen éxito. Su protector, sin embargo no se maravilló de eso y le mandó abandonar el teatro so pena de perder su protección. Llegó su severidad hasta el punto de privarlo por algún tiempo de su libertad. El hombre que había escrito los *Bandidos* debía sufrir más que cualquiera de semejante castigo; por ello, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para escaparse, y desde ese momento fué su único recurso la literatura. Establecióse en Manheim y allí compuso varias piezas dramáticas, que á la edad de veinticuatro años lo colocaron en el primer rango de los escritores de su patria. De esa época (1783) datan sus primeras poesías, que fueron universalmente admiradas y lo colocaron al lado de Goethe, á quien sin embargo no sobrepujó en ese género. Es lo que no pueden figurarse los que las leen en las traducciones; pues en ellas Schiller, es más brillante y queda más de él: pero la gracia, la sencillez, el encanto de la versificación, no pueden las traducciones reproducirlo, y aun menos las imitaciones.

Schiller publicó, en 1790, su *Historia de la guerra de Treinta años*, que es uno de los más hermosos monumentos históricos que hayan producido los alemanes. En 1792 su reputación era ya europea y la Asamblea nacional de Francia le dispensó el título de ciudadano francés; recompensa que era común entonces, pero que tuvo un feliz influjo, si es verdad, como han dicho, que compuso su tragedia de Juana d'Arc cual tributo de gratitud hacia esa nueva patria. En los últimos tiempos de su vida publicó muchas traducciones, siguiendo en esto el ejemplo de Goethe, y murió mientras acababa una traducción literal de *Fedra*.

Tenia entonces cuarenta y cinco años y murió de una fiebre catarral que habían empeorado sus continuas ocupaciones. Le preguntaron pocos instantes antes de morir, como se hallaba, y contestó:

— Siempre más tranquilo.

Y expiró.

Era el 9 de mayo de 1805. Su muerte ocasionó un duelo universal, tanto más profundo cuanto menos se esperaba y que el recuerdo de sus sublimes trabajos era también una esperanza. Sus restos fueron trasladados á la tumba de los reyes: semejante distinción nada añadirá á su gloria; pero honra el país y el príncipe que la han dispensado.

Schiller es sin disputa el autor cuyas poesías tanto líricas cuanto dramáticas, fueron más esparcidas en Alemania. Sin embargo, Schiller es siempre dramático, hasta en sus poesías más líricas, y, como Kant ha tenido una grande influencia sobre la poesía de Schiller, éste compuso varios poemas filosóficos y didácticos, tales como *la Resignación*, etc. Además es descriptivo y siempre grande orador. La retórica desempeña, en efecto, un papel considerable en sus poesías y en sus dramas. Las poesías de Schiller fueron populares antes de las de Goethe; pues el sentimiento de la libertad y del progreso político acompaña á Schiller hasta en sus cantos de amor, hasta en sus baladas y sus odas. Vino Goethe y formó con Schiller el mayor contraste literario que haya existido jamás entre dos poetas. Goethe se sirve ampliamente de las formas griegas para la expresión; el plan que admite para el canto lírico es siempre plástico. Sus poesías sueltas son otras tantas estatuas pequeñas, son arabescos, retratos, bajos relieves, que existen de por sí mismos, en una forma absoluta enteramente separada del poema. Es

un artista que crea y no ya una madre; la obra no se parece á su dueño, pues éste quiere quedar indiferente á todo y no quiere sino pintar. Désele una leyenda, un amor, un ángel, un diablo, un niño, una flor, todo esto lo reproducirá por su forma plástica, por su expresión pura y griega, de una manera admirable; pero su personalidad no participa de ella y no se la hallará sino en la novela; pero apenas se pone á hacer versos reviste su vestido de arquitecto, de pintor, y de estatuario y hace su tarea con comodidad sin tomarse mucho trabajo y sin desanimarse como Schiller, el cual, á cada renglón, á lo que dice, perdía una gota de sangre.

Goethe, sin embargo, por esa forma artística, agradó á la aristocracia de Alemania, y con eso provocó una reacción que más tarde lo destronó en la opinión pública. El hecho es que muchos alemanes hay que no conocen un solo canto de Goethe, mientras aprenden de memoria todas las obras de Schiller.

La vida de Goethe, que él mismo ha escrito con el título de *Poesía y Verdad*, no presenta más que un corto número de hechos. Sus Memorias no son mayormente sino una narración de sus impresiones á propósito de los acontecimientos políticos y literarios que agitaron Alemania en derredor suyo. La larga serie de sus amores viene sola á variar ese ligero tejido de sueños y de apreciaciones. Margarita, Clara, Federica, le suministraron, según él dice, los tipos femeninos de sus primeras creaciones; pero se echa de ver que esos amores dejaron pocas huellas en una imaginación tan personal y tan artista, y que esas graciosas figuras no vuelven más á pasar delante de sus ojos sino en el estado de elementos poéticos.

La larga mansión de Goethe en Estrasburgo y su

continuo estudio de la literatura francesa parecen haberle dado esa hermosa claridad, ese movimiento de puro estilo y ese método de progresión, tan raro entre sus compatriotas, y cuyos principios se remontan sobretodo á los grandes poetas franceses del siglo XVIII.

El padre de Goethe, jurisconsulto sobresaliente, lo había destinado en un principio á la jurisprudencia; pero Goethe pudo apenas tomar sus grados en la ciencia del derecho; prendado del genio y de la gloria de Klopstock, se juzgó digno de continuar después de él la regeneración de la literatura alemana.

Desde esa época todas las fuerzas de su alma se reconcentraron en la literatura; y ninguna época era más favorable para la aparición de un hombre de genio, pues Klopstock que había principiado una revolución tan brillante, se hallaba lejos de haberla concluido; había despertado por doquiera una sed de poesía, un deseo de buenas obras que corría el riesgo de extinguirse por falta de alimento; en vano el entero enjambre de los poetas de segundo orden aspiraba á continuar la obra del grande hombre: su voz poderosa, que había conmovido á Alemania, no hallaba sino endebles ecos y ninguna voz digna de responder á su llamada.

El genio no percibe un caos sin que le venga el deseo de formar con él un mundo; por ello Goethe se lanzó con delicias en medio de toda esa confusión, y su primera obra, *Goetz de Bertichingen*, atrajo todas las miradas sobre él. Esto era en 1773; tenía entonces veinticuatro años. Ese drama nacional, que abría á la escena alemana una carrera nueva, valió á su autor universales aplausos; mas como no había podido hallar un librero para publicarlo, lo hizo imprimir él mismo

y hallóse en un compromiso para pagar el gasto en razón de una imitación que le quitó su beneficio. *Werther* apareció poco después y todos saben el ruido que hizo esta obra en toda Europa. « Ese librito, dice el mismo Goethe, hizo una impresión prodigiosa y el motivo es muy sencillo; apareció en el momento oportuno; una pequeña chispa basta para hacer estallar una mina; *Werther* fué esa chispa. Las pretensiones exageradas, las pasiones descontentas, los padecimientos exagerados atormentaban todos los espíritus. *Werther* era la expresión fiel del malestar general; la explosión fué por consiguiente rápida y terrible. Hasta se dejaron arrastrar por el argumento; y su efecto aumentó todavía bajo el influjo de esa preocupación absurda que hace suponer en el autor la intención de instruir en el interés de su dignidad. Olvidaban que el que cuenta ni aprueba ni vitupera, sino que procura desarrollar simplemente la sucesión de los sentimientos y de los hechos. Así es como instruye y al lector toca reflexionar y juzgar. »

Desde ese momento principió esa especie de fanatismo de toda Alemania por Goethe, que hacía decir á la señora de Staël « que los alemanes buscaban ingenio en el sobreescrito de una carta puesto de su mano ». Las obras que hizo parecer sucesivamente hacia esa época pueden, es verdad, hacernos comprender ese entusiasmo y son bastante conocidas ahora para que nos dispensemos de hacer su elogio; basta nombrar el *Fausto*, *Egmont*, el *Taso*, etc., para hallar oídos atentos. El dar cuenta de ellas no entra en nuestro plan; y sin embargo, no tendríamos otra cosa que hacer si quisiéramos dar aquí la vida de Goethe; pues ésta nose compone más que de acontecimientos muy simples, y que dependen todos de la publicación de sus obras. En 1775, las

primeras le habían valido la amistad del duque de Sajonia-Weimar; inmediatamente después de su advenimiento, ese príncipe lo llamó á su lado y lo hizo su primer ministro. Desde esa época Goethe vivió siempre en Weimar compartiendo su tiempo entre los asuntos públicos y sus tareas literarias y volvió esa pequeña ciudad el Atenas de Alemania. Allí se juntaron Schiller, Herder, ambos Schlegel, Stolberg, Bardt, Boettiger; gloriosos rivales, poético cenáculo donde bajaba la inspiración divina, donde se preparaba para Alemania un siglo de grandeza y de luces.

Goethe nació en Francfort del Meno en 1749, y murió en 1833, un año después de la muerte de su hijo, dejando varios tomos de obras póstumas. La segunda parte de *Fausto* es la última obra en la cual trabajó. Se extinguió como su héroe meditando prodigios de trabajos y de acción.

Si ahora queremos apreciar el movimiento literario de su época, menester es que nos remontemos al momento en que su escuela y la de Schiller tenían dividida la literatura en dos campos iguales. Uhland fué el primero en intentar de abrirse un camino nuevo. Nacido en Suabia, procuró despertar el eco antiguo de la poesía de los romanceros de Suabia, y después de haber imitado á Goethe, extendió lejos el nuevo dominio. Un caballero enamorado, un claustro, un tañido de campana, un rey ciego y valiente, el mismo romancero; esos son sus héroes. De tiempo en tiempo, toma un tema moderno y lo reviste de la forma romanescas de la edad media, como en *María la Segadora*; pero hasta sus cantos de alegría y de sobremesa, saben á edad media. Nada hay moderno en él á no ser sus poesías políticas, en su cualidad de diputado de Wurtemberg, y éstas son, según el parecer de todos, más que

mediocres. Sin embargo, Uhland tuvo en sus obras un buen éxito inesperado; pues en ese mismo tiempo, los Schlegel se aplicaron á desacreditar la forma subjetiva de Schiller: declararon que era Goethe el dios del Parnaso salvo á destronarlo más tarde cuando éste se declaró contra ellos. Además, los cantos heroicos de Körner, discípulo de Schiller, principiaron á perder mucho de su boga, en un momento en que Alemania creyó ver que había vertido su sangre en pura pérdida; el mismo Uhland lo demostró en varios de sus cantos y fué declarado Körner ruin poeta, flojo imitador de Schiller. El público estaba prendado de la plástica y para consolarse del presente, retrocedió hasta la edad media y volvió á cantar las hazañas de los caballeros y el amor de las princesas, añadiéndoles de vez en cuando algún poema obsceno por el estilo de los que componían los *minnesinger* de la edad media. Esta manía sin embargo cesó, y Heine fué, por decirlo así, el precursor lírico de la revolución de Julio, que produjo en Alemania tantos resultados literarios.

En efecto, Heine fué quien, separándose enteramente de la forma puramente objetiva de Goethe y de Uhland sin adoptar la manera opuesta de Schiller, supo expresar por medio de procedimientos que no se conocían hasta entonces, sus sentimientos personales llenos de poesía, de melancolía y hasta de ironía con una forma nueva, y por así decir, revolucionaria, sin dejar por eso de ser muy popular. Heine formó una escuela; un enjambre de jóvenes poetas líricos procuró imitarlo; pero ninguno de ellos tuvo su genio ni tampoco su modo de hacer el verso que pertenece á él solo. Lo que hay de extraordinario en Heine, es que ha excluido enteramente la política de sus cantos aunque la forma de esos mismos cantos denote un espíritu revoluciona-

rio y absoluto. Haciendo abstracción de la ironía lírica de Heine, de ese espíritu satírico con que sabe difrazar una frase seria, Heine ha compuesto cantos verdaderamente clásicos, cantos populares que toda la juventud alemana sabe de memoria. Heine es, entre los nuevos poetas líricos, el último del tiempo antiguo y el primero de nuestra era moderna y ha eclipsado muchas reputaciones. El profesor Ruckert, de Halle, ha alcanzado también una reputación fundada sobre sus cantos orientales, sobre sus traducciones clásicas y sobre su nueva forma tomada del Oriente. Ruckert se inclina hacia la escuela de Schiller; es reflexivo y hasta didáctico. Es verdad que Uhland había puesto en ridículo esa forma anticuada en un poema; pero Ruckert no lo tomó en consideración. Solamente, se complace demasiado en las comparaciones orientales, y acaba por esconder su pensamiento bajo un ramillete de rosas y de azucenas cogidas en el Oriente. Ha traducido la célebre epopeya *Nal y Damayanti*, obra maestra india, y ha publicado sucesivamente *Rosas y Flores del Oriente*, los proverbios de sabiduría de los brahmanes y algunos sonetos suyos. Ruckert es original, pero de ningún modo popular. Chamisso, el francés, supo también tomar un pequeño puesto en el Parnaso lírico de Alemania. Chamisso ha hecho algunas canciones que se distinguen por la fineza de la observación y del sentimiento, y por ese exceso de ironía que le es habitual. Es mucho más alemán en sus poesías que no en su prosa.

Todos esos poetas existían antes de Heine, el cual de repente apareció cual representante de nuevos deseos. No tardó la lírica en cambiar de forma; pues mientras la escuela de Suabia imitaba á Uhland con sus pequeñas composiciones sin calor y sin carácter (cumple nombrar aquí Gustavo Schwab, los Stöber, etc.), en

el otro extremo de Alemania principiaron cantos de libertad y de crítica filosófica. No queremos designar Berlín porque nunca ha producido Berlín un poeta. Fué Austria la que dió el impulso por algún tiempo y muy á pesar suyo. El conde de Auresberg compuso sus *Paseos de Viena*, que no son sino cantos de libertad, y ese librito fué lo que fundó su reputación. Ha escrito bajo el nombre de Anastasio Grün; su talento es más bien épico que lírico; pero tiene energía en la expresión y en los pensamientos. Á su lado se puede mentar á Lenán, igualmente conde; pero éste brilla solamente en segunda línea. En nuestros días, Carl Beck, nacido en Pesth, ha hecho una grande sensación en Alemania con sus *Canciones acorazadas*, y su Biblia. Freilligrath de Detmold ha sabido también hacerse un nombre con su forma que imita á la de Hugo y con sus retratos orientales. Freilligrath es dependiente en una especería y compone al mismo tiempo poesías líricas que han tenido alguna reputación. Dingelstaed, de Cassel, salió al mismo tiempo á la palestra con sus sonetos. Creuzenach de Francfort, se ha hecho notar por su forma clásica; Saphir, de Viena, por su espíritu volteriano, y Zedlitz, por un solo trozo de versos, que el nombre mágico de Napoleón ha hecho volar desde un extremo de Europa hasta el otro. No debemos tampoco olvidar en esta enumeración el rey Luis de Baviera, el cual, sin haber llegado positivamente á ser el rey de los poetas alemanes, ha sabido sin embargo conquistar un puesto distinguido. Mayores elogios aún se merece la idea que ha tenido de mandar levantar sobre la margen del Danubio, un magnífico templo de mármol dedicado á todos los genios y á todas las glorias de Alemania, y que se llama el *Vahlalla*. Las imágenes de los grandes poetas hállanse en ese monumento juntamente con las

de los artistas y de los guerreros; Klopstock, Schiller, Goethe, Juan Pablo, etc., esperan allí sus sucesores poéticos. Sin disputa esa ha sido una noble idea y un magnífico poema de mármol y de bronce que garantiza la inmortalidad de su poeta y fundador.

La descentralización en Alemania produce resultados literarios completamente diferentes de los que se ven en Francia, y es cosa rara que un nombre pueda privar como los de Schiller y de Goethe.

En el día, Alemania produce versos más que nunca, y versos notables; ha llegado como Francia, á ese punto en que los pensamientos de detalle y los procedimientos de versificación se han vulgarizado tanto y puesto al alcance de todos, que, según la expresión del célebre crítico Menzel, «aparecen muchas buenas poesías y ningún buen poeta.»

GOETHE

MI DIOSA

¿Cuál debe uno desear más entre todas las hijas del cielo?

Dejo á cada uno su opinión; pero yo preferiría, esa hija querida de Dios, eternamente móvil y siempre nueva, la Imaginación.

Pues la ha dotado de todos los alegres caprichos que para sí solo él se había reservado, y la loca diosa hace también sus delicias.

Sea que vaya, coronada de rosas, con un cetro de azucenas en la mano, vagando por los valles floridos, mandando á las mariposas, y como la abeja á beber el rocío en el cáliz de las flores;

Sea que vaya con los cabellos sueltos y la mirada sombría, agitándose en el viento en derredor de las peñas, mostrándose después á los hombres teñida de los colores de la mañana y de la tarde, cambiante como las miradas de la luna;

¡ Demos todos las gracias á nuestro padre del cielo, que nos dió por compañera, á nosotros pobres humanos, esa bella, esa inmortal amiga!

Porque él la ha unido con nosotros sólo por nudos divinos, y le ha mandado que sea nuestra esposa fiel en la alegría como en el dolor, y que nunca nos abandonase.

Todas las demás miserables especies que habitan esta tierra viviente y fecunda vagan al acaso, buscando su alimento al través de los placeres groseros y de los amargos dolores de una existencia reducida, y doblada sin tregua bajo el yugo de la necesidad.

Pero á nosotros, nos ha concedido su hija predilecta: ¡ alegrémosnos! y tratémosla cómo una querida adorada; que ocupe el puesto de la señora de la casa.

Y que la sabiduría, esa vieja madrastra, tenga buen cuidado de ofenderla.

Conozco también á su hermana; menos joven, más asentada; es mi apacible amiga. ¡ Ojalá no me abandonase nunca antes que se extinga mi vida, la que por tanto tiempo fué mi dicha y mi consolación: la Esperanza!

LA NOBLE MUJER DE AZÁN-AGÁ.

Canción imitada del morlaco.

¿Qué es lo que se ve allá, en la verde floresta?...
¿nieve ó cisnes?

Si nieve fuera, estaría derretida; cisnes, tomarían el vuelo. No es nieve, no son cisnes, es el resplandor de las tiendas de Azán-Agá. Allí está acostado, padeciendo de sus heridas; su madre y su hermana han venido á visitarle; una extremada timidez impide á su mujer de parecer delante de él.

Pero sus heridas van mucho mejor, y él manda á decir á su fiel esposa: « No me esperes más en mi corte, tú no me verás más en ella ni entre los míos. »

Cuando la esposa hubo recibido esas duras palabras, se quedó sobrecogida y en una profunda aflicción; y

he aquí que oyó las pasos de un caballo delante de la puerta; ella creyó que era su esposo Azán que venía, y subió á su torre para precipitarse de ella delante de sus ojos. Pero sus dos hijas asustadas se arrojaron detrás de ella, derramando amargas lágrimas: « No es el caballo de nuestro padre Azán, es tu hermano Pintorovitch que viene. »

Y la esposa de Azán corre hacia su hermano, lo abraza gimiendo: « Ve la vergüenza, hermano mío, á que está reducida tu hermana..... ¡ Me ha abandonado!..... ¡ la madre de cinco hijos!

El hermano no habla: saca de su faldriquera la carta de separación, envuelta en seda colorada, que devuelve la esposa á su madre, y la deja libre de darse á otro.

La esposa, después de haberse enterado de ese triste mensaje, besa en la frente á sus dos hijos, en las mejillas á sus dos hijas, pero: ¡ ay! al momento de apartarse de su último hijo que aun está mamando, su dolor redobra y no puede dar un paso.

El hermano impaciente la levanta, la pone en ancas sobre el caballo, y se dirige con prisa hacia la casa de sus padres con esa mujer afligida.

Poco tiempo había pasado, no había siquiera siete días, cuando ya varios nobles se habían presentado para consolar nuestra viuda y pedirla en matrimonio. Y hasta el poderoso cadí de Imoski.

Y la joven mujer hizo llorando esta súplica á su hermano: « Te lo pido por tu vida, no me des á otro esposo, no sea que la vista de mis pobres hijos me destrozé el corazón. »

El hermano no se dejó enternecer por estas palabras, sino que estaba decidido á darla al cadí de Imoski; pero la virtuosa mujer le suplicó en fin que

por toda gracia mandara una esquila al cadí que contenía estas palabras: « La joven viuda te saluda amistosamente, y con la presente carta, te suplica con respeto, que cuando vengas acompañado de tus esclavos, le traigas un largo velo á fin de que se envuelva en él al pasar delante de la casa de Azán, y que no pueda ver en ella á sus queridos hijos. »

Apenas el cadí leyó este escrito, cuando reunió todos sus esclavos, y se preparó para salir al encuentro de la viuda con el velo que ella pedía.

Llegó felizmente á la mansión de la princesa, ella salió felizmente con él. Pero cuando pasó delante de la casa de Azán, los niños reconocieron á su madre, y la llamaron así: « ¡ Vuélvete, vuélvete á casa! ¡ Ven á comer el pan de la tarde con tus hijos! » La esposa de Azán fué conmovida por esas palabras, se volvió hacia el príncipe: « Permite que los esclavos y los caballos se paren delante de esa puerta querida, para que yo haga aún algunos dones á mis hijitos. »

Y se pararon delante de esa puerta querida; y ella hizo dones á sus pobres hijos; dió á los niños borcués bordados en oro, á las niñas ricos vestidos, y al más chico que se agitaba en su cuna, un vestido que se pondría cuando sería más grande.

Azán-Agá estaba escondido y veía todo eso, y llamó sus hijos con voz conmovida: « ¡ Volved hacia mí, mis pobres niños! el corazón de vuestra madre está helado, se ha cerrado del todo y no sabe ya compadecer nuestras penas »

La esposa de Azán oyó eso, precipitóse al suelo toda descolorida, y la vida abandonó su corazón destrozado cuando vió sus hijos huir delante de ella.

EL ÁGUILA Y LA PALOMA.

Un aguilucho había tomado su vuelo para ir en busca de su presa; la flecha de un cazador lo hiere cortándole el tendón del ala derecha. Caen en un bosque de mirtos donde, durante tres días devora su dolor, donde durante tres largas noches se abandona á los padecimientos. En fin el bálsamo universal lo alivia, el bálsamo de la benéfica naturaleza: se desliza fuera del bosque, y agita sus alas... ¡ Ay! ¡ el tendón está cortado! Apenas puede rasar la superficie del suelo para cazar una vil presa; profundamente afligido va á posarse sobre una humilde piedra en la margen de un arroyo; levanta las miradas hacia la encina, hacia el cielo y una lágrima moja su ojo soberbio.

Dos palomas que jugueteaban entre los mirtos vienen á posarse cerca de él; vagan dando brinquito sobre la arena dorada, pasan el arroyo al lado una de otra, y su ojo colorado, que mira al acaso en derredor de ellas, se fija al fin sobre el ave afligida. El macho, al cual esta vista inspira un interés mezclado de curiosidad, se dirige apresuradamente hacia el bosque inmediato, y mira el águila con un aire de complacencia y de amistad: « ¡ Estás triste! amiga, recobra ánimo: ¿ no tienes acaso en derredor tuyo cuánto se necesita para una felicidad tranquila? Ramas de oro te resguardan contra los rayos del sol; tú puedes sobre el tierno musgo, en la margen del arroyo exponer tu pecho al sol poniente. Te pasearás entre las flores cubiertas de un fresco rocío; este bosque te ofrecerá alimentos delicados y abundantes, este cristalino arroyo te apagará la sed..... ¡ Oh amiga! la verdadera

felicidad consiste en la moderación, y la moderación halla en cualquier parte lo que necesita. — ¡ Oh sabio! exclamó el águila entrando en sí misma con una pena más amarga, ¡ Oh sabiduría, bien hablas como una paloma! »

EL BUSCADOR DE TESOROS

Pobre de dinero, con el corazón enfermo, arrastrando voy aquí una vida muy larga; ¡ la miseria es el peor de los males, la riqueza el primero de los bienes! ¡ Es preciso que ponga un término á mis penas, que descubra un tesoro..... aunque tuviese para ello que sacrificar mi alma y firmar mi pérdida con mi sangre!

Y me puse á trazar círculos y más círculos; una llama mágica los recorrió al instante; entonces mezclé hierbas con huesos y se cumplió el misterio. Cavé el terreno en el sitio indicado por las llamas con la seguridad de hallar un antiguo tesoro... La noche en derredor mío era negra y tempestuosa.

Y vi una luz lejana; era como una estrella que se adelantaba desde el extremo del horizonte: dió la medianoche, se fué acercando cada vez más, y no tardé en ver que esa claridad que me deslumbraba la producía una copa encantada que llevaba un hermoso niño.

Ojos de infinita dulzura centelleaban bajo su corona de flores; entró en un círculo mágico, todo resplandeciente del brillo del vaso divino que llevaba y me brindó graciosamente que bebiera en él, y yo dije para mí: Este niño, con su bebida maravillosa, no puede ser el espíritu maligno.

— Bebe, me dijo, bebe el deseo de una vida más pura, y comprenderás mis advertencias: no vuelvas

más á estos sitios atormentado por una fatal avidez, no caves más la tierra con una esperanza culpable; trabaja durante el día, regóciate de noche; pasa las semanas en la actividad, las fiestas en la alegría, y cambios maravillosos se verificarán en tu existencia.

CONSUELO EN LAS LÁGRIMAS.

¿Cómo es que estás tan triste en medio de la alegría general? En tus ojos se conoce que de seguro has llorado.

— Si he llorado, solitario, es de un dolor que á mi solo aflige; y las lágrimas que derramo son tan dulces que me alivian el corazón.

— ¡Ven! alegres amigos te convidan, ven á descansar sobre nuestro pecho, y sea cual fuere el objeto que hayas perdido, dignate confiarnos tu perdida.

— En medio de vuestro ruido, de vuestra algazara, vosotros no podéis comprender lo que hace mi tormento... ¡Y bien, no, nada he perdido aunque me falte lo que me falte!

— ¡Entonces, levántate, joven! En tu edad se tienen fuerzas y valor para adquirir.

— ¡Oh no! ¡yo no puedo adquirirlo! Lo que me falta está demasiado lejos de mí... ¡Es algo tan elevado, tan hermoso como las estrellas del cielo!

— Las estrellas, uno no puede desearlas; se goza de su brillo, se contemplan con delicia cuando está serena la noche

Sí, yo contemplo el cielo con delicia durante días enteros: ¡oh! ¡dejadme que lllore de noche todo el tiempo que pueda llorar!»

EL REY DE LOS ALISOS.

¿Quién viaja tan tarde de noche y con el viento? Es el padre y su hijo, un niño que aprieta entre sus brazos para resguardarlo contra la humedad y que esté bien caliente.

«¿Hijo mío, por qué escondes la cara con tanta inquietud? — ¿Papá, no ves al rey de los Alisos?... ¿el rey de los Alisos con su corona y con su cola? — No, hijo, no veo más que una lista de niebla.»

— «Ven, precioso niño, ven conmigo... ¡Á que bonitos juegos jugaremos juntos; hay bonitas flores en las márgenes del arroyo, y en casa de mi madre vestidos todos bordados de oro!»

«¿Padre, padre, oyes lo que me promete de quedo? — Tranquilízate, niño, tranquilízate; es el viento que murmura entre las hojas secas.»

— «¡Precioso niño, ven conmigo! mis hijas ya te esperan: mis hijas bailan de noche; te acariciarán, jugarán y cantarán contigo.»

«Padre, padre, ¿no ves á las hijas del rey de los Alisos, allá donde hace oscuro? — Hijo mío, ya veo lo que quieres decir... Veo los viejos sauces que son cenicientos.»

— «Te quiero, niño, tu cara me encanta; ven conmigo de buena voluntad, ó por fuerza te llevo.»

«¡Padre, padre! me agarra, me ha herido el rey de los Alisos!»

El padre se estremece y precipita su marcha apretando contra su pecho su hijo, que respira penosamente, y llega por fin á su casa... El niño estaba muerto entre sus brazos.

EL DIOS Y LA BAYADERA.

Cuento indio.

Mahadoeh, el dueño de la tierra, bajaba á ella por la sexta vez, á fin de hacerse nuestro semejante y experimentar nuestros goces y nuestros dolores. Como habitaba entre los mortales, se había resignado á igual suerte; quería observar á los hombres, de hombre, para recompensar ó castigar. Y cuando en un viaje habia atravesado una ciudad, humillado algunos grandes, exaltado algunos humildes, el dios se alejaba de ella en la tarde y seguía su camino.

Un día que salía así de una ciudad vió una bonita joven con mejillas color de rosa en una de las últimas casas. « Buenos días, niña. — Mil gracias, señor; sírvase esperarme, vengo á su encuentro. — ¿Quién sois pues? — Una bayadera y ésta es mi casa. » Ella se acerca haciendo resonar los alegres címbalos, figura en derredor de él mil danzas diferentes; después se prosterna y le ofrece flores.

Lo atrae por fin graciosamente á su casa: « Hermoso extranjero, mi habitación va á alumbrarse para ti de brillante luz. Si te hallas cansado podrás descansar en ella; lavaré tus pies lastimados por el camino; todo cuanto puedas desear, descanso, alegría y placer vendrá á ofrecérsese de por sí. » Y procura suavizar los padecimientos fingidos del dios que le sonrío: éste descubre con placer un corazón sensible entre tanta corrupción.

Y exige de ella un juramento de esclava; pero la joven lo cumplía con un celo constante, y lo que hacia primero por complacencia, en breve pareció que lo hiciera por necesidad; pues del mismo modo que la

flor no tarda en reemplazar el fruto, el amor insensiblemente conduce á la sumisión. Pero para mejor probarla, el dios la hace pasar sucesivamente de los ardientes arrebatos del placer á las angustias y al dolor.

Y apenas le da un beso, ella siente en sí misma todas las penas del amor, comprende su esclavitud, y llora por la primera vez. Se postra á los pies del dios; no porque espere de él galardón alguno, sino porque sus miembros se niegan á sostenerla. No tardará sin embargo la noche en correr sus velos sobre los instantes de felicidad que recompensarán su amor.

Después de un corto sueño, recuerda y halla su amable huésped muerto á su lado: en vano lo aprieta entre sus brazos dando grandes alaridos... ¡No se despertará más! Y la llama pronto devorará su cuerpo helado; los bracmanes han entonado ya el himno de los muertos.... Apenas lo oye, se precipita por medio de la multitud... « ¿Quién eres tú? con qué derecho te acercas de esta pira fúnebre? »

Pero ella se arroja deshecha en llanto encima del cadáver. « ¡Es mi querido y vengo á buscarlo sobre su pira; vengo para mezclar mis cenizas con las suyas! Él era mío, mío todo entero.... ¡Quiero dormir una vez más entre sus brazos! » Y los sacerdotes cantaban: « Conducimos á la tumba el anciano helado por largos padecimientos y también el joven que nunca los ha experimentado.

— Escucha las palabras de los sacerdotes: este no era tu esposo; tú eres una bayadera, y no tienes deberes que cumplir. La sombra sola acompaña el cuerpo á su última mansión; la esposa sola sigue al esposo; es á la vez su deber y su gloria. Suenen las trompetas, que acompañen el canto sagrado. — Recibid, oh dioses, el ornamento de la tierra y que las llamas suban hasta vosotros! »

De este modo permanecen sordos los sacerdotes á sus ruegos; pero ella, con los brazos extendidos, se arroja en esa muerte resplandeciente. De repente el dios se levanta en medio de la llama, abraza la que tan tiernamente le quería y se la lleva al cielo consigo. Así se alegran los dioses del arrepentimiento, y conceden la eterna felicidad á los culpables que el dolor ha purificado.

EL VIAJERO

EL VIAJERO. ¡ Dios te bendiga, joven, así como el niño que cría tu pecho! Permite que ponga mi carga sobre esas peñas, bajo la sombra de esos olmos y descanse cerca de ti.

LA MUJER. ¿Cuál motivo te hace recorrer la senda polvorosa durante el calor del día? ¿Traes mercaderías de la ciudad para venderlas en estas comarcas? ¿Te sonríes, extranjero, de esta pregunta?

EL VIAJERO. Yo no traigo mercaderías de la ciudad. Pero la tarde no tardará en derramar su frescura; enséñame, amable joven, la fuente donde apagas tu sed.

LA MUJER. He aquí una senda entre las peñas. Súbela; ese caminito entre la maleza conduce á la choza que habito, á la fuente donde apago mi sed.

EL VIAJERO. ¡ Trazas de la mano industriosa del hombre en medio de estas breñas! ¡ No eres tú que has juntado estas piedras, oh naturaleza, tan rica en tu desorden!

LA MUJER. ¡ Todavía más arriba!

EL VIAJERO. ¡ Un arquitrabe cubierto de musgo! ¡ Te reconozco, espíritu creador! ¡ has impreso tu sello sobre la piedra!

LA MUJER. ¡ Sigue subiendo, extranjero!

EL VIAJERO. Ahora estoy pisando una inscripción... ¡ Y no poder leerla! ¡ No existís más, oh palabras tan profundamente cinceladas en el mármol, y que debíais testimoniar ante mil generaciones la piedad de vuestro autor!

LA MUJER. ¡ Te sorprende el ver esas piedras; alrededor de mi choza hay muchas más!

EL VIAJERO. ¿ Allá arriba?

LA MUJER. Sobre la izquierda, cruzando por la maleza... Ahí.

EL VIAJERO. ¡ Oh Musas! ¡ oh gracias!

LA MUJER. Es mi choza.

EL VIAJERO. ¡ Las ruinas de un templo!

LA MUJER. Y más abajo, en la cuesta, corre el manantial donde apago mi sed.

EL VIAJERO. ¡ Vives todavía sobre tu tumba, genio divino! ¡ tu obra maestra se ha desplomado sobre ti, oh inmortal!

LA MUJER. Espérate, voy á buscar un vaso para que bebas.

EL VIAJERO. La hiedra revisté ahora tus creaciones ligeras y divinas. ¡ Cómo te arrojas de entre estas ruinas, graciosa pareja de columnas, y tú, su hermana, que te quedas allá solitaria!.. ¡ Con la cabeza cubierta de musgo echáis sobre vuestras compañeras una mirada triste pero majestuosa! La tierra, los escombros nos las esconden; espinos y altas hierbas las cubren todavía con su sombra. ¿ Estimas pues tan poco, oh naturaleza, las obras maestras de tu obra maestra? ¡ Arruinas sin piedad tu propio santuario, y en él siembras el cardo!

LA MUJER. ¡ Qué bien duerme mi niño! ¡ Extranjero! ¿ quieres descansar en la choza, ó prefieres quedarte aquí al aire? Toma el niño, que iré á buscarte agua. — ¡ Duerme, mi niño, duerme!

EL VIAJERO. ¡Qué dulce es su sueño! ¡Cómo respira apaciblemente en su lozana salud!... ¡Tú que naciste encima de estos santos restos del pasado, ojalá su genio venga á descansar en ti! ¡Ese á quien acaricia su soplo sabrá, lo mismo que un dios, gozar de todos los días! Tierno vástago, florece, sé la honra de la soberbia primavera, brilla delante de tus hermanos, y cuando tus flores caigan marchitas, que un hermoso fruto salga de tu seno para madurar bajo los rayos del sol!

LA MUJER. ¡Qué Dios te bendiga! — ¿Y todavía duermo? ¡Pero juntamente con esta agua no tengo más que un pedazo de pan que ofrecerte!

EL VIAJERO. Te doy las gracias. — ¡Cómo todo florece y reverdece en derredor nuestro!

LA MUJER. Pronto volverá del campo mi marido: ¡quédate, extranjero, quédate para comer con nosotros el pan de la noche!

EL EXTRANJERO. ¿Vivis aquí?

LA MUJER. Sí, allá entre esas paredes: mi padre ha fabricado la choza con tejas y escombros, y desde entonces vivimos en ella. Me dió á un labrador, y murió entre nuestros brazos. — ¿Has dormido bien, amor mío? ¡Qué alegre está, cómo quiere jugar, el briboncito!

EL VIAJERO. ¡Oh inagotable naturaleza! has creado todos los seres para que gozen de la vida; has dividido tu herencia entre todos tus hijos como una buena madre... Á cada uno una habitación. La golondrina construye su nido en las almenas, y poco se cuida de los ornamentos que esconde su obra. La oruga hila en derredor de la rama dorada un asilo de invierno para sus huevos: ¡y tú, hombre! te haces una choza con las ruinas sublimes del pasado... ¡Tú gozas sobre tumbas! — ¡Adiós, feliz mujer!

LA MUJER. ¿No quieres, pues, quedarte?

EL VIAJERO. ¡Dios te guarde! ¡Dios bendiga á tu hijo!

LA MUJER. Te deseo un buen viaje.

EL VIAJERO. ¿Dónde me llevará esa senda que columbro sobre la montaña?

LA MUJER. Á Cumas.

EL VIAJERO. ¿Hay todavía mucho que andar?

LA MUJER. Tres millas largas.

EL VIAJERO. Adiós. — Guía mis pasos, naturaleza; los pasos de un extranjero sobre estas tumbas sagradas de otro tiempo; guíame hacia un retiro que me resguarde contra el viento del Norte, donde un bosque de álamos me abrigue contra los rayos ardientes del mediodía; y cuando por la tarde, vuelva á mi choza, con los últimos rayos del sol en la cara, haz que en ella halle una mujer como ésta con un niño en sus brazos.

LA PRIMERA NOCHE DEL SABBAT.

Trozo lírico.

UN DRUIDA. ¡He aquí mayo que nos sonríe! la floresta está libre de hielo y de escarchas. Ha desaparecido la nieve y cantos alegres suenan entre la verdura nueva. La blanca nieve se ha retirado hacia las altas montañas: es preciso sin embargo que subamos hasta la cima, según la costumbre antigua y santa, para alabar el Padre de todas las cosas. ¡Que la llama se levante al través del humo: así es como suben los corazones hacia él!

ALGUNOS DRUIDAS. ¡Que la llama se levante al través del humo! Sigamos la costumbre antigua y santa de

alabar al Padre de todas las cosas. ¡Subamos, subamos!

UNA VOZ EN LA MULTITUD. ¡Pero qué audacia os arrebatata! ¿queréis ir á la muerte? ¿No sabéis que nuestros enemigos victoriosos se hallan por esa parte? ¡Sus lazos están tendidos en derredor de estos parajes para sorprender á los pecadores!... ¡Ay! degollarán en nuestras chozas nuestras mujeres y nuestros hijos, y todos iremos á una muerte segura.

CORO DE LAS MUJERES. En el asilo de nuestras chozas, degollarán á nuestros hijos esos implacables vencedores, y nosotros iremos á una muerte segura.

UN DRUIDA. El que va á recibir nuestros sacrificios protegerá sus adoradores. La floresta está libre, la leña no falta y haremos piras enormes. Sin embargo, parémonos en la maleza inmediata, y quedémonos tranquilos todo el día; coloquemos guerreros para que vigilen en defensa nuestra; mas esta tarde es menester pensar en cumplir animosamente con nuestro deber.

CANTO DE LOS GUERREROS QUE VIGILAN. Vigiland aquí, intrépidos guerreros, en los alrededores de la selva y vigilad en silencio, mientras ellos cumplirán con su santo deber.

UN GUERRERO. Esos cristianos insensatos se dejan engañar por nuestra audacia: ¿si los espantáramos nosotros mismos por medio del diablo en el cual creen ellos?... ¡Venid! es preciso armarnos de cuernos, de horcas y de hachones, hacer un gran estrépito entre las peñas. ¡Mochuelos y buhos, acompañad nuestra ronda y nuestros ahullidos!

CORO DE LOS GUERREROS QUE VIGILAN. Armémosnos de horcas y de cuernos, como el diablo en el cual creen ellos, y hagamos un gran ruido por medio de las peñas. ¡Mochuelos y buhos acompañad nuestra ronda y nuestros ahullidos!

UN DRUIDA. ¡Ahora, en el seno de la noche, celebremos altamente al Padre de todas las cosas! ¡El día se acerca en que será preciso llevarle un corazón purificado! Puede permitir que el enemigo triunfe hoy, y algunos días más; pero la llama se arroja fuera del humo: así se purifica nuestro culto; pueden arrebatarnos nuestros antiguos usos; pero la luz divina ¿quién nos la arrebatará?

UN CRISTIANO. ¡Ayuda! ¡Socorro, hermanos míos!... ¡Ah! he aquí el infierno que se viene encima de nosotros!... ¡Ved esos cuerpos mágicos que son todo fuego!... ¡esos hombres lobos y esas mujeres endriagos que se apiñan como una multitud insensata! ¡Oh! ¡qué tumulto espantoso! ¡Huyamos todos, huyamos bien lejos!... ¡Allá arriba flamea y ruge el diablo... y el olor infecto de los brujos llega hasta nosotros!

CORO DE LOS CRISTIANOS. ¡Ved, ved esos cuerpos mágicos! hombres-lobos y mujeres-endriagos... ¡Oh, que tumulto espantoso!... ¡Allá arriba flamea y ruge el diablo... y el olor de los brujos llega hasta nosotros!

CORO DE LOS DRUIDAS. La llama se arroja fuera del humo: así se purifica nuestro culto! Pueden arrebatarnos nuestros antiguos usos; pero la luz divina ¿quién nos la arrebatará?

LEYENDA

Quando Nuestro Señor habitaba este mundo, pobre y desconocido, algunos jóvenes seguían sus pasos, pero solamente algunos de ellos comprendían sus lecciones; y le gustaba tener sus reuniones al aire libre; porque bajo la mirada del cielo, se habla mejor y más libremente. Entonces las más sublimes instrucciones salían

de su boca divina bajo forma de parábolas y de ejemplos, y su palabra convertía así en templo el mercado más vulgar.

Un día, que se dirigía paseándose hacia un lugarcito con uno de sus discípulos, vió relucir alguna cosa en el camino : era un fragmento de herradura. Y dijo á san Pedro : « Recoge ese pedazo de hierro. » San Pedro tenía otra cosa en la cabeza, y mientras andaba, iba revolviendo en su mente ciertos pensamientos que se referían al modo de gobernar el mundo, como sucede á cada uno de nosotros de tenerlos á veces; ¿ pues quién puede limitar el trabajo de la mente? Pero esa clase de ideas le gustaba mucho y el hallazgo le pareció cosa de muy poca importancia. Pase si hubiera sido un cetro ó una corona... ¿ Pero una media herradura, valía la pena de agacharse? Siguió pues andando é hizo como si no hubiera oído.

Nuestro Señor con su paciencia habitual, recogió él mismo el pedazo de hierro, y siguió él también su camino sin hacer muestra de nada. Cuando alcanzaron el pueblo, se paró delante de la puerta de un herrero y se lo vendió por tres maravedises; después cruzando el mercado, percibió muy hermosas cerezas; compró de ellas tantas y tan pocas cuantas se pueden dar por semejante precio; y se las puso dentro de la manga sin más explicación.

Luego salieron por una puerta que llevaba á campos y llanuras donde no se columbraban ni árboles ni casas; el sol estaba en su fuerza y el calor era grande. En semejante caso, mucho daría uno por un poquito de agua. El Señor iba delante, y como por descuido, dejó caer una cereza. San Pedro se dió prisa en recogerla como si hubiese sido una manzana de oro, y con ella se refrescó el paladar. Nuestro Señor, después de corto rato, dejó rodar por el suelo otra cereza. San

Pedro se agachó al instante para recogerla, y el Señor volvió varias veces á hacerle hacer la misma cosa. Después de algún tiempo, el Señor le dijo con una sonrisa : « Si tú hubieses sabido agacharte cuando era menester, no tendrías ahora tanto trabajo : el que teme molestarse por poca cosa mucho se agitará por mucho menos. »

EL BARDO.

« ¿ Qué es lo que oigo allá, en la puerta? ¿ quién canta sobre el puente levadizo? Es preciso que esos cantos se acerquen á nosotros y resuenen en esta sala. » Así dice el Rey y un paje echa á correr; vuelve el paje y el Rey grita : « ¡ Qué hagan entrar al anciano!

— ¡ Salud, nobles señores, salud también hermosas damas : veo aquí el cielo abierto, estrellas sobre estrellas! ¿ Quién podría nombrarlas? Mas en esta sala toda llena de riqueza y de grandeza, cerraos, ojos míos, que no es el momento de admirar. »

Cierra los ojos el bardo y su poderosa voz resuena... Los caballeros levantan ojos encendidos; las damas bajan sus dulces miradas.

El Rey complacido, manda á buscar una cadena de oro para recompensar tan hermoso talento.

« ¡ Una cadena á mí! dadlas á vuestros caballeros que rompen las lanzas enemigas, dad á vuestro chambelán esa carga preciosa para que la añada á las que lleva ya.

« Yo canto como canta el ave en la enramada; que sonidos melodiosos salgan de mis labios, esa es mi recompensa; sin embargo me atreveré á haceros una súplica, una sola : que me den vino en la más hermosa copa, una copa de oro puro. »

de su boca divina bajo forma de parábolas y de ejemplos, y su palabra convertía así en templo el mercado más vulgar.

Un día, que se dirigía paseándose hacia un lugarcito con uno de sus discípulos, vió relucir alguna cosa en el camino: era un fragmento de herradura. Y dijo á san Pedro: « Recoge ese pedazo de hierro. » San Pedro tenía otra cosa en la cabeza, y mientras andaba, iba revolviendo en su mente ciertos pensamientos que se referían al modo de gobernar el mundo, como sucede á cada uno de nosotros de tenerlos á veces; ¿ pues quién puede limitar el trabajo de la mente? Pero esa clase de ideas le gustaba mucho y el hallazgo le pareció cosa de muy poca importancia. Pase si hubiera sido un cetro ó una corona... ¿ Pero una media herradura, valía la pena de agacharse? Siguió pues andando é hizo como si no hubiera oído.

Nuestro Señor con su paciencia habitual, recogió él mismo el pedazo de hierro, y siguió él también su camino sin hacer muestra de nada. Cuando alcanzaron el pueblo, se paró delante de la puerta de un herrero y se lo vendió por tres maravedises; después cruzando el mercado, percibió muy hermosas cerezas; compró de ellas tantas y tan pocas cuantas se pueden dar por semejante precio; y se las puso dentro de la manga sin más explicación.

Luego salieron por una puerta que llevaba á campos y llanuras donde no se columbraban ni árboles ni casas; el sol estaba en su fuerza y el calor era grande. En semejante caso, mucho daría uno por un poquito de agua. El Señor iba delante, y como por descuido, dejó caer una cereza. San Pedro se dió prisa en recogerla como si hubiese sido una manzana de oro, y con ella se refrescó el paladar. Nuestro Señor, después de corto rato, dejó rodar por el suelo otra cereza. San

Pedro se agachó al instante para recogerla, y el Señor volvió varias veces á hacerle hacer la misma cosa. Después de algún tiempo, el Señor le dijo con una sonrisa: « Si tú hubieses sabido agacharte cuando era menester, no tendrías ahora tanto trabajo: el que teme molestarse por poca cosa mucho se agitará por mucho menos. »

EL BARDO.

« ¿ Qué es lo que oigo allá, en la puerta? ¿ quién canta sobre el puente levadizo? Es preciso que esos cantos se acerquen á nosotros y resuenen en esta sala. » Así dice el Rey y un paje echa á correr; vuelve el paje y el Rey grita: « ¡ Qué hagan entrar al anciano!

— ¡ Salud, nobles señores, salud también hermosas damas: veo aquí el cielo abierto, estrellas sobre estrellas! ¿ Quién podría nombrarlas? Mas en esta sala toda llena de riqueza y de grandeza, cerraos, ojos míos, que no es el momento de admirar. »

Cierra los ojos el bardo y su poderosa voz resuena... Los caballeros levantan ojos encendidos; las damas bajan sus dulces miradas.

El Rey complacido, manda á buscar una cadena de oro para recompensar tan hermoso talento.

« ¡ Una cadena á mí! dadlas á vuestros caballeros que rompen las lanzas enemigas, dad á vuestro chambelán esa carga preciosa para que la añada á las que lleva ya.

« Yo canto como canta el ave en la enramada; que sonidos melodiosos salgan de mis labios, esa es mi recompensa; sin embargo me atreveré á haceros una súplica, una sola: que me den vino en la más hermosa copa, una copa de oro puro. »

Aproxima la copa á sus labios, bebe : « ¡ Oh licor dulce y refrescante ! ¡ feliz la casa en donde semejante don es poca cosa ! ¡ Pero en la dicha, acordaos de mí !... Daréis gracias á Dios con el mismo gusto que tengo yo en daros las gracias por esta copa de vino. »

EL REY DE TULEA.

Balada.

Había un rey de Tulea que fué hasta la tumba fiel á su amiga y á quien donó ésta al momento de morir una copa de oro.

No se separó más de esta copa ; le servía en todas sus comidas, y cada vez que en ella bebía, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Y cuando sintió que se acercaba su hora, contó sus ciudades, sus tesoros, y los abandonó á sus herederos, pero se quedó con la copa querida.

Sentóse á su mesa real, rodeado de sus caballeros en la sala antigua de un palacio que lamía la mar.

Después levantóse, apuró el vaso sagrado por la postrera vez y lo arrojó á las olas.

Viólo caer, llenarse, desaparecer, y de repente se apagaron sus ojos... ¡ Y después, no bebió más una sola gota !

LOS MISTERIOS.

Pareció la mañana, y sus pasos ahuyentaron el dulce sueño que blandamente me envolvía ; me desperté y salí de mi apacible habitación ; me dirigí hacia la montaña con el corazón rejuvenecido. Á cada paso,

flores brillantes, inclinando la cabeza bajo el peso del rocío alegraban mi vista ; el día nuevo se apoderaba del mundo con arrebató, y todo se reanimaba para reanimar mi alma.

Y mientras yo trepaba, una niebla se desprendió de la superficie del río, de la pradera, y se separó en listas cenicientas. No tardó en elevarse, se espesó y revoloteó en derredor de mí. Entonces desapareció la hermosa perspectiva que me encantaba : un velo sombrío cubrió el campo, y yo me quedé como sepultado en las nubes, como aislado en el crepúsculo.

De repente pareció que el sol rasgara la nube ; un dulce rayo la dividió y pronto se esparció victorioso, en derredor de los bosques y de las colinas. ¡ Con qué placer saludé la vuelta del sol ! me parecía más hermoso después de haber estado oscurecido, y su triunfo no se había todavía cumplido que ya me deslumbraba su gloria.

Una secreta potencia devolvió la fuerza á mi alma, y volví á abrir los ojos, pero no pudo ser más que una mirada furtiva, pues el mundo me parecía ser sólo llamas y resplandor ; después una figura divina revoloteaba delante de mí entre las nubes... Nunca he visto lineamentos más graciosos. Ella me miró y se detuvo blandamente mecida por la brisa.

« ¿ No me reconoces ? dijo ella con voz llena de interés y de confianza, no me reconoces, á mí que tantas veces derramé un bálsamo celeste sobre las heridas de tu alma ; que te he unido á mí por lazos eternos, que he ido estrechando más y más ? ¿ No te he visto derramar lágrimas de amor, cuando niño todavía me perseguías con tanto ardor ?

— Sí, exclamé cayendo de alegría á sus pies, ¡ cuántas veces he experimentado tus beneficios ! ¡ Muchas veces

me has concedido la consolación y el descanso, cuando todas las pasiones de la juventud se disputaban mi cuerpo y mi vida! Cuántas veces, en esta estación ardiente, has refrescado mi frente con tu divino aliento, me has colmado de los más preciosos dones, y de ti espero todavía toda mi felicidad.

« Yo no te nombro, pues te oigo nombrar por muchos que dicen que eres suya, todas las miradas se dirigen hacia ti, pero tu resplandor hace bajar casi todos los ojos. ¡Ay! cuando yo también me extraviaba, muchos rivales tenía; desde que te conozco, estoy casi solo. Pero es preciso que dentro de mí me felicite de semejante dicha, y que esconda cuidadosamente la luz con que me has alumbrado. »

Ella se sonrió y dijo: « Tú ves cuánto es necesario que yo no me manifieste á los hombres sino con prudencia; tú mismo eres apenas capaz de evitar la más grosera ilusión, ¡ apenas dominas tus primeras voluntades, y ya te crees más que un mortal y te indignas contra tus deberes de hombre! ¿ Por qué pues, te distingues de los demás? Conócete á ti mismo y vivirás en paz con el mundo.

— Perdona, exclamé, confieso mi culpa. ¿ Por qué he de tener en vano los ojos abiertos? Una voluntad franca anima todo mi ser, conozco al fin todo el valor de tus dones, de aquí adelante quiero ser útil á mis semejantes, y no cegar el manantial que ha apagado mi sed: ¿ por qué pues habré abierto sendas nuevas si no he de indicarlas á mis hermanos? »

Y yo estaba todavía hablando, cuando la diosa me echó una mirada de compasión, yo procuraba leer en ella lo que habrían tenido de equivocado ó de vano mis palabras: ella se sonrió y me tranquilizó; nueva esperanza entró en mi corazón y pude acercarme á ella con

mayor confianza para contemplarla de más cerca.

Extendió la mano á través de las ligeras nubes y del vapor que la rodeaban, y lo que quedaba de niebla acabó de disiparse; mis ojos pudieron nuevamente columbrar el valle, el cielo estaba puro... La divina aparición se mecía sola en los aires, y su transparente velo se desarrollaba en mil pliegues.

« Te conozco, conozco tus flaquezas, sé también todo lo que hay de bueno en ti. » Tales fueron sus palabras que siempre me parecerá estar oyendo. « Escucha ahora lo que tengo que decirte; es preciso que no te vuelvas ufano de mis dones, sino que los recibas con ánimo tranquilo: del mismo modo que el sol disipa las nieblas de la mañana, así sola la verdad puede arrancar el velo que cubre la belleza de las musas.

« Y no lo arrojéis al viento, ni tú ni tus amigos sino durante el calor del día; entonces, la brisa de la tarde os traerá el fresco y el perfume de las flores, entonces caerá el viento de las pasiones humanas, nubes ligeras refrescarán los aires, el día será puro y suave será la noche. »

Venid en busca mía, amigos, cuando el peso de la vida os parezca demasiado pesado; y la prosperidad derramará sobre vosotros sus flores brillantes y sus frutas de oro, y nos adelantaremos todos juntos hacia un día nuevo; así la felicidad acompañará nuestra vida y nuestro viaje, y cuando llegue el fin, nuestros últimos nietos, mientras llorarán por habernos perdido, gozarán todavía de los frutos de nuestro amor.

LA CANCIÓN DE LA CAMPANA.

« El molde de arcilla queda asegurado en la tierra que lo rodea : hoy ha de nacer la campana. ¡ Compañeros, pronto al trabajo ! ¡ Que el sudor chorree de vuestras frentes ardientes !... La obra honrará al operario, si la bendición de arriba le acompaña. »

Mezclemos palabras serias con el trabajo serio que emprendemos ; palabras juiciosas disminuirán el cansancio. Observemos con cuidado el noble resultado de nuestros endeble esfuerzos : ¡ quede avergonzado el ser estúpido que no puede comprender la obra de sus manos ! El raciocinio es lo que ennoblece el hombre, descubriéndole el motivo y el fin de sus trabajos.

« Tomen leña de pino bien seca : la llama entrará en los tubos con más fuerza. Que un fuego activo apresure la mezcla del cobre y del estaño para que el bronce derretido corra después en el molde. »

Esa campana, que con la ayuda del fuego habrán formado nuestras manos en el seno de la tierra, testimoniará con frecuencia en favor nuestro, dentro de su elevada mansión. Muchos días ha de durar, muchos oídos ha de estremecer, sea que se lamente con los afligidos, sea que una sus acentos con los de la oración : todo cuanto el destino inconstante reserva á los mortales, ella lo contará con su boca de bronce.

« Blancas burbujas de aire salen á la superficie. ¡ Bien ! la masa principia á moverse. Dejemos que se penetre de la sal alcalina que ha de facilitar la fusión : es preciso que la mezcla se purgue de toda su espuma para que la voz del metal resuene pura y profunda. »

La campana es la que saluda con acentos de alegría al niño querido que viene á la luz todavía sumido en los brazos del sueño : negro ó blanco, su destino duerme también en el porvenir ; pero los cuidados del amor materno vigilan sobre su mañana dorada. — Los años huyen como una flecha. Cuando ha llegado á ser un joven, abandona los juegos de sus hermanas y se precipita soberbiamente en la vida... Recorre el mundo con el bastón del viajero, después vuelve, extranjero, al hogar paterno. Entonces es cuando la joven, noble imagen de los cielos, le aparece en todo el brillo de su hermosura, con sus mejillas sonrosadas por la modestia y el pudor.

« ¡ Cómo se ponen ya oscuros los tubos ! Voy á zambullir esta rama en el crisol ; si sale cubierta de una capa vítrea, será tiempo de vaciar. ¡ Vamos ! compañeros, ensayad la mezcla, y ved si la unión del metal duro con el metal dúctil se ha efectuado felizmente. »

Pues de la unión de la fuerza con la mansedumbre resulta una feliz armonía. Los que se unen para siempre deben estar seguros que sus corazones se corresponden. La ilusión poco dura, el arrepentimiento es eterno. — ¡ Con qué gracia lleva su corona virginal la novia cuando el sonido argentino de la campana la llama á las pompas del himeneo ! ¡ Ay ! la más hermosa fiesta de la vida nos anuncia también el fin de su primayera : ¡ con la cintura y el velo cuántas ilusiones desaparecen ! — La pasión huye y la reemplaza la afección ; la flor se marchita y la reemplaza el fruto. — Es menester que

de hoy en adelante el hombre, en su lucha contra una vida hostil, emplee ya la actividad, ya la fuerza, ya la audacia para alcanzar la dicha. Primero la abundancia le prodiga sus dones; sus almacenes están rellenos de riquezas, sus posesiones se extienden, su casa se engrandece. La madre de familia gobierna sabiamente la casa y su espíritu de orden añade á los bienes ya adquiridos: llena de objetos preciosos sus armarios olorosos; sin parar, el hilo zumba en derredor de sus husos; la lana luciente, el lino blanco como la nieve se amontonan en sus cofres resplandecientes de limpieza y derramando por doquiera el lujo sobre la abundancia, nada concede al descanso.

El padre, entretanto, desde lo alto de su casa, echa una mirada satisfecha sobre su fortuna que florece en derredor de su habitación; contempla sus árboles, sus cercados, sus graneros ya llenos y sus campos donde se mece la nueva mies y de repente palabras de orgullo salen de su boca. « Mi prosperidad, sólida como los cimientos de la tierra desafía de hoy en adelante la adversidad! » ¡Ay! ¿quién puede hacer un pacto eterno con la suerte? La desdicha llega pronto.

« ¡Bien! se puede principiar á vaciar; sin embargo, antes de abrir el paso, dirijamos una ardiente oración al Señor... ¡Destápanse los conductos, y que Dios proteja el molde! ¡Oh, cómo los olas de fuego se precipitan en el espacio que se les abre! »

El fuego es una potencia benéfica cuando el hombre la domina y la vigila; es un don celeste que facilita muchos trabajos. ¡Pero qué temible es, ese hijo de la naturaleza, cuando vence los obstáculos que lo encadenaban y vuelve á tomar su independenciam! ¡Qué desgracia, cuando abandonado á sí mismo, desarrolla su marcha triunfante por medio de una populosa ciudad! pues

todos los elementos son enemigos de las creaciones humanas. — ¡Del seno de las nubes cae la benéfica lluvia: del seno de las nubes.... cae el rayo!

¿Oís ese sonido que gime en la torre? ¡Es el rebato!

El cielo está de color de sangre y sin embargo no es la aurora; ¡qué tumulto por las calles! ¡qué de humo!... El fuego ya se eleva hasta el cielo en columnas flameantes, ya se precipita por todo lo largo de las calles, como la boca de un horno. El aire abrasa, las vigas crujen, las vidrieras chisporrotean, los niños gritan, las madres corren por una parte y otra, los animales aullan entre los escombros;... todo se atropella, parece ó huye. La noche brilla con toda la claridad del día. En fin una larga cadena se establece al rededor del incendio, el cubo vuela de mano en mano y por todas partes forma arcos el agua de las bombas... Pero llega mugiendo el viento y remolinea en la hoguera... ¡Todo ha concluido!... La llama ha alcanzado los graneros donde están amontonadas ricas mieses y se encienden las maderas desecadas; después, como si quisiera en su fuga poderosa arrastrar en pos de sí todo el peso de la tierra, se lanza hacia el cielo en forma gigantesca. — El hombre ha perdido toda esperanza; se dobla bajo la mano de la suerte y asiste ahora á la destrucción de sus obras inmóvil y consternado.

¡Todo está vacío y quemado! Ahora solo la tempestad habitará esas ruinas ceñidas de espanto, que no verán pasar más que las nubes del cielo.

El hombre da una última mirada á la tumba de su fortuna y se aleja: ha vuelto á empuñar el bastón de viaje... es cuanto le ha dejado el incendio. ¡Pero una dulce consolación le aguarda al momento de partir: cuenta las cabezas que ama y todas han sobrevivido!

« La tierra ha recibido el metal y el molde se ha

llenado felizmente: pero ¿veremos al fin recompensados nuestro celo y nuestra actividad?... ¡Si la fundición no hubiese salido bien! ¡Si se rompiese el molde! ¡Ah! mientras nos abandonamos á la alegría tal vez el daño está ya hecho!»

Confiamos la obra de nuestras manos al seno tenebroso de la tierra: el labrador le confía su semilla en la esperanza que la bendición del cielo hará brotar las mieses de ella. Lo que en ella depositamos con miedo es más precioso aún; ¡ojalá salga también de la tumba para un glorioso destino!

Desde su cúpula elevada, la campana suena lenta y triste en las pompas de los funerales; sus acentos solemnes acompañan al hombre en su último viaje. ¡Ah! es una fiel esposa, es una tierna madre que el rey de las sombras arrebató de entre los brazos de un esposo, de los niños numerosos que joven todavía crió sobre su pecho con inagotable amor. ¡Ay! esos vínculos de familia están rotos y para siempre; sus cuidados, su dulce autoridad no vigilarán más sobre sus jóvenes hijos, desde ahora víctimas de una insensible madrastra.

«Mientras se enfría la campana, suspendamos nuestra dura tarea, y que cada cual se divierta como el ave bajo la enramada. A los primeros vislumbres de las estrellas, el servidor libre de cuidados, oye con alegría dar la hora de la tarde; pero para el amo no hay descanso.»

El hombre, que, paseando, se ha alejado mucho en los bosques solitarios, precipita sus pasos hacia su casa querida; las ovejas balantes, los bueyes de pelo luciente y de ancha frente vuelven á su establo; el carro pesado se mueve penosamente bajo su carga de mieses; pero debajo de las gavillas hay una corona de flores trenzadas y los jóvenes segadores vuelan á la danza.

No tarda el silencio en pasearse por las plazas y las

calles; los habitantes del mismo techo se juntan en derredor del hogar común, y las puertas de la ciudad ciérranse con un largo gemido. La noche se vuelve todavía más oscura, pero no la teme el pacífico ciudadano; si el malvado se despierta con la sombra, el ojo de la ley está abierto sobre sus pasos.

¡El orden, hijo benéfico del cielo, es el que une á los hombres con lazos ligeros y amables, que afianza los fundamentos de las ciudades, que hace salir de los bosques al indómito salvaje, se sienta en las mansiones de los mortales, suaviza sus costumbres, y da el ser al más santo de los amores, el de la patria!

Mil manos activas se ayudan unas á otras, y para un mismo fin todos los esfuerzos se juntan: el amo y los criados trabajan igualmente bajo la protección de la santa libertad; cada cual vive contento de su suerte y desprecia al ocio que se burla, pues el trabajo hace la gloria del ciudadano, y la felicidad es su recompensa: se honra con sus obras como el rey con su pompa.

¡Paz amable, dulce unión, quedaos para siempre en nuestra villa; que nunca se levante para vosotras el día en que las bandas sangrientas de la guerra inyan este valle silencioso donde el cielo que se tiñe con la amable rubicundez de la tarde no reflejaría más que el incendio espantoso de las aldeas y de las ciudades!

«Ahora, que se rompa el molde: ha hecho su oficio; que nuestros ojos y nuestro corazón se deleiten á un tiempo con el dulce espectáculo que se les va á ofrecer: levantad el martillo, dése un golpe, otro, hasta que la envoltura caiga á pedazos, si queréis que la campana salga á la luz del día.»

El maestro puede romper el molde con una mano adiestrada y en el momento en que conviene hacerlo; ¡pero desdichado de él cuando el metal fundido se

escapa en torrentes de llamas, y que con el fragor del trueno rompe su estrecha envoltura, esparciendo ruinas y semejante á la hoguera del infierno! Donde se agitan fuerzas ciegas no hay que esperar efectos benéficos: así cuando un pueblo ha sacudido todo freno, no hay ya prosperidad para él.

¡ Oh qué desgracia cuando se cierne sobre las ciudades la rebelión con sus alas de fuego, cuando un pueblo desenfrenado se apodera del derecho de defenderse, cuando entre las sogas de la campana se suspende la Discordia con gritos de sangre, y convierte sonidos pacíficos en señales de carnicería!

¡ Libertad, igualdad!.. ¡ Por doquiera suenan estos gritos! El pacífico vecino corre á las armas; las calles, las plazas se llenan de multitud; bandas de asesinos las recorren seguidos de mujeres que se gozan en insultar las víctimas y arrancar el corazón á sus enemigos espirantes; ya no hay religión, ni vínculos sociales; los buenos abandonan el terreno á los malvados, y todos los crímenes andan con la frente erguida. ¡ Es cosa peligrosa despertar al león; el furor del tigre es temible, pero el del hombre es el más terrible de todos! La luz, beneficio del cielo, no se debe confiar al ciego, no lo alumbraría; pero entre sus manos podría reducir á cenizas las ciudades y los campos.

« ¡ Oh! ¡ qué alegría me ha dado Dios! ¡ ved cómo la campana desprendida de la arcilla reluce como una estrella de oro! cómo desde el vértice basta el borde resaltan bien las armas bajo los rayos del sol y atestiguan el talento del operario! »

Acudid, compañeros, acudid en derredor de la campana y démosle el bautizo: es preciso que la llamen *Concordia*, que presida á la reconciliación, y que reúna los hombres en un sincero acuerdo.

¡ Y tal era el objeto del maestro cuando la creó: que ahora lejos de las futilidades de la tierra se eleve en el cielo azul, cerca del trueno y coronada por las estrellas! Que su voz se mezcle al concierto de los astros que celebran su Creador y reglan el curso de las estaciones; que su boca de metal no resuene sino con sonidos graves y religiosos; que á cada hora el tiempo la hiera con su ala rápida; que ella misma, inanimada proclame las sentencias del destino; que sus movimientos nos instruyan de las vicisitudes humanas, y así como sus sonidos vienen á morir en nuestros oídos después de haberlos herido con un ruido majestuoso, que nos enseñe que nada es estable en esta tierra, y que todo pasa como un sonido vano.

« Ahora, tirad de los cables para que la campana salga del foso y que se levante en el aire; ese imperio del ruido.

« Tirad: se pone en movimiento... se cierne... anuncia la dicha á nuestra ciudad y sus primeros acentos van á proclamar la paz. »

EL BUZO

« ¿ Quién pues, caballero ó vasallo, se atreverá á zambullirse en ese abismo? En él arrojo una copa de oro; la sima oscura ya la ha tragado; pero el que me la vuelva á traer la tendrá en recompensa. »

Así dijo el Rey, y, desde lo alto de una peña ruda y tajada colgante sobre el mar inmenso, ha arrojado su copa en la sima de Caribdis: « ¿ Hay algún hombre de valor que en ella quiera arrojarse? »

Han oído los caballeros y los vasallos; pero se quedan callados; miran el mar indómito y el galardón no

tienta á nadie. El Rey repite por tercera vez; « ¿Cuál de vosotros se atreverá pues á zambullirse? »

Todos guardan silencio; pero he aquí salir del grupo trepidante de los vasallos un paje de semblante suave y valiente. Arroja su cinturón, se quita la capa, y todos los hombres, todas las mujeres admiran con miedo su valor.

Y, mientras se adelanta sobre la punta de la peña midiendo el abismo, Caribdis vomita las ondas que ha devorado y que salen de su profunda boca con el fragor del trueno. ¡ Las aguas hierven, se hinchan, se rompen y rugen como trabajadas por el fuego; la espuma hecha polvo salta hasta el cielo, y las olas sobre las olas se amontonan como si no se pudiese agotar el abismo, como si de la mar naciera otra mar!

Pero al fin su furor se calma, y, entre la blanca espuma aparece su boca negra y anchurosa, como una lumbrera del infierno; de nuevo se arremolinan las ondas y en ella se precipitan ladrando.

¡ Pronto, antes del regreso de las olas, el joven encomienda su alma á Dios, y... el eco repite un grito de terror! lo han arrastrado consigo las olas, parece que se cierre misteriosamente la boca del monstruo tragándose al atrevido buzo... ¡ No vuelve á parecer!

El abismo abonanzado, no deja oír sino un endeble, murmullo, y mil voces repiten temblando: « ¡ Adiós a joven de noble corazón! » Siempre más sordo se aleja el ruido y se aguarda con inquietud, con terror.

Aun cuando arrojaras tu corona, y dijeras:

« El que me la vuelva á traer la tendrá en recompensa y será rey... » no me tentaría tan glorioso premio. — ¡ Alma viviente nunca ha contado los secretos del abismo que ladra!

Cuantos buques arrastrados por el torbellino, se han

perdido en sus profundidades; pero no han vuelto á parecer más que mástiles y vergas destrozadas por encima de la insaciable tumba.

— Y el rumor de las olas resuena más distintamente, se va acercando, acercando, después estalla.

Helas ahí que hierven, se hinchan, se rompen y rugen como si las trabajara el fuego; la polvorosa espuma sube hasta el cielo, y las olas se amontonan; después con el fragor de un lejano trueno, cobijan el profundo abismo.

Pero mirad: de entre las negras olas va subiendo como un cisne resplandeciente; en breve se distingue un brazo desnudo, blancas espaldas que nadan con vigor y perseverancia... ¡ Él es! ¡ con su mano izquierda levanta la copa haciendo señas de alegría!

Y su pecho jadea; jadea largo rato; en fin el paje saluda la luz del cielo. Un dulce murmullo vuela de boca en boca: « ¡ Vive! aquí lo tenemos! el buen joven ha triunfado del abismo y de la tumba! »

Él se acerca, la multitud alegre le rodea, cae á los pies del Rey, é hincándose de rodillas, le presenta la copa. El Rey manda que venga su amable hija que llena el vaso hasta arriba de espumante vino y el paje, después de haber bebido, exclama:

« ¡ Viva el Rey por largo tiempo! — ¡ Felices los que respiran bajo la dulce claridad del cielo!... el abismo es una terrible mansión; que el hombre noliente más los dioses, y no procure más ver lo que su sabiduría rodeó de tinieblas y de espanto.

» Primero me arrastraba la corriente con la rapidez del rayo, cuando un torrente impetuoso, salido del riñón de la peña, se precipitó sobre mí; esa doble potencia me hizo por largo tiempo dar vueltas como el trompo de un niño: era irresistible.

» Dios á quien imploraba en mi angustia, me enseñó una punta de roca que se adelantaba en el abismo, me agarré de ella con un movimiento convulsivo, y evité la muerte. Allí estaba la copa colgando de unas ramas de coral, que habían impedido se hundiera en profundidades infinitas.

» Pues debajo de mí, había como unas cavernas sin fondo, alumbradas por una especie de vislumbre rojiza; aunque estuviera atolondrado y mis oídos fuesen cerrados para todos los sonidos, mi vista columbró con terror multitud de salamandras, de reptiles, de dragones que se agitaban con un movimiento infernal.

» Era una mezcla confusa y asquerosa de rayas espinosas, de perros marinos, de esturiones monstruosos y de horrosos tiburones, hienas de los mares, cuyos rechinamientos me helaban de espanto.

» Y allí estaba yo suspendido con la triste certidumbre de hallarme lejos de todo amparo, solo ser sensible entre tantos monstruos diformes, en una soledad espantosa, donde ninguna voz humana podía penetrar, enteramente rodeado de figuras inmundas.

» Y me estremezco sólo al pensarlo... Al verlos dando vueltas en derredor de mí, me pareció que venían para devorarme... En mi espanto, abandoné la rama de coral, de la cual estaba colgado; al mismo instante el abismo volvía á vomitar sus ondas bramadoras; eso fué mi salvación pues me volvieron á traer á la luz del día.»

El Rey manifestó alguna sorpresa y dijo: « Te pertenece la copa y le añadiré este anillo adornado de un precioso diamante, si tientas otra vez el abismo, y me traes noticias de lo que pasa en las profundidades más remotas.»

Al oír estas palabras, la hija del Rey conmovida, así le suplica con voz cariñosa: « Dejad, padre mío; dejad un juego tan cruel; ha hecho por vos lo que ningún otro se hubiera atrevido á hacer. Si no podéis poner un freno á los deseos de vuestra curiosidad, que vuestras caballerías sobrepujen en valor al joven vasallo.»

El Rey cogió vivamente la copa y volviéndola á arrojar en la sima: « Si tú me la vuelves á traer otra vez, serás el más noble de mis caballeros, y podrás hoy mismo dar el beso de esponsales á la que con tanto ardor intercede por ti.»

Un divino ardor se apodera del alma del paje; en sus ojos chispea la audacia; ve á la joven princesa, sonrojarse, palidecer y caer desmayada. Tan digno galardón tiente su valor, y se precipita de la vida á la muerte.

La ola ruge y se hunde... Pronto vuelve á subir con el fragor del trueno... Cada uno se inclina y dirige sobre ella una mirada llena de interés: la sima vuelve á tragarse y á vomitar las olas, que siguen levantándose, cayendo y rugiendo... pero sin volver á traer el buze.

LA POTENCIA DEL CANTO

Un torrente se precipita por medio de las peñas y viene con el fragor del trueno. Montes en ruinas siguen su curso, y la violencia de sus aguas desarraiga encinas; el viajero, asombrado, oye ese ruido con un estremecimiento acompañado de cierto placer, escucha el bramido del agua que cae de la peña; pero ignora de donde viene ésta. Así se precipita la armonía por

grandes ondas sin que se puedan conocer los manantiales de donde fluye.

El poeta es el aliado de los seres terribles que llevan en su mano los hilos de nuestra vida; ¿quién pues podrá romper sus nudos mágicos y resistir á sus acentos? Él posee el cetro de Mercurio, y lo usa para guiar las almas; ya las conduce al reino de los muertos, ya las levanta maravilladas hasta el cielo, y las deja suspensas, entre la alegría y la tristeza, sobre la frágil escala de las sensaciones.

Cuando en medio de una reunión donde reina la alegría, se adelanta de repente, cual pálido fantasma el implacable destino, entonces todos los próceres de la tierra se postran ante ese desconocido que llega de otro mundo; cesa el vano tumulto de la fiesta, caen las máscaras, y desaparecen las obras de la mentira ante el triunfo de la verdad.

Del mismo modo, cuando preludia el poeta, cada cual arroja de repente la carga que se ha impuesto, levántase el hombre hasta el rango de los espíritus y siéntese transportado hasta las bóvedas del cielo; entonces pertenece enteramente á Dios, nada de terrestre se atreve á acercársele, y cualquier otra potencia está obligada á callar. La desgracia nada puede con él, mientras dura la mágica armonía: desaparecen de su frente las arrugas que en ella ha formado el dolor.

Y, así como, después de largos deseos no cumplidos, después de una larga separación regada de llanto, un hijo se arroja al fin en el regazo de su madre, inundándolo con las lágrimas del arrepentimiento, así la armonía vuelve á conducir siempre bajo el techo de su niñez, á la pura felicidad de la inocencia. el fugitivo descarriado por ilusiones extrañas; y lo

devuelve á la naturaleza que le abre los brazos para calentar su genio helado por la sujeción de las reglas.

Á. GOETHE.

Cuando tradujo para el teatro el *Mahoma* de Voltaire.

¡Y tú también que nos habías librado del yugo de las falsas reglas, para volvernó á llevar á la verdad y á la naturaleza; tú, Hércules en su cuna, que con tus manos de niño ahogaste las sierpes enroscadas al rededor de nuestro genio; tú, desde tanto tiempo ministro de un arte enteramente divina, vas á sacrificar sobre los altares de una musa que no adoramos más!

Este teatro está consagrado solo á la musa nacional, y no serviremos más en él á divinidades extranjeras; ahora podemos enseñar con orgullo el laurel que ha crecido de por sí solo sobre nuestro Parnaso. El genio alemán ha tenido el valor de penetrar en el santuario de las artes, y siguiendo el ejemplo de los griegos y de los bretones, ha procurado conquistar palmas que no habían sido todavía cogidas.

No intentes pues volvernó á poner nuestras antiguas trabas con esa imitación de un drama del tiempo pasado; no nos recuerdes los días de una minoridad degradante...

Sería una tentación inútil y despreciable el querer detener la rueda del tiempo que arrastran las horas rápidas; nuestro es el presente, no existe ya el pasado.

Nuestro teatro se ha ensanchado; un mundo entero se agita ahora dentro de su recinto; ya no se oyen conversaciones pomposas y estériles; una fiel imagen de la

naturaleza : eso es lo que en él puede pretender agradarnos. La exageración de las costumbres dramáticas ha sido desterrada de la escena, el héroe piensa y obra como un hombre que es; levanta libremente la voz la pasión, y lo bello nace solamente de lo verdadero.

Sin embargo, el carro de Tespis es de construcción ligera; es como la barca del Aqueronte que no podía llevar más que sombras y vanas imágenes; vanamente se apresura la vida real para subir en ella, su peso hundiría esa frágil embarcación que no sirve sino para espíritus aéreos; jamás la apariencia alcanzará enteramente la realidad; allí donde se manifiesta la naturaleza, es preciso que se aleje el arte.

Así, sobre las tablas, siempre aparecerá un mundo ideal, pero sólo las lágrimas serán reales y la emoción no nacerá de un error de los sentidos. La verdadera Melpómene es sincera; nos promete solamente una fábula, pero sabe unir con ella una verdad profunda; la falsa nos promete la verdad, pero falta á su palabra.

El arte estaba para desaparecer del teatro... La imaginación sola quería establecer su imperio, y trastornar la escena como el mundo; lo sublime y lo vulgar se hallaban confundidos... El arte no tenía más asilo que entre los franceses : pero éstos nunca alcanzarán en él la perfección; encerrados dentro de inmutables límites, en ellos se mantendrán sin atreverse á traspasarlos.

La escena es para ellos un recinto consagrado; de esa magnífica mansión se hallan desterrados los sonidos rudos y sencillos de la naturaleza; el lenguaje se ha elevado en él hasta el canto; es un imperio de armonía y de belleza; todo en él se reúne en noble simetría para formar un templo majestuoso, en el cual uno no puede permitirse movimientos que no estén ordenados por las leyes de la danza.

No tomemos á los franceses por modelos; entre ellos la vida no anima el arte; la razón, que ama á la verdad, rechaza sus modales pomposos, su afectada dignidad... Solamente, nos habrán guiado hacia el progreso; habrán venido como un espíritu que se habrá evocado, para purificar la escena profanada por tanto tiempo, para volverla la digna morada de la antigua Melpómene.

LA PARTICIÓN DE LA TIERRA.

« Tomaos el mundo, dijo un día Júpiter á los hombres desde su trono; que vuestro sea eternamente como feudo ó como herencia; pero partido entre vosotros como hermanos.

Á estas palabras, jóvenes y viejos, todos se preparan y se ponen en movimiento : el labrador se apodera de las producciones de la tierra; el gentilhomme del derecho de cazar en los bosques.

El mercader toma todo cuanto pueden contener sus almacenes; el abad escoge para sí los vinos más exquisitos; el rey pone barreras en los puentes y caminos y dice : « Mío es el derecho de peaje. »

Estaba hecha la partición desde largo rato cuando se presentó el poeta. ¡Ay! nada quedaba ya para él, y cada cosa tenía dueño.

« ¡Desdichado de mí! ¿Debe quedarse olvidado el más querido de tus hijos?... » decía él á Júpiter posttrándose ante su trono.

« ¿Si te has detenido demasiado en el país de las quimeras, contestó el dios, qué tienes que reprocharme?... ¿Donde estabas pues durante la partición del mundo? — Estaba cerca de ti, contestó el poeta.

« Mis ojos contemplaban tu rostro, mis oídos escuchaban tu celeste armonía; perdona á mi mente, que deslumbrada por tu resplandor, se ha separado por un instante de la tierra y me ha hecho perder mi parte de ella.

— ¿Que haremos? dijo el dios. Nada tengo que darte: los campos, los bosques, las ciudades, todo eso ya no me pertenece; ¿quieres que parta el cielo contigo? ven á habitarlo, siempre estará abierto para ti. »

EL CONDE DE HABSBURGO.

En Aquisgrán, en medio de la antigua sala del palacio, el rey Rodolfo, en todo el esplendor de la potencia imperial estaba sentado al espléndido banquete de su coronamiento. El Conde palatino del Rhin servía los manjares sobre la mesa, el de Bohemia vertía el vino espumante, y los siete electores, tales como el coro de las estrellas que dan vueltas en derredor del sol, se apresuraban á cumplir con los deberes de su cargo cerca del dueño de la tierra.

Y la alegre multitud del pueblo llenaba las altas galerías; sus gritos de alegría se juntaban con el ruido de los clarines; pues largo y sangriento había sido el interregno, y se acababa de devolver un juez á la tierra; el hierro no hería ya á ciegas, y el endeble amigo de la paz, no tenía ya que temer los vejámenes del poderoso.

El Emperador cogió la copa de oro, y dirigiendo en derredor suyo miradas satisfechas: « Brillante es la fiesta, el festín es espléndido, todo aquí encanta el corazón de vuestro soberano; sin embargo, no veo romancero alguno que venga á conmovier mi alma con

armoniosos cantos ó con las sublimes lecciones de la poesía. Tal ha sido mi placer más vivo desde la infancia, y el emperador no desprecia lo que fué el deleite del caballero. »

Y he aquí que un trovador atravesando el corro de los príncipes, se adelanta vestido de traje talar; sus cabellos brillan argentados por largos años: « En las cuerdas sonoras de la lira duerme una suave armonía, el trovador celebra las aventuras de los amantes, canta cuanto hay de noble y de grande sobre la tierra; lo que desea el alma, lo que pide el corazón; ¿pero cuáles cantos serían dignos de semejante monarca, en su fiesta más brillante?

— Nado prescribo al trovador, contesta Rodolfo con una sonrisa; él pertenece á un señor más encumbrado, obedece á la inspiración: parecido al viento de la tempestad del cual no se sabe el origen, al torrente cuyo manantial es desconocido, el canto de un poeta brota de las profundidades de su alma, y despierta los nobles sentimientos adormecidos en el fondo de los corazones. »

Y el trovador cogiendo su lira, preludia con poderosos acordes.

« Un noble caballero cazaba en el bosque la rápida gamuza; seguíale un escudero con los pertrechos de la caza; y en el momento que montado en su soberbio corcel, estaba el caballero para entrar en una pradera, oye una campanita que sonaba en lontananza... Era un sacerdote precedido de su monacillo, y llevando el cuerpo del Señor...

« Y el caballero se apeó, se descubrió humildemente, y adoró con piadosa fe el Salvador de todos los hombres. Mas un arroyo que atravesaba la pradera y que habían hecho crecer las aguas de un torrente, de-

tuvo los pasos del sacerdote, quien depuso en el suelo la ostia santa y apresuróse á descalzarse para cruzar el arroyo.

« — ¿Qué hacéis? dijo el Conde asombrado.

« — Señor, corro á casa de un moribundo que suspira por el celeste alimento, y acabo de ver, á mi llegada, ceder la tabla que servia para pasar el arroyo á la violencia del agua. Pero es preciso que el moribundo no pierda la esperanza de la salvación, y voy á cruzar la corriente descalzo. »

» Entonces, el poderoso Conde, lo hace subir en su hermoso caballo y le presenta la brida reluciente; así podrá el sacerdote consolar al enfermo que le espera y no faltar á su deber sagrado. Y el caballero sigue su caza montado en el caballo de su escudero, mientras el ministro de los altares concluye su viaje: al día siguiente por la mañana vuelve á traer al Conde su caballo que lleva modestamente por las riendas, manifestándole su agradecimiento.

« — ¡Me guarde Dios, exclamó el Conde con humildad, de volver más á montar para el combate ó la caza un caballo que ha llevado á mi Creador! Si no podéis tenerlo para vos mismo, sea consagrado al servicio divino; pues lo he dado á ese á quien debo el honor, los bienes, el cuerpo, el alma y la vida.

« — ¡Y bien, que Dios, protector de todos, que escucha los ruegos del endeble, os honre en este mundo y en el otro del mismo modo que le honráis hoy. ¡Sois un poderoso Conde, célebre por vuestras hazañas en Suiza; seis hermosas hijas florecen en derredor vuestro: ¡ojalá, añadió como inspirado, traigan seis coronas á vuestra casa y perpetúen vuestra ilustre raza! »

Y el Emperador sentado meditaba en su mente y

parecía transportarse por el pensamiento á tiempos ya lejanos... De repente fija la vista en las facciones del trovador; sorprendido por el sentido de las palabras, reconoce en él al sacerdote, y con su manto de púrpura esconde las lágrimas que le corren por la cara. Todas las miradas se dirigen entonces sobre el Príncipe: lo que se acaba de oír no es ya un misterio y cada cual bendice los decretos de la Providencia.

EL PRINCIPIO DEL SIGLO XIX.

A***.

¡Oh, mi noble amigo! ¿donde se refugiarán de hoy en adelante la paz y la libertad? Un siglo acaba de extinguirse en el seno de una tempestad, un siglo nuevo se anuncia con la guerra.

Todos los vínculos están rotos entre las naciones, y todas las antiguas instituciones se desploman... El vasto Océano no detiene los furios de la guerra; el dios del Nilo y el antiguo Rhin nada pueden contra ellas.

Dos poderosas naciones pugnan por el imperio del mundo; y para anonadar las libertades de las naciones, el tridente y el rayo se agitan en sus manos.

Cada país les debe oro: y como Breno en los tiempos bárbaros, el francés echa su espada de bronce en la balanza de la justicia.

El inglés, como un pólipo de cien brazos, cubre el mar con sus ávidas escuadras, y quiere cerrar, como si fuera su mansión propia, el libre reino de Anfitrites.

¡Las estrellas del Sur todavía no percibidas se ofrecen á sus incansables navegantes; descubre las islas, las costas más apartadas... pero la dicha jamás!

¡Ay! en vano buscarías por toda la superficie de la

tierra un país donde florezca eternamente la libertad, donde brille aún la especie humana en toda la lozanía de la juventud.

¡Un mundo sin fin se abre delante de ti; tu nave puede apenas medir su extensión; y dentro de tamaña inmensidad no hay sitio para diez hombres felices!

Es preciso que huyas del tumulto de la vida y te reconcentres en tu corazón. La libertad no habita ya más que el país de las quimeras; lo bello no existe más que en la poesía.

EL DRAGÓN DE RODAS.

¿Dónde corre ese pueblo? ¿qué tiene para precipitarse así por las calles dando gritos? ¿Está Rodas en llamas?... La multitud parece que aumente aún, y en medio de ella veo un guerrero á caballo. Detrás de él, oh ¡ sorpresa! arrastran un animal cuyo cuerpo es de un dragón y la boca la de un cocodrilo, y todos los ojos se fijan con asombro ya sobre el monstruo, ya sobre el caballero.

Y mil voces exclaman: « ¡He aquí el dragón! ¡ Venid á verlo!... ¡Ese es el héroe que ha triunfado de él! Muchos han sido los que habían salido para esta empresa, pero nadie había vuelto... ¡Llor al valiente caballero! Y la multitud se dirige hacia el convento donde los caballeros de San Juan habían entrado apresuradamente en consejo.

Y el joven penetra con dificultad en la sala por entre la multitud que la obstruía, se adelanta con modesto semblante hacia el maestro y toma la palabra en los siguientes términos:

« He cumplido con mi deber de caballero; el dragón

que devastaba el país lo ha abatido mi mano; los caminos no ofrecen ya peligros á los viajeros; el pastor puede sin recelo apacentar su rebaño; el peregrino puede ir con seguridad entre las peñas para visitar la santa capilla. »

El maestro le dirige una severa mirada. « Has obrado como un héroe; el valor honra á los caballeros, y he dado pruebas que lo tienes... ¿Dime, sin embargo, cuál es el primer deber del que combate por Cristo y se adorna con una cruz? » Todos los asistentes palidecen; pero el joven se pone colorado, se inclina y responde con noble continente: « La obediencia es su primer deber, el que lo hace digno de semejante distinción. — Y ese deber, hijo mío, contesta el maestro, lo has violado, cuando despreciando mis órdenes acometiste el dragón. — Señor, juzgadme solamente según el espíritu de la ley, pues he cumplido con él; no he emprendido sin reflexión semejante expedición, y he empleado más bien la astucia que la fuerza para vencer el dragón. »

« Cinco caballeros, la honra de nuestra orden y de la religión, habían ya perecido víctimas de su valor, cuando nos prohibisteis de tentar el mismo combate. Sin embargo, ese deseo me roía el corazón y me llenaba de melancolía. De noche veía su imagen en los sueños, y cuando el día venía á alumbrar nuevas devastaciones, un ardor salvaje se apoderaba de mí, al punto que resolví al fin arriesgar en él mi vida.

» Y me decía á mí mismo: « ¿De qué nace la gloria, noble ornamento de los hombres? ¿Qué han hecho esos héroes celebrados por los poetas y que la antigüedad ensalzaba como dioses? Han purgado la tierra de monstruos, combatido contra leones, luchado con minotauros, para librar endebles víctimas, y nunca han reparado en derramar su sangre.

» ¿No pueden pues los caballeros combatir más que sarracenos, ó destronar los dioses falsos? ¿No han sido mandados á la tierra cuales libertadores, para librarla de todos sus males y de todos sus enemigos? Sin embargo, la prudencia debe guiar su valor, y la dexteridad suplir la fuerza. » Así decía yo para mí más de una vez, y procuraba sólo venir en conocimiento de los parajes habitados por el monstruo; en fin descubrí un modo de acometerle, y lleno de alborozo, exclamé: « ¡Por fin, lo he hallado! »

» Y presentándome á vos, os manifesté el deseo de volver á ver mi patria; accedisteis á mis ruegos; hice un feliz viaje, y apenas de vuelta en mi país, hice hacer por un hábil operario la fiel imagen del dragón. Él era: su largo cuerpo descansaba sobre pies cortos y deformes; cubría su lomo una horrible coraza de escamas.

» Era su pescuezo de espantosa largura, y abríase su boca para tragar sus víctimas, horrorosa como una puerta del infierno, armada de dientes cuya blancura resaltaba en la oscura sima de su garganta y de una lengua aguda como la punta de una espada; sus pequeños ojos despedían relámpagos, y al cabo de esa gigantesca masa, se agitaba la larga cola en forma de sierpe con la cual enlazaba hombres y caballos.

» Todo esto, hecho en pequeño y pintado de color oscuro, figuraba bastante bien el monstruo, mitad sierpe, mitad dragón, en medio de su apestado pantano; y cuando todo estuvo listo, escogí dos alanos vigorosos, ágiles, acostumbrados á cazar las fieras; los lancé contra el monstruo, y mi voz los excitaba á morderlo con furor.

« Hay un punto en que el pecho del animal desprovisto de escamas no está cubierto sino de ligero vello: allí fué donde principalmente dirigió sus mordiscos; y o

mismo armado de un venablo, monto mi corcel árabe y de noble origen, excito su ardor arrimándole las espuelas y arrojo mi lanza á esa vana imagen como si quisiera traspasarla. Mi caballo se espanta y se encabrita, relincha, llena el freno de espuma y mis alanos ahullan de miedo á su vista... Yo no tomo descanso alguno hasta que se hayan acostumbrado á ella. Tres meses pasan, y cuando los veo bien adiestrados me embarco con ellos en rápida nave. Llegado aquí tres días ha, he tomado apenas el tiempo necesario para que descansaran mis miembros hasta que llegara el momento de la empresa.

« Mi corazón fué muy afligido por las nuevas desgracias de este país que oí á mi llegada; principalmente por la muerte de esos pastores que se habían extraviado en el bosque y que fueron hallados destrozados; desde ese momento sólo consulté á mi valor, y me resolví á no tardar más. Avisé á mis escuderos, monté mi buen caballo y seguido de mis fieles perros, corrí por un camino apartado y evitando todo encuentro, en busca del enemigo. »

« Conocéis, señor, esa capilla erigida por uno de vuestros antecesores encima de la peña desde donde se columbra toda la isla: su exterior es humilde y pobre y sin embargo encierra una maravilla del arte: la Virgen santísima y su hijo adorado por los tres reyes. El peregrino, que llega á la cima del peñón por tres veces treinta peldaños, descansa al fin cerca de su Creador, contemplando con satisfacción el espacio que ha recorrido.

« Hay al pie de la peña una gruta profunda, bañada por las olas del cercano mar, donde nunca penetra la luz del cielo; allí habitaba y se quedaba tendido el reptil de día y de noche acechando su presa: así vigilaba

como un dragón del infierno al pie de la casa de Dios, y si algún peregrino tomaba ese fatal camino, se le abalanzaba encima y se lo llevaba á su cueva.

« Antes de principiar el espantoso combate, trepo al peñón, me arrodillo delante de Cristo, y habiendo purificado mi corazón de todas sus manchas, revisto en el santuario mis resplandecientes armas : empuño mi lanza y bajo para combatir. Después, dejando atrás mis escuderos, á quien es doy mis últimas órdenes, monto á caballo encomendando mi alma á Dios.

« Apenas me hallo en el llano, cuando mis perros principian á ahullar y mi caballo á encabritarse por el espanto...

« Han visto muy cerca la forma gigantesca del enemigo, que enroscado se calentaba á los rayos del sol. Los ligeros alanos se le echan encima ; pero huyen al instante al verle abrir su boca jadeante llena de pestíferos vapores y al oírle dar el grito del adive.

« Sin embargo, consigo darles valor ; vuelven al monstruo con nuevo ardor, mientras con mano atrevida le asesto un venablo en el lado. Mas rechazada por las escamas el arma cae al suelo sin fuerza, y estaba al punto de repetir, cuando mi corcel, que espantaban la mirada de fuego del reptil y su aliento apesadado, se encabrita otra vez, y yo estaba perdido... si al momento no me hubiese apeado. Mi espada está desenvainada pero nada pueden mis golpes contra el coselete de acero del reptil. Con un golpe de su cola me derriba al suelo, abre la boca para devorarme... cuando mis perros abalanzándose sobre él con furor, lo obligan á soltarme, y despedazándolo á mordiscos lo hacen ahullar de un modo horroroso.

« Y antes que se haya de su ataque librado le meto mi espada en la garganta hasta la empuñadura. Un río

de sangre impura brota de la herida ; cae y me arrastra consigo, envuelto en los nudos de su cuerpo. — Entonces fué cuando me desmayé, y al recobrar mis sentidos, me rodeaban mis escuderos y el dragón estaba tendido en su sangre. »

Apenas acabó el caballero su narración, cuando gritos de admiración, por largo tiempo reprimidos, salieron de todas las bocas, y aplausos cien veces repetidos estallaron bajo las bóvedas sonoras : los guerreros de la orden pidieron en alta voz que se diera una corona al héroe ; el pueblo agradecido quería llevarlo en triunfo.... Pero el maestre con la frente siempre arrugada, mandó se hiciera silencio.

« Has herido el dragón, dijo él, con mano valorosa ; has llegado á ser un dios para el pueblo..., pero un enemigo para nuestra orden y has dado el ser á un monstruo mucho más fatal de lo que era aquél.... ¡ una sierpe que mancilla el corazón, que produce la discordia y la destrucción, en una palabra, la desobediencia ! ; ésta odia cualquiera especie de subordinación, rompe los vínculos sagrados del orden, y fragua la desgracia del mundo !

« El Turco es tan valiente como nosotros... La obediencia es lo que ha de distinguirnos de él : en los mismos parajes donde bajó el Señor de toda su gloria al abyecto estado de un esclavo, los primeros de esta orden han querido fundarla para perpetuar ese ejemplo ; ¡ la abnegación de todas nuestras voluntades, deber que es el más difícil de todos, ha sido la base de su institución ! — Una vana gloria te ha seducido.... Quitate de mi vista... El que no puede soportar el yugo del Señor no es digno de adornarse con su cruz. »

Al oír estas palabras, la multitud se agita en tumulto y llena el palacio de impetuosas murmuraciones. Todos

los caballeros piden llorando la gracia de su hermano. Pero éste, con los ojos bajos, se quita en silencio el hábito de la orden, besa la severa mano del maestro y se aleja. El anciano lo sigue un rato con la vista, después, llamándolo con voz amistosa: « ¡Abrázame, hijo mío! acabas de ganar una victoria más gloriosa que la primera: toma esta cruz; es la recompensa de esa humildad que consiste en vencerse á sí mismo. »

JUANA D'ARC

El demonio de la burla te ha arrastrado en el polvo para mancillar la más noble imagen de la humanidad. El espíritu del mundo hállase eternamente en guerra con todo lo que hay grande y hermoso: no cree ni en Dios ni en los espíritus celestes; quiere robar al corazón todos sus tesoros; anonada todas las creencias, impugnando todas las ilusiones.

Pero la poesía, de humilde cuna como tú, es también una piadosa pastora; ella te cubre con todos los privilegios de su divinidad, te rodea de un cortejo de estrellas, y derrama la gloria en derredor tuyo..... ¡Oh tú que el corazón ha hecho lo que eres, vivirás eternamente!

Al mundo agrada oscurecer lo que brilla, cubrir de fango todo lo que se eleva. ¡Pero nada temas! quedan todavía corazones buenos que conmueven las acciones sublimes y generosas; Momo es el encanto de la multitud; á un alma noble sólo agradan las nobles cosas.

EL IDEAL

¿Quieres pues, infiel, separarte de mí, con tus dulces ilusiones, tus penas y tus placeres? ¿Nada puede dete-

nerte, oh tiempo de oro de mi juventud? En vano te llamo.... ¡Tú corres á precipitar tus ondas en la mar de la eternidad!

Esos alegres rayos que antes alumbraban mis pasos ya no tienen su brillo; han desaparecido las brillantes quimeras que llenaban el vacío de mi alma; ¡ya no creo en los sueños que mientras dormía me parecían tan hermosos y divinos, la fría realidad los ha herido de muerte!

Así como Pigmalión, en su ardiente amor abrazaba un mármol helado hasta comunicarle el sentimiento y la vida, yo estrechaba entre mis brazos la naturaleza con todo el fuego de la juventud, para animarla con mi alma de poeta.

Y, participando de mi llama, hallaba una voz para contestarme, me devolvía mis caricias, y comprendía los latidos de mi corazón: el árbol, la rosa, todo para mí tenía vida, el murmullo de los arroyos me deleitaba como un canto, mi aliento había dado la existencia á los seres más insensibles.

Entonces un mundo entero se apiñaba en mi pecho, impaciente de manifestarse á la luz del día, por la acción, por la palabra, por las imágenes y por los cantos..... ¡Cómo me pareció grande ese mundo mientras se quedó escondido como la flor en su capullo! ¡Pero qué poco se ha abierto esa flor! ¡cuán ruin y despreciable me ha parecido después!

¡Cómo se arrojaba en la carrera de la vida el joven ligero y sin cuidados! ¡Feliz con sus sueños soberbios, libre todavía de zozobras, la esperanza se lo llevaba al cielo; no había altura, no había distancia que no pudieran salvar sus alas!

¡Nada ponía obstáculo á ese feliz viaje, y qué amable multitud se agolpaba al rededor de su carro! ¡El amor

con sus dulces favores, la dicha coronada de oro, la gloria con la frente ceñida de estrellas, y la verdad enteramente desnuda á la luz del día!

Pero ¡ay! en medio del camino perdió sus pérfidos compañeros, y unos después de otros, se habían apartado de él: la felicidad de los pies ligeros había desaparecido, la sed del saber no podía apagarse ya, y las tinieblas de la duda venían á empañar la imagen de la verdad.

He visto las santas palmas de la gloria prodigadas á frentes vulgares; el amor se voló con la primavera; el camino que yo seguía se fué volviendo cada día más silencioso y desierto; apenas la esperanza lo alumbraba á veces con desmayada luz.

¿Entre todo ese largo cortejo cuáles fueron las dos divinidades que fieles me quedaron, que me prodigan todavía sus consolaciones y me acompañarán hasta mi última morada?... Eres tú, tierna amistad, cuya mano sana todas las heridas, tú que conmigo compartes la carga de la vida, tú que he buscado desde tan temprano y que he hallado al fin.

¡Eres tú también, benéfico estudio, que disipas las tormentas de mi alma, que creas difícilmente, mas no destruyes nunca; tú que al edificio eterno añades sólo un grano de arena sobre un grano de arena, pero que sabes quitar al tiempo avariento minutos, días y años!

LA BATALLA.

Como una espesa nube que lleva una tormenta, la marcha de las tropas retumba por las vastas campiñas; una llanura inmensa se ofrece ante sus ojos, allí es donde se van á echar los dados de bronce. Todas las

cabezas están inclinadas, palpita el corazón de los más valientes, todos los rostros están pálidos como la muerte; ahí está el coronel que recorre las filas: « ¡Alto! »

Esta orden brusca encadena el regimiento que presenta un frente silencioso é inmóvil.

¿Pero, qué es lo que brilla allá arriba sobre la montaña bajo los rayos purpúreos de la mañana? ¿Veis las banderas enemigas? — ¡Las vemos! Que Dios esté con nuestras mujeres y con nuestros hijos. — ¿Oís esos cantos, esos redobles de tambores, y esos pitos alegres? ¡Cómo esa hermosa y salvaje armonía penetra todos nuestros miembros hasta la médula de nuestros huesos! ¡Hermanos, que Dios nos ampare!... ¡Nos volveremos á ver en otro mundo! »

Ya ha brillado un relámpago delante de la línea de batalla; un sordo trueno lo acompaña, la acción principia, silban las balas, las señales se suceden... ¡Ah! ¡se principia á respirar!

Ciérnese la muerte, la suerte vacila indecisa... Arrójanse los dados de bronce en medio del humo ardiente!

He aquí que los dos ejércitos se acercan: « ¡Atención! » gritan de pelotón en pelotón. La primera fila dobla la rodilla y hace fuego... hay quien no volverá á levantarse más. La metralla traza largos surcos, la segunda fila es ahora la primera... Á derecha, á izquierda, por doquiera la muerte: ¡cuántas legiones tiende por el suelo!

El sol se apaga, pero la batalla está ardiendo; la noche sombría baja al fin sobre los ejércitos. « Hermanos, que Dios nos ampare!... Nos volveremos á ver en otro mundo! »

Por todas partes chorrea sangre; los vivos están

tendidos con los muertos; el pie se resbala sobre los cadáveres... « Y tú también, Paco! — ¡ Mis adioses á Carlota, amigo! (La batalla se anima más y más.) — Yo le llevaré... ¡ Oh! compañero, ¿ ves cómo detrás de nosotros chisporrotea la metralla?... Yo le llevaré tu último adiós. ¡ Descansa aquí! Corro allá donde llueven balas. »

El éxito de la jornada queda aún dudoso, pero la noche se va siempre haciendo más oscura... « ¡ Hermanos, que Dios nos ampare!... »

¡ Nos volveremos á ver en otro mundo! »

¡ Oid! los ayudantes pasan al galope... Los dragones se arrojan sobre el enemigo, y sus cañones callan... « ¡ Victoria, compañeros! el miedo se ha apoderado de los cobardes, y arrojan sus banderas! »

La terrible batalla queda al fin decidida: el día triunfa también de la noche; ¡ tambores ruidosos, pitos alegres, celebrad todos nuestra victoria! ¡ Adiós, hermanos que dejamos!... ¡ Nos volveremos á ver en otro mundo!»

LA CAUCIÓN.

Meros esconde un puñal bajo su capa y se introduce en el palacio de Dionisio de Siracusa: los satélites lo prenden y lo cargan de grillos. « ¿ Que habrias hecho con ese puñal? le pregunta el principe enfurecido. — ¡ Hubiera librado la ciudad de un tirano! — ¡ Pagarás ese deseo en la cruz!

— Pronto estoy á morir y no pido perdón, pero dignate concederme un favor: tres días de plazo para unir mi hermana con su novio. Mi amigo me servirá de caución, y, si falto á mi palabra, podrás vengarte en él. »

Púsose á reir el rey, y, después de un instante de reflexión, contestó con tono irónico: « Tres días te concedo; pero no olvides que si, cumplido el plazo, no vuelves á parecer, tu amigo toma tu lugar, y te dejo libre. »

Su amigo lo abraza en silencio y va á entregarse al tirano mientras se aleja Meros. Antes de la tercera aurora había enlazado su hermana con su novio, y volvía ya de prisa antes que venciera el plazo fatal.

Pero una continua lluvia pone obstáculo á la rapidez de su marcha, los raudales de las montañas conviértense en torrentes, y arroyos hay que forman ríos. Apoyado sobre su bastón de viaje, Meros llega á la margen de un río, y ve que de repente la avenida rompe el puente que unía ambas orillas y se desploman los arcos con el fragor del trueno.

Apesadumbrado de tal obstáculo, se agita vanamente sobre la orilla; no hay barca que se arriesgue á dejar la orilla para llevarlo donde sus deseos le llaman; no hay barquero que hacia él se dirija, y el torrente crece como un mar.

Cae sobre la orilla y llora levantando las manos al cielo:

« ¡ Oh Júpiter, allana esas aguas bramadoras! ¡ El tiempo corre, el sol llega á la mitad de su camino, si va más allá, llegaré demasiado tarde para librar á mi amigo!

El furor de las olas no hace más que aumentar, las aguas empujan las aguas, y las horas empujan las horas... Meros no vacila más tiempo, se arroja en medio del río furioso, lucha ardentemente con él... Dios le concede la victoria.

Ha alcanzado la opuesta orilla, precipita sus pasos dando gracias al cielo... cuando de repente, desde lo

más espeso de la maleza, una cuadrilla de bandoleros se le echa encima ávida de sangre, y le cierra el paso con clavas amenazadoras.

« ¿Qué es lo que de mi queréis? ; No poseo más que mi vida, y se la debo al Rey, á mi amigo que corro á salvar!... » Así dice, se apodera de la clava del primero que se le acerca; tres bandoleros caen bajo sus golpes y huyen los demás.

El sol es ardiente, Meros se siente las rodillas que se doblan rotas por el cansancio. « Oh tú que me has salvado de la mano de los asesinos, y del furor del río. ¿ me dejarás perecer faltando á la confianza de mi amigo? »

« ¿ Que oigo? sería un arroyo lo que me anuncia ese dulce murmullo? » Se para, escucha; un alegre y bullicioso raudal ha brotado de una peña vecina: el viajero se agacha, ebrio de alegría, y refresca su cuerpo ardiente.

Y ya el sol, echando sus miradas al través del follaje, dibuja sobre el camino las formas de los árboles con sombras gigantescas: pasan dos viajeros, no tarda Meros en pasarles delante, pero oye que dicen entre ellos: « ; Á esta hora lo ponen en cruz! »

La desesperación le da alas, el temor lo aguijonea aún... Al fin las torres de Siracusa aparecen á los rayos del sol poniente; pronto encuentra Filostrato, el fiel guardián de su casa, que le reconoce y se estremece.

« ; Huye pronto! ya no queda tiempo para salvar á tu amigo; salva al menos tu vida... En este momento expira: de hora en hora te esperaba sin perder la esperanza, y las chanzas del tirano no habían podido turbar su confianza en ti.

— ; Pues bien, si no puedo salvarlo, compartiré al menos su suerte: que el sanguinario tirano no pueda

decir que un amigo ha engañado al amigo: que hiera á dos víctimas y crea todavía en la virtud!

El sol se ponía cuando Meros llega á las puertas de la ciudad; columbra el cadalso y la multitud que lo rodea; ya levantaban con una cuerda á su amigo para ponerlo en cruz: « ; Detente, verdugo, aquí estoy; ese hombre era mi caución! »

El pueblo se queda admirado... Los dos amigos se abrazan llorando, mitad de alegría y mitad de dolor; nadie puede quedar insensible á semejante espectáculo; el mismo Rey oye con emoción la sorprendente noticia, y los hace comparecer ante su trono.

Durante largo rato los considera asombrado. « Vuestra conducta ha subyugado mi corazón... Yo también tengo una gracia que pediros. Dignaos admitirme en vuestra unión y que nuestros tres corazones no formen más que uno. »

DESEO.

¡ Ah! si hubiera una salida para arrojarme fuera de este valle donde se siente el peso de una helada niebla, cuál sería mi alegría!... Allá, columbro risueñas colinas ornadas de juventud y de verdura eternas: ¡ oh! si fuera un ave, si tuviera alas, me iría allá sobre esas colinas!

Extrañas armonías vienen á veces á resonar á mis oídos, escapadas de los conciertos de ese mundo encantado: vientos ligeros me traen sus suaves perfumes; veo relucir sus frutas de oro al través del tupido follaje, y plantas en flor que nada temen de los rigores del invierno.

¡ Ah! cómo la vida debe deslizarse feliz encima de

esas colinas que dora un eterno sol; cómo debe ser dulce el aire que en ellas se respira! pero las olas furiosas de un torrente me vedan su acceso, y su vista me hiela de espanto.

Una barquilla sin embargo se mece cerca de la margen; pero ¡ay! ningún piloto se percibe que la conduzca! — No importa, entremos en ella sin pavor, desplegadas están sus velas... es menester esperar, es menester atreverse, pues los dioses no garantizan el buen éxito de ninguna empresa, y un prodigio solamente puede hacerme llegar á ese hermoso país de los prodigios.

COLÓN.

¡Ánimo, valiente navegante! aunque pongan en ridículo tus esperanzas, aunque el cansancio rinda los brazos de tus marinos..... ¡Sigue adelante! ¡siempre á poniente! Esa orilla que tú has adivinado, pronto se aparecerá en todo su esplendor. Pon tu confianza en el Dios que te guía y adelántate sin miedo sobre ese mar inmenso y silencioso.

— Si ese mundo no existe, va á brotar de las olas expresamente para ti, pues hay un vínculo eterno entre la naturaleza y el genio, que hace que aquélla cumple siempre lo que éste promete.

LA MAGNITUD DEL MUNDO

¡Quiero recorrer con las alas del viento todo lo que ha sacado del Caos el Eterno, hasta que llegue á los límites de esa mar inmensa y que deje caer el ancla.

allí donde se cesa de respirar, donde ha puesto Dios los mojones de la creación!

Veo ya de cerca las estrellas en todo el brillo de su juventud, las veo que recorren su corrida milenaria al través del firmamento, para alcanzar el término que se les ha asignado; me remonto más arriba.. ¡Ya no hay más estrellas!

Me arrojo animosamente en el imperio del vacío; mi vuelo es rápido como la luz.... Aparecen nuevas nubes, un universo nuevo, y tierras, y ríos....

De repente, en un camino solitario, un peregrino se me acerca: « Párate, viajero, ¿ dónde vas? — Voy á los límites del mundo, allá donde se cesa de respirar, donde ha puesto Dios los mojones de la creación.

— ¡Párate! en vano andarías: el infinito está delante de ti. » ¡Oh, mi pensamiento, cierra tus alas de águila! y tú, imaginación audaz, aquí es donde es menester echar el ancla?

ADIÓS AL LECTOR.

Calla mi musa y siente subir el rubor á sus mejillas virginales; ella se adelanta hacia ti para oír tu sentencia, que recibirá con respeto, pero sin miedo. Desea obtener los sufragios del hombre virtuoso, que aprecia la verdad y no ya un vano brillo; el que tiene un corazón capaz de comprender las inspiraciones de una poesía elevada es solo digno de coronarla.

Bastante habrán vivido estos cantos, si su armonía puede alegrar un alma sensible, rodearla de amables ilusiones é inspirarle nobles pensamientos; ellos no aspiran á los siglos futuros; no resuenan más de una vez sin dejar un eco en el tiempo; el placer del mo-

mento los hace nacer, y las horas van á llevárselos en su círculo ligero.

Así, despiértase la primavera : en todos los campos que ella calienta, derrama una existencia joven y alegre ; el espino blanco entrega sus perfumes á los vientos ; el brillante concierto de las aves sube hasta el cielo ; todos los sentidos, todos los seres participan de la alegría común.....

Mas, apenas se aleja la primavera, caen en el suelo las flores marchitas, y ninguna queda de las que él había hecho nacer.

KLOPSTOCK

MI PATRIA.

Como un hijo que no ha visto transcurrir más que un corto número de primaveras, si quiere festejar á su padre, anciano de argentada cabellera, y rodeado de las buenas acciones de su vida, se prepara á expresarle cuanto le ama con lenguaje de fuego ;

Levántase precipitadamente en medio de la noche ; arde su alma : ¡ vuela con las alas de la mañana, llega á la presencia del anciano, y después ha perdido el habla !

Es lo que he experimentado... ¡ Iba á cantarte, oh patria mía ! y ya obedecía al rápido vuelo de la inspiración, ya de por sí sola había resonado mi lira, cuando la severa discreción me ha hecho señas con su brazo de bronce, y de repente han temblado mis dedos.

Pero ya no los detengo : es preciso que vuelva á tomar mi lira, que pruebe un vuelo más audaz, y que cese de acallar los pensamientos que consumen mi alma.

¡ Oh mi hermoso país, tu cabeza está coronada de una gloria de mil años ; andas con el paso de los inmortales, y te adelantas con orgullo al frente de más de una nación ! ¡ cuánto te quiero, mi país, mi hermoso país !

mento los hace nacer, y las horas van á llevárselos en su círculo ligero.

Así, despiértase la primavera : en todos los campos que ella calienta, derrama una existencia joven y alegre ; el espino blanco entrega sus perfumes á los vientos ; el brillante concierto de las aves sube hasta el cielo ; todos los sentidos, todos los seres participan de la alegría común.....

Mas, apenas se aleja la primavera, caen en el suelo las flores marchitas, y ninguna queda de las que él había hecho nacer.

KLOPSTOCK

MI PATRIA.

Como un hijo que no ha visto transcurrir más que un corto número de primaveras, si quiere festejar á su padre, anciano de argentada cabellera, y rodeado de las buenas acciones de su vida, se prepara á expresarle cuanto le ama con lenguaje de fuego ;

Levántase precipitadamente en medio de la noche ; arde su alma : ¡ vuela con las alas de la mañana, llega á la presencia del anciano, y después ha perdido el habla !

Es lo que he experimentado... ¡ Iba á cantarte, oh patria mía ! y ya obedecía al rápido vuelo de la inspiración, ya de por sí sola había resonado mi lira, cuando la severa discreción me ha hecho señas con su brazo de bronce, y de repente han temblado mis dedos.

Pero ya no los detengo : es preciso que vuelva á tomar mi lira, que pruebe un vuelo más audaz, y que cese de acallar los pensamientos que consumen mi alma.

¡ Oh mi hermoso país, tu cabeza está coronada de una gloria de mil años ; andas con el paso de los inmortales, y te adelantas con orgullo al frente de más de una nación ! ¡ cuánto te quiero, mi país, mi hermoso país !

¡Ah! mi empresa es demasiado ardua, lo siento; y la lira cae de mi endeble mano... ¡Cuán bella eres, patria mía! Con cuanto brillo reluce tu corona! ¡Cómo te adelantas con el paso de los inmortales!

Pero una dulce sonrisa anima tus facciones y me de vuelve todo mivalor. ¡Oh! ¡con qué alegría, con qué gratitud, voy á cantar que me has sonreído!

Desde temprano me he consagrado á ti. Apenas sintió mi corazón los primeros latidos de la ambición, cuando empecé celebrar á Enrique tu libertador, en medio de las lanzas y de los aprestos militares.

Pero pronto he visto abrirse delante de mí una carrera más noble, y en ella me he lanzado ardiendo de otro deseo que el de la gloria... Conduce al cielo patria común de las mortales.

Sigo recorriéndola, y, si en ella sucede que sucumba bajo el peso de la debilidad humana, saldré de ella, cogeré el arpa de los bardos, y me atreveré á hablarte de tu gloria.

Tus nobles florestas desafían los golpes del tiempo, y su sombra cobija una numerosa raza que piensa y obra.

Ahí hállanse hombres que tienen la penetración del genio, que en torno tuyo hacen danzar horas alegres, que poseen la vara de las hadas, que saben hallar oro puro y pensamientos nuevos.

¿Hasta dónde no has extendido tus numerosos vástagos? Ya en las regiones donde corre el Ródano, ya á las márgenes del Támesis; y por todas partes los han visto crecer, por todas partes se han rodeado de numerosos vástagos.

Y sin embargo, de ti han salido: tú les has mandado guerreros; tus armas les han llevado una gloriosa llamada, y tal ha sido el monumento de tu victoria:

los galos llamáronse francos, y los bretones ingleses! (1)

¡Tus triunfos han sido aún más resplandecientes: la soberbia Roma había mamado con la leche de la loba su madre la sed de los combates; desde largo tiempo su tiranía oprimía el mundo; pero tú la derribaste, oh patria mía, tu la derribaste en su sangre!

Nunca país alguno ha sido justo como tú con el mérito extranjero... ¡No seas demasiado justa con ellos, ó patria mía! no son capaces de comprender la grandeza de semejante exceso.

Tus costumbres son sencillas y virtuosas; tu espíritu es sabio y profundo; poderosa es tu palabra y cortante tu espada. Sin embargo, la vuelves á envainar con gusto, y sé tú bendita por ello, no gotea de ella la sangre de los infelices.

Pero otra vez me hace señas la discreción con su brazo de bronce: callo hasta que me permita cantar otra vez. Voy pues á reconcentrarme en mí mismo, y meditar sobre el terrible pensamiento de ser digno de ti, ¡oh patria mía!

LAS CONSTELACIONES.

Todo canta su gloria, los campos, los bosques. el valle y las montañas; la orilla del mar resuena al ruido de sus alabanzas, las olas con el fragor sordo del trueno repiten el nombre del Eterno, y el himno de la naturaleza agradecida apenas puede subir hasta él.

Y sin descanso canta el que la ha creado, y desde el cielo hasta la tierra, doquiera resuena su voz; en la oscuridad de las nubes, el compañero del relámpago

1. Alusión al origen alemán de los francos y de los ingleses.

glorifica al Señor sobre la copa de los árboles y sobre la cima de las montañas.

Su nombre lo celebra el bosque que se estremece y el arroyo que murmulla; los vientos lo llevan hasta el arco celeste, el arco de perdón y de consuelo que trazó su mano en las nubes.

¡Y tú callarías, tú á quien Dios creó inmortal!; y mudo te quedarías en ese concierto de alabanzas y de admiración!; Da gracias á Dios que te hizo participar de su eternidad!... por grandes que sean tus esfuerzos siempre serán indignos de él.

Sin embargo canta, y glorifica á tu bienhechor. ¡Coros relucientes que me rodeáis, yo vengo y me uno con vosotros, quiero participar de vuestro arroboamiento y de vuestros conciertos!

¿El que creó el universo, que creó allá arriba la antorcha de oro que nos alumbra, aquí el polvo donde se agitan millones de gusanos, quién es? ¡Es Dios! ¡es Dios, nuestro padre! así le llamamos, y voces innumerables se unen con la nuestra.

Sí, él creó los mundos; y, allá, el León que derrama de su seno torrentes de luz. Aries, Capricornio, Pléyadas, Escorpión, Cáncer, sois su obra; ved cómo sube y baja la Balanza.... El Sagitario apunta, sale un rayo.

Se vuelve; ¡cómo resuenan sus flechas y su aljaba, y tú, Géminis, con qué pura luz ardes! tus pies radiantes se levantan para una marcha triunfal. Piscis juega y vomita fuegos resplandecientes.

La rosa despide un rayo de fuego desde el centro de su corona; el águila de ardiente mirada se cierne en medio de sus compañeros sumisos; nada el cisne soberbio con el cuello arqueado y las alas abiertas al viento.

¿Quién te ha dado esa melodía, oh lira? ¿quién ha tendido tus cuerdas doradas y sonoras? Te dejas oír, y los planetas, deteniéndose en su danza circular, vienen rodando sobre sus órbitas para continuarla contigo. He aquí Virgo con traje de fiesta, llenas las manos de espigas y de alegres pámpanos. Aquí está el Acuario de donde se precipitan ondas de luz; mas Orión contempla la cintura y no ya el Acuario.

¡Oh!; si la mano de Dios te derramara sobre el altar, vaso celeste! toda la creación volaría en pedazos, el corazón del León se rompería al lado de la urna desaguada, la lira no produciría más que acentos de muerte, y la corona caería marchita.

Dios ha creado esos signos en el cielo, hizo la luna más cerca de nuestro polvo. Apacible compañera de la noche, su dulce resplandor derrama sobre nosotros su serenidad; siempre vuelve para velar sobre la frente de los que duermen.

Yo glorifico al Señor, al que mandó á la noche santa del sueño y de la muerte que tuviera velos y antorchas. ¡Tierra, tumba siempre abierta para nosotros, cómo te ha ornado Dios de flores!

¡Cuando Dios se levante para juzgar, removerá la tumba llena de huesos y la tierra llena de simientes ¡Despiértese todo lo que duerme! El rayo ciñe el trono de Dios: da la hora del juicio, y la muerte ha hallado cidos para oírla.

LAS DOS MUSAS

He visto... ¡Oh! dime, ¿era el presente que yo veía ó el porvenir?... he visto en la palestra la Musa alemana con la Musa inglesa que se abalanzaban hacia una corona.

Apenas se columbraban dos términos en el extremo de la carrera; unas encinas cobijaban á uno de ellos; en derredor del otro resaltaban palmeras sobre la claridad del sol poniente. (1)

Acostumbrada á semejantes luchas, la musa de Albión bajó animosamente á la palestra, y como había llegado á ella; había ya competido gloriosamente con Meon el cantor del Capitolio.

Echó una mirada á su joven rival que temblaba, pero con una especie de nobleza; el ardor de la victoria inflamaba sus mejillas y abandonaba al viento su cabellera de oro.

Ya contiene apenas el aliento oprimido dentro de su pecho ardiente, y se inclina ávidamente hacia el término... Ya resuena la trompeta á sus oídos, y sus ojos devoran el espacio.

Ufana de su rival, más ufana de sí misma, la Bretona soberbia mide todavía con la vista la hija de Tuiskón:

« Me acuerdo, dijo ella, que nací contigo entre los Bardos en la selva sagrada;

« Pero había llegado hasta mí la voz que ya no existías; perdona oh Musa, si eres inmortal, perdóname de oírlo decir tan tarde; pero cuando lleguemos al término quedaré más segura de ello.

— ¿ Lo ves allá? ¿ Lo ves allá lejos con su corona?... ¡ Oh! ese coraje contenido, ese orgulloso silencio, esa mirada de fuego que se fija en el suelo... ¡ Yo la conozco!

« Sin embargo, piénsalo bien antes que suene la trompeta del heraldo... ¡ Yo soy, yo misma quien luchaba poco ha con la musa de Termópilas, con la de las siete colinas! »

1. La encina es el emblema de la poesía patriótica, y la palmera el de la poesía religiosa que viene del Oriente.

Así dijo; ha llegado el momento supremo, y acércase el heraldo: « Musa bretona, exclama, con ardientes ojos, la hija de Germania, te amo y te admiro...

¡ Pero menos que la inmortalidad, menos que la palma de la victoria! Cógela antes que yo, si así lo quiere tu genio, pero que pueda yo también participar de ella y ceñir una corona.

« ¡ Y cuál estremecimiento me agita! ¡ Dioses inmortales!...

Si yo llegara la primera á ese término brillante... entonces sentiría tu aliento agitar desde muy cerca mis cabellos. »

Dió la señal el heraldo... Volaron cuales rápidas águilas, y el polvo, como una nube, pronto las envolvió... Cerca del término se volvió más denso todavía, y acabé con perderlas de vista.

LAS HORAS DE LA INSPIRACIÓN.

¡ Os saludo, horas silenciosas que la estrella de la tarde mece en derredor de mi frente para inspirarla! ¡ Oh! no sin bendecirme, sin dejarme algunos pensamientos divinos!

Á la puerta del cielo, un espíritu ha hablado así: Apresuraos, horas santas, que tan raramente pasáis de las puertas doradas del cielo, id hacia ese joven.

« Que canta á sus hermanos el Mesías, protegledle con la sombra benéfica de vuestras alas, para que en la soledad medite sobre la eternidad.

« La obra que estáis por inspirarle, atravesará todos los siglos, los hombres de todos los siglos la oirán, levantará sus corazones hasta Dios y les enseñará la virtud. »

Así dijo: ¡ el sonido de la voz del espíritu ha conmovido todos mis huesos, y me he levantado, como si Dios pasara en el trueno por encima de mi cabeza, y me he quedado lleno de asombro y de alegría!

¡ Que ningún profano se acerque de ese sitio, ningún cristiano tampoco, si no siente en sí mismo el sopro profético! ¡ Apartaos de mí, hijos del polvo!

Horas santas, envolved en las sombras de la noche mi silenciosa mansión; que sea impenetrable para todos los hombres; y si mis más queridos amigos se acercaran de ella, hacelde señas sin ruido que se alejen.

Solamente, si Schmied, el favorito de las musas de Sión se presenta para verme, que entre... Pero, oh Schmied, no me hables más que del juicio final, ó de tu estimable hermana.

Ella es capaz de comprendernos y de juzgarnos: ¡ deje de existir todo lo que en nuestros cantos no ha conmovido su corazón!... ¡ que lo que la ha conmovido viva en la eternidad!

Eso solo es digno de enternecer corazones cristianos y fijar la atención de los ángeles que vienen á veces á visitar la tierra.

SALMO.

Las lunas dan vueltas en derredor de las tierras, las tierras en derredor de los soles, y millares de soles en derredor del más grande de todos: ¡ Padre nuestro que estás en los Cielos!

Todos esos mundos, que reciben y dan la luz, están poblados de espíritus más ó menos fuertes, más ó menos grandes, pero todos creen en Dios, todos cifran en él su esperanza: ¡ Santificado sea el tu nombre!

¡ Él es! es el Eterno, solo capaz de comprenderse todo entero y complacerse en sí mismo, él es quien colocó en el fondo del corazón de todas sus criaturas el germen de la felicidad eterna: ¡ Venga á nos el tu reino.

Felices criaturas: él solo se ha encargado de arreglar su presente y su porvenir; ¡ qué dichosas son! ¡ cuánto lo somos todos! ¡ Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo!

Hace crecer y des arrollarse la espiga, dora la manzana y la uva con los rayos del sol, da el alimento al cordero sobre la colina y en la selva al corzo: pero también lleva en la mano el trueno, y el granizo no perdona ni el tallo, ni la rama, ni el animal de la colina, ni el de la selva: ¡ El pan nuestro de cada día dánosle hoy!

¿ Mas arriba del trueno y de la tempestad, hay también pecadores y mortales?... ¿ Allá arriba también vuélvese enemigo el amigo, separa la muerte á los que se quieren? ¡ Y perdónanos nuestras deudas así como perdonamos á nuestros deudores!

No se sube al cielo, término sublime, sino por caminos difíciles: algunos serpentean en espantosos desiertos, pero ahí también, de tiempo á otro, ha sembrado el placer algunas frutas para refrescar el viajero... ¡ Y no nos dejes caer en la tentación, mas libranos de mal!

¡ Adoremos á Dios! Adoremos al que hace girar en derredor del sol otros soles, tierras y lunas, que ha creado los espíritus y preparado su felicidad, que siembra la espiga, manda á la muerte y alivia el cansancio del viajero en el desierto mientras lo conduce al término sublime. Señor, os adoramos, pues vuestros son el imperio, la potencia y la gloria. Amén.

MI ERROR.

He querido durante mucho tiempo juzgarlos por los hechos y no ya por las palabras, y, hojeando las páginas de la historia, seguía en ella con atención á los franceses.

Oh tú que vengas la humanidad en los pueblos y en los reyes que la ultrajan, verídica historia, me habías hecho, á veces, de ese pueblo una pintura muy aterradora.

Sin embargo, yo creía, y ese pensamiento era suave como esos sueños dorados que uno tiene durante una hermosa mañana, como una esperanza de amor y de delicias;

Yo creía, ¡oh libertad! madre de todos los bienes, que tú serías para esa nación otra providencia, y que le habías sido mandada para regenerarla.

¿No eres más una potencia creadora? ¿ó no has podido conseguir cambiar esos hombres?... ¿es su corazón de piedra, y están bastante ofuscados sus ojos para no conocerte?

Tu alma es el orden, pero ellos cuyo corazón es de fuego se animan y se precipitan á la primera señal de la licencia.

¡Oh! ellos no conocen más que ella, la quieren con cariño... y sin embargo no hablan más que de ti cuando cae su cuchilla sobre la cabeza de los inocentes.

¡Oh! tu nombre está entonces en todas las bocas.

¡Libertad, madre de todos los bienes! ¡no es también en tu nombre que han roto santos tratados principiando la guerra de conquistas!

¡Av! hermoso sueño dorado de la mañana, tu brillo

ya no me deslumbra; sólo me ha dejado un dolor, un dolor como el del amor engañado.

Pero á veces en un árido desierto, preséntase de repente una dulce umbria donde descansa el viajero: tal ha sido para mí Carlota Corday la heroína, la mujer hombre.

Jueces infames habían absuelto el monstruo; ella ha anulado su sentencia; ella ha hecho lo que les gustará á nuestros nietos contar, con el rostro encendido y derramando lágrimas de admiración.

HERMANN Y TRUSNELDA.

TRUSNELDA. ¡Ah! ahí vuelve todo cubierto de sudor, de la sangre de los romanos y del polvo del combate! ¡Nunca me ha parecido tan hermoso Hermann, nunca han arrojado tanto fuego sus ojos!

¡Ven! me estremezco de placer; ¡dame ese águila y esa espada victoriosa! ¡Ven, respira más blandamente y descansa entre mis brazos del tumulto de la batalla! ¡Ven que te limpie la frente cubierta de sudor y las mejillas ensangrentadas. ¡Cómo brillan tus mejillas! ¡Hermann, Hermann! ¡nunca Trusnelda sintió tanto amor por ti!

No, ni aun ese día que, en tu salvaje mansión, me estrechaste por la primera vez entre tus indómitos brazos; te pertencí desde entonces y presentí que serías inmortal algún día.

Lo eres ahora: ¡que Augusto en su soberbio palacio abraze en vano el altar de sus dioses! ¡Hermann, mi Hermann es inmortal!

HERMANN. ¿Por qué trenzas mis cabellos? Nuestro padre está tendido muerto, ahí, cerca de nosotros;

¡ ah! si Augusto no se ocultase de nuestra venganza, ya hubiera caído más ensangrentado aún.

TRUSNELDA. Deja, mi Hermann, deja que trenze tu cabellera undulante, y la una en rizos bajo tu corona... Siegmar se halla ahora entre los dioses; no es menester llorarle, es menester seguirlo.

HERMANN CANTADO POR LOS BARDOS

Werdomar, Kerding, Darmont.

WERDOMAR. Sentémonos, oh bardos, sobre esta Peña cubierta de antiguo musgo, y celebremos á Hermann : que nadie se acerque y mire bajo este follaje, que cubre el más noble hijo de la patria.

¿ ¡ Pues ahí está tendido en su sangre, él, el secreto espanto de Roma, aun cuando se llevaba cautiva su Trusnelda, con danzas guerreras y conciertos victoriosos!

No, no lo miréis, lloraríais al verle tendido en su sangre; y no debe resonar la lira con sonidos dolientes, sino cantar la gloria del inmortal.

KERDING. Mi joven cabellera es rubia todavía : ¡ en este día solamente he ceñido la espada, en este día he cogido la lira y la lanza... es preciso que cante Hermann!

Oh padres, no pidáis demasiado á un joven : quiero enjugar mis mejillas húmedas con mi rubia cabellera, antes de atreverme á cantar el más noble hijo de Mana.

DARMONT. ¡ Oh! yo derramo lágrimas de rabia; y yo no las enjugaré : corred, inundad mi rostro lágrimas de la cólera. No sois mudas; amigos, escuchad su lenguaje : « Maldición sobre los romanos ! » Escucha, Hela : ¡ Que ninguno de los traidores que lo han degollado perezca en los combates!

(1) Divinidad de los infernos.

WERDOMAR. ¿ Veis precipitarse sobre las peñas el torrente salvaje? Lleva rodando entre sus ondas pinos desarraigados y los trae para la pira del héroe.

Pronto Hermann no será más que polvo, descansará en una tumba de arcilla, y á sus cenizas añadiremos la espada sobre la cual juró la pérdida del conquistador.

Detente, espíritu del muerto, tú que vas á juntarte con Siegmar y ver que el corazón de tu pueblo no está lleno más que de ti.

KERDING. ¡ Oh! ¡ ignore Trusnelda que su Hermann está ahí tendido en su sangre! No digáis á esa noble mujer, á esa madre desdichada que el padre de su Trumeliko ya no existe.

¡ El que se lo haría saber á esa mujer que anduvo un día encadenada delante del carro de triunfo del vencedor, ese tendría un corazón de romano!

DARMONT. ¿ Y qué padre te ha engendrado, desgraciada hija? ¡ Un Segestes que aílaba en secreto la espada de la traición! No lo maldigáis... Hela ya lo ha condenado.

WERDOMAR. Segestes es un nombre que debéis excluir de vuestros cantos; baje el olvido sobre él : ¡ que cierre sus pesadas alas y duerma sobre su polvo!

Las cuerdas que se estremecen al solo nombre de Hermann serían profanadas si repitieran el nombre del traidor, aunque fuera para acusarlo.

¡ Hermann, ¡ Hermann! Los bardos hacen retumbar con tu nombre el eco de las misteriosas selvas; ¡ tú tan querido por los nobles corazones! ¡ tú, el jefe de los valientes, el libertador de la patria!

¡ Oh, batalla de Winsfeld, hermana de la batalla de Canas, te he visto con los cabellos sueltos y ensangrentados, con el fuego de la venganza en los ojos aparecer entre las arpas de Walhala!

El hijo de Druso quería inútilmente borrar las huellas de tus pasos escondiendo en el valle de la muerte los blancos huesos de los vencidos....

¡No hemos querido, y hemos trastornado sus sepulcros, para que esos restos den testimonio de un día tan grande, y que en las fiestas de primavera oigan nuestros cantos de victoria!

¡Nuestro héroe quería dar aún hermanas á Canas, á Varo compañeros de muerte! si no hubiese sido por los príncipes y su envidiosa lentitud. Cæcina se hubiese ya juntado con Varo su jefe.

Había en el alma de Hermann un pensamiento más grande aún... Cerca del altar de Thor, á medianoche, rodeado de cantos de guerra, se recogió en su alma y resolvió cumplirlo.

Y en ello pensaba en medio de vuestras diversiones, durante esa danza atrevida que es un juego para nuestra juventud.

El navegante vencedor de las tempestades cuenta que hay un monte en el océano del Norte que por largo tiempo anuncia con torbellinos de humo, que vomitará altas llamas é inmensas peñas!...

Así preludiaba Hermann con sus primeros combates á salvar los Alpes nevados y bajar á las llanuras de Roma; ¡Para morir allí... ó para subir á ese orgulloso Capitolio, hasta el tribunal de Júpiter, y pedir cuenta á Tiberio y á las sombras de sus antepasados de la injusticia de sus guerras!

Pero, para cumplir todo eso, era preciso que llevara la espada del mando al frente de los príncipes rivales suyos. ¡Así que han tramado su pérdida... Y hele aquí tendido en su sangre, ése cuyo corazón encerraba tan patriótico pensamiento!

DARMONT. ¿Has comprendido, Hela, mi llanto de

rabia? ¡Has escuchado sus ruegos, ¡Hela! vengadora Hela?

KERDING. En las doradas campiñas del Walhalla, Siegmar rejuvenecido recibirá á su joven Hermann con una palma en la mano, y acompañado de Tuiskón y de Mana...

WERDOMAR. Siegmar acogerá á su hijo con tristeza; pues Hermann no podrá ir más al tribunal de Júpiter para acusar á Tiberio y á las sombras de sus antepasados.

BURGER

LENORA.

Levántase Lenora al despuntar al día, sustráese á tristes sueños: «! Wilhelm, esposo mío! ¿has muerto? eres perjuro? ¿Tardarás mucho aún?» En la misma tarde de sus bodas, había partido para la batalla de Praga con el rey Federico, y no había dado más noticias de su salud.

Pero el Rey y la Emperatriz cansados de sus sangrientas contiendas, apaciguándose poco á poco, hicieron al fin paces; y ¡cling! y ¡clang! al son de las charangas y de los platillos, coronándose cada ejército con alegres follajes, volvió á sus hogares.

Y doquiera y sin tregua, por los caminos, y los puentes, jóvenes y viejos salían á encontrarlos. «¡Alabado sea Dios!» exclamaba más de un hijo y más de una esposa! «¡Seas bien venido!» exclamaba más de una novia. Pero ¡Ay! Lenora sola esperaba en vano el beso del regreso.

Ella recorre las filas en todos sentidos; por donde quiera interroga. Ninguno de los que han vuelto puede darle noticias de su esposo querido. Ya están lejos: entonces arrancándose los cabellos, se arroja al suelo y se revuelca con delirio.

Acude se madre: «¡Ah! Dios te ampare! ¿Qué es lo que hay, mi pobre hija?» Y la estrecha entre sus brazos. «¡Oh! madre mía, madre mía, ¡ha muerto!

¡ha muerto! ¡perezca el mundo y todo! ¡Dios no tiene compasión! ¡Desdichada, desdichada de mí!

— ¡Dios nos asista y nos tenga misericordia! Hija mía, implora nuestro padre: lo que hece está bien hecho, y nunca nos ha negado su ayuda. — ¡Oh madre mía, madre mía! os engañáis... Dios me ha abandonado: ¿de qué me han servido mis oraciones? ¿de qué me servirán?

— ¡Dios mío! ¡ten piedad de nosotras! El que conoce al padre bien sabe que él no abandona á sus hijos: ¡el santísimo Sacramento aliviará todas tus penas! — ¡Oh! ¡madre mía, madre mía: ningún sacramento puede volver la vida á los muertos!...

— Oye, hija, ¿quién sabe si el pérfido no ha formada otros lazos con una joven extranjera...? ¡Olvidalo! No tendrá un buen fin, y las llamas del infierno lo aguardan cuando se muera.

— ¡Oh! ¡madre mía, madre mía! los muertos están muertos; lo que se ha perdido está perdido y la muerte es mi único recurso. ¡Ojalá nunca hubiese nacido! ¡Antorcha de mi vida apágate, apágate en el horror de las tinieblas! Dios no tiene piedad... ¡Oh! ¡desdichada de mí!

— ¡Dios mío! apiádate de nosotros. ¡No entres en juicio con mi pobre hija; ignora el valor de sus palabras; no se las cuentes como pecados! ¡Hija mía, olvida los pesares de la tierra; piensa en Dios y en la celeste beatitud, pues te queda un esposo en el cielo!

— ¡Oh! madre, ¿qué cosa es la beatitud? ¿qué cosa es el infierno?

... ¡La beatitud está en Wilhelm y el infierno es el no estar con él! Apágate, antorcha de mi vida, apágate en el horror de las tinieblas! ¡Dios no tiene compasión... ¡Oh! desdichada de mí!»

Así la fogosa desesperación destrozaba su corazón y

su alma, y la hacía insultar la providencia de Dios. Lastimóse el seno, se torció los brazos hasta la puesta del sol, hasta la hora en que las estrellas doradas se deslizan sobre la bóveda del cielo.

¿Pero que es ese ruido que fuera se oye? ¡Trap! ¡trap! ¡trap! Es como el paso de un caballo. Y después parece que se apea un jinete con un ruido de armaduras; sube los peldaños..... ¡Escuchad! ¡Escuchad!..... Ha sonado despacio la campanilla..... ¡Klinglingling! y al través de la puerta una dulce voz habla así:

« ¡Hola, hola! ¡ábreme, hijita! ¿Velas ó estás dormida? ¿Estás contenta, ó estás llorando? — ¡Ah, Wilhelm! ¡eres tú, tan tarde, de noche! Yo velaba y lloraba..... ¡Ay! mucho he padecido..... ¿de dónde vienes montado en tu caballo?

— No montamos á caballo hasta la medianoche; y llego del fondo de la Bohemia: así es que he venido tarde para llevarte conmigo.

— ¡Ah! Wilhelm, entra aquí primero, que oigo silbar el viento en la selva.....

— Deja que silbe el viento, hija: ¿que importa que silbe el viento? El caballo escarba el suelo, resuenan las espuelas; yo no puedo quedarme aquí. Ven, Lenora, cázate, salta sobre la grupa de mi caballo; pues cien leguas tenemos que hacer para llegar á nuestra mansión.

— ¡Ay! ¿cómo quieres que hagamos hoy cien leguas para alcanzar nuestra habitación? ¡Oye! la campana de medianoche vibra todavía. — ¡Tate, tate! ¡cómo está clara la luna!... Nosotros y los muertos andamos pronto; apuesto que hoy mismo te llevo allá.

— Dime pues donde está tu casa, y como es tu lecho nupcial.

— Lejos, muy lejos de aquí... silencioso, húmedo y angosto, seis tablas y dos tablitas.

— ¿Hay sitio para mí?

— Para nosotros dos. Ven, Lenora, monta en la grupa: listo está el banquete de boda y los convidados nos aguardan. »

La joven se calza y monta al instante en la grupa del caballo; ciñe con sus manos de azucena la cintura del jinete á quien ama; y después adelante! ¡hop! ¡hop! ¡hop! Así resuena el galope... El caballo y el jinete apenas respiraban; y bajo sus pasos chispeaban las piedras.

¡Oh! ¡cómo á diestro y á siniestro, desaparecían los prados, los bosques y los campos! ¡cómo retumbaban los puentes debajo de ellos! « ¿Tiene miedo mi amiga? La luna está clara..... ¡Hurra! los muertos andan pronto... ¿Tiene miedo de los muertos?

— No..... ¡Pero deja los muertos en paz!

« ¿Qué significan ese ruido y esos cantos lejanos? ¿Dónde vuelan esas bandadas de cuervos? Escucha.... es el ruido de una campana; son cantos de funerales: « Tenemos que sepultar á un muerto. » Y acércase el entierro acompañado de cantos que se parecen á los roncacos acentos de los huéspedes de los pantanos.

— « Después de la medianoche sepultaréis ese cuerpo con todo vuestro concierto de quejidos y de cantos siniestros: yo, llevo á mi novia y os convido á mi festín nupcial. Ven, chantre, hazte adelante con el coro y entona para nosotros el himno del matrimonio. Ven, sacerdote, tú nos bendecirás. »

Quejidos y cantos, todo ha cesado... Ha desaparecido el ataúd. Obedeciendo á su invitación, síguelos el entierro..... ¡Hurra! ¡hurra! Siguen el caballo de cerca; y después, ¡adelante! ¡hop! ¡hop! ¡hop! Así

resuena el galope... Caballo y jinete apenas respiraban ; y, bajo sus pasos chispeaban las piedras : ¡ Oh ! ¡ cómo á diestro y siniestro desaparecian de su vista los prados, los bosques y los campos ! ¡ y cómo á diestro y siniestro, desaparecian las aldeas, las villas y las ciudades !
 « ¿ Tiene miedo mi amiga ? La luna está clara....
 ¡ Hurra ! los muertos andan pronto... ¿ Tiene miedo de los muertos ? — ¡ Ah ! deja estar los muertos en paz !

— ¡ Toma ! ¡ toma ! ¿ Ves moverse, al lado de esas horcas fantasmas aéreos que argenta la luna ? ¡ Vamos ! ¡ tunantes, acercaos ; quiero que me sigáis y bailéis en el baile de mis bodas ! Partimos para el alegre festín. »

¡ Husch ! ¡ husch ! ¡ husch ! toda la banda se lanza en pos de ellos, con el ruido del viento entre las hojas secas ; y después ¡ adelante ! ¡ hop ! ¡ hop ! ¡ hop ! Así resuena el galope... Caballo y jinete apenas respiraban ; y bajo sus pies chispeaban las piedras.

¡ Oh ! ¡ cómo desaparecía, cómo desaparecía todo lo que alumbraba la luna en derredor de ellos !... ¿ Cómo huían el cielo y las estrellas encima de sus cabezas !
 « ¿ Tiene miedo mi amiga ? La luna brilla... ¡ Hurra ! los muertos andan pronto...

— ¡ Oh ! Dios mío ! ¡ Deja estar los muertos en paz !

— ¡ Ánimo, mi caballo negro ! Me parece que canta el gallo : pronto estará vacía la ampolleta... Yo siento el aire de la mañana... ¡ Caballo mío, date prisa ! ¡ Concluida, concluida está nuestra corrida ! ¡ El lecho nupcial va á abrirse !... ¡ Los muertos andan pronto !...
 « Hemos llegado ! »

Se lanza á rienda suelta contra un rastrillo de hierro, le da un golpecito con el látigo... Rómpanse los cerrojos. Las dos hojas ábrense gimiendo. El arranque del caballo lo lleva entre las tumbas que, bajo la claridad de la luna, se ven por todos lados.

¡ Ah ! ¡ mirad !... al mismo instante sucede un espantoso prodigio : ¡ hu ! ¡ hu ! la capa del jinete cae pieza por pieza como yesca quemada : su cabeza no es más que una calavera descarnada, y su cuerpo se vuelve un esqueleto que lleva en la mano una guadaña y una ampolleta.

El caballo negro se encabrita furioso, vomita chispas y de repente... abísmase y desaparece en las profundidades de la tierra : ahullidos, ahullidos bajan de los espacios del aire ; salen gemidos de las tumbas subterráneas.... y el corazón de Lenora latía entre la vida y la muerte, y los espíritus, bajo la claridad de la luna formaron la ronda en derredor de ella cantando así :

« Paciencia, ¡ Paciencia ; cuando el dolor destroza tu corazón, no blasfemes nunca al Dios del cielo ! ¡ Libre quedó tu cuerpo... Perdóne Dios á tu alma ! »

LA MARAVILLA DE LAS FLORES

En un silencioso valle brilla una linda florecita, su vista es agradable para los ojos y el corazón, como lo son los rayos del sol poniente ; tiene mucho más valor que el oro, que las perlas y los diamantes, y con justo título la llaman la maravilla de las flores.

Mucho tiempo sería menester cantar para celebrar la virtud de mi florecita y los milagros que opera sobre el cuerpo y sobre el alma ; pues no hay elixir que igualar pueda los efectos que ella produce, y sólo al verla, uno no lo creería.

« El que lleva esa maravilla en su corazón se vuelve tan hermoso como los ángeles ; es lo que he notado con profunda emoción en los hombres como en las mujeres : á los ancianos como á los jóvenes les

vale los homenajes de las almas más bellas, como si fuese irresistible talismán.

No, nada hay de hermoso en una cabeza orgullosa, tiesa sobre un cuello tendido que cree dominar todo lo que la rodea: si el orgullo del rango ó del oro te ha vuelto tieso el cuello, mi florecita maravillosa te lo volverá flexible, y te obligará á agachar la cabeza.

Esparcirá sobre tu rostro el amable color de la rosa; suavizará el fuego de tus ojos bajando sus párpados; si tu voz es áspera y chillona, le dará el dulce son de la flauta; si tu andar es pesado y arrogante, ella lo volverá ligero como el céfiro.

Es el corazón del hombre como un laúd hecho para el canto y la armonía; pero con frecuencia el placer y la pena sacan de él sonidos agudos y discordantes: la pena, cuando los honores, el poder y la riqueza se sustraen á sus votos; el placer, cuando ornados de victoriosas coronas aquellos vienen á ponerse á sus órdenes.

¡Oh! ¡cómo llena entonces los corazones de deliciosa armonía la maravillosa flor! ¡cómo rodea de un prestigio encantador la gravedad y la misma alegría! ¡Entonces, nada hay en sus actos, nada en sus palabras que herir pueda á alguien; ningún orgullo, ninguna arrogancia, ninguna exigencia!

¡Oh! ¡cuán dulce y apacible es entonces la vida! ¡Qué benéfico sueño se cierne entonces en derredor del lecho donde uno descansa! La maravillosa flor preserva de cualquier picadura, de cualquier veneno; por mucho que quisiera punzarte la sierpe, ¡no lo pudiera!

Pero, creedme, lo que canto no es una ficción aunque parezcan imposibles semejantes prodigios. Mis cantos

no son más que el reflejo de esa gracia celeste que la maravilla de las flores esparce sobre las acciones y sobre la vida de los pequeños y de los grandes. ¡Oh! ¡si hubierais conocido ésa en que cifraba yo toda mi alegría! la muerte la arrancó de entre mis brazos en el mismo altar del himeneo; hubierais fácilmente comprendido lo que puede la divina flor, y la verdad os hubiera aparecido como en la luz más pura.

¡Cuántas veces le he debido la conservación de esa maravilla! ella volvía á ponerla blandamente sobre mi pecho cuando yo la había perdido; ahora un espíritu de impaciencia la arranca con frecuencia de él, y cada vez que la suerte me castiga por ello, deploro amargamente su pérdida.

¡Oh! todas las perfecciones que la flor había derramado sobre el cuerpo y en el alma de mi amada esposa, los más largos cantos no podrían enumerarlas; y como añade encantos á la belleza más que la seda, las perlas y el oro, yo la llamo la maravilla de las flores; otros la llaman la modestia.

SONETO.

Amigos míos, os ha sucedido quizá fijar en el sol una mirada que habéis tenido que bajar; pero en vuestro ojo quedaba como una mancha livida, que por largo tiempo os seguía á todas partes.

Eso es lo que he experimentado: he visto brillar la gloria y la he contemplado con mirada demasiado ávida... Una mancha negra me ha quedado desde entonces en los ojos.

Y no me deja más, sobre cualquier objeto que fije mi vista, la veo al momento que se posa encima como un ave de mal agüero.

¿Ella revoleteará pues sin tregua entre mí y la felicidad?... — ¡ Oh amigos míos, es preciso ser un águila para contemplar impunemente el sol y la gloria!

SONETO

Compuesto por Burger después de la muerte de su segunda mujer.

Mi ternura, cual paloma largo tiempo acosada por el halcón, se jactaba de haber hallado al fin un asilo en el silencio de un bosque sagrado.

¡Pobre paloma! ¡ cómo ha sido engañada tu confianza! ¡ Suerte fatal é inesperada! ¡ Su retiro donde no podía penetrar la vista lo ha incendiado el rayo!

¡Ay! ¡ otra vez está errante! La desdichada queda reducida á revolotear del cielo á la tierra, sin objeto, sin esperanza que descansen sus cansadas alas.

¿ Pues dónde hallar un corazón que se apiade del suyo, cerca del cual pueda aún calentarse como otra vez?

¡ Semejante corazón no late ya para ella sobre la tierra!

LA CANCIÓN DEL BUEN HOMBRE.

¡ Suene á lo lejos la canción del buen hombre como el son del órgano y el ruido de las campanas! El oro no ha podido pagar su valor; sea una canción su recompensa. Doy gracias á Dios de haberme concedido el don de alabar y de cantar, para cantar y alabar el buen hombre.

Un viento impetuoso vino un día del mar, arremolinándose en nuestras llanuras; huían delante de él las nubes como los rebaños delante del lobo; barría los

campos, tendía al suelo los bosques, y arrojaba fuera de su cauce los ríos y los lagos.

Derritió las nieves de las montañas y las precipitó á torrentes en las llanuras, y en breve todo el llano no ofrece otro aspecto que el de un mar, cuyas olas espantosas se llevaban rodando peñas desprendidas.

Había en el valle un puente echado entre dos peñones, sostenido sobre dos inmensos arcos y en el medio una casita que habitaba el guardián con su mujer y sus hijos. ¡ Guarda del puente, sálvate pronto!

La inundación amenazadora sigue subiendo; el huracán y las olas bramaban ya con más fuerza en derredor de la casa; el guardián subió sobre el techo, echó hacia abajo una mirada de desesperación: « Dios de misericordia! ¡ socorro! ¡ estamos perdidos! ¡ socorro! »

Amontonábanse unos encima de otros los carámbanos, las olas arrojaban sobre las márgenes pilas desprendidas del puente, cuyos arcos de piedra arruinaban bramando; pero el guardián temblando, con sus hijos y su mujer gritaba aún con fuerza más que las olas y el huracán. Los carámbanos se amontonaban unos encima de otros hacia la orilla juntamente con las ruinas del puente derribado por la tormenta, y cuya total destrucción se aproximaba. « ¡ Cielo misericordioso, socorro! »

La margen lejana estaba cubierta de una multitud de espectadores grandes y chicos; y cada uno gritaba y tendía las manos, pero nadie quería arriesgarse para socorrer á esos desdichados; y el guardián temblando con su mujer, y sus hijos gritaba con más fuerza que las olas y el huracán.

¿ Cuándo pues resonarás, canción del buen hombre, tan fuerte como la voz del órgano y de las campanas?

¡Di en fin su nombre, repítelo, oh el más hermoso de mis cantos!... La total destrucción del puente se acerca... ¡Buen hombre, buen hombre, déjate ver! He aquí un noble conde que llega al galope, un noble conde encima de su gran caballo: ¿qué es lo que levanta en la mano? Una bolsa llena y bien redonda: « ¡Doscientas pistolas quedan prometidas á quien salve esos desdichados! »

¿Quién es el buen hombre? ¿es el Conde? Dilo, mi noble canto, dilo. ¡El Conde, pardiez! era valiente; pero otro conozco que era más valiente que él. ¡Oh buen hombre, buen hombre, déjate ver! ¡Más y más amenaza la muerte!

Y la inundación seguía creciendo, y el huracán silbaba más reciamente, y se extinguía el último rayo de esperanza ¡Salvador! ¡Salvador! déjate ver. El agua sigue arrastrando pilas del puente, y hace caer los arcos con un gran ruido.

« Haloh! ¡haloh! ¡pronto, socorro! » Y el Conde enseña nuevamente la recompensa; cada uno tiene miedo y nadie sale de la inmensa multitud; en vano el guardián del puente, con sus hijos y su mujer, gritaba con más fuerza que las olas y el huracán.

De repente pasa un campesino que lleva el bastón de viaje, cubierto de un tosco vestido, pero de estatura y aspecto imponentes; oye al Conde, ve de que se trata, y comprende la inminencia del peligro.

¡Invocando el socorro del cielo, se arroja en la barquilla más inmediata, desafía los torbellinos, la tormenta y el choque de las olas, y llega felizmente cerca de los que quiere salvar! Pero, ¡ay! es demasiado pequeña la embarcación para recibirlos á todos.

Tres veces hizo el trayecto á pesar de los torbellinos, de la tormenta y del choque de las olas, y tres

veces volvió á traer á la orilla su barca hasta que los salvó á todos; apenas llegaban á ella los últimos, cuando acabaron de desplomarse los restos del puente.

¿Quién es pues, quién es ese buen hombre? ¡Dilo, mi noble canto, dilo!... Pero tal vez es por el oro que acaba de arriesgar su vida; pues ciertó era que el Conde cumpliría su promesa y no era cierto que ese campesino perdería la vida.

« ¡Ven acá, exclamó el Conde, ven acá, mi valiente amigo! He aquí la recompensa prometida; ven y recibela! » ¡Decid ahora que no era un buen hombre el Conde! ¡Pardiez! ¡era un noble corazón! — ¡Pero, de fijo, un corazón más noble y más valiente aún latía bajo el tosco vestido del campesino!

« Mi vida no se vende por oro; yo soy pobre, pero puedo vivir; dad vuestro oro al guardián del puente, pues todo lo ha perdido. » Dijo estas palabras con tono franco y modesto á un tiempo, recogió su bastón y se fué.

Resuena, canción del buen hombre, resuena á lo lejos, con más fuerza que la voz del órgano y el ruido de las campanas. El oro no ha podido pagar semejante valor; ¡que una canción sea su recompensa! ¡Yo doy gracias á Dios de haberme concedido el don de alabar y cantar, para celebrar para siempre el buen hombre!

EL FERROZ CAZADOR.

El Conde ha dado la señal con su cuerno de caza: « ¡Haloh! ¡haloh! dice él; ¡á pie y á caballo! » Su corcel se arroja relinchando; en pos de él se preci-

pitan los monteros ardientes, y los perros que ladran y han sido desatrahillados entre los espinos y los zarzales, los campos y las praderas.

El hermoso sol del domingo doraba ya el alto campanario, mientras las campanas anunciaban que se habían despertado con alegres sonos, y que los cantos piadosos de los fieles resonaban á lo lejos por los campos.

El Conde cruzaba encrucijadas, y los gritos de los cazadores crecían más alegres y ruidosos... De repente, un jinete viene á colocarse á su derecha y otro á su izquierda. El caballo de aquél era blanco como la plata, el de éste era de color de fuego. ¿Quiénes eran esos jinetes que habían venido á su derecha y á su izquierda? ¡Lo sospecho pero no lo afirmaría! El primero, hermoso como la primavera, brillaba con todo el resplandor del día; el segundo de espantosa palidez derramaba rayos de sus ojos como una nube que lleva la tormenta.

« Llegáis oportunamente, caballeros; bien venidos seáis á esta noble caza. No hay más dulce placer en la tierra ni en el cielo. » Así hablaba el Conde, dándose alegremente palmadas sobre la cadera y arrojando al aire su sombrero.

« — El son del cuerno, dice suavemente el jinete de la derecha, mal acuerda con las campanas y los cantos de los fieles; vuélvete á tu casa; la caza no puede ser feliz hoy; escucha la voz de tu buen ángel y no te dejes guiar por el malo.

— ¡ Adelante! ¡ Adelante! mi noble señor, exclamó al instante el jinete de la izquierda; ¿ qué vienen á hablarnos de campanas y de cantos de iglesia? La caza es más divertida; dejad que os aconseje lo que á un príncipe conviene y no escuchéis á ese aguafiestas.

— ¡ Ah! ¡ bien dicho! mi compañero de la izquierda; eres un hombre que me gustas. Esos á quienes no gusta perseguir el ciervo pueden irse á decir sus oraciones; en cuanto á ti mi devoto compañero, haz como gustes, y permíteme que yo haga lo mismo. »

¡ Hurra! ¡ hurra! El Conde se arroja por medio de los campos y de los montes... Los dos jinetes de derecha é izquierda lo siguen siempre de cerca... De repente un ciervo de seis á siete años todo blanco se deja ver lejos.

El Conde suena el cuerno; peones y jinetes se precipitan en pos de él. ¡ Oh! ¡ oh! algunos caen y se matan en esa rápida corrida: « ¡ Dejad que rueden hasta el infierno! eso no ha de interrumpir los placeres del príncipe. »

El ciervo se esconde en un campo cultivado y se cree bien seguro en él; de repente un labrador anciano se postra á los pies del Conde suplicándole: « ¡ Misericordia, buen señor, misericordia! no destruyáis el fruto de los sudores del pobre! »

El jinete de la derecha se acerca y con suavidad hace algunas representaciones al Conde; pero el de la izquierda lo incita, al contrario, á cuidarse poco del daño con tal que satisfaga sus placeres. El Conde, despreciando los avisos del primero, se abandona á los del segundo.

« ¡ Atrás, perro! grita el Conde furioso al pobre labrador, ó por el diablo, te voy á cazar á ti también! ¡ Adelante, compañeros! y en apoyo de mis palabras haced crujir vuestros látigos al oído de este tunante! »

Dicho y hecho; es el primero en saltar las barreras, y en pos de él, hombres, perros y caballos con grande estrépito, trastornan todo el campo y pisotean la mies.

El ciervo asustado, vuelve á correr por los campos y los bosques, y siempre perseguido, sin que nunca lo alcancen, llega á una gran llanura, donde se confunde, para

escapar á la muerte, con un rebaño que estaba paciendo tranquilamente.

Sin embargo, por donde quiera, por los bosques y los campos, la jauría ardiente se precipita y sigue sus huellas. El pastor que teme por su rebaño, va á postarse á los pies del Conde :

« ¡ Misericordia ! ¡ señor ! ¡ misericordia ! Perdonad á mi pobre rebaño ; considerad, digno señor, que hay ahí más de una vaca que forma toda la riqueza de pobres viudas. No destruyáis el bien del pobre.... ¡ Misericordia ! ¡ señor ! ¡ misericordia ! »

El caballero de la derecha se vuelve á acercar y con suavidad hace algunas representaciones al Conde ; mas el de la izquierda, lo incita al contrario á cuidarse poco del daño con tal que satisfaga sus placeres. El Conde despreciando los consejos del primero, se abandona á los del segundo.

« ¡ Vil animal ! ¿ te atreves á detenerme ? Yo quisiera verte cambiado en buey, á ti y á tus brujas de viudas : ¡ os cazaría hasta las nubes del cielo !

« ¡ Haloh ! adelante, compañeros, ¡ doho ! ¡ hussassah ! Y la jauría ardiente atropella todo lo que tiene por delante... El pastor cae al suelo despedazado y todo el rebaño queda hecho trozos.

El ciervo se escapa otra vez del tumulto ; pero ya está debilitado su vigor : todo cubierto de espuma y de sangre inténase en un bosque oscuro y va á esconderse en la capilla de un ermita.

La ardiente cuadrilla de los cazadores se precipita siguiendo sus huellas con grandes chasquidos de látigos, con grandes gritos y sonos de cuernos. El santo ermitaño sale al momento de la capilla, y habla al Conde con suavidad.

« ¡ Abandona tu perseguiamiento, y respeta el asilo de

Dios ! las angustias de una pobre criatura ya te acusan ante su justicia. Por la última vez, sigue mi consejo, ó corres á tu pérdida. »

El jinete de la derecha otra vez, y con suavidad hace representaciones al Conde ; pero el de la izquierda lo excita al contrario, á cuidarse poco del daño con tal que satisfaga sus placeres. El Conde, despreciando los consejos del primero, se abandona á los del segundo.

« Todas esas amenazas, dice él, me causan poco miedo. Si el ciervo subiese hasta el tercer cielo ni así le perdonaría ; que eso no guste á Dios ó á ti, viejo loco, poco me importa, y me quitaré la gana. »

Hace crujir su látigo, y sopla en su cuerno de caza. « ¡ Adelante, compañeros, adelante !... » El ermitaño y la capilla desaparecen delante de sus ojos... y detrás hombres y caballos han desaparecido... Todo el aparato, todo el estrépito de la caza, se ha sepultado en el eterno silencio.

El Conde, espantado, mira en derredor suyo... Emboca su cuerno, y ningún sonido sale de él... Llama y no oye más su propia voz... su látigo que agita está mudo ;... su caballo que excita, no se mueve.

Y en derredor suyo todo está sombrío... ¡ todo está sombrío como una tumba !... Un ruido sordo se aproxima parecido á la voz de un mar agitado, después brama encima de su cabeza con el fragor de la tempestad y pronuncia esta horrorosa sentencia :

« ¡ Monstruo producido por el infierno ! ¡ tú que no perdonaste ni al hombre, ni al animal, ni al mismo Dios, el grito de tus víctimas te acusa ante este tribunal donde arde la antorcha de la venganza !

¡ Huye, monstruo ! ¡ huye ! pues desde este instante el demonio y su infernal jauría te perseguirán en la eternidad : tu ejemplo será el espanto de los príncipes

que para satisfacer un cruel placer no perdonan ni á Dios ni á los hombres. »

Una luz pálida y descolorida alumbra de repente la selva.... se estremece el Conde .. el horror corre por todos sus miembros, y una tempestad helada remolina en derredor suyo.

Durante la espantosa tormenta, sale del suelo una mano negra que se levanta, se apoya encima de su cabeza, se cierra, y le vuelve la cara hacia las espaldas.

Estalla una llama azul, verde y colorada que gira en derredor suyo... Hállase en un océano de fuego; ve aparecer por medio del vapor todos los huéspedes del negro abismo;... millares de espantosas figuras se levantan de él y principian á perseguirlo.

Huye por los bosques, por los campos dando dolorosos alaridos; mas la jauría infernal lo persigue sin tregua, de día en las entrañas de la tierra, de noche en el espacio de los aires.

Su rostro queda vuelto hacia las espaldas: así ve siempre mientras huye los monstruos que el espíritu del mal azuza contra él; los ve que rechinan los dientes y se abalanzan á punto de alcanzarlo.

Es la gran caza infernal que durará hasta el último día, y que á menudo ocasiona tanto espanto al viajero de noche. Más de un cazador pudiera contar cosas terribles, si se atreviera á abrir la boca sobre semejantes misterios.

TROZOS ESCOGIDOS

DE DIFERENTES POETAS ALEMANES

LA MUERTE DEL JUDÍO ERRANTE.

Rapsodia lírica de Schubart.

Ashavero se arrastra fuera de una caverna sombría del Carmelo... Pronto habrá dos mil años que anda vagando sin descanso de un país á otro. El día en que Jesús llevaba la carga de la cruz, quiso descansar un rato delante de la puerta de Ashavero..... ¡Ay! éste no lo permitió y expulsó duramente al Mesías. Jesús titubea y se cae bajo el peso, pero no se queja.

Entonces, el ángel de la muerte entró en casa de Ashavero, y le dijo con voz irritada: « Has negado descanso al Hijo del Hombre;..... y bien, monstruo, ya no habrá descanso para ti hasta que vuelva Cristo! »

Un negro demonio salió de repente del abismo y se puso á perseguirte, Ashavero, de país en país....; ¡ las dulzuras de la muerte, el descanso de la tumba, todo eso te se niega desde entonces!

Ashavero se arrastra fuera de una caverna sombría del Carmelo.... Sacude el polvo de su barba, agarra una de las calaveras que allí hay amontonadas, y la arroja desde la cima de la montaña; la calavera salta, rebota y se hace pedazos..... « ¡ Era mi padre! exclamó el Judío. ¡ Otra más!... ¡ Ah! seis todavía

que para satisfacer un cruel placer no perdonan ni á Dios ni á los hombres. »

Una luz pálida y descolorida alumbra de repente la selva.... se estremece el Conde .. el horror corre por todos sus miembros, y una tempestad helada remolina en derredor suyo.

Durante la espantosa tormenta, sale del suelo una mano negra que se levanta, se apoya encima de su cabeza, se cierra, y le vuelve la cara hacia las espaldas.

Estalla una llama azul, verde y colorada que gira en derredor suyo... Hállase en un océano de fuego; ve aparecer por medio del vapor todos los huéspedes del negro abismo;... millares de espantosas figuras se levantan de él y principian á perseguirlo.

Huye por los bosques, por los campos dando dolorosos alaridos; mas la jauría infernal lo persigue sin tregua, de día en las entrañas de la tierra, de noche en el espacio de los aires.

Su rostro queda vuelto hacia las espaldas: así ve siempre mientras huye los monstruos que el espíritu del mal azuza contra él; los ve que rechinan los dientes y se abalanzan á punto de alcanzarlo.

Es la gran caza infernal que durará hasta el último día, y que á menudo ocasiona tanto espanto al viajero de noche. Más de un cazador pudiera contar cosas terribles, si se atreviera á abrir la boca sobre semejantes misterios.

TROZOS ESCOGIDOS

DE DIFERENTES POETAS ALEMANES

LA MUERTE DEL JUDÍO ERRANTE.

Rapsodia lírica de Schubart.

Ashavero se arrastra fuera de una caverna sombría del Carmelo... Pronto habrá dos mil años que anda vagando sin descanso de un país á otro. El día en que Jesús llevaba la carga de la cruz, quiso descansar un rato delante de la puerta de Ashavero..... ¡Ay! éste no lo permitió y expulsó duramente al Mesías. Jesús titubea y se cae bajo el peso, pero no se queja.

Entonces, el ángel de la muerte entró en casa de Ashavero, y le dijo con voz irritada: « Has negado descanso al Hijo del Hombre;..... y bien, monstruo, ya no habrá descanso para ti hasta que vuelva Cristo! »

Un negro demonio salió de repente del abismo y se puso á perseguirte, Ashavero, de país en país....; ¡ las dulzuras de la muerte, el descanso de la tumba, todo eso te se niega desde entonces!

Ashavero se arrastra fuera de una caverna sombría del Carmelo.... Sacude el polvo de su barba, agarra una de las calaveras que allí hay amontonadas, y la arroja desde la cima de la montaña; la calavera salta, rebota y se hace pedazos..... « ¡ Era mi padre! exclamó el Judío. ¡ Otra más!... ¡ Ah! seis todavía

van á rebotar de roca en roca... y éstas... y éstas ! rugió con ojos ardientes de rabia ; ; éstas son mis mujeres. ¡ Ah ! las calaveras siguen rodando... Éstas, y éstas, son las calaveras de mis hijos. ¡ Ah ! ; ellos han podido morir ! ; pero, yo, maldito, yo no puedo ! la espantosa sentencia pesa encima de mí por toda la eternidad !

« Jerusalén cayó... Aplasté al niño de pecho ; me arrojé entre las llamas ; maldije el Romano en su victoria... ¡ Ay, Ay ! ; la incansable maldición siempre me protegió y no he muerto !

— Roma la gigante se desplomaba en ruinas ; fui á ponerme debajo ; cayó... ¡ sin aplastarme ! Sobre esos escombros se levantaron naciones y después dejaron de existir delante de mis ojos... ¡ yo me he quedado y no puedo dejar de existir !

« Desde la cima de una roca que se levantaba entre las nubes, me precipité en el abismo de los mares ; pero pronto las olas agitadas me llevaron á la orilla, y la saeta de fuego de la existencia me traspasó de nuevo. Medí con la vista el cráter sombrío del Etna y me arrojé en él con furor !... Allí ahullé diez meses entre los gigantes, y mis suspiros cansaron la sima sulfurosa... ¡ Ay ! ; diez meses enteros ! Sin embargo, fermentó el Etna y volvió á vomitarme entre olas de lava ; palpité bajo la ceniza, y me puse á vivir.

« Una selva estaba ardiendo ; me arrojé en ella al instante... toda su cabellera cayó encima de mí en chispas, pero el incendio rozó mi cuerpo y no pudo consumirlo. Entonces, me mezclé con los destructores de hombres, me precipité en la tormenta de los combates... Desafié el Galo, el Germano... pero mi carne embotaba las lanzas y las saetas ; la espada de un Sarraceno se hizo pedazos sobre mi cabeza : por largo

tiempo vi las balas llover sobre mis vestidos como si fuesen guisantes arrojados sobre una coraza de bronce.

« Los truenos guerreros serpentearon sin fuerza en derredor de mis lomos, como en derredor del peñón almenado que se levanta hasta por encima de las nubes.

« ¡ En vano me pateó el elefante, en vano el caballo de guerra me acometió con sus pies armados de hierro ! Una mina cargada de pólvora estalló y me arrojó por las nubes : volví á caer atolondrado y medio quemado, y me volví á levantar entre la sangre, los sesos y los miembros mutilados de mis compañeros de armas.

« La maza de acero de un gigante se rompió encima de mí, el puño del verdugo se quedó paralizado al quererme agarrar, el tigre embotó sus dientes sobre mis carnes : nunca pudo un león hambriento despedazarme en el circo. Me acosté encima de sierpes venenosas, tiré el dragón de su melena sangrienta... ¡ me picó la serpiente y no morí ! ; el dragón se enroscó al rededor de mí y no morí !

« He afrontado los tiranos sobre sus tronos ; he dicho á Nerón : « ¡ Eres un perro ebrio de sangre ! » á Christiern : « ¡ Eres un perro ebrio de sangre ! » á Mulei-Ismaél : « Eres un perro ebrio de sangre ! » Los tiranos han inventado los más horrosos suplicios ; todo fué impotente conmigo.

« ¡ Ay ! ; no poder morir ! ; no poder morir !... ¡ Oh cólera de Dios ! ; podías pronunciar un anatema más horroroso ? ¡ Y bien, cae al fin sobre mí como el rayo, precipítame de las peñas del Carmelo, rueda yo á sus pies, me agite convulsivamente y muera ! ; Y Ashavero cayó ! Los oídos le zumbaron y la noche bajó encima de sus ojos de erizadas pestañas . Un ángel volvió á llevarlo

á su caverna. Duerme ahora, Ashavero, duerme de un apacible sueño ; la cólera de Dios no es eterna. Cuando recuerdes, allí estará ese cuyo sangre viste chorrear en el Gólgota, y cuya misericordia se extiende sobre ti como sobre todos los hombres.

LA PIPA.

Canción de Ppeffel.

« ¡ Buenos días, mi viejo amigo ! Y bien, ¿ qué le parece la pipa ? — Á ver : una maceta de barro colorado con aros de oro !... ¿ Cuánto quiere Vd. por la cabeza de esa pipa ?

— ¡ Oh ! señor, yo no puedo desprenderme de ella ; me viene del mejor de los hombres quien, Dios lo sabe, la conquistó á un Bajá en Belgrado

« Allí sí que hicimos un rico botín !... ¡ Viva el príncipe Eugenio ! Se veían nuestros soldados que segaban los miembros de los turcos como si fuese heno.

— Volveremos á este capítulo otra vez, mi compañero : ahora, sea Vd. razonable. He aquí un doble ducado por la pipa.

— Soy un pobre diablo y vivo de mi sueldo de retiro ; pero, señor, no la daría yo por todo el oro de la tierra.

« Ahora escuche Vd. esto : Un día, los húsares arrollábamos el enemigo que era un gusto ; de repente un perro genizaro hiere mi capitán en el pecho.

« Pongo el capitán sobre mi caballo... Lo mismo hubiera hecho él conmigo ; y despacio me lo llevé lejos de la refriega á casa de un hidalgo.

« Asistí al herido ; mas cuando se vió cerca de su

fin, me dió todo su dinero, y la cabeza de esta pipa ; me apretó la mano y murió como un valiente.

« — Es preciso, pensé, que des este dinero al huésped, quien ha padecido el saqueo tres veces ; pero conservé esta pipa como recuerdo de mi capitán.

« En todas mis campañas la llevé conmigo como una reliquia ; á veces éramos vencidos, otras veces éramos victoriosos ! yo la guardaba siempre dentro de mi bota.

« Delante de Praga, un tiro me rompió la pierna : llevé la mano á mi pipa y después al pie.

— He quedado conmovido al oiros hablar, buen anciano, conmovido hasta llorar. ¡ Oh ! decidme como se llamaba vuestro capitán para que yo también le honre é invidie su suerte.

— Llamábanlo el valiente Walter ; su hacienda está allá abajo cerca del Rin.

— Era mi abuelo y esa hacienda es mía. ¡ Venid amigo mío, de hoy en adelante viveréis en mi casa ! ¡ Olvidad vuestra indigencia ! venid á beber conmigo el vino de Walter, y á comer el pan de Walter conmigo.

— ¡ Bien, señor, sois su digno heredero ! iré mañana á vuestra casa, y os manifestaré mi agradecimiento dejándoos esta pipa después de mi muerte. »

CANTO DE LA ESPADA.

Por Körner.

« Espada suspendida á mi izquierda, ¿ por qué brillas tan hermosa ? ¡ Oh ! tu alegría excita la mía... ¡ Hurra !

— Acompaño á un valiente guerrero, defendiendo un hombre libre, y de eso me alegro... ¡ Hurra !

— Mi hermosa espada, yo soy libre y te quiero...
¡ Oh! te quiero como á una esposa... ¡ Hurra!

— Tuya es mi brillante vida de acero: ¡ ah! ¡ ah!
cuándo agarrarás á tu esposa?... ¡ Hurra!

— Ya la trompeta alegre anuncia la mañana bermeja...
Cuando retumbe el cañón, agarraré á mi querida... ¡ Hurra!

— ¡ Oh! ¡ dulce momento, con cuánto deseo te imploro!
¡ oh! agárrame querido esposo, mi pequeña corona te pertenece... ¡ Hurra!

— ¡ Cómo te agitas en tu vaina, espada; tu alegría
de sangre es muy ruidosa!... ¡ Hurra!

— Me agito porque me impaciento en mi vaina, porque
me gusta la batalla... ¡ Hurra!

— ¡ Quédate aún en tu retiro, mi querida, quédate!
pronto te sacaré de él... ¡ Hurra!

— No me hagas esperar mucho... ¡ Oh! ¡ cuánto me gusta
mi jardín de amor, todo lleno de hermosa sangre colorada
y de heridas abiertas!... ¡ Hurra!

— Sal pues de tu vaina, tu que regocijas los ojos del
valiente; sal que te lleve á tu dominio... ¡ Hurra!

— ¡ Viva la libertad en medio de todo este resplandor!
¡ la espada reluce á los rayos del sol como una blanca novia!
... ¡ Hurra!

— Valientes jinetes alemanes, ¿ no se enciende
vuestro corazón?... Agarrad vuestra querida... ¡ Hurra!

— ¡ Dios la bendiga cuando la tengáis asida, y desdichado
del que la abandone!... ¡ Hurra!

— Reluzca la alegría de la novia, delante de todos
los ojos resplandezca de centellas... ¡ Hurra!

LLAMADA.

Por Kørner (1813).

¡ Adelante, pueblo mío! el humo anuncia la llama,
la luz de la libertad se arroja del Norte viva y ardiente;
es preciso templar el hierro con la sangre de los
enemigos: adelante, pueblo mío, el humo anuncia la
llama. ¡ La mies es grande, prepárense los segadores!
¡ En la espada sola se halla la esperanza de la salvación,
la última esperanza! ¡ Arrójate con valor entre
las filas enemigas y abre un camino á la libertad! Lava
la tierra con tu sangre, entonces solamente recobrarás
su inocencia y su esplendor.

No es esta guerra de reyes y de coronas; es una
cruzada, es una guerra sagrada; derechos, costumbres,
virtud, fe, conciencia, todo lo ha arrancado de tu
corazón el tirano, el triunfo de la libertad te lo
devolverá. La voz de los antiguos alemanes te grita:
« ¡ Pueblo, despierta! » Las ruinas de tus chozas
maldicen los raptos, la deshonra de tus hijas clama
venganza, la muerte de tus hijos pide sangre.

¡ Romped los arados; arrojad el buril; déjese dormir
el arpa y descansar el ágil lanzadera; abandona tus
patios y tus portadas!... Despléguese tus banderas y
halle la libertad tu pueblo bajo las armas, pues es
preciso erigir un altar en honor de su glorioso advenimiento:
sus piedras se labrarán con las espadas y sus
cimientos estriarán en la ceniza de los valientes.

¿ Muchachas, por qué lloráis? ¿ Por qué gemís mujeres,
para quienes el Señor no ha hecho las espadas?
Cuando nos arrojamos intrépidamente en las filas
enemigas, ¿ lloráis porque no podéis saborear la voluptuosidad
de las combates?

Pero Dios, cuyos altares abrazáis, os da el poder de suavizar con vuestros cuidados los males y las heridas de los guerreros y con frecuencia concede la más pura de las victorias gracias á vuestras oraciones.

¡ Rezad pues! ¡ Rezad para que se despierte la virtud antigua, rezad para que volvamos á ser una gran nación como antiguamente; evocad los mártires de nuestra santa libertad; evocadlos como genios de venganza y protectores de una causa sagrada! Luisa, ven en derredor de nuestras banderas para bendecirlas; marcha delante de nosotros, espíritu de nuestro Fernando, y vosotras, sombras de los antiguos Germanos, volad por encima de nuestras filas como pendones!

¡ El cielo nos protege y el infierno cejará! ¡ Adelante, pueblo de valientes!... ¡ adelante! Tu corazón palpita y tus encinas crecen. ¡ Qué importa que se formen montañas con tus muertos!... ¡ en su cima es menester tremolar el pendón de la independencía! ¡ Pero, oh pueblo mío! cuando la victoria te haya vuelto tu corona antigua, no olvides que hemos muerto siéndote fieles y honra también nuestras urnas con una corona de encina.

LA SOMBRA DE KOERNER.

Por Uhland (1816).

Si de repente se levantara una sombra de poeta y de guerrero, la sombra del que cayó victorioso en la guerra de la independencía (1), entonces resonarían

(1) Körner murió, en 1813 en una batalla contra los franceses.

Alemania un canto nuevo, franco y acerado como la espada.... no tal cual éste mío sino fuerte como el cielo y amenazador como el rayo.

Hablaban antes, de una fiesta delirante y de un incendio vengador.... ¡ esta es una fiesta : y nosotros, sombras vengadoras de los héroes, á ella bajaremos, enseñaremos nuestras heridas aún sangrientas, para que en ellas metáis el dedo!

Príncipes, compareced los primeros. ¿ Habéis olvidado ese día de batalla que os arrastrabais de rodillas ante un hombre, para rendirle homenaje?... Si los pueblos han lavado vuestra vergüenza en su sangre, ¿ por qué engañarlos siempre con una vana esperanza, por qué negar en la calma los juramentos del terror? Y vosotros, pueblos lastimados tantas veces por la guerra, ¿ esos días ardientes os parecen ya bastante antiguos para ser olvidados? ¿ Cómo es que la conquista del bien más precioso no os ha producido ninguna ventaja? Habéis rechazado el extranjero, y sin embargo todo es desorden y saqueo en vuestro país, y nunca volveréis á tener en él la libertad, si no respetáis la justicia.

Sabios políticos, que pretendéis saberlo todo, ¿ es menester repetir os cuánta sangre han gastado los inocentes y los sencillos en pro de los derechos legítimos? ¿ Saldrá del incendio que los devora un fénix que habéis ayudado á renacer?

Ministros y mariscales, vosotros cuyo pecho está helado, está decorado con apañada estrella, ¿ ese estruendo de la batalla de Leipzig no ha llegado hasta vuestros oídos?... Y bien, allí fué donde Dios hizo su audiencia solemne.... Pero no podéis oirme, no creéis en la voz de los espíritus.

He hablado como debía, y voy á seguir mi vuelo,

voy á decir al cielo lo que ha herido mis miradas en esta tierra.

Yo no puedo ni alabar ni castigar, pero todo tiene deplorable aspecto.... sin embargo muchos ojos veo aquí que se inflaman, y muchos corazones oigo que laten de ira.

LA NOCHE DE AÑO NUEVO DE UN DESDICHADO.

Por Juan Pablo Richter (1).

Un hombre anciano estaba sentado delante de su ventana á medianoche; principiaba el año nuevo. Con ojos donde se pintaban la inquietud y la desesperación, contempló largo rato el cielo inmutable adornado de brillo inmortal, y la tierra también blanca, pura y tranquila; y nadie estaba privado más que él de alegría y de sueño, pues allí estaba su tumba.... no ya escondida bajo la verdura de la juventud, sino desnuda y enteramente rodeada de las nieves de la vejez. No quedaba al anciano, de toda su vida rica y alegre, sino errores, pecados y enfermedades; un cuerpo gastado, un alma corrompida, y un viejo corazón envenenado por el arrepentimiento.

Y los días felices de su juventud volvieron á pasar delante de él como fantasmas, y le recordaron la brillante mañana en que su padre le había llevado á la encrucijada de dos sendas: á la derecha, la senda gloriosa de la virtud, ancha, clara, rodeada de risueñas campiñas donde revoloteaban nubes de ángeles; á la izquierda, el rápido camino del vicio, y al cabo, una sima abierta de donde goteaban venenos, donde hor-

(1) Hemos creído deber colocar entre las poesías, los tres trozos siguientes, aunque en el original sean en prosa.

migueaban sierpes, medio escondida por un vapor sofocante y negro.

¡Ay! ahora los reptiles se colgaban de su cuello, el veneno caía gota á gota sobre su lengua y veía al fin donde había llegado.

En el arrebato de incurable dolor, exclamó mirando al cielo: « ¡Devuélveme mi juventud!... ¡padre mío, vuélveme á llevar á la encrucijada de las dos sendas para que pueda escoger otra vez! »

Pero su padre estaba lejos, y su juventud también. Vió fuegos fatuos que danzaban sobre la superficie de un pantano y después fueron á apagarse en un cementerio, y dijo: « ¡Esos son mis días de locura! » Vió también desprenderse del cielo una estrella, trazar un surco de fuego, y desaparecer dentro de la tierra: « ¡Yo soy! » exclamó su corazón que arrojaba sangre... Y la serpiente del arrepentimiento se puso á roerlo más profundamente, y hundió su cabeza dentro de la herida.

Su imaginación delirante le hizo ver entonces somnánbulos que corrían por los techos, un molino de viento que quería aplastarlo con sus grandes brazos amenazadores, y, en el fondo de un ataúd, un espectro solitario que poco á poco iba tomando sus mismas facciones.... ¡Oh terror! mas de repente el son de las campanas que celebran el año nuevo llega á sus oídos cual eco de celeste cántico. Una dulce emoción penetra en su alma... sus ojos vuelven á mirar el horizonte y la apacible superficie de la tierra... Piensa en los amigos de su infancia, quienes, mejores y más felices, han llegado á ser buenos padres de familia, grandes modelos entre los hombres, y dice con amargura: « ¡Oh! ¡si yo hubiese querido, pudiera como vosotros pasar entre los brazos del sueño esta primera noche del año! ¡pudiera vivir feliz, mis buenos padres, si hubiese siempre cum-

plido vuestros votos de año nuevo y seguido vuestros sabios consejos! »

En medio de estos recuerdos de agitación y de calentura que lo transportan á tiempos más felices, cree ver de repente el fantasma que tenía sus facciones levantarse de su lecho helado... y en breve, singular efecto del poder de los genios del porvenir, en esa noche de año nuevo, el espectro se le iba acercando bajo sus facciones de joven.

¡ Eso es ya demasiado para el desdichado !... esconde su rostro con sus manos, torrentes de lágrimas salen de ellos; apenas pueden algunos endebles suspiros exhalar de su alma desesperada.

« ¡ Vuelve, dice él, oh juventud, vuelve ! »

Y la juventud volvió, pues todo eso no era más que un sueño de año nuevo : estaba en la flor de la edad y solos sus errores habían sido reales. Pero dió gracias á Dios de que estaba todavía en tiempo para abandonar la senda del vicio y seguir el glorioso camino de la virtud, el solo que conduzca á la felicidad.

Haz como él, joven, si como él has errado el camino ó ese espantoso sueño será de ahora en adelante tu juez; pero si algún día debieras exclamar dolorosamente : « ¡ Vuelve, juventud, vuelve !... » mira que no volvería.

EL ECLIPSE DE LUNA

Episodio fantástico, por Juan Pablo Richter.

En las llanuras de la luna reluciente de azucenas, habita la madre de los hombres, con sus innumerables hijas en la paz del eterno amor. El azul celeste que flota tan lejos de la tierra descansa tendido sobre este globo, que el polvo de las flores parece cubrir de olorosa

nieve. Allí reina un puro éter que nunca conturba la más ligera nube. Allí residen tiernas almas que nunca ha rozado el odio. Así como se ven enlazarse los arcos iris de una cascada, así el amor y la paz las confunden todas en un mismo abrazo. Pero cuando en el silencio de las noches, nuestro globo llega á parecer brillante y suspendido debajo de las estrellas, entonces todas las almas que ya lo han habitado en el dolor y en la alegría, penetradas de un tierno pesary de suave recuerdo, bajan sus miradas hacia esa mansión donde viven todavía objetos queridos, donde yacen los restos que poco ha ellas animaban; y si durante el sueño, la radiosa imagen de la tierra viene á ofrecerse de más cerca aún ante sus encantados ojos, sueños deliciosos les trazan de nuevo las suaves primaveras que en ella han pasado, y vuelven á abrirse sus párpados mojados en fresco rocío de lágrimas.

Pero tan luego como la sombra del cuadrante de la eternidad se acerca á nuevo siglo, el repentino rayo de un recio dolor traspasa el corazón de la madre de los hombres; pues sus queridas hijas que aun no han habitado la tierra, dejan la luna para ir á revestir sus cuerpos tan pronto como han sentido el frío torpor que proyecta la sombra terrestre; y la madre llora viéndolas partir, porque las que habrán quedado sin mancha serán las solas que volverán á la celeste patria... Así cada siglo le cuesta alguna de sus hijas, y ella tiembla, cuando en medio del día nuestro globo rapaz, cual densa nube, viene á oscurecer la faz del sol.

La sombra del eterno cuadrante se acercaba al siglo XVIII; nuestra tierra iba á pasar, enteramente sombría entre el sol y la luna : y ya la madre do los hombres sobrecogida, y profundamente afligida, estrechaba contra su corazón esas de sus hijas que no habían llevado aún el vestido terrestre, y les repetía gi-

miendo : « ¡Oh! ¡no sucumbáis, mis queridas hijas! ¡Conservaos puras como ángeles y volved á mí! » En ese momento la sombra señaló el siglo y la tierra cubrió el sol entero; un trueno dió la hora; un cometa con espada de fuego cruzó la oscuridad de los cielos, y del seno de la vía láctea que temblaba, una voz exclamó : « ¡ Parece, tentador de los hombres ! pues el Eterno manda un mal genio á cada siglo para tentarlo ».

Al oír esta terrible llamada, la madre y todas sus hijas se estremecieron á la vez, y esas tiernas almas se deshacían en llanto, hasta las que ya habían habitado la tierra y de ella habían vuelto con gloria. De repente el tentador, levantóse sobre nuestro globo así como un árbol inmenso, después bajo la forma de gigantesca sierpe, irguió la cabeza hasta la luna y dijo : « Yo quiero seduciros. »

Era el genio malo del siglo XVIII.

Las azucenas de la luna inclinaron sus corolas, y todas sus hojas marchitas se esparcieron al instante; la espada del cometa flameó en todas direcciones, así como se agita de por sí misma la espada de la justicia en señal que va á juzgar; la sierpe con sus ojos crueles, cuya mirada mata las almas, con su sangrienta cresta, con sus labios que lame y roe sin tregua, dejó caer la cabeza sobre el delicioso Edén, mientras su cola ávida de daño, removía sobre la tierra el fondo de una tumba. Al mismo instante, un temblor de nuestro globo hace girar sus fugitivos anillos, y vapores emponzoñados transpiran de su cuerpo, tornasolados y pesados como una nube que lleva la tormenta. Ella apartó la vista; mas la serpiente la dijo : « ¡Eva, no reconoces á la serpiente! Yo quiero quitarte tus hijas, Eva; yo juntaré tus blancas mariposas sobre el fango de los pantanos. Hermanas, miradme, ¿no tengo yo

todo cuanto se necesita para seduciros? » Y figuras de hombres se pintaban en sus ojos de víbora, anillos nupciales relucían entre sus espirales, y piezas de oro en sus escamas amarillas. « Con todo esto os quitaré la virtud y la divina mansión de la luna. Os cogeré dentro de redes de seda y de tejidos de brillante estofa; mi corona colorada tendrá atractivos para vuestros ojos, y querréis adornaros con ella; primero iré á establecerme en vuestros corazones, yo os hablaré, os alabaré; después me introduciré en una boca de hombre, y afianzaré mi obra; después lanzaré mi lengua sobre la vuestra y será cortante y llena de veneno. En fin, cuando seréis infelices ó al punto de muerte, abandonaré vuestro corazón á las saetas acerradas y ardientes de inútiles remordimientos. Eva, te digo otra vez adiós; todo lo que he dicho lo olvidarán por fortuna antes que nazcan. »

Las almas que no habían nacido, asustadas al ver tan cerca de sí el árbol espantoso del mal y sus pestíferos vapores, se escondían, se acercaban unas á otras; y las almas que habían vuelto de la tierra puras como el perfume de las flores, conmovidas por una suave alegría, por un estremecimiento que no era sin encanto, acordándose de los peligros de que habían triunfado, se abrazaban temblando. Eva apretaba estrechamente sobre su corazón á María, la más querida de sus hijas, y arrodillándose ambas levantaron al cielo ojos llenos de súplicas y de lágrimas : « ¡ Dios del eterno amor, ten compasión de ellas! » Entretanto el monstruo dirigía hacia la luna su lengua ahilada y dividida en dos agujones, como las bocas de un cangrejo; rasgaba las azucenas, ya había hecho una mancha negra en la superficie de la luna, y seguía repitiendo : « Quiero seducirlas. »

De repente, un primer rayo del sol brilló detrás de la tierra que se retiraba, y vino á colorar con celeste resplandor la frente de un grande y hermoso joven que había quedado inadvertido en medio de las almas temblorosas. Una azucena le cubría el corazón, una rama de laurel verdeaba sobre su frente ceñida con capullos de rosa y su vestido era azul como el cielo; de sus párpados que mojaban dulces lágrimas, salió una mirada de amor sobre las almas conturbadas así como el sol deja caer sobre el arco iris un rayo de luz, y dijo: « Quiero protegeros. » Era el genio de la religión. Los anillos ondeantes del mónstruo se desarrollaron á su vista, y se quedó petrificado, tendido desde la luna hasta la tierra, inmóvil, semejante á un polvorín, silencioso asilo de la muerte.

Y el sol lució con más resplandor sobre el rostro del joven, quien levantó los ojos á la bóveda estrellada y dijo al Eterno:

« ¡Oh padre mío! bajo con mis hermanas á la mansión de la vida y protegeré á todas las que me sean fieles. Cubre con un hermoso templo esa llama divina: en él arderá sin devastarlo y sin destruirlo. Adorna esta hermosa alma con el follaje de los atractivos terrestres; protegerá las frutas sin perjudicarlas con su sombra. Concede á mis hermanas ojos hermosos: yo les daré el movimiento y las lágrimas. Coloca en su pecho un corazón tierno; no perecerá sin haber latido por la virtud y por ti. La flor que pura y sin mancha habrán conservado mis cuidados se cambiará en un hermoso fruto que volveré á traer de la tierra; pues revolotearé por encima de las montañas, del sol y de las estrellas para que de ti se acuerden y piensen que hay otro mundo además del que ellas van á habitar. Yo cambiaré las azucenas de mi pecho en una blanca

luz, la de la luna: cambiaré las rosas de mi corona en un color de rosa, el de las tardes de primavera; y todo eso hará que se acuerden de su hermano; en los acordes de la música yo los llamaré y hablaré del cielo donde tú habitas á todos los corazones sensibles á la armonía; yo los atraeré hacia mí con los brazos de sus parientes; yo esconderé mi voz en los acentos de la poesía, y me engalanaré con los atractivos de aquellos á quienes ellas amarán. Si, ellas me reconocrán en las tormentas de la desgracia, y dirigiré sus ojos hacia la lluvia luminosa, y haré que levanten sus miradas hacia el cielo de donde vienen y hacia su familia. ¡Oh! mis hermanas queridas, no podréis desconocer á vuestro hermano, cuando después de una bella acción, después de una difícil victoria, un deseo inexplicable vendrá á ensanchar vuestro corazón; cuando durante una noche estrellada, ó á la vista del resplandor de la tarde, vuestros ojos se aneguen dentro de torrentes de delicias, y que vuestro ser entero se sienta levantado, transportado... y que alzéis los brazos al cielo, llorando de alegría y de amor. Entonces yo me hallaré todo entero dentro de vuestros corazones, y os probaré que os quiero y que sois mis hermanas. Y cuando después de un sueño muy corto, rompa la envoltura terrestre, desprenderé el diamante divino, y lo dejaré caer como reluciente gota de rocío sobre las azucenas de la luna.

« ¡Oh tierna madre de los hombres, dirige sobre tus hijas miradas más serenas y sepárate de ellas con menos tristeza; la mayor parte volverá á ti! »

El sol había vuelto á parecer todo entero: las almas que no habían nacido se dirigieron hacia la tierra y el genio las siguió. Y á medida que se acercaban de nuestro globo, una larga ola de armonía cruzaba el espacio azulado.

Así, cuando, durante las noches de invierno, los blancos cisnes viajan hacia climas más suaves, no dejan al pasar más que un suave murmullo.

La monstruosa sierpe, semejante á la inmensa curva que traza una bomba inflamada recogió sus anillos enroscándose sobre la tierra; en breve no se vió más que una corona fulminante en el espacio; después, del mismo modo que una manga va á estrellarse sobre la nave que amenazaba, se dejó caer con ruido, desarrolló por todos lados sus mil orbes y sus mil pliegues, y en ellos envolvió á la vez á todos los pueblos del mundo. Y la espada del juicio se agitó de nuevo; pero el eco del viaje armonioso de las almas vibraba aún en los aires.

ROBERTO Y CLARITA

Balada de Tiedge.

Un viento fresco soplabá en el llano; pero el aire era sofocante bajo la enramada. Los rayos colorados del sol poniente relucían entre las ramas, y solo el canto del grillo interrumpía el religioso silencio de la tarde.

La naturaleza dormía así en su descanso, cuando Roberto y Clarita se dirigieron paseando hacia el manantial de la selva, donde poco tiempo antes se habían hecho uno á otro tiernos juramentos: para ellos era un sitio sagrado. ¡ Cuánto se había vuelto hermoso después del día de su unión! Mil plantas habían florecido, y con pesar se alejaba de él la fuente, toda cubierta de hojas olorosas: dulce retiro para el viajero que venía á veces á descansar en él con delicias.

Y el ruiseñor cantó, y después de él el eco, cuando entraron los esposos en el bosque; la luna llena les

sonrió á través de las ramas de los olmos y la fuente los saludó con alegre murmullo.

Clarita cogió dos flores semejantes; después abandonándolas al curso de la corriente, las siguió inquieta con la vista; pero en breve, una se separó de la otra, y no volvieron más á juntarse.

« ¡ Oh! suspiró Clarita temblando, ¿ ves, mi amado, las dos flores que dejan de flotar juntas y una de ellas que desaparece? »

— Allá, dijo Roberto, no hay duda que van á juntarse. »

La joven escondió con sus manos su hermoso rostro; y pareció que la luna la mirase con tristeza, y el grillo cantó como si gimiese. — « Clarita mía, dijo Roberto, no llores, el velo del porvenir es impenetrable. »

Seis meses habían trascurrido cuando estalló la guerra y llamó el joven esposo á las armas. « Mi amada, exclamó, siempre te seré fiel. » Y se preparó á la partida.

Mas ella derramaba torrentes de lágrimas. « ¡ Buenos soldados, exclamaba ella, mi Roberto sabe amar y no sabe matar; tened compasión de él y de mí! » ¡ Vanos ruegos! El deber es de hierro para los hombres y han separado bruscamente á los esposos.

La joven abandonada gime dolorosamente; sigue con los ojos á su amigo, quien, al punto de desaparecer, agitaba un pañuelo blanco llamándola todavía con voz llena de lágrimas; y ella no lo vió.

Todas las tardes deja la casa de su madre, y cruzando las sombras de la noche, va á sentarse sobre la montaña; allí alarga sin tregua los brazos hacia el camino que ha seguido, mas no lo ve volver.

La fuente del bosque corre y corre siempre; el verano ha pasado, principia el otoño; el sol se levanta,

Así, cuando, durante las noches de invierno, los blancos cisnes viajan hacia climas más suaves, no dejan al pasar más que un suave murmullo.

La monstruosa sierpe, semejante á la inmensa curva que traza una bomba inflamada recogió sus anillos enroscándose sobre la tierra; en breve no se vió más que una corona fulminante en el espacio; después, del mismo modo que una manga va á estrellarse sobre la nave que amenazaba, se dejó caer con ruido, desarrolló por todos lados sus mil orbes y sus mil pliegues, y en ellos envolvió á la vez á todos los pueblos del mundo. Y la espada del juicio se agitó de nuevo; pero el eco del viaje armonioso de las almas vibraba aún en los aires.

ROBERTO Y CLARITA

Balada de Tiedge.

Un viento fresco soplabá en el llano; pero el aire era sofocante bajo la enramada. Los rayos colorados del sol poniente relucían entre las ramas, y solo el canto del grillo interrumpía el religioso silencio de la tarde.

La naturaleza dormía así en su descanso, cuando Roberto y Clarita se dirigieron paseando hacia el manantial de la selva, donde poco tiempo antes se habían hecho uno á otro tiernos juramentos: para ellos era un sitio sagrado. ¡ Cuánto se había vuelto hermoso después del día de su unión! Mil plantas habían florecido, y con pesar se alejaba de él la fuente, toda cubierta de hojas olorosas: dulce retiro para el viajero que venía á veces á descansar en él con delicias.

Y el ruiseñor cantó, y después de él el eco, cuando entraron los esposos en el bosque; la luna llena les

sonrió á través de las ramas de los olmos y la fuente los saludó con alegre murmullo.

Clarita cogió dos flores semejantes; después abandonándolas al curso de la corriente, las siguió inquieta con la vista; pero en breve, una se separó de la otra, y no volvieron más á juntarse.

« ¡ Oh! suspiró Clarita temblando, ¿ ves, mi amado, las dos flores que dejan de flotar juntas y una de ellas que desaparece? »

— Allá, dijo Roberto, no hay duda que van á juntarse. »

La joven escondió con sus manos su hermoso rostro; y pareció que la luna la mirase con tristeza, y el grillo cantó como si gimiese. — « Clarita mía, dijo Roberto, no llores, el velo del porvenir es impenetrable. »

Seis meses habían trascurrido cuando estalló la guerra y llamó el joven esposo á las armas. « Mi amada, exclamó, siempre te seré fiel. » Y se preparó á la partida.

Mas ella derramaba torrentes de lágrimas. « ¡ Buenos soldados, exclamaba ella, mi Roberto sabe amar y no sabe matar; tened compasión de él y de mí! » ¡ Vanos ruegos! El deber es de hierro para los hombres y han separado bruscamente á los esposos.

La joven abandonada gime dolorosamente; sigue con los ojos á su amigo, quien, al punto de desaparecer, agitaba un pañuelo blanco llamándola todavía con voz llena de lágrimas; y ella no lo vió.

Todas las tardes deja la casa de su madre, y cruzando las sombras de la noche, va á sentarse sobre la montaña; allí alarga sin tregua los brazos hacia el camino que ha seguido, mas no lo ve volver.

La fuente del bosque corre y corre siempre; el verano ha pasado, principia el otoño; el sol se levanta,

se pone; las nubes y el viento pasan por encima del monte.... El amado no vuelve.

La pobre joven se marchitaba como una rosa: volvió un día á la fuente del bosque. « Aquí es, dijo, aquí es donde he visto desaparecer la flor... ¿Dónde está ahora la otra? ¿ En qué sitio se reunirán Roberto y Clarita? »

Y sucumbiendo bajo las penas de su corazón, cayó moribunda sobre la orilla; pero celestes imágenes la rodearon en sus últimos momentos; el beso de un ángel le quitó el alma y la purificó de las penas de este mundo.

Un viento ligero susurra solo en derredor de su tumba que dos tilos cobijan con su sombra; allí es donde duerme santamente bajo una alfombra de violetas.

Un año pasó y volvió Roberto con ojos donde se iba apagando la vida, y con heridas, fruto de sangrienta guerra: su amada ya no existe, llega á saberlo y va á descansar á su lado.

Todas las tardes, un blanco vapor se levanta de su tumba; una joven pastora la vió una vez entreabrirse lentamente, y le pareció percibir dos sombras cuya vista no le causó miedo.

BARDITO

Traducido del alto alemán.

Silvio Scauro, uno de esos orgullosos romanos que se han repartido Germania y los germanos, llamó un día sus libertos y les mandó depusieran la víbora de cabeza estrellada con la cual nos magullaban las carnes; nos permitió entrar en el encinar y embriagarnos con cerveza espumante.

Pues, en ese día, Silvio se casaba con la rubia hija de

uno de nuestros príncipes degenerados, de esos á quienes los romanos han dejado sus riquezas en premio de sus traiciones; y nosotros miserables siervos, saboreando á toda prisa nuestra felicidad de un día, nos hartábamos de castañas cocidas y danzábamos con nuestros sayos azules.

Ahora bien, había allí más de tres mil hombres y algunos libertos que nos celaban; y cuando principió á llegar la noche, y que las encinas derramaban penetrantes aromas, gritamos todos á Hedic el Bardo que queríamos un canto alegre que terminara dignamente esa jornada.

Hedic no tenía costumbre de hacernos aguardar mucho tiempo sus cantos, y, cuando los oíamos, las cadenas pesaban menos y mejor se trabajaba; Hedic subió encima de un tronco cortado á tres pies del suelo y principió.

Nada de alegre salió de su boca como se creía, sino un canto como no lo saben ya hacer en nuestros días; y en cuanto al lenguaje, no era ese germano bastardo, mezclado con palabras latinas que le estragan á uno el corazón al pasar, como si se bebiera aceite;

Sino que era ese alto alemán, ese puro sajón, tan duro y recio, que al oirlo creerías que es el martillo de una fragua que salta y rebota sin tregua sobre su yunque de hierro.

Cantó el tiempo pasado y las hazañas de los hombres valientes de quienes pretendemos ser los descendientes. Cantó la libertad de los bosques y la felicidad de las cavernas; y el relámpago de la alegría se apagó de repente en nuestros ojos, y nuestros pechos se depusieron como odres vacíos.

Un liberto viendo eso, empujó á Hedic echándole abajo del tronco de árbol y le sacó la lengua con

su puñal; después empujándolo al mismo puesto: « ¡ Sigue! » gritó riendo como una bandada de palomos que vuelve al nido por la tarde.

Hédic, sin dar muestras de dolor, se levantó lentamente, después, recorrió con sus ojos de fuego la multitud que lo rodeaba: y que estupefacta é incierta ondulaba como un campo de trigo.....

Hedic abrió la boca y sucedió (lo permitieron nuestros dioses) una cosa prodigiosa y terrible: brotó de sus labios una especie de vapor espeso é inflamado donde creía uno distinguir figuras extrañas y confusas.

Ese vapor iba ensanchándose detrás de la cabeza del bardo, y en breve invadió todo el horizonte; después, cual inmenso cuadro nos representó las batallas de nuestros padres, nuestras selvas incendiadas, nuestras mujeres robadas por los ejércitos romanos.

¡ á medida que el maravilloso vapor se exhalaba de la boca de Hedic, formábanse imágenes nuevas y pudimos admirar por largo rato las divinas facciones de Arminio y de Trusnelda su valiente esposa.

Durante todo esto, bailaban en el palacio de Silvio Scauro; un ruidoso festin reunía los señores vecinos, y los címbalos y las flautas derramaban á lo lejos encantadores acordes.

Pero antes que se acabara la noche, gritos y gemidos más dulces aún para nuestros oídos resonaron dentro del palacio, la llama alegre principió á danzar también en las doradas salas.

Y la novia poseyó, esa noche, más amantes de lo que romana alguna llegó nunca á tener..... mientras que, no lejos de ella, Silvio Scauro vomitaba por veinte bocas sangrientas su comida de bodas.

FIN

ÍNDICE

	Pág.
NOTICIA SOBRE GOETHE.....	1
PREFACIO.....	1
DEDICATORIA.....	9

FAUSTO.

Prólogo en el teatro.....	11
Prólogo en el cielo.....	16
Parte primera.....	20
Parte segunda.....	83
Intermedio.....	130
Parte tercera.....	137

SEGUNDO FAUSTO.

Advertencia.....	147
Prólogo.....	149
Examen analítico.....	153
Elena.....	176
Epilogo.....	230
Leyenda de Fausto por Widmann.....	234

su puñal; después empujándolo al mismo puesto: « ¡ Sigue! » gritó riendo como una bandada de palomos que vuelve al nido por la tarde.

Hédic, sin dar muestras de dolor, se levantó lentamente, después, recorrió con sus ojos de fuego la multitud que lo rodeaba: y que estupefacta é incierta ondulaba como un campo de trigo.....

Hedic abrió la boca y sucedió (lo permitieron nuestros dioses) una cosa prodigiosa y terrible: brotó de sus labios una especie de vapor espeso é inflamado donde creía uno distinguir figuras extrañas y confusas.

Ese vapor iba ensanchándose detrás de la cabeza del bardo, y en breve invadió todo el horizonte; después, cual inmenso cuadro nos representó las batallas de nuestros padres, nuestras selvas incendiadas, nuestras mujeres robadas por los ejércitos romanos.

¡ á medida que el maravilloso vapor se exhalaba de la boca de Hedic, formábanse imágenes nuevas y pudimos admirar por largo rato las divinas facciones de Arminio y de Trusnelda su valiente esposa.

Durante todo esto, bailaban en el palacio de Silvio Scauro; un ruidoso festin reunía los señores vecinos, y los címbalos y las flautas derramaban á lo lejos encantadores acordes.

Pero antes que se acabara la noche, gritos y gemidos más dulces aún para nuestros oídos resonaron dentro del palacio, la llama alegre principió á danzar también en las doradas salas.

Y la novia poseyó, esa noche, más amantes de lo que romana alguna llegó nunca á tener..... mientras que, no lejos de ella, Silvio Scauro vomitaba por veinte bocas sangrientas su comida de bodas.

FIN

ÍNDICE

	Pág.
NOTICIA SOBRE GOETHE.....	1
PREFACIO.....	1
DEDICATORIA.....	9

FAUSTO.

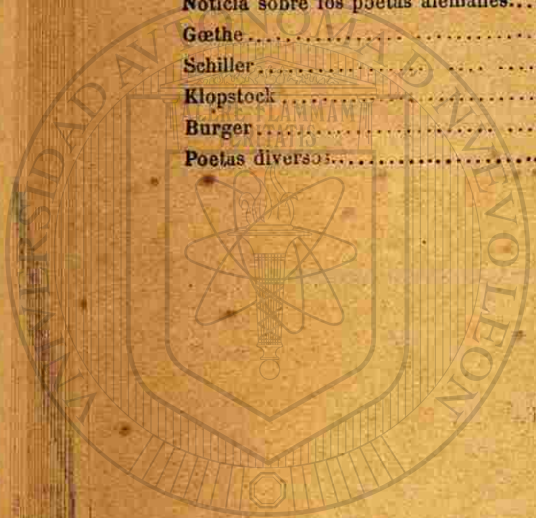
Prólogo en el teatro.....	11
Prólogo en el cielo.....	16
Parte primera.....	20
Parte segunda.....	83
Intermedio.....	130
Parte tercera.....	137

SEGUNDO FAUSTO.

Advertencia.....	147
Prólogo.....	149
Examen analítico.....	153
Elena.....	176
Epilogo.....	230
Leyenda de Fausto por Widmann.....	234

POESÍAS ALEMANAS.

	Pág.
Noticia sobre los poetas alemanes.....	263
Gœthe.....	280
Schiller.....	302
Klopstock.....	339
Burger.....	354
Poetas diversos.....	374



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUE

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC